

Emma Solá de Solá

CHANGO Y MANCHA
AVENTURAS DE UN ESCOLAR
DEL NORTE ARGENTINO
HACIA EL NORTE ARGENTINO



Fijación de textos, estudio preliminar, notas y apéndices de
Carlos Hernán Sosa y
Gloria Carmen Quispe

CONICET



I C S O H



Sosa, Carlos Hernán

Chango y mancha aventuras de un escolar del norte argentino : hacia el norte argentino : Emma Solá de Solá / Carlos Hernán Sosa ; Gloria Carmen Quispe. - 1a ed. - Salta : Instituto de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades- CONICET, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-48842-8-2

1. Literatura Argentina. I. Quispe, Gloria Carmen I. Quispe, Gloria Carmen II. Título CDD A86o

Diseño y maquetación: María Noelia Mansilla Pérez y Víctor Enrique Quinteros

Imagen de tapa: Adaptación de la ilustración de Alejandro F. Ache, para *La madre del viento. Leyendas y paisajes* (1974).



Emma Solá de Solá

CHANGO Y MANCHA

AVENTURAS DE UN ESCOLAR DEL

NORTE ARGENTINO

HACIA EL NORTE ARGENTINO

(Fijación de textos, estudio preliminar, notas y apéndices de Carlos Hernán Sosa y Gloria Carmen Quispe)



Con el auspicio de



Índice

7	Emma Solá de Solá en dos obras inéditas: “Chango y Mancha. Aventuras de un escolar del norte argentino” y <i>Hacia el norte argentino</i>
	<i>Carlos Hernán Sosa y Gloria Carmen Quispe</i>
7	Sobre la autora
18	Sobre el archivo y los textos
21	“Chango y Mancha. Aventuras de un escolar del norte argentino”
21	<i>Avatares de un manuscrito</i>
31	<i>La seducción de lo exótico</i>
33	<i>Ser hombre, ser gaucho, ser libre</i>
41	<i>Entre lo extraño y lo fantástico</i>
44	<i>Hacia el norte argentino</i>
44	<i>Entretener educando</i>
45	<i>El territorio nacional</i>
51	<i>La lección de historia</i>
58	<i>Las costumbres de los (otros) argentinos</i>
65	Educar niños para la patria
77	Coda
80	Sobre esta edición
81	Bibliografía
90	“Chango y Mancha. Aventuras de un escolar del norte argentino”
91	Capítulo I
91	<i>El último día de clase</i>
91	<i>Sus amigos</i>
95	<i>Llegando a la casa</i>
98	Capítulo II
98	<i>Don Pantaleón y Mancha</i>
99	<i>Mancha</i>

101	Capítulo III
101	<i>Las historias de Don Panta</i>
102	<i>El huerto movedizo</i>
104	<i>El cuento de las herraduras</i>
105	<i>La incomparable Dorada</i>
109	<i>La yarará</i>
110	<i>Salvado por una cascada</i>
111	<i>Tigre y terror</i>
113	<i>Feliz realidad</i>
114	Hacia el norte argentino
115	Capítulo I
115	<i>La partida</i>
120	<i>El nuevo día</i>
122	<i>La casa de la Independencia</i>
125	<i>Ruta histórica</i>
129	Capítulo II
129	<i>Salta</i>
133	<i>Güemes</i>
134	<i>Última etapa del viaje</i>
139	Capítulo III
139	<i>Vida diaria en la estancia</i>
144	<i>“Meh”</i>
148	<i>Tormenta y niebla</i>
152	<i>Majada de nubes</i>
154	<i>Don Ventura el cazador de cóndores</i>
159	<i>Planes futuros</i>

162 Apéndices

163 I. “Chango and Mancha. The Story of an Adventurous Argentine School Boy and his pony” by Emma Solá de Solá

190 II. Cartas

Traducción del inglés de Elisea Escudero Zavalía

191 *Marguerite Vance to Miss Lizbeth Robertson (New York, March 27, 1946)*

192 *Marguerite Vance a la Srta. Lizbeth Robertson (Nueva York, 27 de marzo de 1946)*

193 *[Autor no identificado] to Dr. & Mrs. Ernesto Solá (Embassy of the United States of America in Buenos Aires, March 29, 1946)*

194 *[Autor no identificado] al Dr. Ernesto Solá y Sra. (Embajada de Estados Unidos en Buenos Aires, 29 de marzo de 1946)*

195 *Lula H. Craycraft to Emma Solá de Solá (New York, April 14, 1950)*

198 *Lula H. Craycraft a Emma Solá de Solá (Nueva York, 14 de abril de 1950)*

200 *Bases from the Annual Children’s Book Contest of the Julia Ellsworth Ford Foundation*

202 *Emma Solá de Solá to Mrs. Lula H. Craycraft (Salta, August 24, 1950)*

203 *Emma Solá de Solá a la Sra. Lula H. Craycraft (Salta, 24 de agosto de 1950)*

204 *Benjamín Núñez a la Sra. Emma Solá de Solá (Washington DC, November 8, 1962)*

206 *Benjamín Núñez a la Sra. Emma Solá de Solá (Washington DC, February 4, 1963)*

207 *Benjamín Núñez a la Sra. Emma Solá de Solá (Washington DC, June 20, 1963)*

209 III. “Legends from the Mountains of Northern Argentine”

Translated by Lula H. Craycraft

Emma Solá de Solá en dos obras inéditas:
“Chango y Mancha. Aventuras de un escolar del norte argentino”
y *Hacia el norte argentino*

Carlos Hernán Sosa

Gloria Carmen Quispe¹

“Supernova”
*Esta tarde
mientras el viento arrastra
las hojas del otoño
y un gato maúlla sus ansias
de cariño
en un cuarto poco iluminado
la hoja muda
tiñe su blancura de palabras
Y a 170.000 años-luz
se expande la promesa de nuevos
universos
Para una mujer enfrentada a su destino
esa estrella marca un designio
ineludible*
Mercedes Saravia, *Mendiga luz* (1991).

Sobre la autora

Los relatos de las historias literarias avanzan tan urgidos por generar sentidos globales y transformar un horizonte variopinto e indomable en apreciaciones asentadas y tranquilizadoras o perfilar hitos destacables, que caen, muchas veces, en ingentes recortes de sentidos, los que terminan por prefigurar desde un convencimiento meridiano ciertas imágenes de escritor —e incluso trayectorias literarias completas— o cristalizar apreciaciones sobre obras señaladas como modélicas. Un poco de todo esto ha operado,

¹ El apartado “Chango y Mancha. Aventuras de un escolar del norte argentino” fue redactado por Gloria Carmen Quispe, las restantes secciones por Carlos Hernán Sosa.

por canonización o negligencia, en los modos con que se instaló en su contexto de emergencia y ha sido leído la compleja obra escrituraria de Emma Solá de Solá (1894-1984).

La inscripción privilegiada de la autora, en las redes de la cultura letrada en la Salta de la primera mitad del siglo XX, demostró ser un aspecto tan indiscutible como insuficiente al momento de querer discernir con profundidad la trayectoria de Emma Solá de Solá. Su nacimiento en el seno de una familia de la elite local, vinculada a la vida política y económica de la región desde el período colonial, facilitó una serie de posibilidades que para las mujeres constituían alternativas todavía relativamente excepcionales en la transición al siglo XX, sobre todo en materia educativa y de visibilidad social gracias al desempeño de tareas intelectuales. Ese lugar de enunciación peculiar no puede continuar siendo interpretado, simplemente, como mero garante de una legitimación endógena del grupo social de pertenencia, más aún cuando al revisar con mayor detalle y desde una perspectiva integral su nutrida producción escrituraria² y su desempeño en la dinámica de prácticas sociales y culturales por las que transitó la escritora, con éxito y fino cálculo, nos encontramos con disonancias sintomáticas. La prefiguración de su obra y su accionar cultural, constreñidos a la intervención estratégica en zonas ideológicamente sostenedoras del poder local –como las sociedades de beneficencia y, sobre todo, su importante actividad al frente de la Asociación de Mujeres de la Acción Católica Argentina en Salta, durante tres décadas– desmerece su itinerario de vida como un lugar de compleja negociación para acceder a las discusiones políticas de su momento, usufructuando no sólo las prerrogativas sociales y redes vinculares sino también las utilidades ofrecidas –como agentes difusores de sus ideas– por los incipientes medios masivos como la radio y la prensa (Quinteros, 2023 y Pavón, 2023).

² Sin ser exhaustivos, podemos mencionar en su producción éditas: a) Poesía: *El agua que canta* (1922), *La madre del viento y otros poemas* (1928), *El sendero y la estrella* (1933), *Miel de la tierra. (Allpamiski). Poesías de las montañas de Salta* (1945 y 1961), *Esa eterna inquietud...* (1965), *La madre del viento. Leyendas y paisajes* (1974); b) Narrativa: *El alma en la noche* (1947); c) Opúsculos: *Romance de Sor Clara* (1941), *Religión y Patria* (1960), *Clamor* (1963), *El Milagro. Poema que relata la historia del culto tradicional que el Pueblo de Salta tributa a las Imágenes de la Virgen y del Cristo del Milagro* (1973). Mientras que, en el caso de su producción inédita o éditas en diarios y revistas sin recopilación, en el Archivo del Museo Histórico de la Universidad Nacional de Salta “Prof. Eduardo Ashur” (AMHUNSa), el Fondo Emma Solá de Solá (FESS) conserva numerosos materiales que se encuentran todavía en proceso de catalogación.



Imagen 1. Emma y Sara Solá (S/F). AMHUNSa, CSC.

En este sentido, muchas de sus intervenciones públicas podrían estimarse como el resultado de ajustados ardides de inserción en la arena de las discusiones políticas, en su sentido más amplio, tanto en el medio local como en redes gestionadas hacia Tucumán y Buenos Aires. En un ambiente en que sus opiniones (sobre la educación de los hijos, el afianzamiento de la moral cristiana, la valoración del nacionalismo o la formación de las mujeres) disponían de un lugar del decir privilegiado, sin ingenuidad alguna, no desatendieron esas ventajas para tramitar las polémicas que necesitaban. Parece necesario seguir insistiendo en estas cuestiones cuando se analiza el recorrido de mujeres escritoras o gestoras de la vida cultural literaria pertenecientes a las elites. A los escritores se les ha disculpado hasta el fascismo, como en el caso de Leopoldo Lugones, pero a las escritoras la procedencia social parece instalárseles –como la cruz de ceniza de los Buendía– en un estigma indeleble que las condena –por elitistas, burguesas, esnobs–, es decir, como portadoras de la trivialidad afectiva y pulsional con que la historia occidental codificó uno de sus desprecios más vigente hacia las mujeres.³ A Victoria Ocampo, por ejemplo, se

³ Dice Josefina Ludmer al respecto: “Se sabe que en la distribución histórica de afectos, funciones y facultades (transformada en mitología, fijada en la lengua) tocó a la mujer dolor y pasión contra razón, concreto contra abstracto, adentro contra mundo, reproducción contra producción (...) Una posibilidad

le retaceó el reconocimiento de sostener la empresa monumental de la revista *Sur* (1931-1992) –un ícono inexcusable para pensar muchos procesos culturales en Latinoamérica prácticamente durante todo el siglo XX–, por no poder digerir su procedencia social. Hubo que esperar hasta casi fines de ese siglo para que la crítica literaria, al menos la nucleada en la revista *Punto de Vista*, pudiera reconocer que este proyecto cultural de peso se sostuvo mediante la cuantiosa inversión de una fortuna oligárquica y que eso, a pesar de todo, tenía un mérito por reconocer. Otros proyectos editoriales coetáneos, capitaneados por varones, no tuvieron que zanjarse estos prejuicios.⁴

Intentar desligarse de estos recelos, entonces, ayuda a refundar miradas sobre obras como la de Emma Solá de Solá, para no llegar a su estudio blandiendo en la mano la lista amonestadora de lo esperable, de lo censurable: su catolicismo férreo, su perspectiva conservadora sobre la sociedad, su interpretación sesgada de la cultura, etc. Cuando no le exigimos una disculpa previa a las mujeres al momento de intervenir en las discusiones de su época, con todos los capitales (económicos, sociales, culturales y simbólicos) que el origen social les habilita, pareciera que podemos advertir mejor sus incomodidades, sus habilidades contractuales y sus sutiles disidencias con los dogmas, con los mandatos del ángel del hogar y su administración de la vida familiar, con los menosprecios insobornables sobre las conductas de las mujeres, en general, y sobre sus injerencias en la vida cultural, en particular.

La trayectoria de Emma Solá de Solá, provechosamente, podría repensarse como exponente del “notable” o “intelectual de provincia”, una categoría de análisis dúctil que Ana Teresa Martínez pergeñó críticamente. En torno de esta figura es

de romper el círculo que confirma la diferencia en lo socialmente diferenciado es postular una inversión: leer en el discurso femenino el pensamiento abstracto, la ciencia y la política, tal como se filtran en los resquicios de lo conocido” (2021: 189).

⁴ A partir de consideraciones teóricas de Sara Ahmed, Tania Diz ha descripto esta situación desigual valiéndose de la metáfora de “la incomodidad” para ocupar “el sillón del escritor”, como falacia de la equidad de género en los campos literarios del siglo XX: “Hay una mirada que tiende a negar la diferencia sexual e incluso la competencia propia del campo. Esta estrategia de negación e identificación falocéntrica ha sido una treta útil para sobrevivir allí. Esto sugiere que, de hecho, ha sido así: dado que las mujeres habían obtenido ya varios derechos, en la esfera literaria, ellas eran consideradas como iguales por sus pares varones. Esta hipótesis se derrumba cada vez que a una escritora se le pregunta por la relación entre su sexo evidente y su escritura, pregunta que no surge nunca ante un varón. Entonces, la fantasía de la igualdad se disuelve y ella queda sin su disfraz, desnuda ante quien pregunta. Ese es el momento en que aparece un sentimiento de incomodidad porque justamente su cuerpo empieza a sentirse raro, extranjero, fuera de lugar en el sillón del escritor” (2021: 36-37).

posible coagular las acciones orgánicas de ciertos sujetos que han desempeñado vital importancia al momento de gestionar la vida cultural de espacios no centrales del país, urgidos por órdenes donde la modernización periférica latinoamericana guarda temporalidades disímiles a la experiencia de los espacios metropolitanos y, por ende, requiere de intervenciones diferentes —o “extracéntricas”— para dimensionar y encauzar las derivas culturales locales (Martínez, 2013a: 23-50 y 2013b). Revisitada desde este lugar, resulta más explicable la forma omnimoda de intervención que la escritora salteña exploró con firmeza, desde una actuación anfibia y de intereses polifuncionales, donde las especificidades disciplinares eran siempre transponibles al igual que su circulación por espacios estrictamente piadosos y culturales o los más frívolos rituales de la sociabilidad salteña en el patricio Club 20 de Febrero (Pavón, 2023 y Dimarco, 2023). Lo mismo puede decirse de las astucias para el empleo público de la palabra, una circunstancia inusitada frente a la custodia rígida que sobre ella sostenía el patriarcado, donde Emma Solá de Solá se manejó con íntegra comodidad,⁵ echando mano de las más variadas alternativas de géneros discursivos y tradiciones escriturarias (de la poesía o la narrativa a la prosa reflexiva doctrinaria y de la conferencia radial al artículo de opinión), estrategias todas que contribuyeron a las implicancias más sólidas de su proyecto intelectual católico y filonacionalista. Este breve repaso, sobre la diversidad de sus producciones encaradas desde distintos soportes de difusión y orientada hacia públicos diversos, horada el estereotipo de la escritora responsable del “Himno al Señor del Milagro” (1942), única adscripción autoral que aparentemente ha impactado en los imaginarios de la cultura local salteña.⁶ Esta restringida apreciación construida sobre Emma Solá de Solá, como autora de prácticamente un único poema de temática religiosa, la enclaustró en una red de lecturas

⁵ Situación semejante es la que atravesó su hermana, Sara Solá de Castellanos, quien, tal como lo analiza Osvaldo Gerés (2019), si bien tuvo una orientación de intereses más definida que la llevó a ocupar un lugar en el incipiente grupo de historiadores locales, también cultivó la poesía y la narrativa y desarrolló una sostenida tarea en asociaciones de beneficencia y nacionalistas al igual que Emma.

⁶ El “Himno al Señor del Milagro” es un poema compuesto por la autora para participar del concurso convocado en el año 1942 por el arzobispo de Salta, monseñor Roberto J. Tavella, a raíz del 350 aniversario de la llegada de la imagen del Cristo del Milagro a Salta. Siendo elegido ganador en ese certamen —el FESS guarda una carta del Arzobispado de Salta, del 29 de mayo de 1942, comunicando el otorgamiento del premio—, el poema se publicó en el volumen conmemorativo de la *Antología del Milagro. Salta (1592-1942)* (1942). La autora recién lo incorporó a su obra personal en 1965, encabezando el apartado de poesías “Religiosas” de *Esa eterna inquietud...* No lo incluyó, llamativamente, en la plaqueta *El Milagro. Poema que relata la historia del culto tradicional que el Pueblo de Salta tributa a las Imágenes de la Virgen y del Cristo del Milagro*.

mezquinas que fueron funcionales a los sesgados intereses piadosos, identitarios y canónicos desde los que se leyó su derrotero en la historia intelectual y literaria de Salta.⁷

En definitiva, si se revisa en perspectiva su extensa trayectoria, resulta claro que la escritora comprendió rápidamente, con la misma perspicacia de su comprovinciano Juan Carlos Dávalos –pero sin el reconocimiento extendido que tuvo este–, el llamado a participar en los debates en materia de política cultural que el post Centenario agilizó en Salta, sobre todo a partir de la década de 1920 (Rodríguez, 2004; Álvarez Leguizamón, 2010; Chaile y Quiñonez, 2011; Díaz Pas, 2015; Sosa, 2015). La proximidad con Dávalos fue señalada hace mucho tiempo por la investigadora Helena Percas (1958), en su estudio integral dedicado a *La poesía femenina argentina (1810-1950)*, donde estableció una relación de correspondencias entre los autores, como productores afines de lo que denomina “poesía regional”; pues, a su entender, “quien con más originalidad y sentido poético recogió el mensaje de Juan Carlos Dávalos fué [sic] Emma Solá de Solá, salteña como él” (1958: 387). Actualmente, con una dimensión más asentada sobre la obra y desempeño cultural de la escritora, incluso se podría pensar en vínculos más horizontales para rebatir la relación epigonal que la estudiosa señalaba, desde una típica construcción de sistema solar patriarcal, que reserva el papel “satelital” a las autoras orbitando en torno a producciones “centrales” de los autores. A pesar de este señalamiento temprano, el vínculo no fue motivo de un estudio pormenorizado; debido al movimiento de placas tectónicas, que en simultáneo eleva y sepulta itinerarios autorales por procesos de canonización, un parejo olvido pesa sobre la obra y la trayectoria intelectual de Emma Solá de Solá.

Proyectos como el de la *Historia feminista de la literatura argentina*, actualmente en marcha bajo la dirección de Laura A. Arnés, Nora Domínguez y María José Punte (2020-2023), precisamente llaman la atención sobre estos desentendimientos crónicos en relación con las producciones de mujeres en la Argentina, sobre cuyas obras no existe una recuperación sistematizada ni se ha ensayado con suficiente insistencia una articulación

⁷ Por otra parte, el tratamiento literario religioso no fue privativo de la autora –como bien señalan Helena Percas (1958), Lucila Lastero (2023) y Josefina Soria Quispe (2023)– constituyó una temática bastante transitada –sobre todo en el campo de la poesía– por varias escritoras salteñas de la primera mitad del siglo XX, como Sara Solá de Castellanos, María Torres Frías, Clara Saravia Linares de Arias o Hilda Emilia Postiglione. Un volumen de Sara Solá de Castellanos, *Florilegio del Milagro y santoral. Poesías religiosas* (1973), por ejemplo, está dedicado íntegramente a la materia; también tiene visible presencia dicha temática en los poemas juveniles y el libro *Via Crucis* (1936), producciones de la primera mitad del siglo XX de Clara Saravia Linares de Arias (2005, Vol. I).

con las voces oficializadas de los escritores. Para el caso de Salta, la construcción de su literatura cogestionada también desde el aporte de voces de escritoras, que como Emma Solá de Solá tuvieron un indiscutible peso significativo en el entramado de las identidades locales, podría arrojar otros tránsitos, no sabemos si muy diferentes al urdido desde la consagración de su contemporáneo, “el padre de las letras salteñas” Juan Carlos Dávalos, pero sí seguramente presentaría matices para complejizar más el relato de la historiografía literaria salteña con el que hoy contamos.

Por otra parte, el sostenido impulso productivo de la autora demuestra no sólo el genuino interés por la escritura sino también un refinado conocimiento de las estrategias vigentes del mercado editorial, especialmente en la esfera consagratória de los medios porteños. La edición de *La madre del viento y otros poemas*, por ejemplo, contenía doce páginas finales que recogían las reseñas que había merecido *El agua que canta*, primer libro de la autora publicado seis años antes; el recorrido por los medios que ofrece este apartado es notable, porque la obra mereció la atención de diarios y revistas prestigiosos del momento –*Nosotros, La Prensa, Caras y Caretas, El Hogar*, entre otros–, lo que pone en evidencia los despejados vínculos con las redes intelectuales y editoriales que la autora sostenía en la capital.⁸ Una prerrogativa que, nuevamente, sólo resulta equiparable con la figura contemporánea de Dávalos, quien fue un pionero en agilizar desde Salta estas decisivas asociaciones culturales, gestadas muchas veces por vínculos personales con otros miembros de las elites provincianas, como es el caso paradigmático de Manuel Gálvez, un hijo de la dirigencia política santafesina. El rol consagratório de Gálvez en Buenos Aires, gracias a sus proyectos editoriales –como el sello Cooperativa Editorial Buenos Aires–, cubre un lugar neurálgico para entender el campo editorial capitalino de las primeras décadas del siglo XX.⁹ En el caso de Emma Solá de Solá, su primer libro

⁸ Este gesto de autopromoción de la obra es recurrente en la autora, vuelve a reiterarse en la inclusión del prólogo elogioso de Ricardo Gutiérrez que abre *Miel de la tierra. (Allpamiski). Poesías de las montañas de Salta*, en las solapas con reseñas de *Esa eterna inquietud...* y en las primeras páginas de *La madre del viento. Leyendas y paisajes*.

⁹ Sobre las redes interpersonales establecidas por la autora, en el fondo documental se conservan numerosas cartas y notas, muchas de ellas referidas a cuestiones culturales (intercambio de libros, invitaciones a eventos, presentaciones ante colegas e instituciones, etc.) con agentes de la vida cultural local –Atilio Cornejo, Carlos Iburguren, Clara Saravia Linares de Arias, Bernardo Solá, María Torres Frías, Hilda Emilia Postiglione, Rafael P. Sosa, Carlos Gregorio Romero Sosa, Miguel Ángel Vergara, Arsenio Seage, Julio Díaz Villalba, Raúl Aráoz Anzoátegui, etc.–, de Tucumán –Ernesto Padilla, Ernesto Padilla (h), Raquel Frías de Soaje, Amalia Prebisch de Piossek, Santiago José Chierico, etc.–, de Córdoba –Carlota Achával de Tagle, Carmen Achával de Ferreira, etc.– y de Buenos Aires –Ricardo Rojas, monseñor Miguel de Andrea, Mercedes Molina y Anchorena, Josefina Molina y Anchorena, Susana Bombal, Rafael B.

lo editó Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso, una prestigiosa editorial porteña de comienzos de siglo XX, que también publicaría *Elogio de la vida provinciana* (1923) de su hermana Sara Solá de Castellanos y, más adelante, *En tierras de Magú Pelá* (1932), la primera novela de Federico Gauffin.

Dávalos actuó como intermediario para que Federico Gauffin editara *En tierras de Magú Pelá* en Buenos Aires y desempeñó una gestión semejante en relación con la escritora. En el FESS, se encuentra una carta del 9 de octubre de 1947, firmada por Guillermo Julio Gorbea, director de la *Revista de Correos y Telecomunicaciones*, donde se menciona a Dávalos como intercesor para que la autora publique en la revista. Dice la esquela:

Esta comunicación oficial se encuentra actualmente empeñada en lograr la plena realización de entregas dedicadas a cada provincia argentina. La primera de ellas corresponderá a Salta y en ese sentido, y por indicación de don Juan Carlos Dávalos, es que [sic] el agrado de dirigirme a Ud. solicitándole una colaboración para dicho número, la que será previamente expuesta en la Exposición del Correo Argentino a realizarse dentro de pocos días.

La circunstancia es otra prueba de los réditos de tener vínculos estrechos con Dávalos, quien funcionaba en Salta como un enlace importante con la prensa y las editoriales porteñas. De manera complementaria, en el caso particular de Emma Solá de Solá, la correspondencia conservada con Ernesto Padilla,¹⁰ amigo personal del matrimonio Solá, indica que él y el hermano de la autora, Miguel Solá, ambos residentes en Buenos Aires, tuvieron también relevancia como gestores de la edición y difusión de sus obras. En las cartas intercambiadas, queda de manifiesto las intervenciones originadas por los

Esteban, Angélica Knack Peuser, Mary Rega Molina de Méndez Caldeira, Julián Cáceres Freyre, Dora Irene Toscano, Matilde Patri, Arturo Capdevila, Pedro Miguel Obligado, Juan Carlos García Santillán, Rodolfo Trostiné, etc.–. Además, se conservan algunas cartas remitidas por escritoras extranjeras: Chela Villamil de Bengoa, de Uruguay, y Carolina Marcial Dorado, escritora y académica española radicada en Estados Unidos.

¹⁰ Ernesto E. Padilla (1873-1951), miembro destacado de la Generación del Centenario en Tucumán, tuvo una relación estrecha con la escritora salteña, testimoniada en el nutrido intercambio epistolar que mantuvieron durante más de veinte años. Junto a las cartas –que refieren las visitas de los Padilla a Salta o de los Solá a la casa de veraneo de los Padilla en Maimará– también se conservan en el FESS algunas fotografías –que ilustran visitas del matrimonio Solá a la casa de los Padilla en Buenos Aires–. Además de su actividad como jurista y político, el intelectual tucumano tuvo especial interés por los estudios sobre folklore y lexicografía; tal vez por ello, la autora, muy afecta a recuperar los saberes populares de la oralidad en su literatura, le dedicó *Miel de la tierra*. (*Allpamiski*). *Poesías de las montañas de Salta*, con una frase cómplice: “Al amauta Ernesto Padilla” (1945: 9). La singular designación parece haberse instalado entre los salteños amigos de Padilla, Carlos Gregorio Romero Sosa, en su obituario citado por Guillermo Furlong, así lo testimonia: «Era, indiscutiblemente –como lo dijo Emma Solá de Solá– el “Amauta” de la Patria y de las tradiciones argentinas» (1959, T. I: 425).

minuciosos comentarios e indicaciones realizados por Padilla, tanto sobre los textos – mediante las sugerencias de cambio de títulos de las obras, la revisión de manuscritos (el de *El alma en la noche* y el de *Hacia el norte argentino*)¹¹ y la reseña crítica de otras publicaciones de la autora (*La madre del viento y otros poemas* y *Romance de Sor Clara*)–,¹² como sobre las acciones necesarias para contratar editoriales, los pagos efectuados por estos servicios, las revisiones de pruebas de imprenta y los envíos de los volúmenes a Salta. La correspondencia manifiesta también el afectuoso vínculo que se dispensaban los escritores, incluso, da cobijo a la complicidad entre pares donde queda huella de las rispideces propias de la dinámica del campo literario, así lo testimonia un comentario malicioso sobre una colega: “Después del último día que estuvimos en su casa, pensamos que la palabra que Ud. deseaba decir a propósito del libro de Victoria Ocampo era que yo le había dado chanta?...” (AHT, FEP, carpeta 45, folio 205 vuelta, subrayado en el original). Como puede apreciarse, las diferentes escalas intervinientes en todas estas tareas tanto en el espectro público como en el privado, orientadas a apuntalar la presencia literaria de Emma Solá de Solá, tuvieron en la figura de Padilla –un egregio gestor cultural, con inmejorables vínculos con la intelectualidad católica contemporánea– a uno de sus sostenedores más destacado.¹³

¹¹ En mayo de 1939, Padilla remite una carta a la autora realizando un detallado comentario del manuscrito de *El alma en la noche*, en el que se señala la necesidad de un “ajuste que dé unidad al relato”, acerca consejos de estilo (“haga pasar lima sobre algunos sustantivos en plural, que no hilan con la espontaneidad”) y expresa advertencias de resguardo dogmático (“cuide de que no haya lugar a alguna observación que contradiga el sentimiento religioso”) (Archivo Histórico de la Provincia de Tucumán –AHT–, Fondo Ernesto Padilla –FEP–, carpeta 26, folio 97). Retomaremos algunas consideraciones del intelectual tucumano sobre el manuscrito de *Hacia el norte argentino* al momento de comentar esta obra.

¹² Del primer libro, destacará Padilla “la interpretación cautivante de momentos de vida y de cuadros de ese ambiente serrano que es tan rico como inolvidable” (AHT, FEP, carpeta 43, folio 237); mientras que del folleto rescata la gracia poética y la factura material, pues la cuidada edición del texto venía acompañada por una postal: “Celebro el exquisito gusto de la presentación; puedo decirle que complementa el contenido” (AHT, FEP, carpeta 43, folio 229).

¹³ Otro factor interviniente en la relación con los Padilla fue la común pertenencia a familias de las elites político culturales de Salta y Tucumán, cuyos vínculos se afianzaban además desde antiguas redes parentales, como señala Furlong: “De muy lejanos tiempos viene el entrelazamiento de los miembros de la sociedad salteña con la nativa del doctor Padilla, ya que muchos de sus contemporáneos habían nacido en la provincia norteña pero de familias de sangre tucumana o viceversa, y esta realidad le permitía estrechar vínculos de amistad con la familia de Solá, en la que figuraba el general Ricardo Solá, hijo de una Terán, Miguel y Ernesto Solá, y la esposa de éste, la destacada escritora Emma Solá de Solá” (1960, T. III: 1076-1077). La información que aporta Furlong es corroborada por la propia escritora quien, en carta a Ernestito Padilla, posterior a la edición del primer volumen de esta biografía, aporta mayores exactitudes al respecto, cuando señala que “han omitido que [el apellido] Terán está vinculado a Solá por Julia Terán, casada con el Coronel Juan Solá” (AHT, FEP, carpeta 14, folio 177). Prueba de la solidez de estos vínculos es que, tras la muerte del amigo en 1951, Emma Solá de Solá continuó en relación con el hijo, Ernestito Padilla, quien sostuvo un epistolario personal donde le acercaba sus impresiones sobre los textos literarios de la poeta y aún colaboraba, en Buenos Aires, con algunas tareas de gestión en la carrera literaria de la escritora.

Este conjunto de estos factores, sin dudas, acredita en la autora el manejo deliberado de las reglas convencionales en el funcionamiento de los campos literarios –el salteño y, también, el porteño–. Un discernimiento que queda plasmado, sobre todo, en su preocupación por la promoción de iniciativas profesionalizante de la vida literaria local, un dato no menor en el contexto de progresiva modernización cultural por la que avanza Salta durante la primera mitad del siglo XX. En julio de 1948, Matilde Patri, compositora con quien la autora había realizado la adaptación de sus poemas para *Tres canciones de cuna salteñas*, publicado por Ricordi Americana en Buenos Aires el año anterior, le envió una carta –conservada actualmente en el FESS– donde deja testimonio de la presencia de la escritora en los circuitos culturales porteños: “Pasando por Florida por curiosidad entré en la galería Güemes y en el quiosco de Salta vi sus libros, me causó mucha alegría, también he visto su fotografía en una revista ilustrada de Correos y Telecomunicaciones dedicada a Salta”.¹⁴

Así, resulta esperable que la autorreflexión sobre la propia tarea escrituraria no fuera ajena a los propósitos que encauzaban esta carrera literaria; perdura tal vez con mayor presencia en el capítulo “Las palabras”, del libro *El alma en la noche*. Este volumen muestra un cariz híbrido –entre la narración literaria, la reflexión existencial y artística y la autobiografía– y admite, en sus páginas, consideraciones sobre el valor performativo

¹⁴ La anécdota concuerda con la fluida correspondencia cultural que sostuvo la escritora, la que evidentemente contribuyó a instalar y sostener su figura en ámbitos culturales del noroeste y de Buenos Aires. En el FESS se conservan numerosos telegramas, cartas y esquelas con medios de Buenos Aires sobre recepción de libros, de textos para publicación y de confirmación de próxima edición (*La Nación*, *La Prensa*, *Criterio*, *Revista de Correos y Telecomunicaciones*, la editorial Estrada), y también con instituciones culturales y de gobierno, que remiten acuses de recibo de sus libros o con los que se establecen gestiones culturales (Secretaría de Presidencia de la Nación, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, Dirección de Estudios Históricos de la Secretaría de Guerra, Consejo de Mujeres de la República Argentina, Asociación de Mujeres de la Acción Católica Argentina de Salta, Consejo General de Educación de Salta, Comandancia de la 5ª División del Ejército de Salta, Arzobispado de Salta, Museo Histórico Sarmiento, Museo Social Provincial de Salta, Museo Regional del Norte, Museo Colonial, Histórico y de Bellas Artes de la Provincia de Salta, Academia Argentina de Letras, Sociedad Argentina de Escritores, Instituto de Crítica Literaria de la Capital Federal, Instituto Nacional de Investigaciones Folklóricas, Instituto de Estudios Históricos Güemes y el Norte Argentino, Instituto Belgraniano de Salta, Universidad Católica de Salta, Universidad Católica de Mar del Plata, Universidad Católica de Córdoba, Escuela Normal de Maestras de Salta, Colegio Nacional de Salta, Colegio de Jesús de Salta, Escuela de Maestros Normales Regionales de Rosario de la Frontera, Escuela Nacional de Comercio de Jujuy, Biblioteca Nacional de la República Argentina, Biblioteca de la Escuela de Gendarmería Nacional, Biblioteca Provincial de Salta, Bibliothéque National de Paris, Biblioteca Nacional de Santiago de Chile, Centro de Residentes Salteños en Buenos Aires “Gral. Güemes”, Teatro Presidente Alvear de Buenos Aires, entre otros).

de la palabra. Si atendemos a que su título parece reversionar el poema de san Juan de la Cruz, la simbiosis entre decir y hacer, gracias al inefable calibre místico, cobra aquí mayor vigor persuasivo:

¿Alguien ha reflexionado alguna vez sobre el placer de decir una palabra precisa, en un preciso momento? Pero la palabra dicha con parquedad, con inteligencia. No ese desborde que de por sí pierde todo valor y que da a la persona un aspecto de odre agujereado que se derramase; tal se vierte su insulsa y vana verbosidad. (1947: 21)

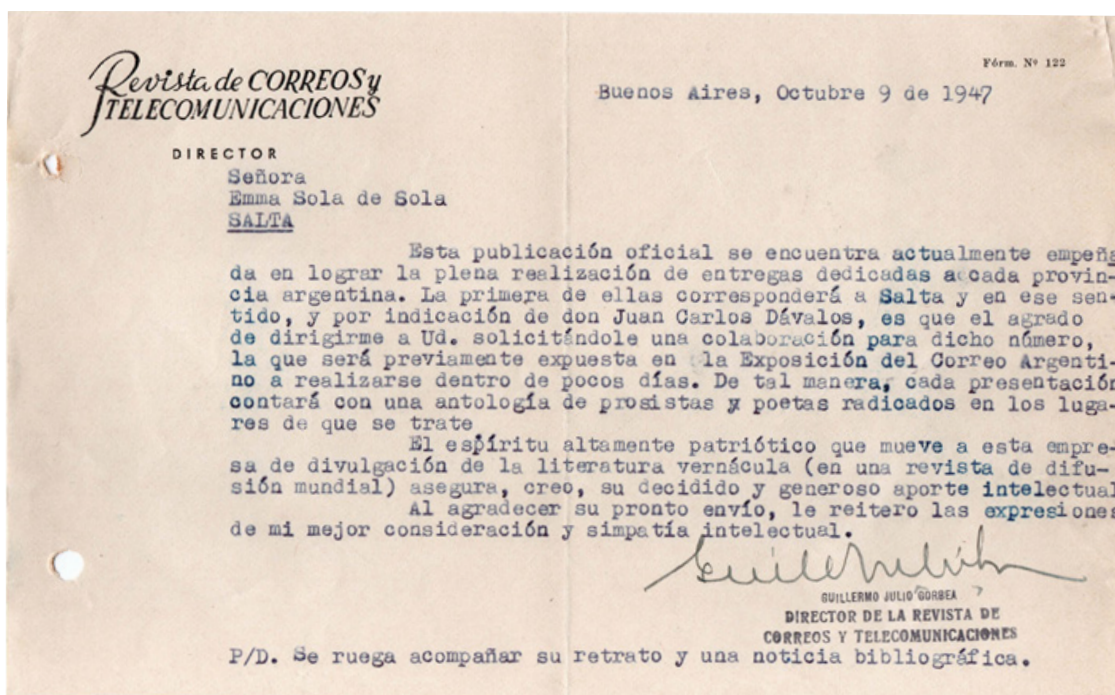


Imagen 2. Nota de la Revista de Correos y Telecomunicaciones (1947).

AMHUNSa, FESS.

Justamente, en relación con el carácter decisivo de la palabra exacta en el momento indicado, no debe olvidarse que, durante este período y hasta por lo menos avanzada la década de 1960, la literatura de Salta se convirtió en un terreno propicio para instalar, homogeneizar y esclerosar representaciones culturales identitarias que habrían de cifrarse en el constructo imaginario de la salteñidad, un tamizado ideológico enfático y de larga vida, resultante de las intervenciones de sujetos autorizados de la elite local que, como Emma Solá de Solá, tuvieron una gravitación definitiva.

A pesar de la relevancia de estos factores, que aquí someramente reseñamos, la importante producción de la escritora espera todavía una aproximación sistemática despojada de escrúpulos, que la retrotraiga del lugar de “la señora patricia dedicada por ocio a la literatura”, un prejuicio de género aún tangible que, otra vez, nunca fue utilizado, por ejemplo, como carta de desmerecimiento de los *gentlemen* escritores analizados por David Viñas (1994), aquellos sujetos *amateurs* dedicados a la literatura con perspectiva aristocrática y sin afán de profesionalización, durante la coalición cultural porteña del 80 y la transición al siglo XX (Ludmer, 1999). Todo ello, sin duda, contribuiría a arrojar luz suficiente –probablemente mediante el auxilio de las posibilidades interpretativas de un enfoque interseccional–, para intentar recomponer mejor su derrotero intelectual (en tanto mujer, patricia, provinciana, católica, nacionalista, letrada, escritora, etc.).¹⁵

Entre los materiales que integran la nutrida producción de Emma Solá de Solá, se encuentran dos textos literarios destinados al público infantil, aportes notables para rescatar y releer, con especial atención, desde el horizonte de posibilidades de nuestros días. Esta nueva variación propositiva dentro de su obra acerca reincidencias ideológicas consabidas y vetas divergentes de problemáticas que signaron el recorrido de la escritora, a lo largo de la historia literaria e intelectual de Salta; sin embargo, “Chango y Mancha. Aventuras de un escolar del norte argentino” (sin fecha precisa de escritura) y *Hacia el norte argentino* (1946) no pudieron ser léidas en serie en el conjunto de sus textos ni ser dimensionadas en el horizonte de sus acciones socioculturales, en la medida en que permanecieron inéditas hasta este momento.

Sobre el archivo y los textos

La edición de las obras resulta hoy posible gracias a la Colección Solá Castellanos (CSC), que fue donada en el año 2022 al Museo Histórico de la Universidad Nacional de Salta “Prof. Eduardo Ashur” por Susana Castellanos, sobrina nieta de la escritora, quien tuvo bajo su resguardo y estricto cuidado durante más de treinta años estos materiales. Desde entonces se conserva en el archivo del Museo, donde fue integrada al acervo de la institución

¹⁵ No existen estudios sistemáticos sobre la obra de Emma Solá de Solá, el intento de aproximación más orgánico lo propuso Helena Percas, en un momento en que la autora todavía no había editado todos sus textos (1958: 387-394). Por eso, en general, es posible acercarse a referencias acotadas sobre sus textos literarios en estudios de obras puntuales (Quispe, 2023 y Sosa, 2023), en estudios panorámicos (Adet, 2007; Arias Saravia et alii, 1997b; Moyano, 2004; Lastero, 2023; Soria Quispe, 2023), en antologías (Fernández Molina, 1964; Adet, 1973; Arias Saravia et alii, 1997a), simplemente mencionados en catálogos de autores del noroeste argentino (Lagmanovich, 1974) o en diccionarios especializados como el de Lily Sosa de Newton (1986).

mediante diferentes tareas de catalogación y conservación por parte de los profesionales responsables, a fin de que pueda ser socializada. Gracias a la disponibilidad de la CSC se ha emprendido una puesta en valor de estos materiales, que permita aproximaciones desde nuevas perspectivas de análisis a la obra y trayectoria de Emma Solá de Solá. El primer resultado de estos objetivos fue la edición del volumen colectivo *Escritoras salteñas. Emma Solá de Solá* (2023), coordinado por Enrique Quinteros, que permitió una revisión crítica de la autora – encarada desde la antropología, la historia y la crítica literaria– en muchos casos iluminando facetas desconocidas debido a las nuevas dimensiones que posibilitó la consulta del archivo.

El interesantísimo material que alberga la CSC tiene carácter familiar y, por ello, excede ampliamente una vinculación estricta con Emma Solá de Solá, reuniendo documentación muy variada datada entre comienzos del siglo XIX y fines del XX. En la zona efectivamente asociada a la trayectoria de la autora, en el Fondo Emma Solá de Solá (FESS), se conserva artículos periodísticos y de revistas, relatos de viajes, conferencias, discursos radiofónicos, cartas, fotografías y tarjetas postales, textos manuscritos y mecanografiados –borradores, copias y versiones– y anotaciones manuscritas, entre otros materiales. Allí se encuentran también las dos obras narrativas que ahora se publican.

El texto de “Chango y Mancha. Aventuras de un escolar del norte argentino” se conserva en quince folios mecanografiados; lo acompaña una versión en inglés de la obra, que reúne veintiséis folios mecanografiados. En el caso de *Hacia el norte argentino*, nos encontramos con cincuenta y dos folios mecanografiados.

En todos estos materiales perviven rastros de intervenciones posteriores, realizadas en distintos momentos, manuscritas o mecanografiadas, pues presentan marcas de reescritura, de tachado y de sobreescritura en lápiz o lapicera (en tinta azul y negra) y la foliación hecha con lápiz, que dan cuenta de los diversos procesos de relectura, reescritura y organización que sufrieron los textos.

En las reseñas biobibliográficas de la autora, las que existen desde hace tiempo en sus propios libros o las que más recientemente circulan en la web, a veces, cuando no se desconoce la existencia de “Chango y Mancha. Aventuras de un escolar del norte argentino” y *Hacia el norte argentino*, se suele dar como presupuesto que llegaron a publicarse. Sin embargo, no nos ha sido posible hallar ejemplares de ninguna de ellas. Resulta extraño que entre los materiales conservados por la propia albacea del archivo personal de la escritora no se encuentren ejemplares; tampoco en la memoria familiar pervive el hecho como un recuerdo certero. Por todo ello, debe presuponerse que nunca se

publicaron efectivamente, aunque fuese conocida la escritura de ambas o, incluso, pudiesen hipotéticamente haber circulado para su lectura en forma manuscrita o mecanografiada, un modo para nada infrecuente de circulación de textos hasta bien entrado el siglo XX, sobre todo en espacios culturales como el de Salta donde la industria editorial fue y sigue siendo acotada. Por lo tanto, esta publicación que compartimos es, hasta donde sabemos, la primera edición de ambas obras.¹⁶

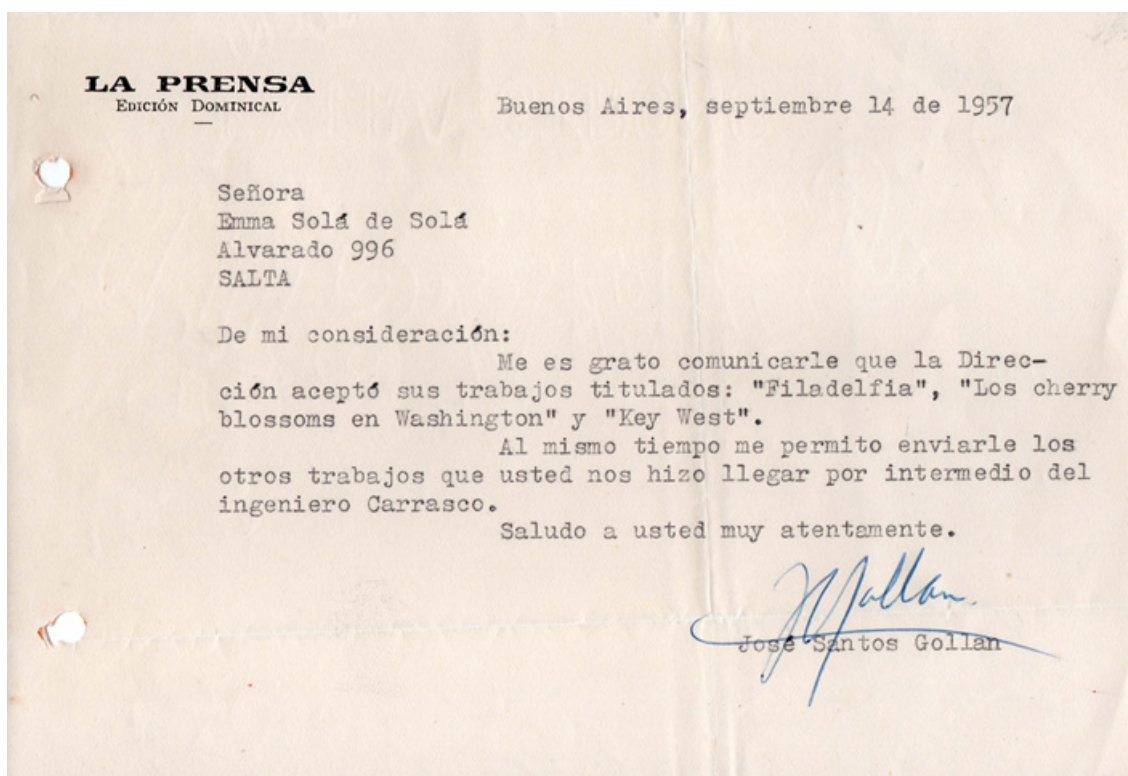


Imagen 3. Nota del diario *La Prensa* (1957).

AMHUNSa, FESS.

¹⁶ En el FESS se conserva un discurso titulado "Antecedentes de la Sra. Emma Solá de Solá", pronunciado por Rafael P. Sosa, Director del Museo Colonial, Histórico y de Bellas Artes de la Provincia de Salta, el 4 de julio de 1962, con motivo del acto conmemorativo de la independencia argentina; en la enumeración de la producción de la escritora que allí se ofrece, se menciona en un pasaje sus textos inéditos: «Tiene, en prensa, "Alma y Paisajes", poesías líricas y místicas, y, en preparación, dos libros para niños titulados: "Hacia el norte argentino" y "Chango y Mancha"». En 1982, unos años antes de la muerte de Emma Solá de Solá, Walter Adet indicaba lo mismo cuando, en la reseña sobre la trayectoria de la autora que ofrecía en la primera edición de *Cuatro siglos de literatura salteña. 1582-1981*, señalaba el importante material inédito y disperso de su producción: "Permanecen inéditas en libros sus obras para niños *Hacia el norte argentino* y *Chango y Mancha*, además de un considerable número de crónicas de viajes y notas sobre temas de actualidad parcialmente exhumados en revistas y periódicos" (2007, T. I: 123).

“Chango y Mancha. Aventuras de un escolar del norte argentino”

“Conjunciones”
*Somos como niños:
inventamos
juegos peligrosos
y no sabemos cómo curar las heridas
después de los cruentos incendios*
Mercedes Saravia, *Filamentos* (2010).

Avatares de un manuscrito

Como anticipamos, en el FESS se conservan dos versiones mecanografiadas de “Chango y Mancha. Aventuras de un escolar del norte argentino”, una en español y otra en inglés.¹⁷ El color ocre de las hojas, las tachaduras, las correcciones, las sobreescrituras, los variados interlineados y la organización estructural de la primera, nos permite conjeturar que es una de las versiones definitivas del relato, en el que sólo se han realizado intervenciones menores. El texto en inglés, en tanto, ofrece una definición estructural sostenida, carece de enmiendas y está prolijamente mecanografiado; probablemente, se trate de alguna de las copias preparadas para un potencial editor.

En relación con el proceso de traducción y los intentos de edición del manuscrito en Estados Unidos, junto a los mecanógrafos del texto literario subsiste una serie de documentación que permite recomponer un itinerario tentativo.¹⁸ Las primeras cartas que mencionan el texto son de mediados de la década de 1940, se trata de dos misivas interconectadas que dan cuenta de la búsqueda emprendida por la autora para hallar un editor interesado en publicar la obra. La primera misiva, en la que con mucha *politesse* se rechaza el manuscrito debido a los dilatados tiempos previstos por el sello E. P. DUTTON & CO., INC., evidentemente ha sido adosada a la otra carta, redactada por un funcionario de la embajada de Estados Unidos en Buenos Aires a quien no pudimos identificar. En este segundo texto se mencionan las gestiones realizadas por Lizbeth

¹⁷ La versión en inglés de la obra, “Chango and Mancha. The Story of an Adventurous Argentine School Boy and his pony”, puede consultarse en el Apéndice I.

¹⁸ Todas las cartas a las que se hace referencia pueden consultarse, en su versión digital y en traducción al español, en el Apéndice II.

Robertson con el manuscrito de Emma Solá de Solá y, en un encadenamiento deliberado para probar el fracaso en la tarea, deben haber sido remitidas juntas a la autora. Las transcribimos completas dada la brevedad que presentan ambas:

27 de marzo, 1946

Señorita Lizbeth Robertson

Embajada Americana

Buenos Aires, Argentina

Estimada señorita Robertson:

He revisado el encantador manuscrito de la señora Emma Solá de Solá, "Chango y Mancha". No dudo por un instante que es muy recomendable para jóvenes lectores, pero además creo que su atractivo es extremadamente pertinente en la actualidad.

Bajo las actuales desbordadas condiciones, no sería antes de agosto de 1948 en que pudiéramos publicar el libro, y eso no sería justo para la autora. Se le devuelve el manuscrito con nuestra apreciación por la oportunidad de leerlo y con nuestros mejores deseos.

Muy atentamente,

E. P. DUTTON & CO., INC.

Marguerite Vance

Editora de Libros Infantiles

29 de marzo, 1946

Dr. Ernesto Solá y Sra.

Salta

Mis queridos amigos:

Gracias por vuestra amable nota. He hablado con la señorita Robertson, quien está haciendo todo lo posible con respecto al manuscrito, y yo también haré lo propio.

Lamento mucho no haberlos visto en este viaje. Parto casi inmediatamente en el avión con destino al norte vía Río. Quizás tenga la oportunidad de reencontrarnos aquí o en Estados Unidos. Entretanto, les deseo lo mejor para ustedes, para Salta y para la República.

Cordialmente

[Firma ilegible]

Aunque Emma Solá de Solá parece haber estado familiarizada con la lengua inglesa, la traducción del texto, que hacia 1946 parece estar ya concluida, fue confiada a un hablante nativo o un traductor profesional.¹⁹ Por los señalamientos en otra carta, parecería haberse encomendado a Mrs. Lula H. Craycraft, la persona que asumió la tarea de traducir “Legends from the Mountains of Northern Argentine”. Esta serie de dos narraciones articuladas –“The Mother of the Wind” y “The Goat with Horns of Gold”– versiona en prosa dos poemas incluidos en *La madre del viento y otros poemas* –“La madre del viento” y “El chivo con astas de oro”–, donde la escritora reescribía elementos propios de la tradición oral,²⁰ y aparece con indicación de la traductora en copia existente

¹⁹ La lengua extranjera que la escritora conocía en profundidad era el francés. Dejó pruebas de su dominio en la escritura de los seis poemas que integran la sección “Quelques poésies en français”, en su libro *Esa eterna inquietud...* (1965: 93-98). Este manejo del francés motiva un pasaje, a raíz de la visita de los reyes de Bélgica a la ciudad de Salta en 1965, en una carta de Ernestito Padilla del mismo año conservada en el FESS: «Sé por una linda carta de Tuta que Vd. ha festejado una expresión mía sobre los motivos que considero inconvenientes para acompañarlos a ellos en la visita que harán los Reyes de Bélgica y me confirmo en lo mismo ya que no solo “acholaría” a la dueña de casa sino también a la lenguaraz que sin duda estará al lado de ellas para servirles de cicerone con la gracia y la maestría del francés que evidencia en sus *Quelques poésies en français*. Después de la visita real hágase un ratito y escríbame contando sus impresiones».

²⁰ En la suerte de introducción a estos relatos, dice la autora: “The natives of northern regions of the Argentine Republic live in great isolation and solitude because of their distance from populated districts and the rudeness of roads and trails which lead to their habitations. They are to some extent compensated for their lonely destiny by the gift of unusual imagination with the people freely their environment. They personify the natural thing, mountain peaks etc. about them; imaginary beings, weird and fantastic, are linked to happenings as causes. The simplest accident is attributed to the supernatural and mysterious”. Puede consultarse completo este texto en el Apéndice III.

en el archivo.²¹ Esta hipótesis puede defenderse, a su vez, atendiendo al intercambio de epístolas que ambas mujeres sostuvieron. En una carta de abril de 1950, Mrs. Craycraft busca interiorizarse sobre el matrimonio Solá, debido al poco contacto que venían sosteniendo, entre otras razones por las dificultades ocasionadas por la Segunda Guerra Mundial, y, en relación con el texto, despeja dudas sobre su trabajo de traducción:

Ha corrido mucha agua bajo el puente desde que nuestra asociación aquí en EE.UU. llegó a un final tan repentino con su partida a Argentina. Aunque le he escrito, nunca recibí noticias suyas. No llegó respuesta a ninguna de mis cartas.

Recientemente, he estado escribiendo de nuevo y me gustaría presentar su historia de Chango y Mancha en un concurso para libros infantiles el próximo mes. Estoy ansiosa por saber si ha publicado alguna parte del cuento, y si estaría dispuesta a que lo inscriba. Estoy muy ansiosa por tener noticias suyas, por saber cómo están usted y el Dr. Solá.

Durante la guerra, tenía un puesto a tiempo completo en el servicio de inteligencia del gobierno: traduciendo, y como las oficinas estaban en la 7ª Avenida, cerca de la calle 23, tuve la fortuna de encontrar este lugar en el que he permanecido desde entonces.

Además, conociendo el deseo de la escritora por publicar la obra en Estados Unidos, dice haber readequado nuevamente el texto para poder ser presentado al certamen que menciona: “He reescrito la historia en un esfuerzo por cumplir con las condiciones del concurso”. Por ello, agrega a su envío una copia de “Bases from the Annual Children’s Book Contest of the Julia Ellsworth Ford Foundation”, incentivándola a participar con este relato.²² Sólo señala como advertencia la fecha límite para presentar la obra: “Con la esperanza de que todo esté bien con usted y su marido, estaré esperando ansiosamente noticias suyas antes del 15 de mayo, cuando cierra el concurso de historias infantiles”.

La respuesta de Emma Sola de Solá llevará la triste noticia de la muerte de su esposo, ocurrida en septiembre de 1947. Como al pasar, también reconoce a la amiga norteamericana como traductora del manuscrito que, evidentemente, es el que se conserva en su archivo personal: «Con respecto a la historia de “Chango” y “Mancha”, no he publicado nada, y la tengo igual que cuando me la dio. Estoy muy de acuerdo

²¹ En el encabezado del documento, junto al nombre de “Emma de Sola” y su dirección en la ciudad de Nueva York figura el nombre de Lula H. Craycraft como traductora y su dirección postal también en Nueva York. Todo parece indicar que se trata del texto traducido que remitió la profesional a la escritora.

²² Este concurso dependía de Julia Ellsworth Ford Foundation Prize y tuvo continuidad entre los años 1934 y 1950: «This Foundation was established by Julia Ellsworth Ford in 1934 for the purpose of “encouraging originality and imagination in children’s literature in the United States”. The prize is awarded annually for a juvenile manuscript. Originally the amount of \$1,450 was divided into several awards. (...) The contest is open to all authors and the prize-winning manuscript is selected by a board of well-known authorities on children’s books» (*Literary prizes and their winners*, 1946: 58).

con su idea de publicarla, y confío en que encontrará la mejor manera de hacerlo». Desafortunadamente, la respuesta aparece con fecha muy tardía, en agosto del mismo año, por lo que debe haber llegado a su destinataria fuera de los plazos previstos por el certamen y, muy seguramente, la obra no pudo ser presentada, al menos, en la convocatoria de ese año.²³ No sabemos por carecer de otra documentación si la traductora insistió con este asunto, lo cierto es que, mucho tiempo después, queda constancia de que el texto seguía sin poder ser publicado.

La segunda sección de cartas referida a este tema es de comienzos de la década de 1960 y está compuesta por tres misivas remitidas por Benjamín Núñez, académico amigo de la familia Solá que se encontraba en ese momento en Washington. En la carta fechada el 8 de noviembre de 1962, el amigo le transmite malas noticias, a raíz de los pormenores de una mudanza:

Estoy consternado porque cuando encontré una persona conectada con el asunto publicidad, descubrí que el envoltorio que tenía y que lo abrimos, contenía los libros que Ud. me regaló y no el manuscrito... He buscado por todos los rincones y entre mis libros y papeles no puedo dar con su obra. (...) Con todo quiero pensar que Ud. me disculpará esto y me sacará otra copia, ya que Ud. me dijo tiene una en su poder. Hágalo a la brevedad.

Además de comunicar el extravío del manuscrito de la obra, Núñez menciona de manera auspiciosa “las posibilidades de publicar su obrita”, dado el interés que tiene la literatura infantil en ese país, al punto que agrega: “Por correo le mando un suplemento de un periódico en que se menciona la importancia de este tipo de literatura infantil”.²⁴ Ya sea por una apreciación lectora personal o porque haya sido la misma escritora quien explicitó su preferencia en este tema, entre los ocasionales interlocutores que tomaron contacto con el manuscrito se evidencia que reconocían a los niños como principales destinatarios del texto. Igualmente significativo es otro dato que arroja la nota: un tentativo viaje de la autora salteña en caso de surgir una seria propuesta de publicación para su texto.

²³ La de 1950 parece haber sido la última convocatoria del premio, debido a la muerte de su promotora, Julia Ellsworth Ford (1859-1950), ocurrida ese año. La obra ganadora de este certamen fue *Tomas and the Red-Headed Angel* de Marion Garthwaite, ilustrado por Laurence J. Borjklund.

²⁴ Conviene mencionar que en Estados Unidos la literatura infantil tuvo un singular desarrollo desde fines del siglo XVIII. Primero con la circulación de la recopilación de relatos de tradición oral de Charles Perrault y, más tarde, ya en las primeras décadas del siglo XIX, con la compilación de los hermanos Grimm. En este mismo siglo, las novelas de aventuras llamaron la atención del público infantil; a pesar de que estrictamente no siempre hayan sido pensadas para este tipo de público lector, lograron consagrarse *Los viajes de Gulliver* (1726) de Jonathan Swift, *Las aventuras de Tom Sawyer* (1876) y *Las aventuras de Huckleberry Finn* (1884) de Mark Twain y *La isla del tesoro* (1883) de Robert Louis Stevenson.

A propósito de estas derivas, el intercambio epistolar continúa. En otra breve carta del 4 de febrero de 1963, Benjamín anoticia a la escritora sobre el hallazgo del manuscrito y el inicio de las gestiones para su publicación, pues “como Ud. sabe hay aquí compañías muy grandes que se dedican exclusivamente a publicar literatura infantil”. Aunque también deja entrever que esas alternativas estarían sujetas a las posibilidades que ofrece el texto para ser publicado, pues “posiblemente lo exótico del tema más la forma narrativa de la obrita va [a] despertar interés”, dice con tono optimista. Es decir, el mundo narrado con sus paisajes y tipos humanos, sus costumbres y sus relatos populares eran apreciados como atractivos para lectores no familiarizados con la ruralidad salteña y, sobre todo, por la singular forma con la que este mundo otro es (re)presentado en la narración. No menos importante, en cuanto a las seducciones que pudiese conseguir, es que desde el título el texto se inscribe en la narrativa de aventuras, de cierta trayectoria en la tradición literaria norteamericana. En este potencial horizonte de lectura, resultan referentes directos las novelas de Mark Twain, *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Las aventuras de Huckleberry Finn*, en las que los protagonistas son niños. Con la primera obra, además, la propuesta de Emma Solá de Solá tiene en común la fuerte presencia de la naturaleza, la huida del niño, la presencia familiar y la relación compleja con las otredades que dichas experiencias favorecen.

En la carta mencionada, Núñez también se refiere a ilustraciones que acompañarían el texto y que habría tenido en su posesión la autora: “Apenas tenga noticias concretas le escribiré. Porque entonces habrá que ver las ilustraciones que llevará el libro. Si mal no recuerdo Ud. me dijo que tiene listas las ilustraciones para acompañar el texto”. Tales ilustraciones no se conservan en el FESS, pero la mención de su existencia nos permite dimensionar el calibre del proyecto en ciernes. Dice Fanuel Hanán Díaz, refiriéndose a los libros para niños, que las imágenes tienen la capacidad de contar algo, “de expandir e incluso desafiar a los textos, proponer otras lecturas que permitan esa profundidad en la dinámica de obtener alternando el discurso visual y el discurso textual” (2015: 26). Por ello, explotando esas ilustraciones y sus potencialidades de administración conjunta de los sentidos del relato, Emma Solá de Solá probablemente habría presentado de otra manera a sus personajes, a los seres mágicos y/o míticos que habitan su mundo narrativo, a los espacios fabulosos que evoca Don Panta. Su libro, de haberse publicado con estos recaudos, habría alcanzado una impronta significativa, convirtiéndose así muy posiblemente en una obra pionera de su tipo en el noroeste.

Respecto de la previsión para incorporar imágenes en sus textos, resulta interesante observar la edición de aquellas obras de la escritora que finalmente alcanzaron esa presencia simbiótica. Es el caso de *Miel de la tierra. (Allpamiski). Poesías de las montañas de Salta* y, muy especialmente, *La madre del viento. Leyendas y paisajes*, pues ambos volúmenes contaron con hermosos grabados realizados por el artista de origen libanés Alejandro F. Ache, quien se había radicado en Salta tras su casamiento con Lidia Cornejo.²⁵ Ache realizó una significativa trayectoria apuntalada por sus afinidades hacia la pintura religiosa, llegando a ser el responsable de las imágenes que acompañaron la primera edición de la *Antología del Milagro. Salta (1592-1942)*. Los dos libros de Emma Solá de Solá ilustrados por el artista se destacan como los más cuidados de la autora, desde su materialidad compositiva, por la especial atención puesta en articular palabra e imagen. *La Madre del viento. Leyendas y paisajes* es una nueva versión del libro de 1928, donde la autora, a sus 80 años, reordenó sistemáticamente el volumen en función de las nuevas posibilidades significativas que ofrecían las ilustraciones del artista. Con estas modificaciones parece haberse honrado un consejo del amigo Padilla, quien muchos años antes al recibir un ejemplar de *La madre del viento y otros poemas* le había recomendado la posibilidad de hacer una edición acompañada por ilustraciones, pues:

Si algún artista los ilustrara en láminas que los trasuntara a la manera y el grado en que Vd. los ha percibido, habría un libro salteño en estrofas y en color que daría singular relieve a algo de lo que hay de típico y encantador en la tierra solariega. (AHT, FEP, carpeta 26, folio 96)

Volviendo al intercambio con Núñez, la funcionalidad visual de las ilustraciones vuelve a mencionarse en la última carta del 20 de junio de 1963. Por la información que es posible reponer, se trataría de la respuesta a otra anterior que Emma Solá de Solá le había enviado ese año, en la que le habría comunicado el fallecimiento del arzobispo Roberto Tavella²⁶ y, además, habría solicitado ayuda o recomendaciones para un sobrino que iba a iniciar sus estudios en Estados Unidos. En relación con la obra, en un breve párrafo, Benjamín Núñez le advierte:

Respecto al manuscrito tengo miedo de enviarlo a algún editor por el temor de que se extravíe. Necesitara se saquen dos o tres copias para enviarle una a Ud. y entonces

²⁵ Algunas de las ilustraciones realizadas por Alejandro F. Ache para ambas obras se reproducen entre las imágenes que acompañan este volumen.

²⁶ Además de presentar los inconvenientes que tuvo el manuscrito para ser publicado, las cartas ponen en evidencia la red social en la que se movían el emisor y la receptora, siendo destacable el vínculo cercano y familiar que tenían ambos con Roberto Tavella, primer arzobispo de Salta entre 1934 y 1963.

ponerse a la tarea de encontrar el editor. Creo que será posible hallarlo. También se necesitan las ilustraciones para que ellos se hagan una idea del libro.

Como puede inferirse, en la carta que aquí se responde, la escritora habría solicitado, una vez más, noticias sobre las gestiones para la publicación de su libro y tal vez sugerido el envío del manuscrito para asumir ella misma la tarea de buscar un editor y viabilizar la publicación. Acciones que fueron, evidentemente, infructuosas.

Tal vez por todas estas variables intervinientes que afectaron el dilatado proceso de escritura de la obra, su traducción y frustrada edición durante más de veinte años, factores que de manera parcial pueden recomponerse a partir de la documentación conservada en el FESS, en ninguno de los textos Emma Solá de Solá consignó una fecha de finalización de la escritura en español y de su versión al inglés. La indicación “Escrito en Estados Unidos”, que abre la portada de la obra junto al título, sólo nos permite presumir que el texto habría sido esbozado o finalizado durante una de sus estancias en ese país, posiblemente a comienzos de la década de 1940 (Sosa, 2023).²⁷

Por otro lado, considerando la configuración de la obra en español, especialmente por el empleo de ciertas estrategias discursivas —explicaciones terminológicas y topográficas—, resulta indiscutible que esta producción tenía, desde un principio, como destinatario al público infantil norteamericano. Así, por ejemplo, ya en la primera página del texto, explica la voz narradora: “Tartagal está en la parte norteña de la República que se halla debajo del Ecuador” y, un párrafo más adelante, acentúa la actitud aclaratoria: “Porque en Argentina todos los niños de escuela pública usan delantales blancos sobre sus vestidos: los varones una especie de guardapolvo y las niñas un delantal de mangas

²⁷ No sabemos en verdad cuántas veces estuvo la escritora en Estados Unidos, pero muy presumiblemente visitó el país en varias oportunidades, según lo testimonian sus relatos de viaje y las tarjetas postales y fotos tomadas en diversos momentos y ciudades de esa nación (Sosa, 2023). Sí contamos con registros comprobables sobre un viaje realizado en 1939, gracias a documentación fehaciente del FEP. Tal como había señalado Guillermo Furlong, debido a gestiones personales encaradas por Ernesto Padilla, Ernesto Solá pudo viajar como integrante de la delegación argentina de la Exposición universal que se realizó en San Francisco en febrero de 1939 (1959, T. II: 720-721). Dos cartas en el FEP confirman este punto. La primera es de marzo de 1938, en ella la escritora intercede para transmitir “el deseo de mi esposo de formar parte de la comisión que designarán con ese objeto”, encomendándole a Padilla que sugiera su nombre para poder participar del evento (AHT, FEP, carpeta 28, folio 141 vuelta, subrayado en el original); en la segunda, del 21 de enero de 1939, vuelve a pedir una intercesión del amigo tucumano ante la inminencia del viaje y al no haber recibido su marido una notificación oficial sobre la designación: “Según parece tendrá que darnos el empujoncito de gracia para que podamos arrancar al fin...” (AHT, FEP, carpeta 28, folio 143 vuelta).

largas”.²⁸ A lo largo del relato nos encontraremos con muchas otras digresiones de este tipo que tienen la intención de acercar al lector un conjunto de aspectos (paisajes, costumbres, formas de hablar) que se presuponen como distantes y/o desconocidos.²⁹

La traducción de esta obra y los textos reunidos bajo el título “Legends from the Mountains of Northern Argentine” dejan en evidencia la seria pretensión de la autora por hacer conocer parte de su literatura por fuera de su espacio geocultural. Para la década de 1940, nuestra escritora ya gozaba en Salta de un amplio reconocimiento en el ámbito cultural, logrado fundamentalmente a partir de su participación sostenida al frente de la Acción Católica Argentina (Quinteros, 2023) y las fluidas vinculaciones con los medios culturales de Buenos Aires. Este impulso hacia la captación de un público lector extranjero y en un nicho de producción como la literatura infantil –vertiente en la cual, por el momento, desconocemos la existencia de antecedentes en Salta– es otro índice de las acciones profesionalizantes, de búsqueda de proyección internacional y de la afirmación de un quehacer literario por el cual la escritora apostó en todo momento.

²⁸ Recordemos que el uso del guardapolvo blanco es recomendado por el Consejo Nacional de Educación argentino en 1919 y, recién en la década de 1940, su uso se vuelve obligatorio. Este dato, nos permite conjeturar que las acciones están ambientadas después de la institucionalización del atuendo escolar.

²⁹ Al finalizar el capítulo I, por ejemplo, se explica de dónde y cómo se obtienen los “quesos” de patay y en el capítulo III cómo se obtienen los panes de sal. Dice Don Panta a Chango: “Es la misma, pero la [sal] que conoces ha sido especialmente preparada. Las llamas conducen grandes panes de ella, la clase que ponemos en los corrales, que los caballos y vacas lamen. Los campos salinos allá arriba parecen lagos, a la distancia, y los indios van con sus hachas y desprenden grandes porciones, las cargan sobre las llamas y las llevan abajo a vender”.

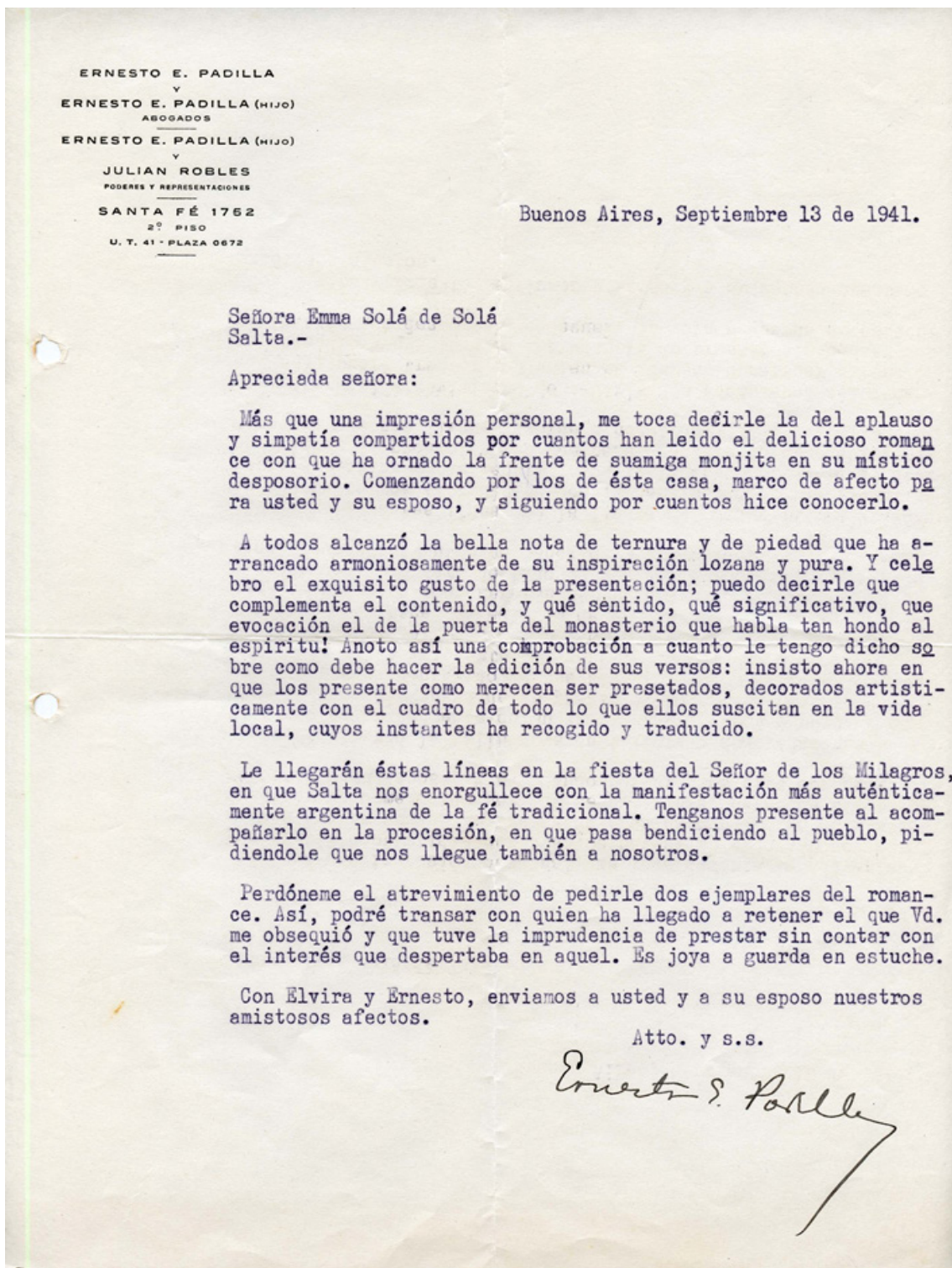


Imagen 4. Carta de Ernesto Padilla (1941).

AHT, FEP.

La seducción de lo exótico

“Demanda contra lo oscuro”
*Si aún llevamos en la boca
el sabor siempre perdido
aún buscamos aquello
que nuestro ser quebrado reclama*
Mercedes Saravia, *Mendiga luz* (1991).

Si tuviera que delinearse una síntesis de su argumento, este relato nos acerca una serie de hechos que le suceden a Chango, un niño de doce años oriundo de la localidad de Tartagal, tras el inicio de sus vacaciones veraniegas al finalizar el ciclo escolar. Justamente la historia comienza cuando se despide de sus compañeros y su maestra, y marcha junto a su hermana Chinita a la casa familiar.³⁰ En el hogar, después del reencuentro con su madre, de compartir el patay, Chango a través de los breves relatos del viejo arriero Don Panta, que escucha en compañía de otros peones en una rueda de fogón, se sumerge en una seguidilla de aventuras entre las que se destaca la que vivencia junto a su petiso Mancha en un singular y aleccionador sueño.

La breve narración del cuento, que está organizado en tres capítulos, avanza desde el primero con una voz narradora especialmente interesada por brindar el cronotopo de la historia y presentar a los amigos de Chango, que no tendrán participación central en los hechos posteriores, a la vez que se comienza a brindar ciertas características del niño protagonista. Entre todos los amigos de Chango, se distingue Mané (Manuel), su mejor amigo. Además de las travesuras, los une el gusto por las historias y la vida en la naturaleza:

Otra razón por la cual Mané era tan favorito de Chango se debía a que ambos amaban las afueras, los bosques³¹ y especialmente los animales que había en ellos. Eran las historias de Mané sobre estas cosas las que a Chango le agradaban más.

³⁰ La denominación genérica que se elige para los personajes, Chango y Chinita, retoma términos propios del noroeste para nombrar a los niños, con lo que parecería querer destacarse el matiz representativo de todo un espectro etario con estos personajes. La sustitución del nombre propio por el genérico también tiene como rédito la proposición alegórica nacionalista de estas figuras, lo que profundiza aún más la función modelizante que se emprende, sobre todo, con la figura del niño gaucho como paradigma del infante argentino y del ser nacional.

³¹ Nótese el uso de “bosques”, y en otros momentos de “seto”, “cerco” o “jungla”, palabras ajenas al vocabulario de la variedad lingüística del español en el noroeste argentino, que claramente eligen inscribirse en tradiciones literarias occidentales.

Como es sabido, los relatos orales requieren del encuentro con el otro, el interlocutor, sin el cual no sería posible el hecho narrativo performático. Mané, asumiendo las cualidades de un verdadero narrador oral, cautivaba a sus compañeros con historias propias y con otras sobre los indios. Es, finalmente, uno de los personajes que familiariza a Chango con ese otro universo que asoma como ajeno, porque en la historia nunca aparece representada la interacción con los indígenas. Sin embargo, sutilmente la voz narradora sugiere que hay cierta atracción o conexión particular de ese universo con Chango. Más adelante, sin estridencias, se develará el carácter mestizo del niño. Esa cualidad, que en apariencia sólo contribuye a la pintura de un personaje exótico, es importante para significar ciertas acciones de Chango y algunas inconsistencias ideológicas que encabestran distintos planos del relato.

Al inicio del capítulo II el narrador expone la insatisfacción del niño con su realidad inmediata y sus deseos de independizarse del entorno familiar para conocer mundo, vivenciar desafíos, correr riesgos. Este apuntalamiento del carácter aventurero del personaje no consigue parangón en la historia, si consideramos la fugaz presencia de los compañeros de escuela (tipificados en la faz del cómplice o el revoltoso) y la restante galería de personajes que se completa con entidades menos temerarias: su hermana menor Chinita, su madre Asunción y el perro Pascual. Las mujeres tampoco tienen participación en los principales sucesos. Asunción es presentada como una mujer dedicada al hogar, al cuidado de los hijos y de gran habilidad para la preparación de comidas y postres típicos de la zona. El narrador no brinda mayor información sobre Chinita, excepto su buena conducta en la escuela que le valió un libro como premio. La breve mención del hecho, sin duda, tiene la intención de resaltar la ejemplaridad del comportamiento y contribuir a la educación infantil mediante la cultura letrada.

Por otro lado, del perro, la voz narradora destaca su compañerismo, lealtad, complicidad y obediencia. En otras palabras, Pascual es el perfecto compañero para un niño en crecimiento y en busca de aventuras.

La breve caracterización de los personajes humanos y animales puede leerse como una estrategia narrativa que busca captar el interés de los pequeños potenciales lectores. Además del paisaje, el costumbrismo ayuda en este proceso de presentarle al extranjero hábitos propios de esta región de Argentina: la vida rural, el trabajo con el cuero, la recolección de miel, el acortamiento afectuoso de los nombres, las referencias edulcoradas al mundo indígena y los seres andinos mitológicos como Coquena, las

comidas típicas (mazamorra, patay, mate), las prendas del caballo, la flora y fauna del Chaco, las supersticiones en relación con los animales como el canto agorero del chajá, las referencias al oso melero y al puma, la explotación petrolera (que vuelve a retomarse en *Hacia el norte argentino*, cuando se menciona la compañía Standar Oil), etc. Todo este catálogo nutrido de atractivas curiosidades contribuye, entonces, a la creación de un universo literario lo suficientemente seductor para acicatear el interés de un lector que, como podría no estar familiarizado con esta realidad, es incorporado amablemente al mundo representado.

Ser hombre, ser gaucho, ser libre

“Poeta en un avión”
Lo inquietan las paradojas
la grieta
por donde el sentido se desliza
el hueco el caos
contra la luz del sol
 Mercedes Saravia, *Filamentos* (2010).

Este universo narrativo se completa con la vital presentación y caracterización de Don Pantaleón y el caballo Mancha, que ofrece el narrador en el capítulo II. Personajes que, por el halo de egregia masculinidad que valida la obra, son los que verdaderamente orbitan alrededor del protagonismo de Chango en el transcurso de la historia. De Don Panta, como se lo llama en el resto del texto, se destaca sus dotes de narrador oral y su “viva imaginación”. Además, se menciona que otrora había sido un experto arriero de mulas. De esos años de juventud sólo le quedan sus historias, fruto de la propia experiencia y de su imaginería de corte rural. Es interesante destacar que en su presentación la voz narradora destaca que el peón “había estado con la familia de Don Cosme [padre de Chango] toda su vida”. Por un lado, la mención deja entrever aquí la posición social que ocupa la familia de Chango, sutilmente asociada al comercio mular, una actividad tradicional en la historia económica del noroeste; y, por otro lado, desnuda las relaciones paternalistas que entablaban los hacendados con la servidumbre para enmascarar diversas formas de ejercicio del poder (Quispe, 2023).

La presencia ensalzadora de un niño gaucho virtuoso puede resultar llamativa como estrategia enunciativa en un texto de casi mediados del siglo XX, pero es plenamente conciliable con el hecho de que la figura del gaucho se incorpora fehacientemente a la literatura salteña, promediando la década de 1920, es decir, después de la reivindicación promovida en Buenos Aires por los nacionalistas del Centenario (Moyano, 2011). La legitimación cultural de *Martín Fierro* (1872-1979) de José Hernández realizada por Leopoldo Lugones, con las conferencias de 1913 que integrarán *El payador* (1916), y la consecutiva reivindicación académica de la gauchesca –y en particular del poema hernandiano– gestionada por Ricardo Rojas, con la creación de la primera cátedra de Literatura argentina en la Universidad de Buenos Aires y la escritura de *La literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata* (1917-1922), fueron determinantes en la canonización de la gauchesca con estatuto representativo nacional. En Salta, las operaciones discursivas reivindicatorias que “impusieron tipificaciones sobre la representación del gaucho y su entorno” en clave local (Sosa, 2015: 208) fructificaron de la mano de Juan Carlos Dávalos, quien atendiendo a las tipificaciones porteñas las reacomodó, desde la historia local salteña, para ofrecer una imagen del gaucho con matices, asociada a la figura del peón criollo “generalmente ubicado en situaciones desfavorables por un etnocentrismo racial y de clase” (Sosa, 2015: 208). Un cuento modélico del escritor salteño con el que implícitamente el texto de Emma Solá de Solá guarda conexiones es “El viento blanco” (1922), pues allí se construye la impronta del patrón como gaucho paradigmático de virtudes, que establece un vínculo afectivo con sus peones arrieros sin poner en riesgo las diferencias jerárquicas de etnia y clase.

Don Panta en el texto asume el rol de maestro de Chango, quien despunta como un gauchito en formación. Las situaciones de enseñanza se dan sobre todo a través del relato y más puntualmente a partir de la evocación de aventuras pasadas, que contribuyen a construir la imagen de un gaucho del tipo baqueano, leal, compañero, fuerte y valeroso. Chango quiere remedar y ser ese gaucho aventurero; desea desembarazarse de sus miedos, los cuidados maternos y la autoridad paterna para descubrir el mundo que se encuentra del “otro lado de esas montañas que vislumbra en la distancia violácea”.³²

³² El título del relato en la versión en inglés –“Chango and Mancha. The Story of an Adventurous Argentine School Boy and his pony”– está enfatizando aún más estos elementos, al incluir la figura del caballo como importante coprotagonista de las aventuras.

El niño de hecho deja el guardapolvo blanco para vestir los hábitos de este personaje representativo de la nacionalidad. La transformación de Chango es progresiva. Se inicia en su cumpleaños número doce con los simbólicos regalos que recibe, además de la señaladísima incorporación de su caballo Mancha:

En un nuevo soporte en la pared halló una hermosa montura flamante, un mandil de alegres colores, para poner debajo, tejido amorosamente por su madre, y un lazo en el que reconoció el hábil trabajo manual de Don Panta. Además, recibió del viejo peón un hermoso pellón de cordero, listo para colocar sobre la montura a fin de hacer suave y cómodo el asiento. Había un regalo más que hizo sonrojar de alegría a Chango: un poncho. Era bello, en blanco brillante con dos franjas azules como las de la bandera nacional.

El caballo, el cuchillo y la indumentaria gauchesca adquirieron valor simbólico en la cultura argentina, al menos desde *Facundo* (1845) de Sarmiento, de modo que al tiempo que individualizaban al gaucho lo conectaban semióticamente con la barbarie (Barrenechea, 1978). Tras el proceso de reivindicación de la figura del gaucho operada en el contexto del primer nacionalismo argentino, estos componentes pasaron a tener una valoración positiva, entonces, comenzaron a denotar virilidad, destreza y fortaleza. Chango, como “gaucho aprendiz”, ansioso y expectante, se sumerge en el mundo de la peonada, sus rituales, sus costumbres y sus trabajos, orientándose hacia una educación que lo va impregnando con esas ponderaciones exaltadoras de lo propio.

Aunque el tiempo de la historia parece acotarse a sólo un día, el discurso narrativo da cuenta de situaciones de aprendizaje que coadyuvan a la instrucción experiencial y moral del protagonista, organizadas en más de un momento como claras ritualidades de escenas de pasaje. Chango vivencia, a través de los relatos y el sueño, situaciones que lo transforman. Las historias de Don Panta, que evocan aventuras, viajes, episodios atravesados por la fantasía, fortalecen en Chango la decisión de ser un gaucho y sobre todo de ir en búsqueda de sus propias aventuras. Por otra parte, las vivencias (el enfrentamiento con animales de la fauna local) que acontecen fundamentalmente en el plano onírico, movilizan la superación de pruebas encaminadas a fortalecer la hombría del protagonista. La voz narradora deja entrever que todo ello modificará la conducta de Chango frente a la vida, mediante un sostenido aprendizaje tendiente a consolidar su transformación y la madurez del personaje que se aproxima a la adolescencia. La presencia tutelar de un gaucho experimentado –devenido, ya viejo, en peón– sobre un niño aprendiz evoca, sin dudas, el esquema didáctico propuesto por Ricardo Güiraldes en *Don Segundo Sombra* (1926); la novela emblemática del criollismo de la vanguardia rioplatense en la que también

nos encontramos con un gaucho arriero, que patrocina desde su madurez y transmite su sabiduría al niño –pronto devenido joven– Fabio Cáceres. Al igual que en la narración de Emma Solá de Solá, parte de esos saberes experienciales son transmitidos a través de los relatos internos (cuentos, fábulas populares o simples anécdotas) que se intercalan en el curso de la novela, donde no funcionan como piezas ornamentales o accesorias sino funcionales o constructivas, pues contribuyen a la configuración psicológica e ideológica en el destino del protagonista, un camuflado patroncito de estancia, aunque con buenas intenciones (Martos Núñez, 1992).

A pesar de que nuestra escritora demuestra intenciones inclusivas al otorgar el protagonismo de la historia a un mestizo, no deja de resultar sorprendente que en el texto la voz narradora sugiera que la insatisfacción de Chango, una empozada desobediencia y el umbral de su transgresión están en relación directa con su origen indígena, un estigma que incomoda desde la propia descripción del personaje:

Era alto para su edad y derecho como una caña; sus ojos eran grandes y oscuros y tenía hermoso y espeso pelo negro. Se le notaba que en parte era indio. Cuando hablaba de las cosas de los bosques, como lo hacía siempre, su madre lo miraba y decía: “Está en su sangre”. Su abuelo, el bisabuelo de Chango, fue indio.

El deseo de aventuras y de proximidad con la naturaleza, la velada y creciente indocilidad, el ocasional malestar con su entorno próximo y el gusto por las “historias de indios” acuerdan con lo que deja entrever la voz narradora, estaríamos ante factores que denuncian –en clave determinista– una íntima relación con el doble origen étnico de Chango, con su incómodo carácter mestizo.

El problema del indio genera así tensiones irresueltas en la obra. Si por un lado la construcción de un personaje gaucho y mestizo es atractiva para un público no familiarizado con estos sujetos sociales ni con su entorno, creencias y costumbres, al mismo tiempo, su indisciplina no deja de alarmar los prejuicios que pesan sobre la otredad indígena que es rechazada por el etnocentrismo blanco que sustenta el texto. En el capítulo III, en el primer relato enmarcado, por ejemplo, a través de la voz de Don Panta se explicita ese prejuicio sobre los indios y sus creencias. Cuando Chango evoca la figura mítica del Coquena³³ advirtiendo cierta observancia ante su labor protectora de la fauna puneña, el arriero responde con menosprecio: “En esos días no temía a nada,

³³ Cotejar con la versión de este relato que había ofrecido la autora en “La venganza de Coquena” (1928: 39-42).

deja que te lo diga, mi muchacho, y menos todavía al espíritu de un indio”. En otro pasaje igualmente desdeñoso, a pesar de ser un probado cultor del uso precavido de la palabra, el paisano dirá despreciando los saberes orales de los indios “¡Esos no son sino cuentos de indios, mi muchacho!”.

Conviene mencionar que en otras zonas de la narrativa salteña también se inscribía esta mirada reticente ante la otredad india y mestiza, forjando una huella tradicional que hasta la fecha resulta verificable en los imaginarios sociales locales. Valga de ejemplo un fragmento del cuento “El atajacamino” (1918) de Juan Carlos Dávalos:

La Gabina Suárez, hija de un puestero del cerro, era la flor del pago, uno de esos raros tipos de belleza indígena dotados de agreste donaire, de limpia tez bronceada, de caderas ondulantes y flexible talle; tenía los ojos brillantes y negros y los pies ágiles y pequeños como los de una corzuela arisca que todavía no ha visto la sombra falaz del cazador en la soledad del monte. (1996-1997, Vol. I: 255)

Al caracterizar a Gabina, la voz narradora valora sus rasgos a partir de los patrones occidentales sobre la belleza y sensualidad femeninas y recurre a la comparación con un animal para resaltar, al parecer, atributos de la joven, como su agilidad y el carácter rústico. En el mismo cuento, cuando acontece el encuentro sexual entre Gabina y Pantaleón, la enunciación otra vez apela a la animalización de los sujetos, evidentemente el único carril comprensivo-explicativo posible para estos personajes. El encuentro es instintivo y brutal, despojado de todo atisbo sentimental, pues “no conocían el palabreo inútil de los civilizados” (1996-1997, Vol. 1: 263).

El mundo rural, las poblaciones nativas, sus creencias y sus relatos devienen temática y estéticamente atractivos para los escritores de enclaves provinciales que, durante las primeras décadas del siglo XX, aspiran a proyectarse en el ámbito cultural hegemónico capitalino. Su elección estética está en consonancia con el dispositivo nativista que se afirma entre los escritores descendientes de las elites provinciales, muchos de los cuales residen en Buenos Aires y aspiran a ser reconocidos en el emergente campo literario porteño. La recuperación de las prácticas culturales de “criollos hidalgos” de las provincias, promovida desde el centro cultural nacional, es oportuna para escritores como Dávalos y Solá de Solá que buscan obtener reconocimiento por su labor escrituraria en la vitrina de novedades literarias porteñas, aunque de manera simultánea no dejan de exponer sus vetas ideológicas irreconciliables como en el caso de la temática del indio y el mestizo.



La porción de tierra de Florida de más al sud del Continente, no ha querido separarse de pronto y definitivamente del mar y se ha prolongado en él en una sucesión de islas que son otros tantos adioses que estuvieran retardando la despedida. Y esta gente, que gusta realizar lo que parece irrealizable, acumulando tierra y clavando pilotes, ha ido uniendo isla a isla hasta llegar a la última, la lejana Key West, con una carretera que es un maravilloso camino sobre el mar.

Y se van sucediendo las islas con viviendas de pescadores o cabinas para turistas; los angostos terraplenes con el agua a ambos lados a no más de cinco yardas del camino, y los puentes del ancho justo para que no se rocen dos autos al cruzarse.

presionados por el paisaje, y mientras nuestra sensibilidad goza plenamente del momento, el instinto de conservación, no familiarizado con este medio, se alarma y quiere llegar más allá de lo que alcanza la vista, en busca de una línea oscura que anuncie la positiva seguridad de la tierra firme.

Pero los minutos pasan y la perspectiva no cambia. Debajo nuestro, a ambos lados, al frente, el mar y solo el mar...

Estamos cruzando uno de los puentes, un puente de siete millas, el mas largo del mundo.

Mas adelante, el capricho de otro puente con el piso levantado en tres amplias ondulaciones, nos recuerda las sensaciones infantiles en las montañas rusas del Parque Japonés. Cuando lo vemos levantarse en frente nuestro y quedar como suspendido ante la inmensidad del agua y del cielo,

a la caída de la tarde, la llegada de los lanchones rebosantes con la liviana carga de esponjas y la carga pesada de las tortugas.

Modesta ciudad, con sus típicas casitas de decoloridas maderas griseas, con sencillos jardines de abigarrada profusión de flores, desde las más humildes hasta las más vistosas; ciudad con fragancia de jazmines y diameñas y con el dulce canto de los pájaros.

Los bananeros de hojas desflecadas por las brisas marinas, se recuestan junto a sus viviendas, las palmeras las abanicán en las siestas tropicales y los enormes cedros, de crecidas barbas de patriarcas, sombrean la entrada de las iglesias.

Modesta y acogedora Key West, sus gentes afables y sencillas, sonrien al forastero; desde las abiertas galerías que

Imagen 5. Publicación en *El Intransigente* de la viñeta norteamericana "Key West" (S/F). AHT, FEP.

Desde una perspectiva de largo aliento, la representación del mundo indígena puede pensarse como una línea de sentido en la obra literaria de Emma Solá de Solá, rastreable con diversas modulaciones en algunos de sus libros de poemas y en los dos textos narrativos ahora publicados. Con excepción de *El agua que canta*, obra inicial muy enfrascada todavía en una veta residual rubendariana, *El sendero y la estrella*, transido por vetas neorrománticas, religiosas y la poesía de circunstancia (como los epinicios y epitalamios) y *Esa eterna inquietud...* que acusa cierto intimismo y explora la poesía paisajística, los restantes libros retornan con insistencia al mundo indígena andino y chaqueño. La valoración de los saberes ancestrales y alguna concepción armoniosa entre entorno y sujeto parecen orientar los relatos orales –varios de ellos provenientes de la mitología andina– que son transpuestos en *La madre del viento y otros poemas* y *La madre del viento. Leyendas y paisajes*. Un caso excepcional es el de *Miel de la tierra*. (*Allpamiski*). *Poesías de las montañas de Salta*, libro publicado en la editorial católica Difusión por recomendación de Ernesto Padilla,³⁴ donde el intento por apropiarse de la voz del indio y del mestizo coincide, en muchos casos, con el relieve del pastiche. Todo el libro se escribe desde un intento de imitación de las formas orales, por lo que se aproxima a una tradición como la gauchesca, también con preferencia por estas operaciones ideológicas de desequilibrio de jerarquías enunciativas, debido a la manipulación que emprende el mundo letrado con las voces populares analfabetas. Aún más, el punto de vista de los poemas roza de a ratos con la caricatura, en clara filiación con *Fausto* (1866) de Estanislao del Campo;³⁵ un texto en particular, “Cristianar”, reitera la escena del sujeto extrañado que no comprende –según sus códigos aprehensivos de la realidad– lo que observa en un medio que percibe impropio. A diferencia del gaucho en la ciudad asistiendo al teatro Colón, que ridiculizaba del Campo, lo que tenemos, en este caso, son las ritualidades en torno al bautismo de un niño, traducidas desde la mirada de la madre, probablemente coya,³⁶

³⁴ Sobre el punto refiere Guillermo Furlong que, soportando por entonces los embates del peronismo, «sabemos que en 1946 no sólo tenía el doctor Padilla algunas acciones en Difusión sino que era un propulsor de la empresa y que hacía imprimir en los talleres de esa editorial “*Miel de la tierra*”, de que era autora la salteña Emma Solá de Solá» (1959, T II: 585).

³⁵ Otra vinculación por explorar, dentro del campo literario salteño, es la relación de este libro con algunas líneas humorísticas ensayadas, por ejemplo, por Julio Díaz Villalba en *Casos del coya Martín Bustamante*. (*Humor vallisto*) (1965), o las intervenciones costumbristas de César Perdiguero, con su programa “Cochereando en el recuerdo”, emitido por Radio Salta desde 1946.

³⁶ En los modos de figurar la presencia de personajes representativos de Salta, estas construcciones de la autora parecen cercanas a las tipificaciones de Dávalos, cuando diferencia el gaucho (personaje rústico que encarna aspectos centrales del ser argentino) del coya (sujeto indígena alterizado, infranqueable en su irredención) (Villagrán, 2014: 60-65). Incluso parece avanzarse más allá, cuando a diferencia de la defensa del origen mestizo del gaucho que propone Dávalos, Emma Solá de Solá destaca, en *Hacia el norte argentino*, el fenotipo español: “Estos son los típicos gauchos salteños –le explicaba su papá–, hombres blancos, de barba abundante; su fisonomía revela la ascendencia española”.

“ignorante” de tantos códigos, que soporta distintos grados de violencia (desde el desplazamiento físico hasta la desatención del ministro de la Iglesia):

*'Tamos bien contentos,
ya 'stá cristiano!
Pero ¡ay Dios! tan fiero
que me 'bía cansao!..*

*ellos l' acertaban
pa' contestar bien:
“rinuncio... si creu”...
y decir: “amén”.*

*Culpa que yo mesma
hi querío llevar
mi primer guagüita
p' hacer cristianar.*

*Yo n' hi entendió nada,
pa' que vi a mentir,
ni la jeringonza
que saben decir,*

*Y arriba ' el caballo,
al tranco apurao,
subiendo y bajando
el dia ' mos echao.*

*ni lus ademanes
qui tienen que hacer;
peru sé qui es güeno;
qui así debe ser.*

*Di antes, mi marido
lus habia ido a ver
pa' cumpa a don Rosa
cuma a su mujer.*

*Si lu hace ' l curita
Dios se lu ha enseñao
pa' bien de la genti
qu' está a su cuidao.*

*Como ellos son diestros
ya p' apagrinar,
pa' que de agua y olio
lu quieran sacar.*

*'Tamos bien contentos
qu' el hijo ' e los dos,
ya nu es mataquito,³⁷
sino es hijo ' e Dios.*

(1945: 19-20)

*Y cuando el curita
li echaba la sal
y l' agua, l' aceite,
sin ni una señal,*

De esta situación, que bordea la incompreensión y la risa, sustentada desde la figuración ideológica de una otredad infranqueable, a la elección en “Chango y Mancha. Aventuras de un escolar del norte argentino” de un niño de origen indígena –protagonista

³⁷ La palabra mataco es un término despectivo –que significa “animal de poca monta”– y fue usada para referir a la etnia wichí. Hasta el presente continúa siendo empleada, de manera genérica, para referirse a los indios del Chaco salteño. Esa parece ser la acepción empleada en este caso; no es, por cierto, un etnónimo, tal como confirma la entrada respectiva en el glosario que cierra la obra: “Mataquito: sin bautismo” (1945: 69). Una prueba más del distanciamiento enunciativo tan presente en este libro es, justamente, la presencia de un glosario: al otro, siempre, hay que intentar explicarlo.

del relato, valorizado como personaje—, a pesar de todos los matices que no eluden las contradicciones internas del texto, ello implica, en perspectiva, haber dado un paso significativo para conflictuar los dilemas del nacionalismo cultural.

De modo que, aunque pensada para un público extranjero y para un lector modelo infantil —circunstancia que emprolija y aligera las estrategias discursivas empleadas—, el acercamiento a la realidad latinoamericana que ofrece la obra en relación con el problema del indio y el mestizaje no está exento de complejidades y trances irresueltos. Todas estas discrepancias contradictorias, heterogéneas en el sentido que le asigna Antonio Cornejo Polar (1994), son palpables en la síntesis imposible del texto, en su desasosiego de ideas para ubicar el tema del indio, con medido esfuerzo, en un lugar sin tropiezos de prejuicio o etnocentrismo.

Entre lo extraño y lo fantástico

“Obrera feliz”
*Ahora estoy rodeada
 de todas las letras
 del alfabeto
 intentando encontrar
 una combinación perfecta*

*Obrera feliz
 puedo olvidar tal vez
 lo precario del mundo
 torbellinos de sin sentido
 barriendo cada paso*

Mercedes Saravia, *Filamentos* (2010).

La sección de los relatos en el capítulo III es la más importante y concisa del texto, por momentos todo lo demás funciona como un típico marco narrativo de referencia o primer nivel de representación para poder permitir la incorporación de estos cuentos de origen popular, desde la dinámica típica del encadenamiento oral, que constituyen un núcleo central de la obra. Como dijimos, nos encontramos con relatos que sumergen al protagonista en una atmósfera de misterio y duermevela para derivar en un sueño que se percibe premonitorio y que tiene una función didáctica. Estos relatos son incluidos después de que el narrador señala que Chango “sintió un desesperado impulso” de ir con los peones en busca de forraje, de ir en busca de aventuras como las que cuenta Don

Panta. Se trata de relatos breves que remedan la narración folklórica no sólo por la puesta en escena de un emisor que se dirige a un interlocutor con la pretensión performativa de compartir una historia vivida o escuchada sino también por la presencia de lo extraño y lo fantástico (Todorov, 2005). En el texto, el viejo peón toma la voz para evocar “los días pasados y las aventuras que tuvo en sus muchas andanzas a través de las montañas y junglas” y cautivar al auditorio que espera y participa de la ritualidad de la típica narración oral con el mate y la disposición en círculo alrededor del fuego.

En cada relato, Don Panta rememora un viaje determinado que tenía por destino alguno de los países (Bolivia, Chile y Perú) que participaba del comercio mular, se trata de viajes marcados por un incidente o una serie de incidentes que conducen a situaciones inesperadas, extrañas y hasta fantásticas tales como encontrarse con llamas con durazneros en los lomos (en el relato “El huerto movedizo”), con mulas fusionadas con sauces (en “El cuento de las herraduras”) o con una extraña fruta que tenía en su interior un “potrito manchado” (en “La incomparable Dorada”). Todos los relatos tienen como principal destinatario a Chango que, por ser niño y albergar en sí una “parte de indio”, participa desde otro lugar del convivio de la palabra. En el texto se explicita cómo se sobrecoje ante lo que escucha: “Chango en su excitación se aproximó más a Don Panta”, estaba “en maravillado silencio”, “Chango preguntó con impaciencia”. La mención de las reacciones de Chango producto del encantamiento narrativo no es casual sino funcional a la introducción de los episodios siguientes, en los que se incrementa el clima de lo fantástico que contamina y favorece la ensoñación del niño protagonista.

Aunque las situaciones fantásticas de los relatos enmarcados tienen una aparente explicación racional por parte del relator Don Panta, tales explicaciones no terminan por satisfacer plenamente al lector. El fenómeno fantástico (los durazneros en los lomos de llamas, sauces que echan raíces y crecen a partir de herraduras de madera y un potrillo nacido de una planta) sigue siendo inexplicable, y pone en evidencia la coexistencia de lo posible y lo imposible.

De los relatos, uno de los más interesantes es “La incomparable Dorada”, porque procedimentalmente genera y mantiene la expectativa sobre lo que va a pasar (a través de digresiones y apelaciones a los interlocutores) y porque da cuenta del linaje especial y sobrenatural del caballo Mancha. Dice Don Panta:

Lo hallé [al padre de Chango] parado cerca de una planta gigante que había crecido al lado de la tumba de Dorada. Parecía un árbol, pero acercándose vi que se había extendido en guías como de viña. Ellas se habían enroscado en algunos árboles en tal forma que la

planta podía sostener el peso de enorme vaina colgando como la del poroto de una rama cerca de la cima. Esta vaina era de unos ochenta centímetros de largo y muy gruesa.

En esa vaina había un “potrito” del que desciende Mancha. Si consideramos que el relator menciona que la yegua Dorada era el “más hermoso equino que se hubiera visto en cualquier parte” y que sólo dejaba ser montado por el patrón Don Cosme, podemos conjeturar que implícitamente se establece una continuidad simbólica del poder social y económico a partir de la posesión de un caballo con singulares características.

Gracias al empuje propicio de los relatos siguientes, el niño va en busca de sus propias aventuras, de “hacerse hombre” y de “ser un gaucho”, desafiando la prohibición paterna. Acción esta que conducirá a un funesto desenlace: “Algo duro y óseo oprimió la húmeda frente de Chango”. Desenlace del sueño pero no del texto, pues sin advertencia se nos sumerge en un mundo onírico en el que Chango busca probar su hombría superando las adversidades de la naturaleza y enfrentando a animales salvajes (una yarará, un puma y un tigre). En el episodio final, “Feliz realidad”, se confirma que lo ocurrido a Mancha fue parte de una pesadilla. Entonces la sanción moral de la desobediencia se hace presente para enaltecer el valor de familia, reafirmar el hogar como el lugar del amor y la seguridad, y ponderar los valores y la gratitud cristiana.

El gusto por los caballos, las historias y las aventuras en las montañas aproxima a los personajes a pesar de sus condiciones de peón e hijo del patrón. Aunque, debemos decir, que discursivamente se refuerza esas distancias sociales; para el viejo arriero, Don Cosme es el patrón y Chango es el joven amo. En el texto, la vida de los gauchos y peones se reduce a cumplir sus tareas en los trabajos rurales y como constructores de caminos para el desarrollo de la industria petrolera en la zona.³⁸ En otras palabras, son sujetos subordinados y dependientes que no buscan cambiar esta condición.

Esta incorporación del gaucho y del peón arriero y su entorno en el texto literario, por un lado, termina reforzando así la cosmovisión ideada por las elites salteñas en la que el linaje, el color de piel, el poder económico y social y la conservación del culto cristiano son determinantes; y, por otro, otorga tintes exóticos atractivos a un paisaje y sus habitantes, a fin de cautivar un público lector extranjero.

³⁸ En el texto no hay referencias explícitas sobre el tiempo del enunciado. Sin embargo, la mención de la llegada de la familia de Chango a Tartagal tras el descubrimiento de petróleo en la zona nos permite suponer que la historia está ambientada en la década de 1920, pues la extracción de crudo comenzó a realizarse por esta fecha a cargo de la empresa estadounidense Standard Oil Company.

Hacia el norte argentino

“Vía crucis”
*Dejad que las palabras
vengan a mi encuentro
desaten vendavales
multipliquen peces
y tentadas en el desierto
mueran crucificadas
en un viernes cualquiera*

Mercedes Saravia, *Plaza Desierto* (1993).

Entretener educando

Si “Chango y Mancha. Aventuras de un escolar del norte argentino”, por su extensión y el modo acotado en que organiza su trama, se acerca en términos genéricos a la especie narrativa del cuento, por el contrario, *Hacia el norte argentino* acuerda más con las formalidades de una *nouvelle*, que tiene como simple anécdota el itinerario de un viaje familiar de vacaciones por el noroeste. En su arco narrativo, el *leitmotiv* del viaje como tópico literario, que en este caso aparece íntimamente vinculado a las experiencias de aprendizaje, constituye una acertada estrategia, para un relato donde, a pesar de los procesos de atenuación informativa que evidencia la reescritura en la materialidad textual de los mecanógrafos, sobrecarga todo el tiempo los tintes didácticos, codificando así de manera más rígida las alternativas de ingreso literario.

El viaje hacia el interior del país facilita, además, asentar la perspectiva nacionalista que la obra oficializa en todo momento, con la finalidad didáctica de dar a conocer e invitar a valorar lo típicamente argentino a un público infantil.³⁹ Acercarse a la propia nación, conocer las escondidas riquezas naturales del país, advertir sobre los beneficios

³⁹ Las consecuencias imaginarias del fenómeno criollista de entresiglos (Prieto, 1988) y las políticas culturales del Centenario (Altamirano y Sarlo, 1997; Dalmaroni, 2006; Degiovanni, 2007) permearon rápidamente las producciones literarias con la incorporación de temáticas que continuarían homogeneizando el imaginario nacionalista. Gustavo Bombini rastreó el modo en que estas tendencias avanzaron, especialmente con la canonización de la literatura de corte gauchesco y nativista, en los planes de estudio de la educación secundaria durante las primeras décadas del siglo XX, especialmente a partir de las intervenciones de Emilio Alonso Criado y Leopoldo Lugones en relación con la gauchesca (2004: 94-101). Los textos que comentamos, desde la literatura para niños, reelaboran estas mismas variables insertas en el común proceso de invención de las nacionalidades que en Argentina avanza tempranamente, desde la década de 1830, y cristaliza a partir del Centenario (Burucúa y Campagne, 1994; Bertoni, 2001).

de su explotación económica, reconocer la huella de la historia nacional que perdura en monumentos y edificios, admirar la belleza de sus paisajes cambiantes y lo pintoresco de la vida de los habitantes hermanos de las provincias, son algunas de las ventajas que la movilización familiar con los niños –bajo la omnipresente autoridad de los padres– permite sostener en esta *nouvelle*, suturadas en todo momento por la reafirmación de un imaginario nacionalista inclaudicable.

La diversidad de factores implicados en esta educación para la argentinidad, con que se orienta a los niños, va desplegándose de manera prolija a medida que avanza el viaje en tren. De hecho, el espectro de enseñanza puede reordenarse diagramando diferentes capítulos o temas en esta suerte de poco disimulable manual para conocer la patria, que la obra va desplegando.

El territorio nacional

“Ramal C-14”
*En Tolar Grande sopla el viento
 en Socompa se inicia la nevada
 olvido de todo descenso en la noche
 el tren avanza despacio
 por la Quebrada del Agua
 Rubén Antonio de 23 años
 desempeñaba su tarea como peón de vía
 salió de su hogar en Villa Primavera
 el 14 de agosto
 21 días estaría ausente
 su mujer viaja a recibir el cadáver*
 Mercedes Saravia, *Filamentos* (2010).

El establecimiento del territorio nacional, un proceso de largo aliento que tuvo importantes discontinuidades y asincronías en la historia de nuestro país, alcanzó en el noroeste sus últimos coletazos con la ocupación estatal del Chaco, tan efectiva en términos burocráticos como genocidas, durante las tres primeras décadas del siglo XX. *Hacia el norte argentino* retrotrae de algún modo esta problemática, desde el momento en que elige emplazar un relato modélico, una parábola argentina, movilizándose por esa fracción alejada del suelo nacional, como forma efectiva de contribuir a su modo en el afianzamiento imaginario de nuestro territorio. Transitar, conocer, interactuar socialmente en este

ámbito ubicado en los lindes de la nación, son todas formas subsidiarias de un contrato de representaciones habilitantes para gestionar una apropiación imaginaria del país; pues, como señala el cierre proverbial en la voz del padre, “así habríamos recorrido en este viaje una sección importante de la República”

“El descubrimiento” de esta región o, mejor dicho, su puesta en escena para el (re)conocimiento de todos –empezando por la misma familia porteña que protagoniza el relato–, reafirma la centralidad material y simbólica de la capital, convertida, una vez más, en el origen “natural” para recomponer –y al mismo tiempo educar– con una mirada posible sobre la Argentina. Desde la terminal ferroviaria de Retiro,⁴⁰ enclave paradigmático de la red centralizada que converge en la moderna Buenos Aires, arranca entonces el desplazamiento hacia el interior profundo para comprender(nos) en la intimidad –más auténtica e incontaminada– de la nación.⁴¹

La geografía y sus variaciones climáticas, los tipos de suelo y sus posibilidades productivas, la flora nativa y la fauna silvestre específicas, se suceden como las páginas de una enciclopedia de geografía argentina, a medida que el tren avanza por el país. La pampa húmeda, el monte bajo y seco de Santiago del Estero, las yungas tucumanas, los valles y la puna salteños, van exhibiendo sus formas de producción, con los silos rebosantes y diversos tipos de ganado; se nombra los adelantos técnicos (las modernas cosechadoras, las usinas hidroeléctricas, los frigoríficos); se pincela la industria del petróleo y la minería; se señala los caminos, los puertos y las vías férreas, necesarios para el flujo comercial y la exportación agrícola ganadera. Amplificando la imagen de Argentina como granero del mundo, el relato esboza un diagnóstico plenamente convencido de la plenitud del progreso que impulsa la nación.

A lo largo del escenario cambiante del viaje, no sólo cuerpos y ansiedades son movilizadas, en materia de ideas la *nouvelle* avanza sobre posicionamientos hondamente

⁴⁰ En la carta donde Ernesto Padilla le devuelve los comentarios sobre el manuscrito de esta obra, señala numerosos aspectos referidos al desplazamiento en tren, a fin de ganar verosimilitud narrativa en función de los tiempos que demoraban entonces las líneas de ferrocarril hacia Salta, según pasaran o no por la ciudad de Córdoba (AHT, FEP, carpeta 43, folios 2016 y 216 vuelta).

⁴¹ El tópico del viaje al interior del país, impuesto imaginariamente como el lugar sin mancha y resguardo natural de los valores de la argentinidad, que han podido permanecer inmunes a la “prostituida Buenos Aires”, infamada con los procesos inmigratorios y la relativa democratización al acceso de los bienes culturales que ofrecía la modernización finisecular, es un lugar común de la cultura letrada porteña conservadora. Su texto paradigmático es *El diario de Gabriel Quiroga* (1910), volumen reaccionario y filo fascista que Manuel Gálvez escribió como homenaje al Centenario argentino.

insertos en la cultura argentina. Exitosamente impuesto como tropo interpretativo de los conflictos de la nación (Svampa, 1994), el eje campo-ciudad y los dilemas conceptuales espiralados que desata (civilización-barbarie, progreso-atraso, nacional-extranjero, americano-europeo, etc.) tienen presencia en este texto. A pesar de que ciertas ciudades del litoral son representadas como ámbitos pujantes (Buenos Aires y Rosario especialmente), no ocurre lo mismo con las ciudades del interior. Santiago del Estero tiene acotada presencia, por sus limitadas condiciones climáticas que se transfieren en pobres actividades, como la producción maderera; mientras que Tucumán, con sus ingenios y el movimiento urbano, “llamó la atención [de los protagonistas] por el movimiento y la edificación importante, que la iguala con cualquier barrio de Buenos Aires”. El reconocimiento de los signos de la modernización en las ciudades llega incluso al hotel termal de Rosario de la Frontera, que “estaba equipado con todo el confort moderno”. Sin embargo, la situación varía al llegar a la ciudad de Salta.

Sobre esta ciudad existen apreciaciones de viajeros que permiten aproximarse a su fisonomía promediando la década de 1940, fecha en que está fechado el texto narrativo y de la cual no parece correrse demasiado la representación del tiempo del enunciado. Varios años antes, en mayo de 1913, la periodista de *La Nación* Ada María Elflein (1880-1919), después de haber recorrido la ciudad de Salta, escribió una crónica de viaje que merece citarse por extenso:

Después de una estancia de varias semanas dejé a Jujuy para pasar a Salta. En esta última ciudad, de nuevo nos rodea el bullicio de un centro de población moderna con tranvías eléctricos, automóviles, carruajes elegantes y tráfico comercial.

Casi desde su fundación es importante esta ciudad. Fue siempre una de las más ricas y aristocráticas: en ellas se hallaban y se hallan fortunas sólidas y familias de abolengo. Su vida social fue célebre en tiempos de la colonia; todos los viajeros y cronistas ponderan la riqueza y cultura que allí vieron.

Algo de esta tradición distinguida se impone al espíritu al recorrer las calles y plazas de Salta, donde lo moderno forma mezcla agradable con lo antiguo relativamente bien conservado. Entre las construcciones de estilo europeo distingo a cada paso casas viejas, bajas, de vastos patios, y otras más viejas todavía, con un piso alto, con alero y balcón corrido, donde florecen jardincillos multicolores. La catedral es nueva y magnífica fábrica. Sus naves son de extraordinaria belleza y posee un órgano notable. Las iglesias viejas, sin tener el esplendor de la Matriz, poseen cada cual su nota particular: Grandioso es el campanario de San Francisco, independiente del cuerpo principal del edificio. El antiguo convento de San Bernardo, ostenta una puerta claustral que es un encanto de tallado en madera, y sus confesionarios y las puertas de las capillas interiores tienen asimismo curiosos ornamentos y figuras esculpidas. En todas partes advierto testigos valiosos de épocas pasadas, sembrados entre las manifestaciones de un sólido bienestar moderno. (2019: 89)

De los contornos híbridos de la ciudad que advierte la viajera, donde se intercalan las luces icónicas de una modernización –en franca avanzada– con la rémora de las construcciones viejas, *Hacia el norte argentino* decide, contrariamente, destacar las huellas del pasado mediante una mirada arcaizante sobre Salta. Esta impronta se sustenta en la preferencia por referir lugares vinculados con el pasado colonial o decimonónico de la ciudad, aspectos que se decide destacar, por ejemplo, en el itinerario turístico urbano de los visitantes. Luego, como dice el ojo avizor de Elflein, también hallaremos la marca distintiva de las fortunas sólidas y las familias de abolengo provenientes de ese mismo pasado local colonial, que se anticiparon en las escenas iniciales del relato con la velada alusión al terrateniente Damián Torino, dueño de la estancia El Gólgota.⁴²

La importancia del componente colonial –presente en los edificios y museos que se visitan en Salta (el cabildo,⁴³ el convento de las Carmelitas, etc.) y en algunos objetos destacados como la imagen del Cristo del Milagro que se conserva en la Catedral– y de los sitios urbanos vinculados a las luchas por la independencia (el monumento 20 de Febrero y la iglesia de la Merced, asociados a la batalla de Salta, y el monumento al General Güemes) sobreimprimen una composición de la ciudad anclada en una experiencia pretérita. Desde esa dimensión referencial son registrados, como portadores de una singularidad propia que merece perpetuarse en las fotos que se toman los personajes, en esos lugares y con esos objetos supervivientes del pasado.

⁴² Para información más menuda sobre estos aspectos, consultar las notas al texto incluidas en los pasajes aludidos.

⁴³ Sobre el cabildo, Miguel Solá expresó también con espíritu crítico reivindicador, en fecha cercana a estas obras: “¡Qué pobreza de monumentos coloniales y qué desgano de la tradición! Y para que el Muy Ilustre Cabildo de Salta no eche sus cimientos en la simple Tablada donde *se mandó plantar la picota en el dicho hoyo* y se dijeron las sacramentales palabras sabidas, recordaremos quiénes vinieron a ella y algunas noticias acerca de su lustre y renombre” (1945: 47, subrayado en el original).



Imagen 6. Emma y Sara Solá, Río Blanco, Salta (1913).

AMHUNSa, CSC.

Resulta sorprendente apreciar la estabilidad de estos componentes que sobreimprimen el pasado colonial para diseñar la postal turística de la ciudad, actualmente tan en vigencia. Mónica Flores Klarik (2010) identifica estos hallazgos como resultado de un constructo discursivo gestado desde la década de 1910, a raíz de la solidaridad de discursos identitarios locales con necesidades económicas, que contribuyeron simbióticamente a la configuración turística de la ciudad y de la provincia de Salta y que, como lo ejemplifica esta obra, promediando la década de 1940, dicho proceso se encuentra totalmente asentado en términos imaginarios. La apreciación de uno de los personajes, turista al fin de cuentas, así lo confirma en el propio texto: “Es bonito este aspecto de Salta –comentaba la Sra. de Moreno–, que conserva casas coloniales auténticas; tiene también buena edificación moderna, pero noto que en general predomina ese estilo que le da tanto carácter propio”.

En cuanto al ámbito rural de Salta, en el relato cobra particular presencia sobre todo a partir del viaje a Campo Quijano y la llegada y permanencia en El Gólgota, periplo durante el cual se acentuará en la representación literaria la majestuosidad de la naturaleza; las alternancias y contrastes pronunciados del paisaje se limitan a funcionar como un espectáculo más, una belleza con mera trascendencia contemplativa para los visitantes ocasionales. Esta perspectiva sobre el campo en Emma Solá de Solá también se distancia, a raíz de sus propósitos idealistas que asumen una lasitud ideológica reacia a afrontar temas de envergadura social o política, de revisiones contrarias que otros viajeros ofrecieron de manera relativamente cercana. Con su impronta cuestionadora de raigambre socialista, la lectura que Herminia Brumana (1897-1954) brinda, a partir de la experiencia de un viaje al norte hacia 1934, rebate la legitimidad de esta percepción paisajística y extática sobre la ruralidad de Salta y el noroeste. Dirigida a un público femenino, en “Viajando por el norte”, texto incluido en *Cartas a las mujeres argentinas* (1936), la escritora arranca la panorámica descriptiva expresando una sincera advertencia sobre la idiosincrasia de su examen, manifiestamente comprometido con la realidad social:

A mí la Naturaleza me tiene sin cuidado. A la más magnífica puesta de sol prefiero el espectáculo de un niño que ríe, y los cerros de más variados colores los cambio yo por la presencia soberbia de una manifestación de obreros que gritan sus derechos. (1958: 340)

Antes de ingresar a una pormenorizada denuncia sobre la vida miserable en los ranchos (por la tenencia no legalizada de la tierra, el pago extorsivo de los arriendos, las pésimas condiciones de alimentación y subsistencia general de las familias de pastores, etc.), Brumana enfatiza sin ningún resquemor verbal, con el atisbo avergonzado del capitalino ignorante de la realidad nacional, la urgencia por desterrar versiones romantizadas sobre el espacio rural del noroeste:

Buenos Aires ignora todo lo que pueda producir una sombra; por eso ignora la campaña lejana, las campesinas que sufren, los cerros huraños, los serranos adustos, las gentes que viven como animales, las enfermedades de la miseria y el vicio, la injusticia que reina en lugares argentinos y la vergüenza que sentimos, a veces, los que todo lo miramos, por ciertas cosas que no deberíamos ver en esta tierra, tanto más querida cuanto más se la conoce y más se ve, de presencia magnífica, la feracidad y la belleza del suelo. (1958: 342)

Volviendo entonces al tratamiento de la disputa campo-ciudad inserta en el dilema conceptual explicativo de la nacionalidad argentina, tal como se lo perfila en Emma Solá de Solá, parecería que a la dimensión reaseguradora de los valores identitarios que

representa el pasado domesticado en el recuerdo de las ciudades coloniales se contrapone la expresión de una ruralidad eximida de toda culpa, en relación con las inequidades sociales que la tienen como escenario, para así poder ser ostentada como el extremo triunfador en aquel conflicto. Pues, en ambos textos, el campo es el espacio reivindicado, ya sea para la exploración educativa de Chango, junto a las armónicas derivas de los sectores populares trabajadores en el Chaco salteño, o para las excursiones gratificantes desde El Gólgota en *Hacia el norte argentino*, donde el destino final del recorrido de vacaciones es la estancia en la quebrada del Toro, un típico enclave rural de elite.

Revitalizado desde el Centenario como ícono representativo de la argentinidad, a partir de las múltiples derivas de relecturas literarias que el nativismo puso a disposición –con *Don Segundo Sombra* a la cabeza– y los cuantiosos réditos económicos que el modelo agroexportador le adjudicaba de manera irrefutable, el campo alcanza entonces el estatus simbólico de promotor de las mieles del progreso (Montaldo, 1993). Lo reafirma especialmente *Hacia el norte argentino*, de Emma Solá de Solá, donde el ámbito rural –prolijamente despojado de cualquier parasitación ideológica contestataria o disonante– constituye un espacio en plena expansión, un depositario de las ventajas de la intervención de la modernización y la técnica, un garante necesario de la riqueza y grandeza futuras de la nación.

La lección de historia

“Mandato”
*Serás
 la cuidadora de los muertos
 la inútil guardiana
 de un tesoro de tristezas
 reina
 de un reino de fantasmas
 habitante
 de la melancolía*
 Mercedes Saravia, *Mendiga luz* (1991).

La visita a las ciudades de Tucumán y Salta habilita, en el rápido recorrido que la obra nos acerca sobre la historia nacional, la reproducción de una versión escolarizada de la historiografía de tradición liberal ofrecida por Vicente F. López y Bartolomé Mitre,

especialmente por su perspectiva monumentalista enfocada en las acciones políticas y militares de los héroes de la independencia y las campañas emancipatorias (Burucúa y Campagne, 1994). A su vez, se apuesta, con insistencia, por la incorporación de algunas figuras de la historia local salteña, como mandato de un conjunto de prácticas y discursos que viene instalando, desde fines del siglo XIX, una alternativa responsiva y disidente al centralismo porteño, mediante un gradual proceso de profesionalización disciplinar fraguado en torno al “otro” relato ofrecido por las historias provinciales, como lo ejemplifica la transicional producción historiográfica y literaria de Bernardo Frías y, posteriormente, la labor historiográfica de Atilio Cornejo (Gerés y Quiñonez, 2020).

Los lugares centrales del panteón nacional institucionalizado por el discurso historiográfico, en esta versión alivianada para el público infantil, están innegociablemente ocupados por Manuel Belgrano y José de San Martín. La reivindicación de estas figuras no es aislada en Emma Solá de Solá, tiene también presencia en otras zonas de su obra, por ejemplo, en *Esa eterna inquietud...*, la sección “Estampas mendocinas” se articula como homenaje a la gesta de los Andes, por lo que reúne poemas dedicados a San Martín, Fray Luis Beltrán, la bandera argentina cosida por patricias mendocinas y el cruce de los Andes (1965: 69-75).

En *Hacia el norte argentino*, la perspectiva nacionalista va hilvanando fechas, acciones, lugares y personajes, es decir, los elementos señeros para sostener el relato de la historia patria, a medida que el oportuno desplazamiento del tren recorre el noroeste: Tucumán, Rosario de la Frontera, Yatasto, Metán, el río Juramento, la quebrada de Chachapoyas, Castañares, Salta. Entonces, por momentos, estos espacios aminoran su expresión como lugares económicamente productivos de la Argentina, mutan como escenarios históricos de acontecimientos significativos pues “tenían la fuerza subjetiva de una realidad revivida en el ambiente que había sido un siglo atrás su escenario real”, para permitir la emergencia legitimadora del relato nacional: la declaración de la independencia, las batallas de Salta y Tucumán, el encuentro de Belgrano y San Martín en Yatasto, la jura de la bandera nacional junto al río Pasaje, etc. El capítulo “La casa de la Independencia” permite desmontar estas operaciones interpretativas y didácticas, aprovechando el infalible recurso de la visita al museo, en este caso, el de la Casa Histórica en San Miguel de Tucumán. Como si se respetara un guion museológico tradicional, que endurece sentidos confiado en la veracidad inobjetable de los hechos referidos y las razones modélicas de lo que se quiere transmitir, esta visita acopia a cada paso certezas interpretativas. Con antelación a este episodio, el padre de familia, devenido en un

improvisado maestro que toma la lección, interroga, desde este cúmulo de autoridades simbólicas, sobre los saberes que la escuela debió inculcar a los niños respecto de este asunto. El tono examinador es claro, pues es un deber que la educación cumpla con estas obligaciones tempranamente: “¿Qué te enseñaron [sobre la independencia], Chiqui, en el 2º grado que acabas de cursar?”, testea el padre. Las respuestas no se hacen esperar, van sumando datos certeros entre los niños: “el 25 de Mayo de 1810 se dio el grito de Independencia, en la ciudad de Buenos Aires, por el pueblo reunido en la plaza que ahora se llama de Mayo”, se declara la independencia “de los Reyes de España, para ser nación libre”, «el Congreso se reunió el año 1816 y el 9 de julio declararon que: “Las Provincias Unidas fuesen una Nación libre e independiente de los Reyes de España y de toda otra dominación extranjera”».

Entre tamaña autoconvicción no está ausente, sin embargo, un leve gesto de desconfianza sobre este relato histórico fijado con los modos memorísticos y poco reflexivos de su repertorio de fechas y nombres, como la fórmula reiterada para estudiar historia en las escuelas desde un enfoque tradicional obsoleto. Tal vez, la contracara esperada, en la aproximación a la historia nacional que este texto reclama, es la de una inscripción de los acontecimientos históricos como hechos que guíen comunitariamente al pueblo argentino, un relato donde deben encontrarse modelos de conducta ya que, los padres de la patria son, además, mentores a seguir para la vida diaria. Todo ello despunta en el sobrecogimiento que experimentan los personajes en la sala principal del museo:

Adentro se conserva intacto, desde hace más de un siglo, el largo salón de piso de grandes baldosas rojas, paredes pintadas a cal y techos de gruesos tirantes de madera. En la cabecera del salón el escudo nacional que muestra dos manos unidas sosteniendo el gorro frigio, símbolo de la libertad, entre dos banderas argentinas que le hacen fondo con sus anchas franjas celestes y blancas. Por delante, la mesa que sirvió de escritorio y el sillón de alto respaldo tapizado de terciopelo rojo, que usó el presidente Don Narciso de Laprida, sillas y otros muebles de la época, y colgados en las paredes, los retratos de los patriotas que representaron a las provincias en las reuniones del Congreso.

No dejó de impresionar a los visitantes la sencilla austeridad de la sala que había sido escenario de uno de los actos más trascendentales de nuestra historia, como fue el de proclamar y jurar la independencia.⁴⁴

⁴⁴ La construcción de cierta solemnidad ante la visita –casi ritualizada– a la casa histórica es un tópico establecido entre los viajeros a Tucumán y representa, además, un testimonio del esclerosamiento imaginario que el discurso sobre la historia nacional había alcanzado, en torno de este espacio y su interpretación privilegiada en el concierto de acontecimientos de la historia patria. En 1912, otra escritora viajera, Raquel Camaña (1882-1915), había descripto con mayor efusividad expresiva la misma escena: “Víme, de pronto, frente a ella y, sin prestar atención a las placas que enchapan las paredes del palacio-fanal, penetré en la

Este panorama tan conciliador, de una historia para todos –armonizada en su relato y útil a los fines de conducir imaginariamente el presente–, sólo se desequilibra en un momento con la intromisión de un inesperado episodio de reivindicación facciosa:

El tren se había detenido durante algunos minutos en la estación Metán y el papá tuvo que explicar una vez más a los niños que en ese lugar había sido asesinado cobardemente, por los secuaces del tirano Rosas, el unitario y patriota tucumano Marco M. de Avellaneda, cuya cabeza fue puesta en una pica en la plaza de la ciudad de Tucumán.

La figura de Marco Avellaneda fue ungida, tempranamente, desde los escritos doctrinarios de algunos representantes de la generación del 37, como un mártir con sitio privilegiado en el altar de los unitarios. Esteban Echeverría, por ejemplo, le dedicó la “Ojeada retrospectiva” (1846), que abriría desde entonces su *Dogma socialista* (1837), y el extenso poema “Avellaneda” (1849), uno de los más reconocidos del autor. La recuperación del asunto, en esta obra, resulta interesante porque devela la voluntad interna del relato por conciliar una lectura donde todos los argentinos tengan su lugar; un fervor en el que, al poco andar, la misma escritura reconoce sus limitaciones o la artificialidad del impulso contemporizador. La referencia a las guerras civiles es, necesariamente, un punto de inflexión donde la perspectiva de interpretación unidireccional de los hechos cae, porque lo que las facciones dirimían en el fondo eran modelos irreconciliables de organización institucional y simbólica del país. Así, un relato envalentonado en la oficialidad de su decir federal termina vulnerando –con subjetivemas duros que se tornan partidistas sin modestia– sus esforzados preceptos componedores de la historia nacional.

En el proceso de construcción de las memorias e historias locales en Salta, desde fines del siglo XIX, se gestiona la inserción de la figura de Martín Miguel de Güemes como héroe de las guerras de la independencia con proyección nacional, un proceso que seguirá con matices hasta bien entrado el siglo XX, en paralelo al afianzamiento del campo historiográfico salteño (Chaile y Quiñonez, 2011; Marchionni, 2015 y Gerés, 2023). No es de extrañar, entonces, que el único capítulo dedicado a un héroe patrio se detenga en Güemes. Los tres hermanos Solá frecuentan su figura, asisten con atributos propios en la consagración del héroe gaucho mediante una artimaña recurrente en la elite local salteña, donde la reivindicación del héroe también es sostenedora –de manera colateral– de la legitimación familiar, pues entre los compañeros de huestes del

humilde sala donde los Constituyentes del año 16 declararon nuestra independencia. Al entrar, no pensé en nada; sentí solamente, sentí tan hondo que una lágrima me antecedió sobre el gastado umbral. Inconsciente, recorrí el salón, los ojos nublados, el corazón henchido, las manos juntas en actitud de orar” (1918: 129).

general se encontraba Manuel Solá Tineo, un antepasado en la estirpe de los Solá.⁴⁵ En el caso de Emma, su acompañamiento canonizador es rastreado tempranamente en la lírica, con su “Elegía a la muerte de Güemes”, poema cuyo origen se aclara en el epígrafe “Composición premiada en los Juegos Florales del centenario de la muerte de Güemes” y fue publicado en *El agua que canta* (1922: 73-77). También lo hace Sara, en el apartado elocuente “Fuego sagrado” de su libro *Elogio de la vida provinciana*, donde reúne poemas a distintos personajes históricos (San Martín, Belgrano y Urquiza) y dos de ellos aparecen vinculados a Güemes: “Los infernales” y “A Güemes” (1923: 65-82). En el caso de Miguel, a pesar de su pronunciado interés por la historia, sus producciones no estuvieron particularmente enfocadas en Güemes de manera sostenida, a excepción del capítulo que escribió para la *Historia de la Nación Argentina* (1947) que dirigió Ricardo Levene, donde aborda la llegada de Güemes al poder, el opúsculo *Las milicias de Güemes* (1963) y la reseña biográfica que preparó para la entrada correspondiente a su *Diccionario histórico biográfico de Salta* (1964: 77-81). En su carrera como historiador, sostuvo una activa labor escrituraria dedicada, de forma mucho más nutrida, a otros variados temas atinentes a la historia de Salta; a pesar de lo cual debe destacarse, en el terreno de la militancia historiográfica local, su participación como miembro del Instituto Güemesiano de Salta, creado en 1972 con el propósito de instalar culturalmente la figura heroica del personaje.⁴⁶

En la *nouvelle*, el señalamiento sobre cómo interpretar esta figura se asienta mediante una visita al monumento a Güemes.⁴⁷ Andrea Villagrán (2010 y 2014) ha

⁴⁵ Eduardo Romano (2004), al analizar el peso de las literaturas de vertiente nativista en ámbitos culturales periferizados, como es el caso del salteño, destaca las regalías simbólicas y materiales de estas construcciones del paisaje local y sus estereotipos culturales, como así también el relato de la historia local con sus héroes representativos, para continuar legitimando las prerrogativas de las familias patricias. El derrotero de los hermanos Solá, quienes asumieron deliberadamente esta función, ejemplifica un momento en la tarea de recomponer una interpretación de las memorias de Salta, en sintonía con la inscripción social que, como miembros de la elite, avalaban.

⁴⁶ En el *Diccionario histórico biográfico de Salta*, Miguel Solá tuvo oportunidad para explayar su mirada consagratoria de la figura insigne de Güemes. Sobre la intrepidez guerrera del personaje, dice al reconstruir los momentos previos al ataque que lo va a herir de muerte: “Le hicieron una descarga cerrada, sin que le tocara una bala, como si respetaran su valor (...)”; evaluando el accionar de Güemes y sus milicias, el panegírico hiperbólico concluye declarando que “Salta fue así la piedra angular de la guerra de la Independencia de América” (1964: 81).

⁴⁷ Este acontecimiento significó uno de los hitos en la construcción de la carrera heroica de Güemes. La historia del proyecto del monumento, su realización y los conflictos generados durante la inauguración han sido analizados por Andrea Villagrán, como una de las manifestaciones del disciplinamiento imaginario operado por la elite dirigente sobre la figura del general gaucho (2014: 74-83).

analizado en detalle el proceso de conjugación heroica de Güemes, siguiendo los diferentes matices ensalzados en esta figura—el heroísmo, la hidalguía, la vinculación con la tierra y la raza, la superioridad moral, el atisbo de gaucho decente—, funcionales para la apropiación de la memoria local encarada por sectores de la elite que continúan proyectando, hasta el presente, en sus discursos y ritualidades celebratorias una interpretación *ad hoc* del héroe gaucho. Varios de esos elementos aparecen patentizados en el monumento que lo honra en la ciudad de Salta donde, precisamente, los personajes de Emma Solá de Solá recogerán astillas para alimentar el fuego sacro de la misma lectura sesgada.

La estatua ecuestre del héroe aparece emplazada “a media altura en el cerro, tiene de fondo la agreste perspectiva de una quebrada”, nos describe el texto, se encuentra rodeada de árboles de la región (tarcos, lapachos y ceibos). La imagen es contundente, por la adscripción íntima del personaje a la tierra; desde ese emplazamiento, señala el porvenir: “con la mano puesta sobre los ojos a manera de visera, parece escrutar el horizonte”. En los bajorrelieves, otros hijos de la tierra, “como surgiendo de entre la maraña del monte, asoman los gauchos”, contaminados por la majestuosidad del general; los señuelos localistas—el poncho y el guardamonte— se transforman en alas, para destacar la excepcionalidad del ícono reverenciado. Esta elaboración plástica y estática de los gauchos, desasidos como representantes populares de cualquier conflictividad social, fijados sin discrepancia alguna como partícipes aguerridos de la lucha independentista, es funcional al contexto de urgencias laudatorias de la epopeya gaucha durante la década de 1940. Toda esta composición monumental se muestra aún imposibilitada de admitir otros modos de abordaje más renovadores, con que se ha recompuesto diversas instancias de negociación de intereses—económicos, sociales y simbólicos— que permiten comprender con mayores recaudos el apoyo de los gauchos a la figura de Güemes (Mata, 2008). Entonces, sin contrariedades en el horizonte, la dureza de los materiales estatuarios desalienta altercados y perpetúa a los infernales como “símbolo”, donde “caballo y jinete, decididos y rápidos fueran a volar en defensa de la patria”.⁴⁸

⁴⁸ En clara sintonía, en la obra dirigida por Ricardo Levene, dice Miguel Solá: “Güemes tenía absoluta confianza en sus gauchos y éstos en su caudillo. Era la vinculación entre patrón y peón, cultivada en la estancia, donde el primero era considerado por el segundo como su defensor natural, sacrificando hasta su vida cuando los hechos le habían demostrado la realidad de esa tutela” (1947: 390).

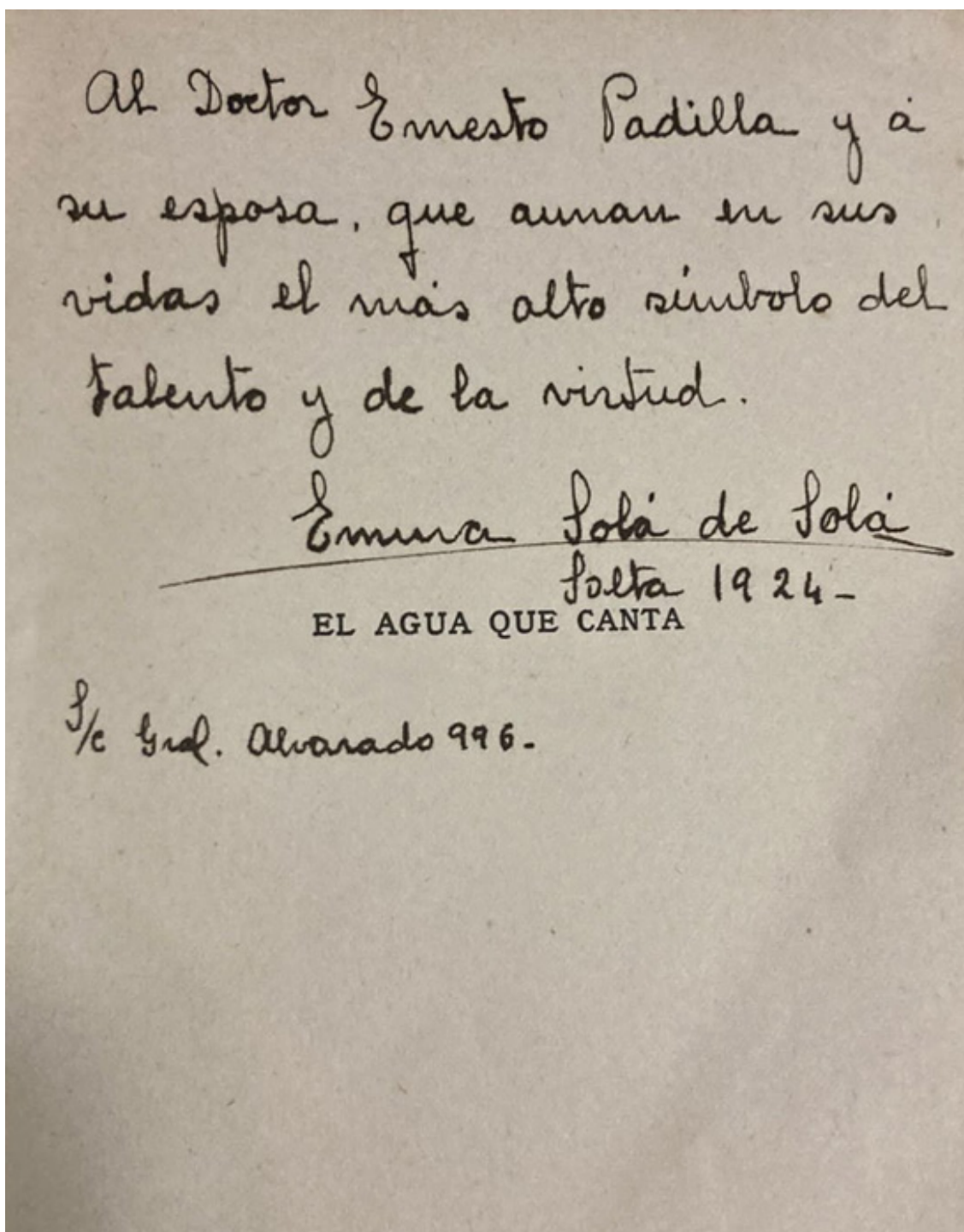


Imagen 7. Dedicatoria de *El agua que canta* a Ernesto Padilla y esposa (1924). Ejemplar conservado en la Biblioteca del Centro Cultural Rougés, Fundación Miguel Lillo.

En la reivindicación operada en torno de la figura de Güemes y su articulación con el gaucho salteño, como puede observarse, la producción teatral de Dávalos no estuvo aislada.⁴⁹ Con gesto autorreflexivo, porque a fin de cuentas cambia el género pero el propósito en esta obra es idéntico, el cierre del capítulo señala de forma metadiscursiva la efectividad de la literatura para inculcar las glorias de la nación: “Ya han cantado esta epopeya gaucha nuestros poetas”, declara un personaje, tal vez en guiño cómplice aludiendo a la obra del escritor salteño. Impostada entre tanta virilidad homenajeada, el texto se detiene estratégicamente en una imagen femenina casi perdida en el monumento, que no hemos comentado hasta ahora, la que acerca una lanza al gaucho: es “la mujer [que], a pesar de saber que le aguarda la soledad y el trabajo, le entrega el arma animándolo a pelear en defensa del suelo natal”. Lo que Emma Solá de Solá pareciera destacar, al rescatar este homenaje “menor” que resguarda el monumento, es un eco –bastante audible– de la operación político cultural emprendida por ella misma –mediante una sugerente autfiguración autoral–, donde se asume también convencida sobre su rotunda autoridad intermediaria –aportando las armas que llevan a la victoria– para indicarnos, en estos pasajes, cómo debe ser comprendido el héroe local.

Las costumbres de los (otros) argentinos

“Conjunciones”
Para conocer mis laberintos
me asomo al abismo de los otros
 Mercedes Saravia, *Filamentos* (2010).

Como suele ser frecuente, ante programas culturales tan descriptibles y aparentemente manipulables por la intransigencia de sus fundamentos, como es el caso de esta narración refractaria de las urgencias del discurso nacionalista que venimos comentando, la literatura impulsa para sorpresa de todos sus puntos de fuga, sus

⁴⁹ La filiación que Dávalos emprende entre la figura del gaucho salteño y la de Güemes, como héroes de la independencia, si bien es especialmente apreciable en su obra teatral *La tierra en armas* (escrita con Ramón Serrano, circa 1935), ya aparece sugerida en el clima de las luchas independentistas que contextualiza su primer drama, *Don Juan de Viniegra Herze* (1917). En esta pieza, de lectura hoy casi indigerible, de algún modo se recupera la tendencia hispanófila de textos cercanos como *El solar de la raza* (1913) de Manuel Gálvez, e incluso la posición conciliadora que el mismo Ricardo Rojas forjó prolijamente con la madre patria, en su obra de historización de la literatura argentina.

imperceptibles contradicciones, por lo que siempre termina diciendo más de lo que a simple vista sus propósitos explicitan. Una incomodidad, de a ratos más o menos velada, que agobia al texto, es ser consecuente con el relato identitario modélico, inclusivo, horizontal que pretende imponer sobre la nación argentina. Probablemente, estas dislocaciones resulten más notorias cuando se representa a los sectores populares y trabajadores, a los indios y mestizos, es decir, a los integrantes no invitados o relegados a los bordes en la mesa de la concordia nacional.

La incorporación del indio no reviste los niveles complejos que tenía en “Chango y Mancha. Aventuras de un escolar del norte argentino”, pues hay un proceso de reposicionamiento discursivo; de hecho, la única vez que aparece la palabra indio es para referir a los posibles artesanos que tallaron el portal del convento de las Carmelitas en Salta. Sin embargo, lejos de permanecer en un pasado clausurado, los indios y mestizos aparecen enseguida durante el viaje en tren. La segunda vez que se los refiere es al presentar a los vendedores ambulantes en las estaciones de Santiago del Estero, muy probablemente mestizos, donde se escucha “el dulce seseo de sus voces hablando algunos el quichua, la melodiosa lengua indígena”. Además, aunque no se los nombre como tales, el fenotipo del capataz y su familia y los peones de la estancia El Gólgota vuelve a visibilizar al indígena y al mestizo. Las descripciones de los personajes destacan el proceso de acicalado verbal, que destierra todo indicio que no armonice con la homogeneidad imaginaria de la nación, aunque ello no invalida el proceso de conversión en sujetos alterizados con que el libro los manipula:

Un muchacho de unos quince o dieciséis años, de cara morena y tímidos ojos oscuros, se aproximó receloso a Jorge, mientras una chiquilina de unos nueve años, de plácida carita redonda y negras trenzas, sonreía con timidez mirando a la señora y a las niñas. Una corriente de mutua simpatía pareció unir a todos en aquel momento.

La idealización dota a estos sujetos de una amabilidad y una entrega servicial notables, ajenas a cualquier signo que ponga en evidencia las condiciones laborales y otras jerarquías que, en verdad, definen los vínculos con los dueños del establecimiento, y con los huéspedes como patrones sucedáneos.⁵⁰ El paternalismo como eje de la relación visible con los caseros retrotrae un elemento topicalizado en la literatura argentina, que

⁵⁰ Las expresiones son elocuentes y se movilizan según convenciones sexistas: “A sus órdenes, doctor, para lo que quiera mandarme”, dirá el capataz Don Rueda; “aquí estamos todos para servir a usted”, dirá Doña Pancha, la mujer del capataz, a la esposa del Dr. Moreno.

David Viñas (1994) asoció a la figura del criado favorito y que tendrá, en esta obra, sus exponentes reduplicados en las generaciones (padres e hijos) de visitantes y lugareños. Este modo vincular, donde los lazos entre amos y criados se construyen en clave paternalista, solapando las formas de inscripción del poder en la espontánea y recíproca afectividad, tiene también un nítido representante en Don Pantaleón, el cuentero entretenedor del hijo del patrón en “Chango y Mancha. Aventuras de un escolar del norte argentino”: “Don Panta, como afectuosamente se lo llamaba, era un hombre muy viejo que había estado con la familia de Don Cosme toda su vida”. Cuando el relato se inicia, el personaje es ya un hombre viejo, y también un viejo criado, con una vida entregada al servicio de la familia, que colabora ahora, en los achaques de la edad, con los mandados de la patrona y elaborando productos de talabartería para uso de la casa.

En *Hacia el norte argentino*, abundan criados pero la figura del patrón está desdibujada, Don Damián como Don Cosme son personajes descoloridos, cierto pudor parece restarles presencia en estas obras. Sin embargo, podemos ensayar una recomposición con algunas imágenes cercanas, como las que presenta el poema “Retrato”, de Sara Solá de Castellanos:

*Tiene el patrón altiva la figura,
aguileña nariz, rubia barbilla,
bronceada la tez, noble y serena
la profunda mirada en la pupila;*

*voz sonora, templada para el mando,
donde la férrea voluntad se muestra.
La mano leal, en el trabajo fuerte
y a la miseria del humilde abierta;*

*amplio sombrero, cuya ala cubre
la leonada espesura del cabello.
Calza alta bota, y la sonora espuela
va resonando entre el tacón y el suelo.*

*Así cuando se aleja caballero
en su noble corcel, rudo y gallardo,
semeja bajo el pliegue de su capa,
un capitán de tercios de Castilla. (1923: 15)*

Con sus redituables correspondencias étnicas occidentales, su hidalguía, su inteligencia, el don de mando y la apostura, la figura decente del patrón cobra, en el horizonte de la elite salteña, el estatuto de lo muy conocido, de cierta intimidación cercana;

tal vez por eso, no es necesario explayarse tanto, mucho menos comprenderlo, porque, en todo caso, es siempre el otro el que deber ser descripto, tipificado, explicado.

Y hacia allí avanza, precisamente, la obsesiva representación de “los humildes” que habitan la *nouvelle*, las alteridades –indígenas, mestizas, populares, trabajadoras– que el texto intenta aprehender mediante el procedimiento de la descripción. Todo mecanismo o figuración que pueda levemente ser percibido como ajeno a la perspectiva etnocéntrica de los visitantes capitalinos, entra en el saco roto de la otredad exotizada: los hábitos y costumbres, los modos de la prosodia, las formas del folklore literario, las comidas, las pautas relacionales, las convenciones del trabajo, los rituales nativistas de la fiesta (la vestimenta, la danza, el canto, la música) y tanto más. Probablemente sea el capítulo “Vida diaria en la estancia” el que concentre, con visos tan exagerados cercanos a la caricatura, su esforzado propósito de compendio de los rasgos identitarios del ser nacional. Quizás estos pasajes respondan, además, a la iniciativa de Ernesto Padilla, quien en la devolución de sus comentarios al manuscrito le aconsejó a la autora “hacer referencia o esbozo de alguna de las costumbres rurales, típicas de esas regiones altiplánicas”; con lo que destacaba, además, la posibilidad de capitalizar el proceso de exotización interna, que ya había cifrado también el éxito de Dávalos, tan pintorescamente leído en Buenos Aires, pues estos temas, acertaba Padilla, redundarían “también como detalle, que gustaría mucho a los porteños” (AHT, FEP, carpeta 43, folio 217).

Paradójicamente, la huella más visible del distanciamiento de la enunciación frente a esa otredad en la que, naturalmente no se reconoce con suficiente comodidad el narrador, es el uso de las comillas –en palabras de origen indígena o adscriptas a algún rasgo nativo⁵¹ con que se van discriminando, mediante el señalamiento de las convenciones polifónicas del lenguaje, las expresiones compartimentadas por las que avanza el decir en esta obra. El acento pronunciado del color local acaba, en las antípodas de provocar la reunión como comunidad imaginada, por tornar con cierta pátina exotista el cúmulo de información pintoresca esgrimida. De modo que, aunque somos lectores

⁵¹ El extrañamiento ante las palabras se expresa con el entrecomillado, tanto de americanismos, muchos de ellos de origen indígena (amancay, churqui, sorocho, ulpada, aunca, chilcán, erque, quena, humita, capia, guaschalocro, entre otros), como de palabras o giros idiomáticos españoles relacionados con manifestaciones nativistas (zamba, zapateo, gato, gato con relaciones, mote de habas, entre otras). El empleo no es sistemático, la palabra alpapullo, por ejemplo, a pesar de su origen quichua, no aparece entrecomillada. Por otra parte, los términos en inglés sufrían en el texto mecanografiado el mismo tratamiento, pero a los fines de la edición en las narraciones se presentarán, según la convención para referir palabras en otras lenguas, sin las comillas y con el uso de la itálica.

argentinos, terminamos por extrañarnos ante ese connacional que, por tantos –otros– rasgos particulares, comenzamos a sentir un poco lejano, en un texto que fracasa al intentar reunirnos bajo una única dicción inclusiva.

Tal vez uno de los momentos en que mejor se simboliza poéticamente el distanciamiento entre los personajes es en el desapego de los mundos imaginarios que ordenan los sentidos de la vida, en una comunidad rural de inscripción andina, como la de los peones de El Gólgota, y en el ambiente urbano y occidental del que provienen los capitalinos. Al momento de intentar explicar las variaciones atmosféricas, luego de una furiosa tormenta de montaña, la escena devela la contraposición irreconciliable de dos relatos explicativos, el de la tradición científica y el paradigmático de la oralidad ancestral:

Sobre el azul pálido del cielo de la tarde, un grupo de menudas nubecitas blancas parecía avanzar hacia el poniente.

–Esas nubes se llaman cirrus –les explicó la mamá.

Nieves que se había quedado un rato mirándolas, se acercó confidencialmente a Chiqui y le dijo:

–Yo también sé qué son.

Y ante la expresión interrogante de la cara de Chiqui continuó:

–Esa es una majada de nubes; son las ovejitas del Señor que cuando llega la noche, las arrea su pastor, cruzando todo ese campo celeste...

–¿Y cuál es el pastor? –le preguntó Chiqui convencida ya de lo que oía.

–Es aquél que camina detrás de ellas. ¿No le ve brillar los ojos? Es el lucero de la tarde, que las sigue hasta que se pierden detrás de la montaña.

–¿Y se tardarán mucho en llegar todas allí?

–Tienen que andar ligero para que no las sorprenda el lobo en el camino.

–¡El lobo...! –exclamó Chiqui en el colmo de la admiración– ¿y cuál es el lobo?

–El viento... que cuando las encuentra las desparrama y se las devora, dejando sólo los velloncitos dispersos por el cielo...⁵²

⁵² Otra explicación apelando a este tipo de relato popular aparece, en el cuento relatado por el niño Lino en el capítulo “Tormenta y niebla”, nuevamente para intentar comprender la bravura de la lluvia, en este caso, como la expresión del enojo del viento personificado en un viejo malhumorado. La historia referida guarda relación con la leyenda de la madre del viento, que la autora abordó en sus libros de poemas homónimos.

Por otra parte, debe destacarse que ciertos indicios identitarios son validados aunque tengan claras ascendencias indígenas, como los instrumentos musicales de origen andino o las formas de producción no capitalista presentes en las tareas de la molienda comunitaria. La anuencia con estos rasgos se funda en que, a pesar de su adscripción al complejo desafío que representa el mundo indígena en Emma Solá de Solá, el texto parece haber hallado finalmente a los candidatos para ocupar el sitio de lo más representativo de lo argentino, en tanto que este habitante del territorio argentino, en solidaridad íntima con la tierra y las costumbres ancestrales, es su exponente más prístino. Como sujetos idealizados, estos personajes aparecen menos contaminados, enclavados en el reducto norte de la nación, en una tranquilizadora atmósfera rural, pueden resguardarse mejor de los peligros de la intromisión extranjera, pues los inmigrantes, que encarnan en otras manifestaciones literarias del momento el peligro de la disgregación nacional, son entidades ausentes en estas narraciones.⁵³

Habiendo destacado la compleja definición de los sujetos depositarios de los rasgos identitarios argentinos en la figuración del otro (el indio, el mestizo), con los recelos y la atorada digestión enunciativa que ello implica para el horizonte eugenésico de los nacionalismos, otro asunto que en la composición del planteo ideológico del volumen entra en conflicto es la perspectiva, plenamente persuadida, sobre el destino progresista de la nación. El vendaval del progreso, que el texto insufla todo el tiempo como un orden vectorial al que está espontáneamente predestinado el pueblo argentino, a decir verdad, no recae de la misma manera sobre porteños y provincianos, sobre mestizos y blancos, sobre patronos y criados. Es sintomático, por ejemplo, que, al momento de destacar la premiación de las ovejas, en la Exposición Rural de Palermo, el capataz utilice un nosotros inclusivo cuando alude como campeona a “la borreguita que mandamos”; lo hace desde un sincero entendimiento, porque efectivamente el éxito de los animales en el certamen es fruto del esforzado trabajo diario de los peones, pero se sobreentiende que los beneficios corresponden, íntegramente, al patrón, rememorando así lo señalado por Atahualpa Yupanqui en los versos de “El arriero”: “Las penas son de nosotros/ las vaquitas son ajenas”.

⁵³ La reconstitución del campo, como un nuevo locus amoenus que tranquilizaba la conciencia nacional conservadora, se replicó en diversos ámbitos culturales del país. En el caso de una experiencia próxima como la tucumana, y al margen de las variables culturales locales intervinientes, Martínez Zuccardi, Vignoli y Cardozo señalan que las políticas culturales encaradas por la elite tucumana, a partir de la década de 1920 y hasta mediados de la del 1940, manifestó también “el intento de arraigarse a la cultura rural en la que, estaban convencidos, residía una especie de nacionalidad argentina que no había sido contaminada” (2017: 111).



Imagen 8. Emma Solá y Ernesto Solá, en la casa del matrimonio en Ojo de agua, La isla, Salta (S/F).
AMHUNSa, CSC.

En este sentido, tanto “Chango y Mancha. Aventuras de un escolar del norte argentino” como *Hacia el norte argentino* advierten, en más de un momento, sobre las históricas conflictividades (la condición colonial y el colonialismo interno, la situación de zona de frontera, el racismo, las desigualdades sociales, entre otras) con que los diferentes grupos han trazado antagonismos en la historia social del noroeste; y, a disgusto de su operación cultural pro nacionalista, con reticencias o de manera subliminar, la representación literaria termina por incorporarlas como una contrariedad latente.

Educar niños para la patria

“Las otras voces”
libranos de todo mal

sopor de domingo a la tarde
morir es domingo
lunes se parece a nacer
empezar la semana y su incertidumbre

huelgas, hambre, violencia
ruega por nosotros
gritos lucha violencia
ruega por nosotros
miseria crisis violencia
ruega por nosotros

rezan
yo escribo
rezan
yo descreo
rezan
mientras llega la noche
y el silencio

Mercedes Saravia, *Plaza Desierto* (1993).

La idea de educación que ambos libros de Emma Solá de Solá reivindican no es, a contrapelo de lo que podría anticipar el subtítulo de una de ellas –las “aventuras de un escolar del norte argentino”– la escolarización estatal formalizada. La escuela es un elemento prácticamente ausente o decorativo, de hecho, la educación de Chango propiamente dicha se inicia cuando empiezan las vacaciones, es decir cuando se cierra el espacio instituido por el Estado para la educación pública. La figuración del rol de la maestra y el símbolo de horizontalidad social de los delantales, en este caso, alcanzan también colores desvaídos. Lo mismo ocurre con *Hacia el norte argentino*, que se desarrolla durante un período de vacaciones. Lo que ambas obras parecieran priorizar, en todo caso, es una educación incorporada por la experiencia directa, bajo la tutela de padres y maestros de la vida –otros sujetos mayores modélicos, como Don Panta en “Chango y Mancha. Aventuras de un escolar del norte argentino” o Don Ernesto en *Hacia el norte argentino*–. Es elocuente, en ese punto, la preferencia clara de uno de los protagonistas: “A Chango le gustaban las historias de Don Panta, quizás más que las que contaba la

señorita Carmen en la escuela”. Una interpretación suspicaz podría hipotetizar distintas explicaciones para comprender este corrimiento de la institucionalidad educativa, como una velada desconfianza sobre su tarea o, al menos, como un ámbito en que la representación literaria no delega funciones formativas centrales por no armonizar con el modo de entender la educación de los niños que proponen los libros. Educar para la patria –sin la injerencia del Estado– es casi el esbozo de una paradoja debido a los sustratos liberales que se instalan en ambos textos.

En líneas generales, parece priorizarse en cierta manera una educación menos dogmática, tal vez no podría afirmarse que en ambos textos se valore la laicidad educativa debido al adelgazamiento de la presencia asignada al Estado en esta materia, como ya hemos señalado, pero sí efectivamente la autora no ejercitó la vehemencia que en este punto demostraron otras propuestas coetáneas, como la formación religiosa que defendía Delfina Bunge de Gálvez (1881-1952), autora sumamente importante para analizar modos de inscripción del catolicismo en la educación formal y la literatura para niños en Buenos Aires, al menos, durante la primera mitad del siglo XX.⁵⁴

Efectivamente, al momento de ensayar la genealogía de ambas obras de Emma Solá de Solá con la tradición de la literatura argentina orientada a los niños, se evidencian menos filiaciones con alguna vertiente decimonónica como los *Cuentos* (1880) de Eduarda Mansilla de García e incluso la más cercana de la poesía y el teatro de Alfonsina Storni. A excepción de los *Cuentos de la selva* (1918) de Horacio Quiroga, que podría estar funcionando como un hipertexto modélico para la representación de la vida rural desde su peculiar aclimatación de la fábula occidental, especialmente en “Chango y Mancha. Aventuras de un escolar del norte argentino”, las filiaciones de estas obras parecen tener mayor encauce con otras tendencias moralizantes y nacionalistas más cercanas, como son las propuestas por Delfina Bunge de Gálvez y Ada María Elflein.

⁵⁴ Además de su profusa obra literaria –en el terreno de la poesía, la narrativa, la autobiografía y la reflexión religiosa–, Delfina Bunge de Gálvez tuvo una activa participación en los medios católicos. En el caso de la prensa, es significativo su trabajo junto a Sofía Molina Pico en revistas como *Noel* (1920-1931) e *Ichthys* (1921-1930), dirigidas al público femenino. Fue colaboradora asidua –como Ernesto Padilla y la propia Emma Solá de Solá– en las páginas de *Criterio* (1928), una de las revistas argentinas de adscripción católica más relevante del siglo XX, que actualmente continúa en circulación. Para una presentación del contexto cultural general y las propias publicaciones, resulta interesante la panorámica que ofrece María Isabel De Ruschi Crespo (1998) y el estudio puntual sobre *Noel* que presenta Miranda Lida (2013). En el FESS, encontramos una nota del 17 de marzo de 1943, en nombre de monseñor Gustavo J. Franceschi, por entonces director de *Criterio*, donde se agradece la colaboración de Emma Solá de Solá con unos poemas para la revista.

Con una trayectoria intelectual cercana, por su procedencia social y sus filiaciones católicas en el seno de la vida literaria, la figura de Delfina Bunge de Gálvez encaró un proyecto creador similar al de Emma Solá de Solá, amplificado por supuesto a raíz de los mayores alcances que el radio metropolitano porteño le facilitaba. Sin duda, los acuerdos de orden ideológico son notorios entre las escritoras, por ejemplo, al momento de pensar la educación de los hijos tomando como eje central la figura de la madre cristiana –o de otras maternidades imaginarias como las de maestras y profesoras–. En este punto, la esposa de Manuel Gálvez, al presentar su libro de educación religiosa para niños, *El alma de los niños* (1921), expresaba:

Dedico estas páginas a todas las jóvenes mamás, invitándolas a que, guiadas por los Santos Ángeles, penetren en el alma de sus niños como en un jardín donde han de hallar las más deliciosas flores, los más alegres gorgoros [sic]; para que, prendadas de tanta belleza, vigilen tenazmente aquel vergel, impidiendo en él la maleza o los insectos que pueden perjudicar su lozanía. (1921: 5)⁵⁵

Como ha sido señalado, en la trayectoria de Emma Solá de Solá el rol asignado a las mujeres debe dimensionarse también como un factor esencial. Por un lado, fue de vital importancia para sostener como miembros de la Acción Católica Argentina la tarea de “recristianizar la sociedad”, desafío en que “el recinto doméstico y la familia desempeñan un lugar clave” (Quinteros, 2023: 20) y las mujeres, mucho más aún, pues como proyecciones del ángel del hogar eran garantes del éxito del proyecto. Debe destacarse, en este caso, la exigencia de instrucción adecuada para las mujeres que demandaba la escritora, como un requisito previo para el apostolado laico femenino que, si bien acordaba con el objetivo capital de la batalla antiseccular, también, de manera adyacente, redundaba en el beneficio particular de la educación general de las mujeres. Por otro lado, las acciones políticas encaradas por Emma Solá de Solá –por ejemplo en la Asociación de Damas Patricias Argentinas, la Liga Patriótica Argentina y la Comisión Parcial “Pro-Patria” de Señoritas filial Salta (iniciada bajo la dirección de Benita Campos)–, encuadran en una sensibilidad conservadora (Soriano Salkjelsvik, 2021), donde se instituye a las mujeres como órganos regeneradores de la sociedad, especialmente quienes como la propia autora podían desempeñar un rol central, debido a que “a las *patricias*, por ser

⁵⁵ Respecto de la articulación de estos proyectos editoriales doctrinarios, encarados por Delfina Bunge de Gálvez, con las directrices de las asociaciones católicas es ilustrador el agradecimiento que realiza en *Mi primer libro de religión*, obra que elabora junto a Sofía Molina Pico: «Algunas ilustraciones de este libro han sido (...) reproducidas o adaptadas de la Revista Infantil “Primeras Armas” y de los “Recuerdos del Camino”, gracias a la gentileza del “Consejo Superior de la Asociación de Mujeres de la Acción Católica” que ha autorizado su reproducción» (s/f: 3).

portadoras de las más altas dignidades femeninas, les correspondía la misión pedagógica de guiar a sus congéneres” (Guantay Estrabis, 2023: 79-80, subrayado en el original).

A pesar de todas estas intersecciones, resulta notorio que, a diferencia de Delfina Bunge de Gálvez, la escritora salteña no utilizara sus producciones destinadas a niños como atalayas para el adoctrinamiento cristiano y/o político.⁵⁶ Para empezar, no programó protocolos de lectura rígidos como ingreso a sus textos. Si bien ambas obras no fueron publicadas, situación que podría haber supuesto en su momento la redacción de algún prefacio para acompañarlas en ese sentido, se conservan en el archivo como obras “cerradas”. Esto lo confirma “Chango and Mancha. The Story of an Adventurous Argentine School Boy and his pony”, traducción realizada luego de dar por concluido el texto donde, al igual que en la versión en español, no se preveía ningún prólogo; lo mismo puede decirse de *Hacia el norte argentino*, que se abre con un índice final de la *nouvelle* sin que se haya considerado una introducción.

Delfina Bunge de Gálvez, además de textos de educación religiosa, elaboró libros destinados a la enseñanza primaria de niños, como *Hogar y Patria* (1933) e *Iniciación literaria* (1937). *Iniciación literaria* es un libro de lectura organizado, básicamente, como una selección literaria, una “antología de la literatura universal para los alumnos del Sexto grado escolar y de los primeros años de los Colegios Nacionales y Normales” (Bunge de Gálvez, 1937: XIII). Las variables intervinientes en la selección de textos están explicitadas por la autora y van de la mano de su recurrente nacionalismo:

No obstante ser INICIACIÓN LITERARIA una antología universal, he querido dar a este libro un carácter marcadamente nacionalista. A más de un gran número de autores argentinos, contiene diversas apreciaciones de autores extranjeros sobre cosas del país. Y he tratado, por medio de comentarios, de relacionarlo todo con lo nuestro. (1937: XVI)⁵⁷

⁵⁶ En Delfina Bunge de Gálvez, la vigilancia sobre la educación de los niños es concebida como una tarea de control continuo, única forma de permitir alcanzar una educación ejemplar. De allí advertencias como la siguiente, en *El tesoro del mundo*: «Ante un niño o joven cuya conducta o cuyo carácter toma formas detestables, dícese: “Esto pasará; cuando sea mayor será otra cosa”. Cierto es: todo pasa. Pero con verdad podríamos también decir que “nada pasa”. “Aquello” difícilmente pasará: “aquello” lo llevaremos con nosotros hasta el final de nuestros días. “Esto”, en nuestro futuro será nuestro pasado» (1923: 10). A este control no escapa una mirada reticente sobre los conflictos que pueden gestarse entre ciencia y religión, como puede leerse en el capítulo “De las pruebas del alma y de Dios” en *Las imágenes del infinito* (1922: 234-238).

⁵⁷ Esta descripción de la autora omite referir que el libro de cierra con el apartado “Las sagradas escrituras”, en el que se presentan algunas nociones elementales sobre cuestiones bíblicas y una selección de adaptaciones de episodios del *Antiguo testamento y los Evangelios* (1937: 469-487).

El caso de *Hogar y Patria* resulta más interesante, porque a la par de la antología de textos el libro tiene redacciones de un marco referencial, que articula las lecturas, elaborado por la misma Delfina Bunge de Gálvez. En este caso estamos frente a un libro de “Lecturas graduadas” para el quinto grado y su contenido se organiza empleando diversos géneros discursivos (un diario íntimo, diálogos, cartas) cuyos enunciadores, en general, son niños. El tono moralista de la obra calibra la selección literaria que se incorpora, trasminando con esa impronta todo el volumen. Ernesto Padilla, desde su rol de importante intelectual católico de proyección nacional, escribió la carta epílogo que cierra este libro; allí, el elogio recae sobre los ejes centrales de la búsqueda formativa que persigue la autora:

He de subrayar cómo aparece logrado el manifiesto propósito de atraer hacia el suelo nativo la preferencia de la inclinación sentimental e intelectual, proyectando animación o interés en todo lo que, dentro de sus ámbitos, dicen la tradición, la historia, la geografía, los elementos de su riqueza presente y futura, para que sedimenten y se fijen las características que señalan y enaltecen el acervo común, con el que deseamos que se realice la unidad de la raza y del temperamento argentino. (1933: 393)

Un conjunto de recurrentes aspectos nacionalistas—los textos literarios canónicos referidos (asociados a Sarmiento y la gauchesca), las lecturas de episodios y personajes históricos claves (el período colonial, la declaración de la Independencia en Tucumán, la figura del Libertador San Martín) y la configuración del territorio argentino (con su diversidad de climas y costumbres, de la Patagonia a Formosa)—, es decir, componentes muy cercanos a los que bosqueja *Hacia el norte argentino*, permitiría pensar este texto como uno de sus antecedentes literarios. De hecho, en el epistolario con Padilla, esta relación fue señalada por el escritor como un punto a considerar, cuando en 1946 respondió una carta—que no pudimos ubicar— adjunta a la cual Emma Solá de Solá le había remitido el manuscrito de la obra con que le “hace el honor de una consulta” (AHT, FEP, carpeta 43, folios 216):

Ante todo, quiero informarle que la forma por Vd. escogida para iniciar y realizar la excursión me recuerda la que hace quince años más o menos, usó Delfina Bunge de Gálvez para hacer un texto de lectura destinado a alumnos del Colegio La Salle, que seguramente no ha llegado a sus manos por ser libro de texto escolar. Voy a procurarlo para remitírselo, a fin de que establezca distancia entre lo que a Vd. ahora se le ha ocurrido. Será cuestión de retoque. (AHT, FEP, carpeta 43, folios 216 y 216 vuelta)

Por estos pormenores, probablemente, la autora entró en contacto con *Hogar y Patria* y pudo establecer los prudentes distanciamientos que el consejo literario del amigo tucumano le señalaba, con humor erudito, aun a riesgo de ocupar el rol antipático

del «crítico “a lo licenciado Valbuena” que se hace minucioso en apuntar faltas de comas y punto y comas» (AHT, FEP, carpeta 43, folio 217).⁵⁸ Sea como fuere, el producto final en *Hacia el norte argentino* presenta discrepancias salientes, en particular, frente a la férrea impronta liberal y católica de Delfina Bunge de Gálvez, que moviliza en su obra los componentes nacionalistas hacia una conjugación estratégica e ineludible de nichos ideológicos más conservadores. En el capítulo “El derecho de propiedad”, que cuenta una historia montada sobre la disputa de un aparejo entre varios personajes, puede observarse cómo este plexo de valores es preexistente al relato literario y se conjuga como una parábola anticapitalista y anticomunista. Lo citamos largamente, para una mejor apreciación:

El papá. – Escucha, Marcos, este otro caso. Yo tengo un pastel y no deseo comerlo. Viene un hombre que sufre de hambre; yo, que no estoy de humor de oír a nadie, digo: el pastel es mío y muy mío; voy a tirarlo a la basura...

Marcos. – ¡Eso sería una perversidad, papá!

El papá. – Sin embargo, yo no sería castigado por las leyes. Pero hay muchas cosas que, aunque no prohibidas por la ley, son rechazadas por la conciencia. Ustedes representan, en este tribunal, tres teorías distintas sobre la propiedad:

*» Luisito representa la idea **comunista**, que no admite la propiedad privada: el aparejo es de todos.*

*» Marcos representa la teoría **liberal**, adoptada por nuestros códigos: puedo hacer lo que me dé la gana con lo que es mío. Según esta teoría, el propietario puede “usar y abusar” de su propiedad, sin que nadie tenga derecho de pedirle cuentas. Así, puedo yo tirar mi pastel, aunque el otro se muera de hambre.*

Todos. – ¡Eso no es justo, papá!

*El papá. – Existe, felizmente, otra tercera teoría, que es la que sostienen Miguel Ángel y Cecilia: **el derecho de propiedad tiene sus límites**. El propietario puede usar su propiedad, pero no abusar de ella en perjuicio del prójimo. Esta teoría nos dice que somos responsables del buen o mal uso que hagamos de lo nuestro. Según ella, el dueño del pastel no tiene derecho a tirarlo, si a su lado hay un hambriento. Esta es la teoría **crisiana**, que encuentra eco en toda conciencia recta. (1933: 190-191, subrayados en el original)*

⁵⁸ En su misiva, Padilla aclara: «Por certificado remítale el original a máquina que me envió y he encargado que le remitan uno de “Hogar y Patria” de la señora de Gálvez, a que me he referido» (AHT, FEP, carpeta 43, folio 217).

En las obras comentadas de Emma Solá de Solá, la inscripción dogmática —ya sea política o religiosa— no tienen peso definitorio en la forma con que se referencia el mundo, al menos nunca con la contundencia monológica que se advierte en el fragmento que acabamos de citar. De modo que no se ubica, entonces, a la literatura sólo como un vehículo propicio —y plenamente subordinado— a la educación del niño extranjero, aquel en que inicialmente se pensó como lector modelo de “Chango y Mancha. Aventuras de un escolar del norte argentino”, y tampoco para el niño argentino, al que pareciera estar orientado *Hacia el norte argentino*. Es evidente, en todo caso, la presencia de un tono didáctico moralizante conjugado con matices nacionalistas, en una trabazón que coincide bastante con las postulaciones más aligeradas que ensayó Ada María Elflein sobre este asunto.

Como personalidad reconocida de la cultura argentina, gracias a su rol de periodista profesional de *La Prensa*, Elflein se convirtió en una autora modélica para la elaboración de textos destinados a niños (Crespo, 2022 y 2023). Por ejemplo, en la reivindicación de la historia nacional y los relatos populares de sus *Leyendas argentinas* (1906), decantaba un explícito programa formativo orientado hacia esos propósitos:

Con esta colección de mis primeros cuentos y leyendas, presento un homenaje a las glorias de mi patria y a los anhelos de alta educación moral que siento vibrar en esta tierra, en la que fundaron su hogar mis padres, hijos de otro pueblo glorioso [el alemán] que también venero. (1932: VII)

Esta idea de la tradición como un resguardo de la moral parece ser el punto medio de intersección más evidente, donde la perspectiva católica aquietta pulsiones —sin evadirse nunca completamente— en los relatos de Emma Solá de Solá. Lo corrobora en este sentido la propia autora en un pasaje de *El alma en la noche*, cuando afirma que: “En la vida de las sociedades y de las familias, es la tradición que guarda, para descubrirse a los que buscan el sentido de su valor, el tesoro de los hechos y sucesos que van realizando su estructuración moral” (1947: 56).

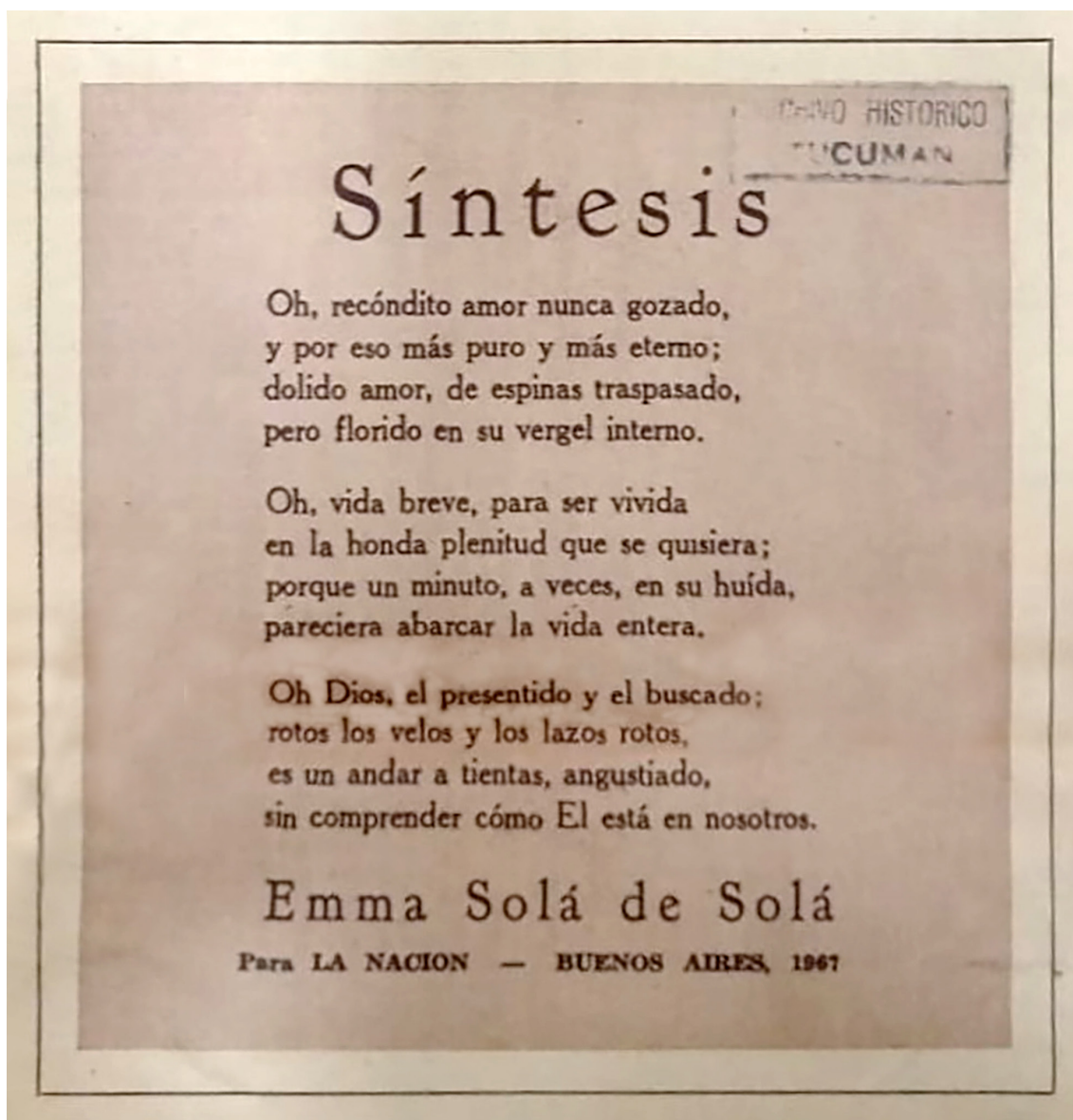


Imagen 9. Poema publicado en *La Nación* (1967).

AHT, FEP.

La tradición encarna la salvaguarda de una moral que los sectores nacionalistas en que militaba la autora sentían amenazada, por factores políticos socialistas y comunistas y por la constatación de una creciente renuencia hacia la fe católica. Por todo ello, como señala Enrique Quinteros, en su estudio sobre los materiales que la escritora produjo especialmente para un público femenino salteño en sus tareas vinculadas a la Acción Católica Argentina, la tríada tradición, patria y religión aparecen mutuamente

implicadas, pues un “elemento que caracteriza a la moral religiosa que propone Emma es el postulado de la estrecha relación entre el amor a Dios y el amor a la Patria” (2023: 20).

Estos cruces conceptuales, convertidos en núcleos duros del sustrato ideológico que los moviliza, conforman una línea de sentido en toda la literatura de Emma Solá de Solá. En el poema “La casa”, incluido en *Esa eterna inquietud...*, la vinculación entre patria y Dios se articulan explícitamente, sumando ahora a la tierra:

*Porque amar a los suyos y a sus muertos,
amar a la tierra que nos vió nacer,
amar la Patria, son amores ciertos,
amando en Dios y a Dios con todo el ser. (1965: 67)*

En el caso de “Religión y Patria” y “Clamor”, incluidos en el mismo libro, la conexión es más notoria porque son poemas de circunstancia –uno elaborado como homenaje al Sesquicentenario de la Revolución de Mayo en 1960 y, el otro, por el Sesquicentenario de la Batalla de Salta en 1963 (1965: 79-90)– y, como es de esperar, están determinados a cantar los loores a la patria y sus fechas conmemorativas como manifestación de la gracia de Dios.⁵⁹

Probablemente, como anticipamos, otro de los elementos en el que se traduzca con mayor claridad la inscripción moralizante del nacionalismo en el molde de la tradición es la elección de la figura de Chango como protagonista, un niño gaucho ejemplar, representativo de las costumbres y valores de la argentinidad, que puede ser exhibido con orgullo nacional ante el público foráneo. En este caso, la apropiación que la autora hace de la tradición gauchesca, con la que nutre su composición psicológica y actancial del personaje, se entrevé en distintas facetas, tal como puede apreciarse en una cita iluminadora:

Dos cosas, Chango no olvidaba llevar consigo cuando dejaba su casa: una era su lazo que Don Panta le había hecho trenzado con lonjas flexibles de cuero, y la otra era su cuchillo. Un buen gaucho no anda nunca sin ellos y Chango había resuelto hacía tiempo ser un gaucho en cuanto tuviese la suficiente edad.

⁵⁹ La trascendencia alcanzada por ambos poemas en el medio local se evidencia en el hecho de que habían sido publicados previamente como plaquetas (Solá de Solá, 1960 y 1963). El FESS conserva numerosas esquelas de recepción, elogiosamente vehemente, sobre ambos folletos que la autora difundió entre un arco notable de destinatarios, desde los esperables –asociados a la curia y el ejército– hasta diversos grupos de escritores y escritoras en distintos enclaves del país.

Otros condimentos requeridos para esta amalgama tipificada aparecen también en el niño, respetando con prolijidad los aspectos sedimentados que impuso el *Facundo* de Sarmiento, un vademécum denigratorio del gaucho: el nexos consustanciados con el caballo Mancha –que recuerda la anécdota del Chacho Peñaloza apesadumbrado, por estar sin su caballo en el exilio, en la referencia sarmientina–, la administración convencionalizada de los juegos violentos con los que Chango –animalizado en su apodo de lucha, Torito– “se hace hombre” y, por último, la apoyatura indispensable para este universo viril que representa el puñal, capaz de respaldar violencia y hombría de manera pareja en la formación del niño gaucho –al igual que los pequeños que entrenan para la vida bárbara de la campaña, con los juegos ecuestres y los remedos del duelo a cuchillo en *Facundo*–. Este uniforme no estaría completo sin la garantía del reconocimiento entre los demás, mediante la convalidación propia de un código entre varones: “Por nada en el mundo dejaría [Chango] que los peones, y sobre todo Tomás, pensasen que él tenía miedo de algo”.

En este sentido, debe señalarse que la ratificación de una tradición eminentemente machista como la gauchesca, reinstalada *ad nauseam* como modelo del ser nacional argentino, no resulta extraña en el campo de los relatos pensados para el público infantil. Otras estrategias contemporáneas, que implementaron promotoras de textos para niños, complementaban estos encuadres ideológicos aportando a su manera nuevos rígidos esquemas de sentidos para las subjetividades infantiles. En esta línea, la misma Ada María Elflein ratificó, desde la preferencia de niñas protagonistas en sus relatos, diversas formas de disciplinamiento con “valores socio-sentimentales” (posturales, afectivos, sexuales, matrimoniales), tal como analiza Natalia Crespo (2023), movilizándolo de esta manera otros tipos de encorsetamiento simbólico para las niñas. A diferencia de los niños díscolos y valientes que quieren conocer mundo en Emma Solá de Solá, el reparto imaginario que Elflein urdía para el universo de las niñas les reservaba el ambiente hogareño y su constelación propicia para la domesticación femenina (la afectividad, la solidaridad, el autocontrol, la postergación de sí), es decir, las conciliaba también con las exigencias de los patrones que la moral burguesa se veía urgida por imponer aún después del Centenario.⁶⁰ Crespo, al caracterizar el programa editorial visible en la zona

⁶⁰ Al igual que Ada María Elflein, Emma Solá de Solá no fue madre, situaciones vitales por las que podría especularse que sus construcciones discursivas sobre la educación de niños y niñas se consustancian, relativamente más alejadas del desempeño experiencial del rol materno y más en sintonía con propuestas educativas sustentada fuertemente por las representaciones imaginarias imperantes sobre la niñez, en el

más consagrada de la abundante producción narrativa de Elflein, aquella precisamente destinada a la representación modélica de las infancias, destaca las resonancias políticas de las implicancias imaginarias puesta en juego en estos cuentos:

Protagonizados por niños y niñas (...) que eran insoportablemente buenos, valientes y reverenciales con sus mayores, que estaban dispuestos a morir en defensa de la patria. Se trataba de protagonistas que cada relato postulaba como ejemplares, verdaderos modelos a seguir, ofreciendo un pacto de lectura en donde la ficción tenía un servicio por cumplir: educar moralmente al soberano. Formar ciudadanitos y ciudadanitas para la Argentina en expansión, transmitir valores éticos, un poco de historia y nacionalizar. (2024: 12-13).

A pesar de algunas coincidencias con lo expuesto en la cita, si bien es indiscutible el de a ratos ciertamente asfixiante aparato ideológico que nutre los relatos de Emma Solá de Solá, debe destacarse que sus niños protagonistas no renuncian nunca a la condición de seres exploratorios de la vida, como Lino y Jorge que “se entretienen” yendo de cacería en *Hacia el norte argentino*, en “una aventura” que, si bien no deja de ser un acto de reivindicación de masculinidades tras el desafío insidioso de Don Ventura, oxigena las acciones de los personajes ante el control de los padres. Los niños se movilizan como seres imaginativos, soñadores, desafiantes hasta la temeridad, como el caso del inquieto Chango, un sujeto que por su conflictiva condición de mestizo y gaucho intranquiliza en todo momento y, entonces, no acata pacíficamente los contornos inobjetables de lo modélico:

Tenía anhelos de aventura, ansiaba irse lejos y ver el mundo más allá de Tartagal. Con frecuencia soñaba con los lugares maravillosos de que le habían hablado, lugares al otro lado de esas montañas que vislumbraba en la distancia violácea.

Pero, como el mundo siempre nos enrostra sus barreras, soñar cuesta caro; y, por ello, la resolución moralista de la historia de Chango será inapelable. El tono didáctico se desplazará, procedimentalmente, hacia el entrecruzamiento narrativo del sueño y la vigilia; el niño se duerme escuchando los relatos de Don Panta y, gracias a ello, protagoniza en el sueño las acciones anheladas que la autoridad paterna le restringe en la vigilia: “¡Ah! esta es la vida para mí, pensó para sí [Chango], ¡esta es la verdadera libertad, esto es lo que se llama ser hombre!”. A medida que las aventuras oníricas se complican, lo asalta el remordimiento:

contexto sociocultural que ambas escritoras compartieron. En “No pudo ser”, un capítulo incluido en *El alma en la noche*, Emma Solá de Solá dejó testimonio, en clave autobiográfica, de la dolorosa imposibilidad de ser madre y la resignación cristiana ante esta circunstancia (1947: 73-77).

Esta vida de completa libertad no se iba tornando todo lo que había esperado, Chango pensó. Tan bien a sus oídos habría sonado la voz de su padre, justo en ese momento, aunque fuese en áspero reproche por haberse ido en esta expedición sin su permiso.

Al despertarse, en el exacto momento en que lo amenaza un yagareté en el monte, el discurso apuntala la moraleja con el gesto admonitorio del reto: “Cuán bueno es ser llamado de vuelta al mundo de las cosas como son, como deben ser para un chico”; “¡Qué bueno era estar a salvo con ellos [con su familia] y no en ese viaje de su sueño! El hogar era el mejor lugar después de todo”.

Por otra parte, también resulta llamativa la manera en que esta obra reconduce a Chango hacia el camino de la oración; una instancia a la que el niño arriba por temor y no por genuina convicción religiosa:

Esta fue una noche en que no necesitó que le recordaran que dijera sus oraciones. Aunque cansado y somnoliento se dio tiempo y Pablo miró sorprendido al escuchar la adormilada voz...: “Mas en la tentación”, luego en tono más ferviente “Líbranos del mal...” y finalmente de debajo de las cobijas un imperceptible “¡Así... sea...!”.

La sutil redención del gauchito aventurero se diluye así, con el retorno al control de la vida familiar bajo la tutela de los padres. Lo que no encontramos, de todas formas, es un discurso condenatorio en extremo, no hay amonestación escandalizada frente al acto de desobediencia, por el contrario, no se disimula una resolución casi jocosa con la vuelta al redil del rezo, en una escena final que trasunta más un gesto vacío de religiosidad que un acto de fe. Antes que una salmodia beata, todo el cierre de la historia termina asumiendo los contornos de la alegoría, propicia para concluir –según los saberes populares que en este desenlace parecen cobrar forma ejemplar– con aquel conocido adagio que dictamina que “el miedo no es zonzo”.

Ni una alcancía humana en la que ahorrar con buenos recuerdos formativos, como se figuraba Delfina Bunge de Gálvez la orientación del carácter de los niños, ni tampoco un sujeto inerte, una tabula rasa por catequizar, al que se debe castigar ante la falta, así parecen conjugarse las imágenes orientadoras de sentidos sobre la educación infantil que ambos textos preservan. Los personajes niños en Emma Solá de Solá se acercan más a la trayectoria de sujetos relativamente independientes, afectados por instancias de aprendizaje que no aparecen exentas de las contrariedades y problemáticas irresueltas de un entorno complejo como es el noroeste argentino y su historia, tan proclive al canto de la naturaleza y al héroe local como a la convalidación del gesto racista y las injusticias

sociales. Esta postulación imaginaria, en la que conviven acuerdos y disidencias sobre el lugar asignado al niño –futuro hombre de la nación argentina–, resulta especialmente ejemplificada con la historia de Chango. En su arquetípico destino, la figura del gaucho y el mundo indígena con los que se tensiona el devenir del personaje ganan la batalla por una formación no escolarizada, asentando la confianza educativa en las prácticas cotidianas del mundo rural y sus estampas masculinas (la exaltación de la virilidad, el exhibición del coraje, la fortaleza física para la pelea, la poca sujeción a la autoridad, la exploración de acciones liberadoras, la camaradería entre varones, la tutela del anciano experimentado, etc.), es decir, toda una constelación de sensibilidades caras al nacionalismo argentino de la primera mitad del siglo XX que, con disímiles proporciones, son heredadas de concomitantes procesos de homogenización identitaria, desde nativismo y el criollismo a la tradición gauchesca rioplatense.

Coda

“Mujeres”

<i>mujeres</i>	<i>tantas</i>	<i>mujeres</i>
<i>cuerpos de silencio</i>	<i>voces de arroró</i>	
<i>guardianas de la vida</i>	<i>espejos de muerte</i>	
<i>misterio insondable</i>	<i>enigma inquietante</i>	

¿qué secreto oculta tu silencio?
¿adónde vas de dónde vienes?
con tu paso recién liberado
vuelto a sujetar
por las condiciones de la época?

Mercedes Saravia, *Filamentos* (2010).

En el contexto de revisión sistemática que la historia social y la historia cultural vienen promoviendo, al menos desde mediados del siglo XX, sobre la inscripción displicente de las mujeres en estos procesos generales, resulta importante poder destacar itinerarios como el de Emma Solá de Solá. No sólo por la urgencia en materia de recuperación de su producción que, como en el caso de muchas otras escritoras y pensadoras argentinas duermen el sueño de los justos en los archivos familiares o públicos, sino sobre todo porque esas voces en postergado silenciamiento son las que permiten complejizar los panoramas de la crítica cultural, refundando perspectivas

de análisis, acercando excepciones desconocidas, develando las sutiles formas con que desde las tretas del débil lograron gestionar el acceso a los espacios refrendados por el patriarcado (Ludmer, 2021).

En el caso particular de la escritora salteña, a pesar del horizonte estrecho que su perspectiva católica y nacionalista sostuvo como eje interpretativo –con todos los matices disonantes que hemos intentado destacar en esta presentación–, sus intervenciones deben ser necesariamente revisitadas y discutidas. Su trayectoria, desde una perspectiva de largo aliento, no puede dejar de visualizarse como un recorrido sólido y un antecedente significativo, en relación con la inserción efectiva de las mujeres en la vida pública salteña. Su ejercicio intelectual pleno, trajinado en el quehacer de las discusiones y la escritura constantes, materializó la intervención de la autora –con voz autorizada– en definiciones sensibles sobre materia religiosa, educativa y cultural. Todo ello fue realizable dentro de las limitadas habilitaciones para tomar decisiones con que contaban las mujeres, en el campo literario y político de la Salta de la primera mitad del siglo XX. Es decir que, las operaciones culturales encaradas por la escritora deben ser reconocidas como un antecedente notable en los consecutivos ejercicios de adueñarse de la palabra que, posteriormente, diferentes escritoras, con otros contextos culturales y otras demandas sociales, habrían de sostener en tanto prácticas para afianzar su diversificación ideológica. Esta genealogía no debe pensarse sólo en términos de proyecciones o continuidades sino, sobre todo, como la habilitación para los descentramientos y quiebres que, con el correr del tiempo, avanzará con intromisiones capilares hacia impensadas modulaciones que llegan incluso al parricidio –que, en este estudio preliminar, quisimos señalar con los epígrafes de la poesía eminentemente contestataria de Mercedes Saravia–. Sólo así parece posible una comprensión medianamente dinámica del movimiento indócil de las renovaciones literarias, que termina socavando, en muchos casos, con fina arteria verbal, aquellos mismos postulados con que Emma Solá de Solá supo construir su lugar oficial en la historia intelectual de Salta.

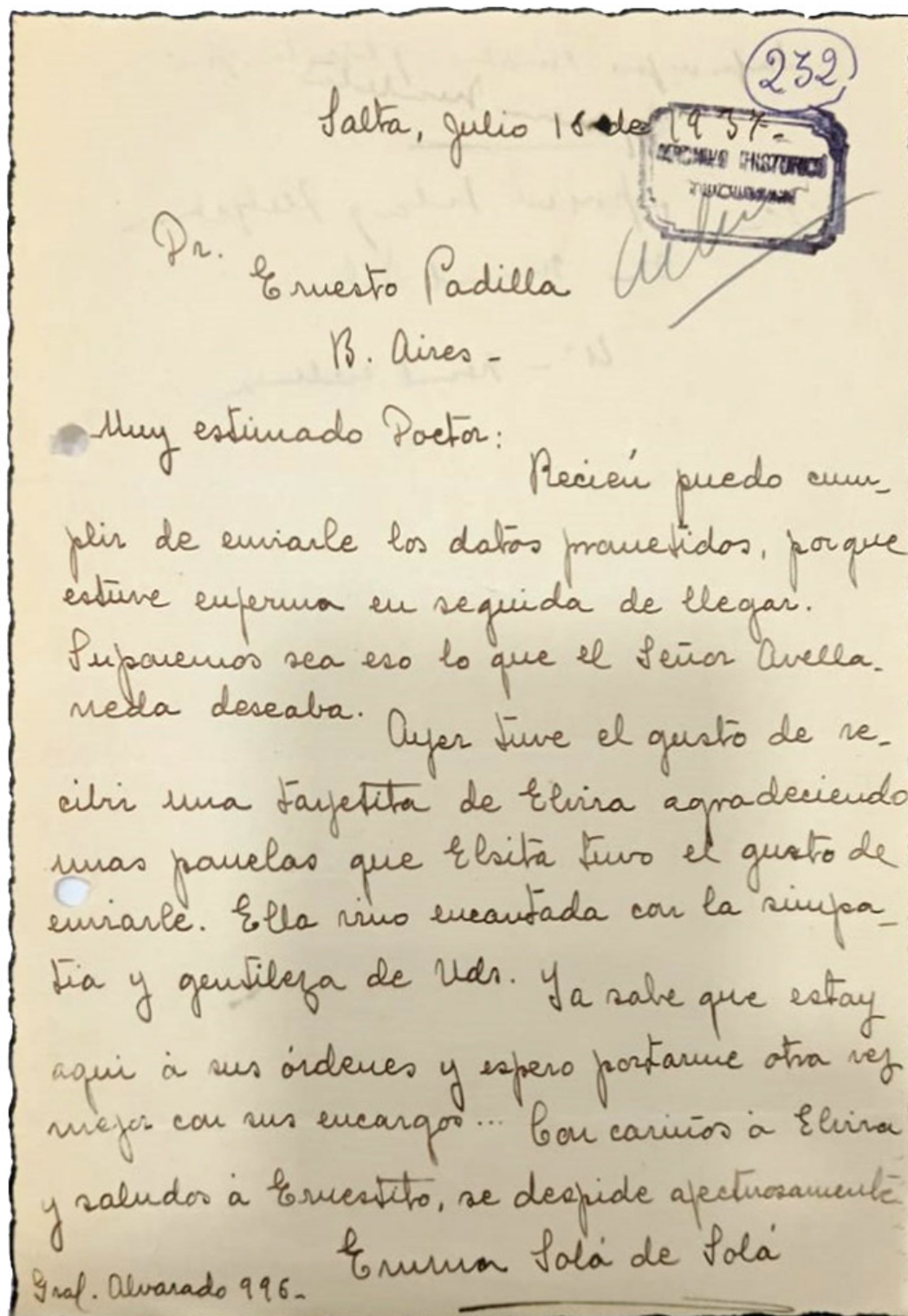


Imagen 10. Carta de Emma Solá de Solá (1937).

AHT, FEP.

Sobre esta edición

En el proceso de preparación de las obras para esta edición, se tomaron algunas decisiones ecdóticas, tratando siempre de alcanzar la menor complejidad y así poder acercar la fijación de un texto de lectura amable para un público amplio. La transcripción ha intentado ser lo más fiel posible a las instancias de diagramación de la página que presentan los originales mecanografiados. Se han incorporado las correcciones manuscritas hechas con lápiz o lapicera en el texto, tomándolas como última versión de las modificaciones de reescritura o sobreescritura ensayadas por la autora. Cuando alguna información del registro de notación marginal o ciertos índices que delatan el proceso de variaciones o reelaboración de la escritura han sido considerados importantes, se los ha incorporado en nota al pie.

Se han realizado mínimos ajustes con vistas a: unificar usos tipográficos de escritura y de convención editorial, subsanar problemas de vacilación de la escritura, ajustar aspectos de puntuación, modernizar la ortografía, adecuarse a la normativa –en falencias visibles de sintaxis y ortografía– y enmendar ciertas erratas de tipeo. Además, a fin de facilitar la lectura se han incorporado algunas notas explicativas, lexicográficas o informativas que colaboran en interpretaciones sobre el tratamiento de algunas ideas o episodios narrativos ofrecidos por ambas obras. En el mismo sentido, funcionan algunas imágenes que acompañan a lo largo de esta edición.

Por otra parte, se han preparado tres apéndices con documentos interesantes (la versión al inglés “Chango and Mancha. The Story of an Adventurous Argentine School Boy and his pony”, una serie de cartas personales y otros materiales), que ayudan a contextualizar mejor los procesos de escritura y traducción de esta obra. Debido a que no son de fácil acceso, se ofrecen en versión facsimilar para consulta de los lectores y como muestrario de los materiales del archivo que los resguarda. Además, las cuatro cartas en inglés, incorporadas al Apéndice II, fueron traducidas al español por la Prof. Elisea Escudero Zavalía y aparecen recogidas en ese apartado.

Por último, queremos expresar un especial agradecimiento a los profesionales que trabajan en las siguientes instituciones: Archivo y Biblioteca Históricas de Salta “Dr. Joaquín Castellanos”, Archivo Histórico de la Provincia de Tucumán, Biblioteca Provincial “Dr. Atilio Cornejo”, Centro Cultural Alberto Rougés de la Fundación Miguel Lillo y Museo Histórico de la Universidad Nacional de Salta “Prof. Eduardo

Ashur”. Las gestiones allí realizadas, para recoger información y consultar publicaciones y materiales de archivo, contaron siempre con valiosa colaboración que facilitó las tareas de investigación que hoy se materializan en este volumen.

Bibliografía

Documental:

Fondo Emma Solá de Solá, Colección Solá Castellanos. Museo Histórico de la Universidad Nacional de Salta “Prof. Eduardo Ashur”.

Fondo Ernesto Padilla. Archivo Histórico de la Provincia de Tucumán.

Literaria:

AAVV (1974). *Antología del Milagro. Salta (1592-1942)*. 2º edic. aumentada. Salta: Artes Gráficas.

Adet, Walter (2007). *Cuatro siglos de literatura salteña. 1582-1981*. Salta: Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta. 2 Ts.

Adet, Walter (1973). *Poetas y prosistas salteños*. Salta: Dirección de Cultura de la Provincia de Salta.

Arias Saravia, Leonor *et alii* (1997a). *Voces de mujer. Antología I*. Salta: Víctor Manuel Hanne.

Brumana, Herminia (1958). *Obras completas*. Buenos Aires: Claridad.

Bunge de Gálvez, Delfina (1937). *Iniciación literaria*. Buenos Aires: HEM.

Bunge de Gálvez, Delfina (1933). *Hogar y Patria. Lecturas graduadas. Libro quinto*. Buenos Aires: HEM.

Bunge de Gálvez, Delfina (1923). *El tesoro del mundo*. Buenos Aires: Agencia General de Librería y Publicaciones.

Bunge de Gálvez, Delfina (1922). *Las imágenes del infinito*. Buenos Aires: Agencia General de Librería y Publicaciones.

- Bunge de Gálvez, Delfina (1921). *El alma de los niños*. Buenos Aires: Agencia General de Librería y Publicaciones.
- Bunge de Gálvez, Delfina y Molina Pico, Sofía (s/f). *Mi primer libro de religión*. La Plata: Escuela de Artes y Oficios San Vicente de Paul.
- Camaña, Raquel (1918). *El dilettantismo sentimental. Estudios literarios*. Crónicas de tierra adentro. Notas de viaje. Buenos Aires: "La Cultura Argentina".
- Carrizo, Juan Alfonso (1987). *Selección del Cancionero de Catamarca*. Buenos Aires: Diction.
- Dávalos, Juan Carlos (1996-1997). *Obras completas*. Buenos Aires: Secretaría Parlamentaria, Dirección de Publicaciones del Honorable Senado de la Nación. 3 Vols.
- Elflein, Ada María (2019). *Impresiones de viajes. Mendoza. Tucumán, Salta y Jujuy. Patagonia. San Luis y Córdoba*. Haedo: Los Lápices Editora.
- Elflein, Ada María (1932). *Leyendas Argentinas*. Buenos Aires: Cabaut y Cía. Editores.
- Fernández Molina, José (1964). *Panorama de las letras salteñas*. Salta: Ediciones Poncho Rojo.
- Saravia Linares de Arias, Clara (2005). *Obra literaria*. Salta: Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta. 2 Vols.
- Solá de Castellanos, Sara (1973). *Florilegio del Milagro y santoral. Poesías religiosas*. Buenos Aires: Imprenta Carrillo.
- Solá de Castellanos, Sara (1923). *Elogio de la vida provinciana*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso.
- Solá de Solá, Emma (1974). *La madre del viento. Leyendas y paisajes*. Salta: Artes Gráficas S A.
- Solá de Solá, Emma (1973). *El Milagro. Poema que relata la historia del culto tradicional que el Pueblo de Salta tributa a las Imágenes de la Virgen y del Cristo del Milagro*. Salta: Artes Gráficas SA.
- Solá de Solá, Emma (1965). *Esa eterna inquietud...* Salta: Librería San Martín.

Solá de Solá, Emma (1963). *Clamor*. Salta: Salesianos.

Solá de Solá, Emma (1961). *Miel de la tierra. (Allpamiski). Poesías de las montañas de Salta*. 2° edic. Buenos Aires: Mercatali.

Solá de Solá, Emma (1960). *Religión y Patria*. Salta: Salesianos.

Solá de Solá, Emma (1947). *El alma en la noche*. Buenos Aires: El Ateneo.

Solá de Solá, Emma (1945). *Miel de la tierra. (Allpamiski). Poesías de las montañas de Salta*. Buenos Aires: Difusión.

Solá de Solá, Emma (1941). *Romance de Sor Clara*. Salta: Librería San Martín.

Solá de Solá, Emma (1933). *El sendero y la estrella*. Buenos Aires: Mercatali Brothers.

Solá de Solá, Emma (1928). *La madre del viento y otros poemas*. Madrid: Juan Roldán y Ca. Libreros Editores.

Solá de Solá, Emma (1922). *El agua que canta*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso.

Crítica:

Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz (1997). “La Argentina del Centenario, campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel, pp. 161-199.

Álvarez Leguizamón, Sonia (Comp.) (2010). *Poder y salteñidad. Saberes, políticas y representaciones sociales*. Salta: CEPHIA, UNSa.

Arias Saravia, Leonor *et alii* (1997b). “Estudio preliminar”, en *Voces de mujer. Antología I*. Salta: Víctor Manuel Hanne, pp. 9-26

Arnés, Laura A.; Domínguez, Nora y Punte, María José (Dirs) (2020-2023). *Historia feminista de la literatura argentina*. Villa María: EDUVIM. Vols. 1, 3 y 5.

Barrenechea, Ana María (1978). “Función estética y significación histórica de las campañas pastoras en el *Facundo*”, en *Textos Hispanoamericanos. De Sarmiento a Sarduy*. Caracas: Monte Ávila, pp. 61-86.

- Bertoni, Lilia Ana (2001). *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: FCE.
- Bombini, Sergio (2004). *Los arrabales de la literatura. La historia de la enseñanza literaria en la escuela secundaria argentina (1860-1960)*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Bossi, Elena (2004). *Seres mágicos que habitan en la Argentina*. San Salvador de Jujuy: EdiUNJu.
- Burucúa, José Emilio y Campagne, Fabián Alejandro (1994). “Los países del Cono Sur”, en Annino, Antonio; Castro Leiva, Luis y Guerra, Françoise-Xavier (Dirs.). *De los Imperios a las naciones: Iberoamérica*. Zaragoza: Iber-Caja, pp. 349-381.
- Chaile, Telma y Quiñonez, Mercedes (2011). “Memoria e Historia. Representaciones del pasado en Salta, fines del siglo XIX y principios del siglo XX”, en Mata, Sara y Palermo, Zulma (Comps.). *Travesía discursiva: representaciones identitarias en Salta (siglos XVIII-XIX)*. Rosario: Prohistoria, pp. 93-124.
- Cornejo Polar, Antonio (1994). *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Lima: Horizonte.
- Crespo, Natalia (2024). “DesbarrancAda: una voz feminista rescatada del archivo”, en Elflein, Ada María. *La loca Basilia y otros relatos*. Córdoba: Buena Vista, pp. 11-15.
- Crespo, Natalia (2023). “Ada Elflein: cuentos para la educación sentimental de las niñas”. *Visitas al Patio*, 17, 1, 108-121.
- Crespo, Natalia (2022). “Batallar en los bordes. Heroínas de guerra en cuentos de Ada Elflein”. *Páginas. Revista Digital de la Escuela de Historia*, 14, 36, 1-18.
- Dalmaroni, Miguel (2006). *Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y estado*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Degiovanni, Fernando (2007). *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- De Ruschi Crespo, María Isabel (1998). *“Criterio”: un periodismo diferente. Génesis y fundación. Una respuesta católica al desafío de la prensa en la Argentina en la década de 1920*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

- Díaz Pas, Juan Manuel (2015). “Salta entre las fábulas de extinción y el paisajismo”, en *La revuelta de los aldeanos. Literaturas plebeyas en la Argentina del siglo XXI*. Salta: Alto Yuyo, pp. 20-51.
- Dimarco, Luciana Sofía (2023). “Las más bellas flores del jardín. Las mujeres de la elite salteña en el Club 20 de Febrero”, en Quinteros, Enrique (Comp.). *Escritoras salteñas. Emma Solá de Solá*. Salta: La Aparecida / ICSOH, pp. 93-108.
- Diz, Tania (2021). “Escritoras y revoluciones. Un recorrido feminista por las revistas culturales (1960-1970)”, en Rosa, María Laura; Diz, Tania y Kratje, Julia. *De cuerpo entero: debates feministas y campo cultural en Argentina 1960-1980*. Buenos Aires: Waldhuter, pp. 23-51.
- Flores Klarik, Mónica (2010). “De la representación del salteño y sus tradiciones a la construcción de los primeros discursos del turismo (1910-1940)”, en Álvarez Leguizamón, Sonia (Comp.). *Poder y salteñidad. Saberes, políticas y representaciones sociales*. Salta: CEPHIA, UNSa, pp. 51-68.
- Furlong, Guillermo S. J. (1960). *Ernesto E. Padilla. Su vida. Su obra*. T. III. San Miguel de Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras, UNT.
- Furlong, Guillermo S. J. (1959). *Ernesto E. Padilla. Su vida. Su obra*. Ts. I y II. San Miguel de Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras, UNT.
- Gerés, René Osvaldo (2023). “Héroes olvidados, conmemoraciones y tensiones en las configuraciones del pasado. Salta (Argentina), década de 1930”. *Quinto Sol*, 27, 1, 1-20.
- Gerés, René Osvaldo y Quiñonez, Mercedes (2020). “Entramados de relaciones y tensiones en el proceso de institucionalización de la actividad historiográfica en la primera mitad del siglo XX en Salta”. *Cuadernos de Historia. Serie Economía y Sociedad*, 24, 85-107.
- Gerés, René Osvaldo (2019). “Sara Solá de Castellanos y la Primera reunión de Estudios históricos del norte”, en *Sara Solá y la mujer salteña*. Documentos de trabajo n° 1. Cátedra de Historia Regional, UNSa, pp. 3-9. Disponible en: http://historiaregional.com.ar/wp-content/uploads/2022/08/Sara_Sola_y_la_mujer_saltena-1.pdf

- Godoy, Juan Carlos (2003). "Breve historia de la crianza de la raza Karakul en la República Argentina y antecedentes sobre su origen". Mimeo. Disponible en: https://www.produccion-animal.com.ar/produccion_ovina/razas_ovinas/77-historia_karakul.pdf
- Guantay Estrabis, Sofía (2023). «*Por el fervor del sentimiento patriótico, seremos dignas de llamarnos hijas de la Patria, mujeres argentinas*». Emma Solá de Solá. Una reconstrucción de sus inicios intelectuales en la Argentina de entreguerras», en Quinteros, Enrique (Comp.). *Escritoras salteñas. Emma Solá de Solá*. Salta: La Aparecida / ICSOH, pp. 77-91.
- Hanán Díaz, Fanuel (2015). *Temas de literatura infantil. Aproximación al análisis del discurso para la infancia*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Lagmanovich, David (1974). *La literatura del noroeste argentino*. Rosario: Biblioteca.
- Lastero, Lucila (2023). *Mujer trapecionista sobre la cuerda de un sueño. Narrativa de mujeres en Salta entre 1980 y 2005*. Salta: Fondo Editorial de la Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta.
- Lida, Miranda (2013). «"Dios no creó a la mujer para bibelot". Revistas católicas femeninas de la década de 1920: el caso de Noel», en Rodríguez, Ana María T. (Edit.). *Estudios de Historia Religiosa argentina (siglos XIX y XX)*. Rosario / Santa Rosa: Prohistoria / EdUNLPam, pp. 139-161.
- Literary prizes and their winners* (1946). Revised and enlarged edition. New York: R. R. Bowker Co.
- Ludmer, Josefina (2021). "Tretas del débil", en *Lo que vendrá. Una antología (1963-2013)*. Buenos Aires: Eterna Cadencia: pp. 189-198.
- Ludmer, Josefina (1999). *El cuerpo del delito. Un manual*. Buenos Aires: Perfil.
- Marchionni, Marcelo Daniel (2015). "Historias provinciales, locales y regionales. Reflexiones acerca de la construcción de los espacios para la interpretación de los procesos históricos en Salta y el NOA". *Andes. Antropología e Historia*, 26, 2, 1-15.
- Martínez, Ana Teresa (2013a). *Cultura, sociedad y poder en la Argentina. La modernización periférica de Santiago del Estero*. Santiago del Estero: EDUNSE.

- Martínez, Ana Teresa (2013b). “Intelectuales de provincia: entre lo local y lo periférico”. *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, 17, 2, 169-180.
- Martínez Zuccardi, Soledad; Vignoli, Marcela y Cardozo, Dinorah (2017). “Elaboraciones del conflicto social y político en un contexto de configuración del campo cultural, 1917-1946”, en Vignoli, Marcela (Coord.). *La cultura: artistas, instituciones, prácticas*. Buenos Aires: Imago Mundi, pp. 81-119.
- Martos Núñez, Eloy (1992). “Función y morfología del cuento en *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes». *Cauce*, 14/15, 467-491.
- Mata, Sara Emilia (2008). *Los Gauchos de Güemes. Guerras de independencia y conflicto social*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Montaldo, Graciela (1993). *De pronto, el campo. Literatura argentina y tradición rural*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Moyano, Elisa (2011). “Imaginar la Nación desde las fronteras. El caudillo, el gaucho y el indio en las letras salteñas del siglo XIX”, en Moyano, Elisa *et alii*. *Ensayos*. Salta: Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta, pp. 9-103.
- Moyano, Elisa (Coord.) (2004). *La literatura de Salta. Espacios de reconocimiento y formas de olvido*. Salta: UNSa.
- Mueller, J. P. *et alii* (2018). “Revisión sobre el origen y el desarrollo de la producción de caprinos de Angora en Argentina”. *RIA. Revista de Investigaciones Agropecuarias*, 44, 3, 286-300.
- Pavón, Verónica Rosario (2023). “Emma Solá de Solá, una portavoz en los albores de la modernidad”, en Quinteros, Enrique (Comp.). *Escritoras salteñas. Emma Solá de Solá*. Salta: La Aparecida / ICSOH, pp. 45-58.
- Percas, Helena (1958). *La poesía femenina argentina (1810-1950)*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.
- Prieto, Adolfo (1988). *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Sudamericana.

Quinteros, Victor Enrique (2023). «*Su piedad no puede ser sentimental ni superficial como la de muchos, sino ilustrada y sólida*». El apostolado femenino en los escritos de Emma Solá de Solá», en Quinteros, Enrique (Comp.). *Escritoras salteñas. Emma Solá de Solá*. Salta: La Aparecida / ICSOH, pp. 13-29.

Quispe, Gloria Carmen (2023). “*Chango y Mancha* de Emma Solá de Solá: del resguardo de la tradición, la visualización del lector infantil y las aspiraciones de una escritora de la elite salteña”, en Quinteros, Enrique (Comp.). *Escritoras salteñas. Emma Solá de Solá*. Salta: La Aparecida / ICSOH, pp. 60-74.

Rodríguez, Susana Alicia Constanza (2004). “Políticas de lecturas. Contratos y polémicas”, en Moyano, Elisa (Coord.). *La literatura de Salta. Espacios de reconocimiento y formas de olvido*. Salta: UNSa, pp. 70-110.

Romano, Eduardo (2004). “Culminación y crisis del regionalismo narrativo”, en Jitrik, Noé (Dir.). *Historia crítica de la literatura argentina*. Vol. 9. Buenos Aires: Emecé, 599-629.

Sánchez, Santiago Javier (2015). “Del Club del Progreso al Jockey Club: transformación y refinamiento de los espacios de sociabilidad de la burguesía de Buenos Aires (1852-1882)”. *Pasado y Memoria*, 4, 151-178.

Solá, Miguel (1964). *Diccionario histórico biográfico de Salta*. Salta: Imprenta de la Legislatura de Salta.

Solá, Miguel (1963). *Las milicias de Güemes*. Salta: Agrupación Tradicionalista Gauchos de Güemes.

Solá, Miguel (1947). “Salta (1810-1821)”, en Levene, Ricardo (Dir.). *Historia de la Nación Argentina. (Desde los orígenes hasta la organización definitiva de 1862)*. 2º edic. Vol. X. Buenos Aires: El Ateneo, pp. 365-401.

Solá, Miguel (1945). *Salta*. Buenos Aires: Emecé.

Soria Quispe, Josefina Mercedes (2023). *Transformaciones estético-culturales en la poesía de mujeres del Noroeste argentino (Salta, Jujuy y Tucumán) y sus vínculos interdiscursivos con la crítica literaria de la región y otros discursos sociales: configuraciones imaginarias de lo femenino en tres escenas socio-poéticas del siglo XX*. Tesis de Doctorado en Letras, FFyH, Universidad Nacional de Córdoba. Disponible en: https://rdu.unc.edu.ar/bitstream/handle/11086/552925/Soria_Quispe_Transformaciones_est_tico-culturales_en_la_poes_a_de_mujeres_.pdf?sequence=1&isAllowed=y

- Soriano Salkjelsvik, Kari (2021). *Sensibilidades conservadoras. El debate cultural sobre la civilización en América Latina y España durante el siglo XIX*. Madrid / Frankfurt am Main: Iberoamericana / Vervuert.
- Sosa, Carlos Hernán (2023). “Entre la devoción y lo mundano: la tradición del relato de viaje en Emma Solá de Solá”, en Quinteros, Enrique (Comp.). *Escritoras salteñas. Emma Solá de Solá*. Salta: La Aparecida / ICSOH, pp. 30-44.
- Sosa, Carlos Hernán (2015). «Refundaciones de la “salteñidad”: Juan Carlos Dávalos y su relectura del discurso nacionalista del Centenario», en Flawiá, Nilda María (Comp.). *Momentos, textos, escrituras (1900-1930)*. Buenos Aires: Corregidor, pp. 197-218.
- Sosa de Newton, Lily (1986). *Diccionario biográfico de mujeres argentinas*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Svampa, Maristella (1994). *El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- Todorov, Tzvetan (2005). *Introducción a la literatura fantástica*. México: Coyoacán.
- Villagrán, Andrea (2014). *Un héroe múltiple. Güemes y la apropiación social del pasado en Salta*. Salta: EDUNSa.
- Villagrán, Andrea (2010). «“El general gaucho”. Historia y representaciones sociales en el proceso de construcción del héroe Güemes», en Álvarez Leguizamón, Sonia (Comp.). *Poder y salteñidad. Saberes, políticas y representaciones sociales*. Salta: CEPHIA, UNSa, pp. 23-50.
- Williams, Amancio (1983). “Un descubrimiento arqueológico en la Quebrada del Toro”. Disponible en: <https://www.amanciowilliams.com/un-descubrimiento-arqueologico-en-la-quebrada-del-toro>
- Viñas, David (1994). *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires: CEAL. 2 Ts.

**Chango y Mancha.
Aventuras de un escolar
del norte argentino¹**

¹ En el texto mecanografiado, junto al título, se incorpora la indicación “escrito en Estados Unidos”.

Capítulo I

El último día de clase

Era el último día de noviembre y también el último día de escuela para los niños del departamento de Tartagal.

Chango y sus compañeros iban a ser despedidos para sus vacaciones de tres meses.

Tartagal está en la parte norteña de la República que se halla debajo del Ecuador. Así las estaciones son a la inversa. Cuando es invierno en los Estados Unidos es verano en Argentina, y, es por eso que los niños de Tartagal empezaban sus vacaciones de verano en noviembre.²

Desde la casa escuela, largas líneas de bulliciosos y felices niños formaban fila hacia el cálido sol. ¡Cuán lindos parecían en sus blancos uniformes!, la maestra pensó. Porque en Argentina todos los niños de escuela pública usan delantales blancos sobre sus vestidos: los varones una especie de guardapolvo y las niñas un delantal de mangas largas. Afuera, Chango con muchos otros niños corrieron hacia una arboleda donde sus caballos y petizos estaban atados. Rápidamente los ensillaron y alistaron para la marcha al hogar, pues ellos vivían diseminados a lo lejos y lo ancho del campo, millas más allá del lugar donde estaba la escuela en el pueblo de Tartagal.

—¡Oh Chango, piensa en el mucho tiempo que tendremos ahora para jugar, todo el día, cada día, siempre y siempre tanto! ¿No estás contento, Chango? —Chinita, su hermanita, charlaba dichosamente mientras trepaba sobre el lomo del petizo, a espaldas del hermano, para el largo camino, viaje a su casa.

Sus amigos

Chango no pudo contestar enseguida. Estaba ocupado con Mancha, su petizo, y luego, además, pensaba en cómo echaría de menos a los chicos con quienes jugaba todos los días durante el recreo. Sus casas se hallaban tan apartadas que rara vez se veían fuera

² Entre los varios procedimientos ensayados por el relato para aproximar el mundo referido, a un público no familiarizado con la realidad del noroeste argentino, se destacan distintas estrategias. Una de ellas es la explicación, como en este caso, respecto de la variación de las estaciones del año según los hemisferios.

de la escuela. Sentiría la ausencia de Mané, por sobre todo, pensó. Mientras el petizo empezó a andar. Entre todos los chicos, él prefería a Mané. Su verdadero nombre era Manuel pero todos lo llamaban Mané para acortarlo. Cuando la gente gusta de alguien aquí, acorta su nombre en señal de afecto. Es una costumbre. Mané no era aficionado a correr y luchar en pleno sol como los otros muchachos. Ni aún se interesaba mucho por la bata, el deporte favorito que se juega como pelota liviana.³ En cambio prefería tener a sus amigos en un círculo a su alrededor y contarles historias.

Mané inventaba también sus propias historias, y estas eran maravillosas. Sabía muchos cuentos sobre los indios, cómo vivían y cuáles eran sus costumbres. Y podía recitar versos, ¡algunos fascinadores! Otra razón por la cual Mané era tan favorito de Chango se debía a que ambos amaban las afueras, los bosques y especialmente los animales que había en ellos. Eran las historias de Mané sobre estas cosas las que a Chango le agradaban más; pero también a los otros les gustaban.

¡Cuánto tiempo necesitaba la maestra para hacerlos volver a la clase cuando Mané narraba algo raro después del almuerzo al aire libre!

Echaría de menos a Tito, también. Era divertido estar con Tito durante el recreo. Él siempre tenía alguna treta en su manga que hacía reír a todos. Era delgado y tenía sinuosos hombros de aspecto cómico; empero se podía contar con él para el trabajo y los juegos, y decía las más divertidas cosas en el momento oportuno para evitar una disputa. Tito no era bueno para la lucha, en la que Chango se destacaba, pero era vivaz y pensaba cosas que jamás habrían ocurrido en la mente de los otros muchachos.

Había algo en Tito que demostraba una gran paciencia, siguió pensando Chango. Hasta los animales parecían sentirlo. Un día Gato, el caballo grande perteneciente a una maestra, quedó enredado en cierto alambre. En su espanto, se encabritó y relinchó asustando a los otros caballos. Todos gritaron y dieron alaridos, hasta la señorita Carmen, su maestra. Pero Tito no. Él fue en dirección a Gato, tranquilo, y le sacó el alambre antes de que le hiciera daño alguno. Parecía como si Gato supiera que no había nada de que temer, pues Tito estaba allí paciente y sin miedo.

³ No queda muy clara la referencia al juego “la bata”. Por los elementos señalados (bate y pelota liviana), parece referirse a un juego grupal parecido al béisbol que se practica en Bolivia y Perú con ese nombre. En la traducción al inglés, el término usado designa un deporte semejante, el “*softball*” (Apéndice I, página 2).

A Chango le llamaban Torito y fue Tito quien le había dado este sobrenombre.

A Chango le gustaba luchar. Un día estaba midiendo su fuerza contra un muchacho mayor y después de un rato empezó a sentirse tan agotado que pensó que tendría que ceder. Los muchachos estaban apoyándolo y de repente oyó la voz de Tito gritando: “¡Bravo, Torito!”, se mantuvo y ganó.

En español, que es la lengua del pueblo argentino, Torito significa “pequeño toro”. Chango sabía que Tito estaba pensando en lo fuerte que eran su cuello y sus hombros y le recordaba los usara como protección. Después de ganar esta pelea siempre le llamaron “Torito”.

Aunque Chango fuese tan fuerte como un toro joven, un ágil corredor y un buen luchador, era más bien un muchacho tímido y lento para hablar. La lengua lista de Tito lo había ayudado muchas veces cuando se hallaba en aprietos con su maestra. Tito tenía su manera de explicar las cosas y si alguno podía hacer sonreír a la señorita Carmen, ese era él. Chango estaba agradecido a su amigo por aquello y por las tantas veces que lo había salvado de quedarse fuera del horario de clase.

Pero ni Tito pudo salvar a Jaime de la impaciencia de la maestra. Él era el chico más inquieto en clase y siempre a punto de caer en falta. Obraba por impulsos y la maestra decía que no estaba segura de que hubiera usado jamás su cabeza, pero si lo hizo, fue siempre después en lugar de hacerlo antes. Si alguna cosa iba mal o algo se había roto, la primera persona en quien se pensaba, como responsable, era Jaime, y era siempre reprendido. Pero nada lo atemorizaba; ¡era tan lleno de energía, tan despreocupado y alegre! Era un muchacho grande y fuerte, pero indeciso, lo cual hacía parecer gracioso en cualquier actitud.

Mientras Chango seguía cabalgando, advirtió súbitamente que su cartera de escuela, que colgaba en larga cuerda de su hombro, se sentía pesada e incómoda. Se apeó para ver qué andaba mal y halló dos piedras dentro de la cartera. Tuvo que sonreír para sí mismo. Ese ha sido Carlos, pensó, sus grandes ojos negros no habían brillado sin motivo cuando observaba a Chango montar en su petizo.

Carlos era el alegre de la clase, siempre haciendo triquiñuelas a los otros. Ellos habían aprendido a estar alertas aunque, por esos grandes ojos negros, se delatara cuando tramaba algo. Parpadeaban con risa aun cuando permaneciera con la cara tiesa. Siempre andaba en líos por sus jugarretas y era el último en disponerse a trabajar en clase.



Imagen 11. Emma Solá de Solá y familiares, puente sobre el río Castellanos, Lesser, Salta (S/F).

AMHUNSa, CSC.

Chango estaba pensando cómo iba a echar de menos a estos muchachos. Estaba casi pesaroso de que la escuela se cerrara durante el verano. Por eso cabalgaba tan silencioso, mientras Chinita, cuyos brazos se apretaban alrededor de su cintura, charlaba y hacía preguntas aun cuando no obtuviera respuestas.

Llegando a la casa

A medida que se acercaban a la casa, Mancha se tornaba más difícil de manejar y requería toda la atención de Chango. El petizo estaba impaciente por llegar al corral. No tenía nada que hacer sino estar parado mientras los niños se hallaban en la escuela. Chango siempre lo ataba a la sombra de un árbol o cerca de un agradable arroyo claro que corría próximo a los patios de la escuela, durante la larga espera que servía de descanso al petizo, que estaba ansioso de volver a la casa tan pronto como se cerrara la escuela.

Detrás de Mancha, llevando a los dos niños, iba su perro.⁴

Distinto de Mancha, estaba cansado. Se lo dejaba junto al petizo durante las horas de escuela, con la intención de que vigile al caballo y a cualquier cosa que los niños dejaran fuera, pero él siempre encontraba ocasión para mucho ejercicio. Era un perro muy inteligente. Había crecido con Chango y Chinita, los quería con ternura y ayudaba a cuidarlos.

En la escuela, difícilmente los niños habrían podido jugar sin él durante el recreo. Era experto en buscar cosas y constantemente hallaba pelotas que habían sido dadas por perdidas. Hasta cavando las extraía de los agujeros donde habían rodado. Cuando un muchacho enviaba la pelota de golpe fuera de los límites en algún campo, abría como un túnel en el seto para rescatarla. Sosteniéndola suavemente entre sus dientes, llevaba la pelota de vuelta arrojándola a los pies de Chango. Cierta vez, por un momento, un humor perverso lo dominó. Quiso escapar con la pelota para jugar con ella, pero cuando Chango lo llamó con voz firme de mando, pronto obedeció, devolviéndola.

El petizo llegaba ahora a una curva en el camino, desde donde los niños podían ver su casa. Era aquí donde siempre hacían su último saludo de despedida a la madre en la mañana.

⁴ Esta mención al perro de Chango presenta diferencias en las versiones del texto. El nombre del animal fue tachado en la versión en español: “Detrás de Mancha, llevando a los dos niños iba ~~Pascual~~, su perro. ~~Él también tenía su nombre acortado y era conocido como Cual~~”; mientras que se conserva en la traducción al inglés e, incluso, se emplea su apócope Cual: “Behand Mancha with the two children trotted Pascual their dog. He too had his name shortened and was known to everybody as Cual” (Apéndice I, página 5).

Como de costumbre ella estaba esperando su regreso en la galería del frente, preparando la mazamorra que la gente de la región come todos los días. Doña Asunción –tal era el nombre de la madre de Chango y Chinita– estaba parada al lado de un gran mortero, hecho de un tronco de árbol y con un palo en forma parecida a paleta de *baseball*⁵ pero más corto y grueso, se hallaba moliendo maíz. Poroto, el bebé hermanito de los niños, andaba detrás de un gatito.

–Buenas tardes –dijo Doña Asunción saludándolos–, ¿cómo fue el último día de escuela?

Chinita se deslizó del petizo y corrió a contar a su madre todo lo que había ocurrido. Orgullosamente levantó el librito que había ganado por su buena conducta en el año escolar.

Chango siguió al corral, desensilló a Mancha y lo soltó para que retozara junto a sus compañeros, los otros caballos que se habían aproximado al cerco relinchando en señal de bienvenida.

El perro, con la lengua colgando por el calor y la larga marcha, corrió al fondo de la casa por un trago de agua.

Cuando Chango vino a la galería a colgar la montura, su madre y los dos niños estaban en la cocina.⁶ Allí les esperaba una sorpresa. Era un plato de patay, del que eran muy aficionados. Aunque su madre lo hacía muy a menudo, ellos lo agasajaban como a una exquisitez.

Doña Asunción nunca se cansó por la tarea de juntar las grandes vainas de algarroba, de partirlas y molerlas en el mismo mortero en que había preparado el maíz para la mazamorra. De la pasta hacía los deliciosos “quesos” de patay.⁷

⁵ En este caso, la búsqueda de una mejor comprensión de las representaciones literarias se resuelve mediante el auxilio de símiles, a fin de ganar proximidad con el lector modelo infantil estadounidense que va construyendo esta obra. La apelación a palabras en inglés parece cubrir la misma función.

⁶ En el texto se suprimió una frase completa que no se puede recomponer de manera total por el tachado continuo con x, sólo se logra leer “plato especial llamado patay”.

⁷ La referencia alude a la forma esférica típica en que se amolda el patay, un alimento frecuente en las zonas rurales del noroeste hecho con harina de algarroba. Al igual que en el caso de la mención anterior de la mazamorra, es evidente el énfasis del relato por destacar el color local costumbrista, en este caso, en el orden de lo culinario. Todas las palabras que refieren al orden culinario regional se presentan, en la versión al inglés, sin traducción y subrayadas; en este caso, “quesos de patay” sí se traduce por “*patay cakes*” (Apéndice I, página 6). Lo mismo ocurrirá, más adelante, con la mención de insectos y animales.

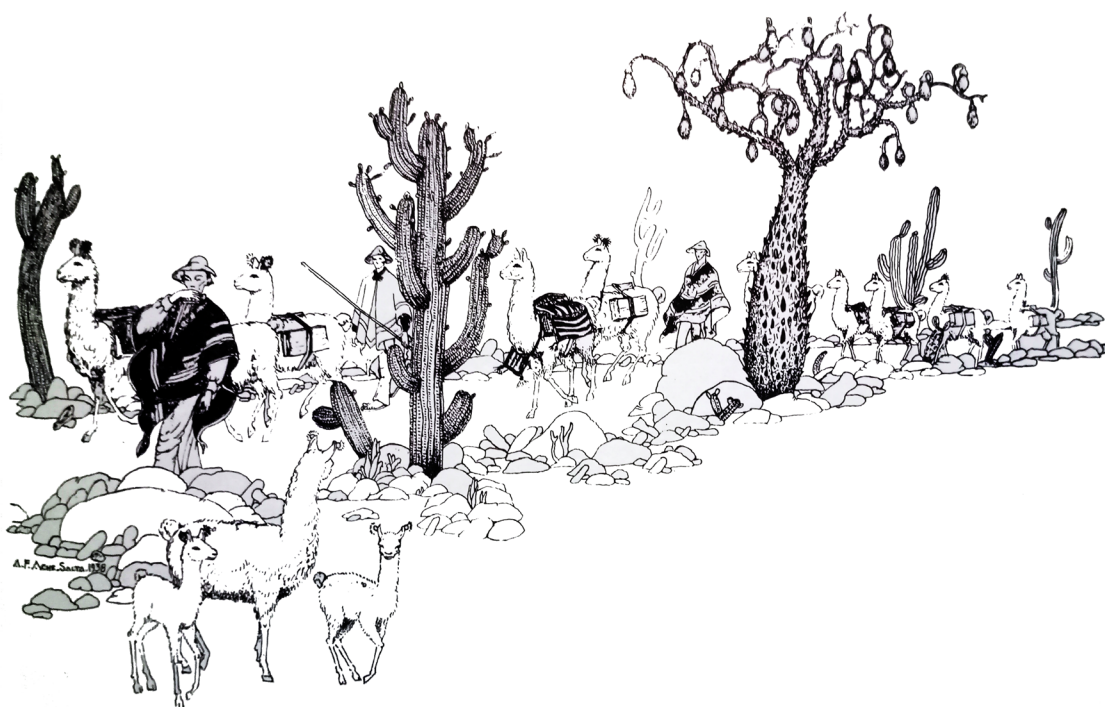


Imagen 12. Ilustración de Alejandro F. Ache, para *La madre del viento. Leyendas y paisajes* (1974).

—¿Están contentos de no tener que ir a la escuela durante tres meses completos?
—les preguntó la madre.

—¡Oh sí! —exclamó Chinita que sólo tenía 8 años— ¡yo le enseñaré a hablar a Periquito!

Periquito era un loro que le había sido dado a cuidar hacía poco tiempo. Era muy joven y sólo podía decir una o dos palabras.

—Y también jugar con Poroto y mi gatito —añadió—.

—¿Y tú, mi hijo? —Doña Asunción miró a Chango—.

—Sería muy lindo, me imagino! —respondió titubeando un poco— pero echaré de menos a los muchachos, los juegos y todo eso.

—¡Oh! bien, ya arreglaremos para tenerlos aquí algún día —dijo su madre—. Ustedes podrán jugar todo el día y yo haré muchas masas de patay.

—José me ha invitado a pasar un día. ¿Puedo ir, madre?

—Ya veremos. Tal vez puedas ir con tu padre o algunos de los hombres cuando vayan a la ciudad. Pero primero les pediremos a los muchachos que vengan aquí. Y de todos modos no hace ni un día que los viste por última vez. Ya habrá tiempo.

Capítulo II

Don Pantaleón y Mancha

Los amigos de Chango y todos cuantos lo conocían lo imaginaban uno de los muchachos más felices de Tartagal, pues, ¿no tenía, acaso, todo cuanto puede hacer feliz a un chico?

Sin embargo, había veces en que se sentía lleno de descontento y completamente insatisfecho con su casa, deseando que las cosas fueran diferentes. Tenía anhelos de aventura, ansiaba irse lejos y ver el mundo más allá de Tartagal. Con frecuencia soñaba con los lugares maravillosos de que le habían hablado, lugares al otro lado de esas montañas que vislumbraba en la distancia violácea.

El padre de Chango, Don Cosme, había llevado a su familia a Tartagal algunos años atrás, cuando el petróleo había sido descubierto en esa parte del país. Él empleó muchos peones en la construcción de caminos a través de las regiones donde los geólogos lo descubrieron. Algunos de los peones, como los trabajadores de su padre eran llamados, vivían en el lugar, y a Chango le agradaba montar a caballo con ellos y sentarse a la noche en su compañía alrededor del fuego, escuchando las historias que contaban para pasar el tiempo mientras trenzaban lazo y tomaban mate.

Uno de ellos, Don Pantaleón, era conocido a lo lejos y a lo ancho por sus relatos. Don Panta, como afectuosamente se lo llamaba, era un hombre muy viejo que había estado con la familia de Don Cosme toda su vida. Había trabajado para el padre de Don Cosme en los días en que los automóviles eran desconocidos en Argentina y que los buenos caminos estaban distantes entre sí. Le gustaba hablar de esos tiempos y de las muchas aventuras de su juventud. La vida, entonces, estaba más expuesta a peligros.

Todos habían dicho a Chango que no debía tomar demasiado en serio las historias de Panta, pues se sabía que el viejo tenía una viva imaginación. Aparte, las cosas que le gustaba narrar habían ocurrido hacía tanto tiempo que, a menudo, confundía la verdad con la fantasía. Sin embargo, a Chango le gustaban las historias de Don Panta, quizás más que las que contaba la señorita Carmen en la escuela.

Don Panta era ahora demasiado viejo para el trabajo pesado de caminos y permanecía la mayor parte del tiempo alrededor de la casa haciendo mandados de Doña Asunción y fabricando hermosas cosas de cuero, como lazos y lonjas o utensilios domésticos. Era él quien había tallado el gran mortero de la galería. Tenía fama por la paciencia que demostraba en trabajar las pieles de los animales, empleando muchas horas en curtirlas y suavizarlas. Ningún otro podía hacer un lazo tan blando y flexible como él. Pasaba los días lluviosos haciendo esto pues decía que la humedad mantenía el cuero suave.

En la época de esta historia, Chango estaba por cumplir sus doce años. Era alto para su edad y derecho como una caña; sus ojos eran grandes y oscuros y tenía hermoso y espeso pelo negro. Se le notaba que en parte era indio. Cuando hablaba de las cosas de los bosques, como lo hacía siempre, su madre lo miraba y decía: “Está en su sangre”. Su abuelo, el bisabuelo de Chango, fue indio.

Mancha

El padre de Chango le había regalado a Mancha cuando cumplió diez años. Lo había pedido hacía tiempo, pues quería un petizo de su propiedad, pero Don Cosme quiso esperar hasta que el chico pudiera cuidarlo por sí mismo. Él explicó a Chango cuán maravilloso compañero podía ser un caballo, por lo leal y devoto a su dueño; pero hizo que se le grabara también que, para que estas cualidades se desarrollaran, uno tenía que atenderlo de tal manera que éste comprendiera, por encima de toda sombra de duda, hacia quién estaba obligado por la atención de sus necesidades y bienestar.

Chango había hecho muchas promesas y al fin, en la mañana de su cumpleaños, su padre lo llevó al corral donde encontró a su querido Mancha. Transportado de júbilo quiso montarlo enseguida y salir a galope, al estilo indio. Pero su padre insistió en que mirara primero los otros regalos de cumpleaños. Y bien, fue lo que hizo, fueron

a la galería, en un nuevo soporte en la pared halló una hermosa montura flamante, un mandil de alegres colores, para poner debajo, tejido amorosamente por su madre, y un lazo en el que reconoció el hábil trabajo manual de Don Panta. Además, recibió del viejo peón un hermoso pellón de cordero, listo para colocar sobre la montura a fin de hacer suave y cómodo el asiento. Había un regalo más que hizo sonrojar de alegría a Chango: un poncho. Era bello, en blanco brillante con dos franjas azules como las de la bandera nacional. Chango estaba seguro de que era el poncho más fino que jamás había visto y que ninguno de los demás muchachos tenía otro parecido o pudiera esperar tenerlo.

Aunque la mayoría de los caballos son de un solo color, Mancha no lo era, era manchado. Es por eso que se le llamó Mancha. Lo más curioso en Mancha era su cara blanca de un lado y alazán del otro. El ojo en el lado blanco era azul claro y el del lado alazán, oscuro. Tenía una rápida inteligencia. En resumen, era, en todo, el caballo que le gusta a un muchacho.

Chango cumplió la promesa hecha a su padre: Mancha sabía quién era su dueño. Obedecía cuando el muchacho lo llamaba e iba hacia el cerco del corral cuando lo veía acercarse. Pero en algunas ocasiones se sentía juguetón y bromeaba a Chango escapándose y haciéndose alcanzar. Esto ocurría por lo general cuando aquel estaba apurado y temeroso de llegar tarde a la escuela. Entonces se tornaba impaciente con su mimado, pero pronto se reconciliaban.

Todos los niños estaban de acuerdo en que Mancha era más listo que cualquiera de los otros petizos. A veces, en su camino a la escuela, solían correr carrera y Mancha era quien ganaba, por lo general. En la excitación de la carrera, Chinita o algún otro niño que levantaba Chango, terminaba cayéndose. Entonces, Mancha se detenía por sí mismo y bastaba la menor señal para que se arrimara a alguna piedra o tronco, así los niños podían subir de nuevo.

En la escuela, después de tales carreras, los niños con frecuencia tenían motivo para envidiar a Mancha atado afuera, en la sombra de algún árbol, lejos del alcance de la maestra. Pues cuando el ojo agudo de la señorita Carmen vio las manchas de tierra en los uniformes, supo naturalmente en lo que habían andado, y puesto que las carreras estaban prohibidas era seguro que impondría penitencia de la que sólo Mancha escaparía.

Capítulo III

Las historias de Don Panta

Una tarde, después de que la familia había tomado el té, Doña Asunción, como era su costumbre, envió a Chango al lugar donde los peones estaban haciendo su merienda. Tenía que llevarles la yerba y el azúcar para el mate, que siempre tomaban.

Chango sabía que su madre no quería que se demorase afuera y que él debería volver enseguida. Pero, esta vez, no estaba en ánimo de hacerlo. Estaba cansado y los peones parecían tan a gusto en el descanso alrededor del fuego, que no pudo resistir el deseo de unirse a ellos y se sentó al lado de Don Panta. Los hombres hablaban de una de las tareas que realizarían la mañana siguiente en busca de forraje. Se irían por varios días y acamparían de noche. Mientras Chango escuchaba, sintió un desesperado impulso de ir con ellos y trató de pensar en alguna manera de persuadir a su padre para que le diese permiso. En momentos de rebeldía hasta pensó en escapar y reunirse con ellos. Era inútil pedir a los peones que lo llevaran. Sabía demasiado bien cuál sería la respuesta: “Si el patrón quiere...”. Y si huyera con ellos, simplemente, lo traerían de vuelta.

Empezó a sentir como si se lo tratara injustamente. ¿Acaso no estaba por cumplir doce años dentro de pocos días? Y ¿no había oído decir a los mismos peones que él podía andar a caballo como un hombre? Él tenía la suficiente edad y disposición para hacer uno de esos viajes. Comenzó a imaginar todas las aventuras que podría tener. Quizás hasta viera un tigre. Había muchos en los bosques, aunque no cerca de allí, por cierto. Pero no podía figurarse la manera de conseguir el permiso de su padre. Bien, lo mejor para tener las propias aventuras es escucharlas de los demás. Así rogó a Don Panta que le contara una de sus historias. Mientras tanto alguna buena idea podía aún venirle para convencer a su padre.

No había nada que le gustara más a Don Panta que recordar los días pasados y las aventuras que tuvo en sus muchas andanzas a través de las montañas y junglas.

Así, inmediatamente, empezó:

El huerto movedizo

–Bien, una vez llevábamos una tropa de mulas a La Paz, que es la capital de Bolivia, como ustedes saben. Era un largo, duro trayecto, y una extraña cosa nos ocurrió en el camino. Pasamos a través de un valle donde se dan deliciosos duraznos. Estaban, entonces, justamente maduros, y nos aprovisionamos en cantidad y los comimos durante el caluroso y cansador camino.

Habíamos andado en el camino cerca de dos semanas, cuando nos encontramos con una tropilla de llamas que llevaban sal para las ciudades en los llanos.

–¿De dónde sacaban la sal? –interrumpió Chango–.

–De los grandes campos salinos, arriba en las montañas de los Andes, por supuesto.

–¡Cuénteme más sobre eso! ¿Era como la sal que usamos en la mesa?

–Es la misma, pero la que conocés ha sido especialmente preparada. Las llamas conducen grandes panes de ella, la clase que ponemos en los corrales, que los caballos y vacas lamen. Los campos salinos allá arriba parecen lagos, a la distancia, y los indios van con sus hachas y desprenden grandes porciones, las cargan sobre las llamas y las llevan abajo a vender. Bien, como dije –resumió Don Panta– nos encontramos con una de esas tropillas cuyos arrieros nos contaron que habían tenido un mal tiempo. Esto estaba claro a la vista, pues era la tropilla más sucia en la que se pusieron mis ojos. La lana, en sus lomos, estaba toda tan empastada con barro y hojas que no se podía decir de qué estaban cubiertas.

Era lento el pasarlas y se me ocurrió ejercitar mi puntería con tiros de carozos de duraznos a los lomos cargados de las llamas. Mis compañeros se unieron a mí y nos mantuvimos en estos hasta pasar al último animal.

–¿No tenía miedo de que Coquena los castigara? –Chango habló otra vez– ¿Y cómo pudieron ustedes herir a esas pobres y cansadas bestias?

—¿Yo tenía miedo a Coquena?⁸ En esos días no temía a nada, deja que te lo diga, mi muchacho, y menos todavía al espíritu de un indio. Por otra parte, los golpes no hubieran podido herir a las llamas, aunque lo hubiéramos querido, ya que estaban cubiertas por un espeso colchón de barro.

—¿Pero usted sabe lo que le paso al hombre de Toconao por guiar cazadores al campo de pastoreo de los guanacos y vicuñas? —Chango insistió.⁹

—¡Esos no son sino cuentos de indios, mi muchacho! Bueno, les dimos a esas llamas un buentiroteo por ocasionarnos tanta molestia para pasarlas y luego las dejamos muy atrás.

Cuando llegamos a La Paz, el mercado de mulas era malo y decidimos quedarnos por allí hasta que mejorara, para vender nuestra tropa. Las semanas pasaron pronto porque éramos jóvenes y nos divertíamos. Los precios finalmente subieron y pudimos vender nuestras mulas con ventaja. Hasta que emprendimos nuestro regreso a casa, varios meses habían pasado.

En nuestro viaje de vuelta, tuvimos mal tiempo. Todavía recuerdo las terribles tormentas de lluvia que nos tomaron una y otra vez. Nos hallábamos demorados en nuestro camino y varios meses más transcurrieron mientras nos dirigíamos hacia el hogar. Cuando llegamos al valle donde habíamos encontrado las llamas cargueras, un año entero había pasado.

Una tarde, estábamos dispuestos a detenernos y acampar para la noche. Miramos alrededor buscando un lugar con un poco de agua si fuera posible, para nuestros caballos, cuando vimos algo extraño a la distancia, un lindo campo verde. Esto era lo menos común pues nos hallábamos en una rocosa y árida región. Todos observamos. El patrón tomó el antejo de larga vista y luego de una buena ojeada dijo: “Parece moverse”.

Pensamos primero que era un campo de pasto a través del cual el viento se movía. Pero, ¿cómo el pasto podía crecer en un lugar tan estéril? Una cosa era segura,

⁸ Coquena es un ser de la mitología andina, se lo suele representar como un hombre pequeño con rasgos indígenas. Es un guardián de los rebaños de llamas y vicuñas, por eso castiga a los cazadores que matan a los animales con armas de fuego (Bossi, 2004: 26-27).

⁹ Toconao es un pequeño pueblo del norte chileno, cerca de San Pedro de Atacama. En la interrupción, Chango alude, probablemente, a alguno de los muchos relatos sobre Coquena tomando venganza contra los cazadores de llamas y vicuñas.

sin dar lugar a yerros: se movía. Espoleé mi caballo para acercarme a mirar –Chango en su excitación se aproximó más a Don Panta–.

¿Y saben ustedes lo que era? Esas mismas llamas que habíamos tiroteado con carozos de duraznos en nuestro camino. Habían sido soltadas y los carozos habían germinado en el barroso y enredado colchón de sus lomos. Es todo lo que puedo decirle, mi muchacho. No tuvimos tiempo para demorarnos allí y ver si aquellos brotes crecieron hasta hacerse árboles y dar duraznos, pues nunca volvimos a viajar por ese camino.

Chango, sentado, en maravillado silencio, no pudo hacer preguntas ya que Don Panta había comenzado otra historia. Pues una vez que empezaba, no necesitaba que se lo urgiese para continuar.

El cuento de las herraduras

–Otro viaje –Don Panta comenzó de nuevo– nos llevó a Chile. Fuimos enviados con una tropa de mulas, no común, y tuvimos poca suerte desde la salida. Antes de dos semanas de estar en camino, algunos animales habían perdido las herraduras e iban rengas. No teníamos otras para reemplazarlas. Sabíamos que las pobres bestias no estarían en condiciones de cruzar las montañas sin protección para sus pezuñas contra las piedras y espinas.

No sabíamos qué hacer, cuando uno de los arrieros tuvo la idea de hacer herraduras de madera. No pudimos pensar en nada mejor, le dijimos que se pusiera a la obra. Él cortó pedazos de los sauces del camino, les dio la correcta forma y las clavó en las pezuñas de las mulas. No tardamos en comprender que era una idea poco práctica.

Tuvimos que dejar esos animales atrás con la esperanza de encontrarlos de nuevo en nuestro viaje de regreso. Nos movimos despacio con ellos hasta llegar a una especie de hondonada, con agua y pasto en abundancia, donde los dejamos a su propio cuidado.

Continuamos nuestro camino y tuvimos tantos otros infortunios que llegamos a Chile con mucho atraso. Allí los precios de las mulas eran tan bajos que decidimos seguir al Perú, donde, según nos dijeron, tendríamos mejor suerte para obtener ganancias. Ustedes pueden imaginar el tiempo que nos tomó el conducir esas mulas de un país a otro.

Hasta el momento en que nos dispusimos volver a casa, varios meses habían pasado. Habíamos estado tan preocupados viajando, comerciando y tratando de evitarnos molestias, que nos olvidamos de las mulas que dejamos al otro lado de la cordillera.

A la larga estuvimos de vuelta en la región donde habíamos soltado las mulas y hasta nos instalamos en el pequeño valle. Pero no se veían mulas. Miramos hacia arriba y hacia abajo y estábamos a punto de abandonar nuestra búsqueda, cuando oímos un sonido que nos sobresaltó. Era como relincho de una mula y parecía venir de cerca, pero no pudimos ver nada que se pareciera a tal animal.

Intrigados miramos alrededor escuchando el relincho. Noté que venía de una pradera de sauces, pero lo curioso era que procedía de la parte alta del árbol.

–¿Qué era Don Panta? –Chango preguntó con impaciencia–.

–Bueno, mi muchacho, los sauces crecen poderosamente ligero en esa parte del país. Por lo menos, en los días de antaño. Y esto es lo que ocurrió. Los pedazos de sauces clavados a las pezuñas de las mulas habían echado raíces y al brotar hacia arriba levantaron a los animales derecho en el aire...

A Chango no le gustó mucho esta historia, por el modo de reír de los peones mientras lo miraban. Pidió otra que fuera mejor.

–Muy bien –comentó Don Panta– le contaré una sola más y tiene que ver con su petizo Mancha. Una buena será y luego apúrese a ir a la cama antes de que tenga dificultades con su madre, por haberse entretenido afuera hasta tan tarde.

La incomparable Dorada

–Esta es una historia, de la que otra parecida no ha sido contada por ninguno de los que fueron por las montañas en los viejos tiempos.

Fuimos enviados para esta expedición especial, por el viejo patrón, su abuelo, ¡que en paz descanse! –Don Panta se santiguó–.

Nos confió la tropa más grande de mulas que fuera enviada a Lima y aparte teníamos que hacer compras para la casa y la estancia. Don Cosme, su padre, era un hombre joven entonces y fue también a supervisar todo. Él montaba el más hermoso

equino que se hubiera visto en cualquier parte. ¡Ah, qué yegua era! Se llamaba Dorada, por el dorado reflejo de su pelo. Era como esmalte de oro de las sagradas imágenes que son llevadas en procesión a través de las calles en los días de fiesta, deslumbrando los ojos con su brillo. Su pescuezo estaba siempre arqueado y ningún caballo, que jamás hubiera visto, podía saltar tan alto y con tan altiva gracia como Dorada. No se dejaba tocar por nadie, excepto por Don Cosme y naturalmente por mí. ¡Las horas que pasé atendiéndola! ¡Pobre Dorada! Cerca de Puerta de Tástil donde se bifurca una rama conduciendo a Chile y la otra a Bolivia, se enfermó súbitamente y nada cuanto hicimos pudo salvarla. Sea que comió alguna hierba venenosa u otra cosa, nunca supimos, la perdimos en ese preciso momento y lugar. Su padre se trastornó con la pena e hizo que la enterráramos hondo en la tierra, en un lugar elegido por lo hermoso. El entierro de Dorada fue como el de un cristiano.



Imagen 13. Reunión en casa de Ernesto Padilla, Buenos Aires (1971).

AMHUNSa, CSC.

Cuando terminamos con esta triste tarea, buscamos otro caballo para su padre; lo sacamos del lugar del entierro y continuamos nuestro camino. Él se apenó por ella tanto como por un miembro de su familia.

Después de meses de viajar, llegamos a la bella ciudad de Lima. Era un lugar con teatros, salones con música, carruajes tirados por caballos enjaezados con plata y cuyos arneses estaban adornados con oro.

Allí permanecimos semanas empleando el tiempo necesario para hacer nuestras cosas. Su padre hizo las compras, visitó amigos y se ocupó de muchos otros asuntos. Finalmente, las mulas se vendieron con ganancias, las compras fueron hechas y salimos de vuelta para nuestra casa.

En ese viaje todo anduvo bien. Cruzamos las montañas sin percances y llegamos en el tiempo calculado a Puerta de Tástil, cerca de donde habíamos enterrado a Dorada hacía más de un año.

Yo había esperado que las muchas diversiones en Lima hubieran hecho que el patrón la olvidara. Pero no, él todavía sentía más pena, y cuando llegamos cerca del lugar nos dejó y se fue hacia la tumba de Dorada.

Pronto oí que gritaba: “¡Don Panta, Don Panta!”. Dejé a los otros que terminaran de alistar el campamento para la noche y me apuré en dirección al llamado de mi joven amo.

Lo hallé parado cerca de una planta gigante que había crecido al lado de la tumba de Dorada. Parecía un árbol, pero acercándome vi que se había extendido en guías como de viña. Ellas se habían enroscado en algunos árboles en tal forma que la planta podía sostener el peso de enorme vaina colgando como la del poroto de una rama cerca de la cima. Esta vaina era de unos ochenta centímetros de largo y muy gruesa.

Cuando llegué hasta Don Cosme, me dijo:

—Dígame, Don Panta, usted ha viajado por todas estas partes desde que era niño. ¿Ha visto alguna vez una planta como esta?

Su idea fue cortarla y llevársela para hacerla ver a las gentes de su casa y tal vez para recordar de paso a Dorada.

–¿Pero qué había dentro de la vaina? –preguntó Chango–.

–¡Ah empecé a pensar que se había quedado dormido, estaba tan quieto!

–Sólo mi pie –dijo el muchacho– ¡Siga, Don Panta!

–Esta tarea de hablar tanto me deja seco. Sírvame con otro mate, Tomás, ya que está parado. Tengo que estimular el aliento antes de seguir.

Tomás preparó el mate y lo alcanzó al viejo peón mientras Chango se acomodaba en su sitio, cubriéndose con parte del poncho de Don Panta, del fresco del atardecer.

–Lo que ocurrió después –resumió Don Panta– fue la más extraña entre las curiosas experiencias que he tenido en mi larga vida.

Se detuvo para chupar lo último de su mate y cuidadosamente lo puso a un lado antes de tomar de nuevo el hilo de la historia. Chango que se ponía impaciente con el deliberado modo, bastante raro de Don Panta, no lo apuró.

–Bueno, ¿dónde estaba? A ver –resumió otra vez– ¡Ah, sí! La extraña fruta de esa planta... Bien, la cortamos con cuidado y como era muy pesada para llevarla, la abrimos para sacarle la semilla.

Ahora, ya les hablé de Dorada, de su clase especial, de rica sangre y poderosa raza. De manera que ustedes estarán preparados y no necesitarán pruebas que expliquen lo que hallamos cuando abrimos la vaina.

Paró. Sin embargo, no hubo pregunta del muchacho envuelto en su poncho.

Don Panta temió estar perdiendo su prestigio como narrador de historias. Tomó una honda respiración para dar más clima.

–Era un potrito. Un potrito manchado. Y de ese potro descende su Mancha.¹⁰

¹⁰ La versión en inglés conserva algunas palabras en español, por ejemplo, el saludo de la madre a sus hijos –“Buenas tardes”– cuando los recibe al volver de la escuela (Apéndice I, página 6). En este caso, la opción por no traducir un término genera una curiosa versión en inglés: “*It was a foal. A little potrito, a spotted one, and from that colt is descended your Mancha*” (Apéndice I, página 19).

La yará

Iba Chango, en compañía de los peones, subiendo una cuesta. Se estremeció al oír el grito del chajá, el pájaro de la suerte, como a veces lo llaman. Parecía venir de un árbol próximo a la huella que iban siguiendo. Una sonrisa en la cara de Tomás demostraba burla, y para demostrar que no tenía miedo, Chango desvió a Mancha de la huella y se internó en la espesura de donde había salido el grito. Quería saber sobre este pájaro que tan a menudo asusta a los viajeros con su inesperado chillido que suena como una risa burlona. Sería lindo también, pensó, si pudiera encontrar un pichón para llevárselo a Chinita que lo críe.

Por nada en el mundo dejaría que los peones, y sobre todo Tomás, pensasen que él tenía miedo de algo; pues cuando le pidió a su padre que lo dejara ir en esta expedición, Tomás había dicho: “¡Déjelo ir patrón! Un día bastará y lo traeremos de vuelta curado de su gana de viajar por las montañas”.

Chango sabía mejor. ¡Ah! esta es la vida para mí, pensó para sí, ¡esta es la verdadera libertad, esto es lo que se llama ser hombre!

Miró a la distancia pensando cuán raro era que las montañas no se acercasen a pesar de lo mucho que habían cabalgado en dirección a ellas.

Se dio cuenta de que ya no oía más las voces de los peones. Estaba a punto de hacer girar a Mancha en busca de ellos cuando su petizo dio un súbito salto que casi lo bajó de la silla. Miró alrededor para ver qué había provocado el inesperado cambio de conducta en Mancha, habitualmente tan tranquilo, y sus ojos se agrandaron por el espanto.

Levantándose próxima a su estribo, derecha como una caña en el suelo, vio una yará, la mortalmente venenosa víbora, que le habían enseñado a temer por sobre todas las otras.

Con un tirón rápido de las riendas apartó a Mancha y salió al galope por el sendero. Cuando se recuperó un poco de la sacudida se dijo a sí mismo: “Buena cosa fue usar los estribos baúles¹¹ que Don Panta me hizo para esta expedición. De otra manera la yará me habría atacado el pie y entonces...”.

¹¹ Los estribos baúles se elaboran con madera, el dato permite explicar la secuencia siguiente, cuando el niño descubre el estribo aumentado de tamaño, hinchado, a raíz de haber estado en contacto con el veneno de la víbora.

Advirtió, sin embargo, que algo no andaba bien en el estribo izquierdo donde había estado la víbora. Se lo sentía incómodo y parecía apretar su pie. Molestó tanto, luego de un rato, que detuvo a Mancha.

Mirando hacia abajo, pudo ver claramente que el estribo estaba más grande que el del otro lado. Se bajó, sacó la montura y comparó los dos; no había duda, el izquierdo había aumentado.

¡Que víbora terrible!, Chango pensó, mientras un temblor le corría la espina dorsal. Y qué tremendo veneno. Cuando la víbora atacó el estribo, dejó en él lo suficiente como para hacer hinchar la madera dura.

Salvado por una cascada

Dos cosas, Chango no olvidaba llevar consigo cuando dejaba su casa: una era su lazo que Don Panta le había hecho trenzado con lonjas flexibles de cuero, y la otra era su cuchillo. Un buen gaucho no anda nunca sin ellos y Chango había resuelto hacía tiempo ser un gaucho en cuanto tuviese la suficiente edad.

Mirando hacia el suelo donde estaba parado, Chango vio algo que le agradó, ciertos pequeños agujeros, un signo seguro de que los guancoiros¹² andaban alrededor. Tomó su cuchillo y cavó algunos de los depósitos de barro que estas curiosas abejitas habían hecho.

Los guancoiros se parecen un poco a las abejas zumbonas. Cavan los agujeros, les suavizan el contorno con barro, luego los llenan de miel y tapan la abertura. A los niños les gusta excavarlas y libar la miel.

Como los depósitos no eran más grandes que las cápsulas medicinales, Chango decidió que esta era una tarea demasiado lenta para uno de tan buen diente como él. Además, las abejas lo incomodaban zumbando cerca, alrededor de la cabeza. Él era experto en las maneras de sacar la miel producida por los insectos de la región. Así, se fue

¹² El guancoiro –conocido también como huancoiro o huanquero– es un abejorro de color negro, que suele producir miel en pequeñas socavaciones hechas en la tierra.

en busca de una colmena de carán¹³ que tuviera mucha miel. Los caranes son una especie de avispas negras que almacenan su oscura y fragante miel en troncos y en huecos de los árboles. No tuvo que ir lejos, para encontrar uno. Pero como lo quiso la suerte, alguien había llegado antes.

Un oso mielero se servía por su cuenta, con su largo y curioso hocico chorreando miel. Estaba pegando al árbol con la cola para mantener alejadas a las abejas. Por mucho que envidiara al oso, Chango resolvió no quedarse.

Silbando suavemente para mantener su coraje, emprendió la vuelta tranquilamente mirando en derredor en busca del camino más corto para llegar hasta Mancha. Al tirar una pequeña rama hacia un lado, para pasar con más facilidad, vio dos lucecitas fosforescentes brillando en la oscuridad de un matorral. Eran los ojos de un puma.

Poco ayudó en el momento lo que le habían enseñado, de que un puma no ataca si no se le provoca. Una ola de pánico pasó por todo su cuerpo. No había un árbol en qué trepar, ningún lugar de refugio en ese sitio desierto. Pero desde la distancia llegaba el sonido de una cascada, y sin pensar dos veces, Chango escapó en su dirección corriendo con todas sus fuerzas. Sus pies parecían no tocar el suelo, tan grande era su velocidad, pero a pesar de ello, creía sentir el aliento cálido del puma en sus talones. Llegó al pie de la cascada, con un salto desesperado se largó al agua y chapoteando y ascendiendo, mano sobre mano, trepó por el chorro, hasta la cima del peñasco desde donde el agua caía. Con un furioso golpe de su cuchillo, cortó la cascada, dejando al puma lejos, abajo, sin medio para seguirlo... así lo esperaba.

Tigre y terror

Esta vida de completa libertad no se iba tornando todo lo que había esperado, Chango pensó. Tan bien a sus oídos habría sonado la voz de su padre, justo en ese momento, aunque fuese en áspero reproche por haberse ido en esta expedición sin su permiso. Por supuesto, se hubiera sentido con ánimo distinto si hubiese tenido a Mancha con él. La fe en su petizo era tal que estaba seguro de que habría podido perseguir a cualquier puma.

¹³ Como se explica inmediatamente, el carán es una avispa de color negro, que anida y produce miel en cuevas y árboles.

Empezó a sentirse hambriento y sediento y decidió buscar algunas naranjas silvestres que sabía se deban en la región. Solían ser dulces y jugosas. Si no encontraba de éstas, podría recoger algunas piñas chiquitas de las plantas de cerco, de las cuales los indios hacían sogas.

Él y otros chicos, los habían observado moler pacientemente con piedras esas largas, espinudas hojas, para sacar las pulpas de las fibras y luego trenzarlas en sogas y cuerdas. A veces las teñían con los más bellos colores usando jugos de plantas, cortezas y raíces, conocidas sólo para ellos. De la misma fibra, hacían bolsas en las cuales llevaban alimentos, pájaros y otras cosas para vender en el mercado.¹⁴

Se le ocurrió ahora a Chango que lo primero que debía hacer era conseguir una ayuda de Mancha. Estaba cansado de andar a pie y por lo mucho que necesitaba salir de ese lugar. Pensó que no podía estar demasiado lejos del sitio donde había atado, en un árbol, a su petizo.

De repente oyó un susurro detrás de él. Se dio vuelta y vio un feroz tigre¹⁵ saliendo de una espesura hacia lo abierto. El terror se apoderó de él. En un relámpago estuvo al lado de Mancha, saltó sobre su desnudo lomo y agachándose, con sus rodillas apretadas al caballo, lo espoleó para que huyera.

Aunque sobrecogido de miedo, tuvo suficiente presencia de espíritu para pensar que llegaría pronto al lugar donde por última vez había oído las voces de los peones. Pero no había señal de ellos. Se hizo de suficiente valor para mirar hacia atrás y ver cuánta distancia había entre él y la espantosa bestia de grandes lunares oscuros. Su corazón flaqueó, pues estaba cerca de los talones de su caballo.

Agarrado de las crines de Mancha y apretando las rodillas contra su cuerpo, lo apuró más y más en su carrera mientras mantenía sus ojos cerrados. Pero comprendió que era inútil.

¹⁴ Todas las referencias de este pasaje aluden a las tareas derivadas del procesamiento del chaguar, una planta extendida por los montes semiáridos del Chaco. La fibra vegetal obtenida tiene diversas utilidades para las etnias indígenas de la zona, quienes la manufacturan para elaborar ropa y una bolsa de transporte llamada yica, típica entre el pueblo wichí, a la que hace referencia el texto. La traducción de este pasaje ofrece sus dificultades, por eso en la versión en inglés se opta por la redundancia: “*they made the bolsas or bags which they carried food...*” (Apéndice I, página 23).

¹⁵ La denominación tigre o tigre criollo es un modo habitual para referir al yaguareté, en Argentina y otros países latinoamericanos, sobre todo durante el siglo XIX.

Súbitamente el caballo se detuvo. Jamás en su vida olvidaría Chango aquel momento aterrador. Sus ojos se resistieron a creer en lo que veía... Pues los queridos y familiares lunares de Mancha se habían cambiado en franjas, crueles franjas negras y amarillas: “¡Oh! Mancha querido... no permitas que sea comido vivo...”.

Algo duro y óseo oprimió la húmeda frente de Chango...

Feliz realidad

—¡Venga, venga, muchacho! ¿Qué le sucede? Está teniendo una pesadilla —oyó la voz de Don Panta.

Un momento más de terror... luego una voz llamando: “¡Chango! ¡Chango!”.

Cuán bueno es ser llamado de vuelta al mundo de las cosas como son, como deben ser para un chico.

Chango reconoció la voz de su madre llamándolo para la comida. Era música para sus oídos y no importaba que lo reprendiese por demorarse afuera con los peones.

Se desenvolvió el poncho de Don Panta. Hubiera podido besar las cansadas manos del viejo peón que lo había despertado de su pesadilla.

Entró al calor de su hogar, con sus soñolientos ojos que se encandilaron con la luz.

No miró a la mesa de las comidas sino a su padre y a su madre. ¡Qué bueno era estar a salvo con ellos y no en ese viaje de su sueño! El hogar era el mejor lugar después de todo.

Cuando se fue a la cama esa noche, en la habitación que compartía con su hermano mayor Pablo, comprobó por primera vez, cuánto los amaba a todos, sí, al mismo Pablo que solía bromearle tanto llamándolo “hermanito”, sabiendo cómo lo enojaba esto. Por primera vez se alegró por tenerlo de compañero de pieza.

Esta fue una noche en que no necesitó que le recordaran que dijera sus oraciones. Aunque cansado y somnoliento se dio tiempo y Pablo miró sorprendido al escuchar la adormilada voz...: “Mas en la tentación”, luego en tono más ferviente “Líbranos del mal...” y finalmente de debajo de las cobijas un imperceptible “¡Así... sea...!”.

....

Hacia el norte argentino¹⁶

¹⁶ El texto mecanografiado incorpora, en la portada, información sobre el contexto de escritura y/o finalización de la obra: “-Salta-/ 1946”.

Capítulo I

La partida¹⁷

–Y bien, Lucrecia –dijo el Dr. Moreno a su esposa mientras tomaban el café después de comer, en su casa de la calle Maipú–,¹⁸ debemos pensar adónde ir este verano; los chicos necesitan cambiar de clima y tonificarse durante las vacaciones.

–Ya lo había estado pensando yo también –repuso ella–, porque en estas casas modernas de departamentos, los niños no tienen la amplitud necesaria. Además, hemos tenido un invierno tan húmedo y de tan poco sol, que desearía que fuéramos al campo, a algún lugar de clima seco, más cuando el verano pasado nos quedamos, por fin, sin salir a ninguna parte.

–La temporada que pasamos en Miramar les sentó mucho, ¿recuerdas Lucrecia? Podríamos ir ahora a otro balneario de la provincia de Buenos Aires, el de Necochea, por ejemplo, que, aunque más lejos que Mar del Plata, es más tranquilo; pues no tiene la enorme concurrencia de éste, que llena las playas y la Rambla Bristol, sobre todo los fines de semana.

–Sí, lo recuerdo. Pero creo que lo más conveniente sería que converses sobre esto con nuestro médico, que será el mejor consejero. Me horroriza pensar que pudiera pasarnos otra desgracia como la que tuvimos con nuestro primer hijito...

Una nube de tristeza veló el semblante de ambos bajo la impresión del triste recuerdo, y levantándose el Dr. Moreno, dijo:

–Pues voy ahora mismo al Club del Progreso¹⁹ donde solemos encontrarnos con el Dr. Pietranera, para hablarle al respecto. Hasta luego Lucre... Volveré enseguida.

¹⁷ Antes del título de este capítulo inicial, el texto incorpora en el ángulo superior izquierdo de la página datos personales del domicilio de la autora: “Emma Solá de Solá/ Gral. Alvarado 996/ Salta.”. Mientras que, en páginas sucesivas, en el ángulo superior derecho suele aparecer la inscripción “Solá.”.

¹⁸ La casa familiar se ubica sobre una calle en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires, lo que destaca el ambiente porteño acomodado de los personajes.

¹⁹ El Club del Progreso es un famoso espacio de sociabilidad de la elite porteña. Fue fundado en 1852 y, desde entonces, constituyó uno de los ambientes recreativos de mayor distinción para las familias patricias de la ciudad (Sánchez, 2015). En varios textos de la literatura argentina canónica del 80 –como *Juvenilia* (1882) de Miguel Cané, *La gran aldea. (Costumbres bonaerenses)* (1884) de Lucio V. López, las cuatro novelas de Eugenio Cambaceres: *Pot-pourri. (Silbidos de un vago)* (1881), *Música sentimental. (Silbidos de un vago)* (1884), *Sin rumbo* (1885) y *En la sangre* (1887) o *Entre-nos. Causeries del jueves* (1889-1890) de Lucio V. Mansilla– hay referencias a este lugar o es el teatro de episodios narrativos. Fue uno de los escenarios de las dinámicas sociales aristocráticas de la ciudad capital del que participaron los propios autores y, además, representaron –con visos que van de la nostalgia al cinismo– en sus obras literarias. El Club del Progreso se afianzó, además, por ser lugar de tránsito obligado para la dirigencia nacional, como un ámbito neurálgico para la gestión política en Argentina, especialmente durante la administración de gobiernos conservadores y dictatoriales.

Cumpliendo sus propósitos, el Dr. Moreno y su esposa estaban terminando sus preparativos para el viaje, pues aquella noche en el Club, mientras conversaban con el Dr. Pietranera, se les había acercado Don Damián,²⁰ con el cual, a pesar de llevarle aquél bastantes años de edad, mantenía una cordial amistad, el que, interiorizado del tema de la conversación, había pedido al Dr. Moreno que ocupara la casa de la estancia que poseía en la Quebrada del Toro, en Salta, su provincia natal.

Las vacilaciones del Dr. Moreno para aceptar el ofrecimiento fueron vencidas por las razones que le dio Don Damián asegurándole que con ello le haría un señalado servicio, pues deseaba que el Dr. Moreno—médico veterinario de reconocida competencia—le hiciera una clasificación zootécnica de las razas ovinas que poseía allí.

Así que cuando se cerraron las clases en los colegios, ellos tenían terminados sus preparativos para el viaje.

Es de imaginarse el entusiasmo de los niños. Maga, la mayor, chicuela de trece años, pidió que le compraran una cámara fotográfica; Jorge quería una escopeta, con la que ya se imaginaba cazando zorros y venados; la menor, cuyo sobrenombre era “Chiquita” pero le decían Chiqui, no se resolvía a separarse de Tilo, su gatito de Angora; pero su mamá la convenció de que podía hacerle mal el cambio, pues es sabido que a los gatos no les gusta cambiar de casa, y que allí en el campo le comprarían algún animalito de la región, que se acostumbraría a jugar con ella siempre que lo cuidara y lo tratara con cariño.

....

²⁰ Detrás de la figura del personaje literario de Don Damián parece aludirse a Damián Manuel Torino (1863-1932), quien fue un destacado político salteño de trayectoria nacional, que llegó a desempeñarse como ministro de agricultura durante el gobierno de Manuel Quintana (1904-1906). Como heredero de una familia patricia, fue propietario de importantes extensiones dedicadas a la ganadería, entre ellas la estancia El Gólgota, sobre cuya producción ovina el texto se interioriza más adelante. Cuando Ernesto Padilla comentó el manuscrito de la obra, al señalarle a la autora la posibilidad de incorporar al relato algunos elementos pintorescos, como el ciclo de la alfalfa, también hizo referencia a este personaje: “Yo oí a Damián Torino que el abuelo de Vd. al emigrar a Chile, sembró alfalfa en algunos de los oasis de la cordillera” (AHT, FEP, carpeta 43, folio 217 vuelta).

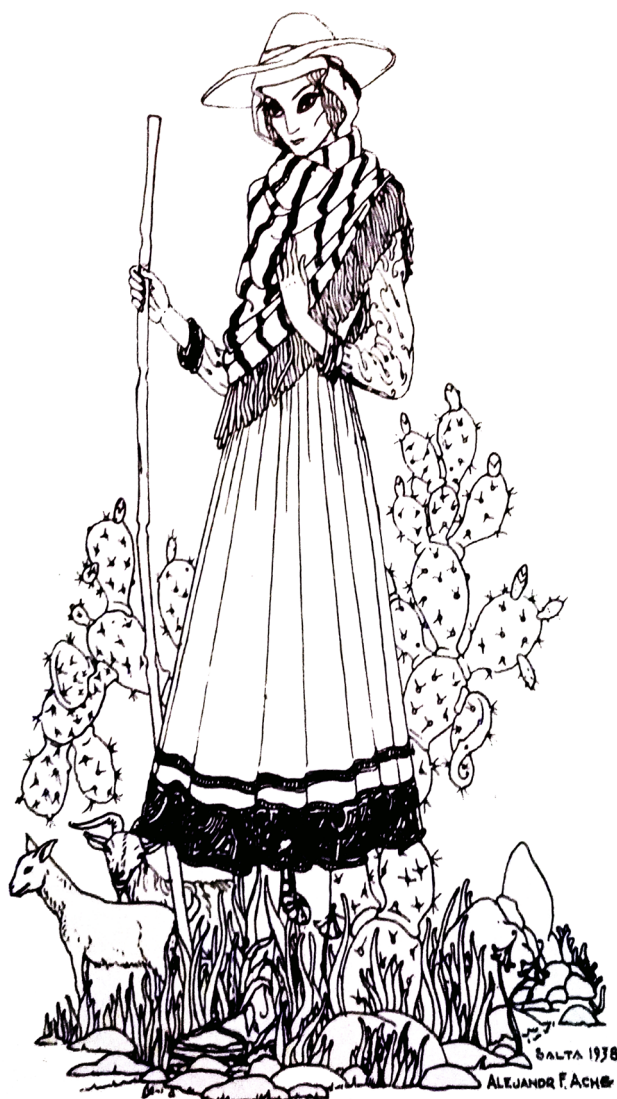


Imagen 14. Ilustración de Alejandro F. Ache, para *La madre del viento. Leyendas y paisajes* (1974).

La noche antes del viaje, Chiqui entregó a la encargada de cuidar la casa, durante la ausencia de ellos, su pequeña alcancía, recomendándole que comprara leche para Tilo, y a escondidas de su mamá, durmió con su querido gatito en los brazos. Más bien dicho, casi ni durmieron. Ya se les imaginaba que los podía dejar el tren y llevarse sus equipajes que habían sido despachados la tarde anterior.

Por fin llegó la mañana; el apuro de levantarse para estar en la estación Retiro antes de las siete, hora de la salida del tren. Allí, los abrazos a la abuelita, a la tía Lily y

a los primitos que habían ido a despedirlos; la instalación en los camarotes, y por fin el toque de la campana, las voces del guarda, el silbato de la máquina y la partida del tren desde el amplio andén lleno de gente y de movimiento, en las diversas plataformas donde había también otros ya listos para salir.

Durante una media hora, por lo menos, el tren corre por las afueras de la ciudad de Buenos Aires, a lo largo de la costa del Río de la Plata. Cruza el hermoso Parque de Palermo, y como en una película cinematográfica pasan los cuidados jardines llenos de flores; los lagos, con los puentes que los atraviesan; las calles bordeadas de palmeras; las anchas avenidas con autos y jinetes; se distinguen algunos de los monumentos que las colectividades extranjeras obsequiaron a la Argentina en el año 1910, con motivo del Centenario de la Independencia y después, el bosque en que termina el Parque.

Enseguida el Hipódromo con su gran pista y sus altas tribunas, y más lejos el enorme *Stadium River Plate*, con capacidad para cien mil espectadores. Después, clubes de deportes, canchas de *tennis*; bonitas residencias particulares; grandes elevadores de granos en las estaciones de ferrocarril; quintas, cada vez más distantes unas de otras, hasta entrar, por fin, en el territorio de la Provincia de Buenos Aires.²¹

Pasaban por los campos de la pampa, notables por la abundancia de pastos naturales, donde el ganado pasta y engorda para producir el *chilled beef*—carne enfriada— que se vende a los más altos precios en los mercados del mundo; se veían también algunos tambos, pues los chacareros en esa sección trabajan en agricultura y ganadería a la vez.

Al llegar a Campana les llamó la atención los grandes tanques circulares de petróleo, próximos a la estación, y los edificios de los frigoríficos, con sus corrales para el ganado.

Los chicos, en su entusiasmo, querían mirar para ambos lados del tren al mismo tiempo y entonces el papá decidió que fueran todos al coche *Pullman*, donde tendrían una vista más amplia.

²¹ El catálogo de lugares y edificios que ofrece el paisaje urbano, en el rápido desplazamiento del viaje, sigue el recorrido por el que circulan los trenes desde la estación terminal de Retino—nudo ferroviario en el que convergen las vías férreas en Argentina— hacia el norte de la ciudad, para alcanzar la salida camino al norte del país.

Eran los primeros días del mes de diciembre y la cosecha estaba para terminarse. Se veían aún algunas de las grandes máquinas que cortan, trillan y embolsan, haciendo así todo el trabajo de una vez. Hasta lejos, en la plana extensión de la pampa, se distinguían los cuadros dorados del trigo y del lino maduros, las verdes plantaciones de los altos maizales ya floridos y el oscuro verdor de algunos alfalfares.

Bandadas de patos salvajes se levantaban de las lagunas, donde había también garzas blancas y grises. Una multitud de tordos retintos volaba en dirección a las mieses maduras, de las que se alimentan causando tanto perjuicio; mientras los terus terus, las pequeñas gaviotas y otros pájaros, seguían a los tractores que araban, comiéndose los gusanitos de la tierra que perjudican a la agricultura.

Diseminadas aquí y allá, se veían las viviendas de los agricultores y las manchas grisáceas de los bosques artificiales de eucaliptus.

Casi paralelo a la vía del ferrocarril corría el camino que une Buenos Aires, Rosario y Córdoba en una extensión de ochocientos kilómetros pavimentados con concreto reforzado y *macadam*. Ese camino es parte de la red caminera que une las capitales de las provincias con la metrópoli, y es también parte de la gran carretera Pan-Americana que unirá las capitales de las naciones de América.²²

Como una continuación de la misma pampa, pasaban los campos de la provincia de Santa Fe, con iguales cultivos que los de Buenos Aires, atrayendo la mirada a las vastas extensiones floridas con los amarillos girasoles, y las filas de paraísos, con sus menudas florcitas lilas, que se pierden de vista siguiendo las rectas líneas de los alambrados.

Y así pasaron rápidas las horas para los niños que no se cansaban de mirar afuera, sin darse tiempo siquiera para hojear las revistas y libros que habían llevado para entretenerse en el viaje; hasta que, al terminar el día, después de un largo crepúsculo que parecía incendiar el cielo y las nubes, las sombras de la noche borraron toda visión en el horizonte.

²² En la reescritura de este pasaje se aligeró el tono informativo, muy en sintonía con la pedagogía de manual que recupera la *nouvelle*, pues la frase mecanografiada original decía: “Ese camino es parte de la red caminera que une las capitales de las catorce provincias y de las nueve gobernaciones con la metrópoli, y es también parte de la gran carretera Pan-Americana que pronto unirá las capitales de las naciones de América”.

El nuevo día

–Maga... Maga... –decía Chiqui mientras trataba de despertar a su hermana a la mañana siguiente. Aunque la noche anterior la mamá había apagado temprano la luz en el camarote para que las chicas se durmieran pronto, éstas no pudieron conciliar el sueño, ya fuera por la novedad que les representaba dormir en el tren, o ya por los ruidos propios de la marcha y de las paradas en las estaciones, o seguramente por ambas cosas a la vez. Lo cierto es que se habían dormido tarde y tan profundamente que Chiqui era la primera en despertarse ya bien entrado el día.

–Maga... oye –insistía–, afuera en la estación donde hemos parado están ofreciendo cosas para vender.

Levantaron la celosía de la ventanilla y vieron algunas mujeres que tenían pantallas y alfombras hechas de plumas teñidas de colores vivos y canastillas de paja en forma de costureros. Otras ofrecían en voz alta, con una tonada de marcado acento que les llamó enseguida la atención: “¡Tamales calientes... Empanadas... Patay...!”, mientras descubrían sus canastas.

–Mira –decía Maga– ¿qué serán aquellos quesos como harina oscura? ¿Y esas cosas redondas envueltas en chalas, que tienen junto con las empanadas?

Algunos viajeros abrían las ventanillas de sus camarotes para comprar algo y unos preferían los tamales de relleno picante, recubierto con una masa de harina de maíz y envueltos en chalas; otros elegían un patay, hecho de harina de algarroba aprensada en forma de queso y que constituye un alimento de gusto fuerte y muy nutritivo.

Chiqui quería comprar una de las pequeñas tortuguitas que tenía un muchacho en una caja. Otros ofrecían mazos de hierbas medicinales de la región; cigarrillos de chala de choclo, melones de muy linda apariencia y sandías de gran tamaño. Pero ya arrancaba el tren, y los vendedores habían tenido muy poco tiempo para ofrecer sus mercaderías y por unos instantes más se sintió el dulce seseo de sus voces hablando algunos el quichua, la melodiosa lengua indígena.

Mientras tanto, Jorge preguntaba a su padre en el camarote vecino:

–¿Dónde estamos papá?

Eran tan diferentes estos lugares de los que se veían el día anterior: campos cubiertos de arbustos, gran variedad de cactus y escaso pasto duro sobre la tierra seca. Algunos grupos de cabras y burros desparramados.

—Estamos en la provincia de Santiago del Estero —le contestó su padre— pasando por la región más árida por falta de lluvias y agua de riego. Sólo esos animales pueden vivir aquí alimentándose con las hojas de los arbustos que ves. Los grandes árboles: quebrachos, guayacanes, han sido cortados todos en esta región. Esta provincia es conocida por su producción maderera; tiene también regiones con riego donde se cultiva maíz, ricas frutas, y la famosa alfalfa inverniza que tiene la particularidad de crecer en el invierno.

—¿Pasa esta línea por la capital de la provincia? —preguntó Jorge.

—No —le contestó su padre—; llegaremos a la estación La Banda y desde allí quedan pocos minutos de ferrocarril para llegar a la capital, después de atravesar el río Dulce.

Las siluetas azuladas y lejanas de las montañas comenzaban a perfilarse en el horizonte, pero pronto no más cayó la noche sobre los campos, con gran sentimiento de los niños que hubieran deseado ver la llegada a Tucumán, que su papá les había descrito con la perspectiva de las altas chimeneas de los ingenios que se veían a ambos lados del tren, y los puntos blancos del caserío de Villa Nougués, lugar de veraneo edificado en la cumbre de las montañas. Las luces de las fábricas y de las casas de la población que las rodea, diseminadas en grupos a ambos lados del tren, unos más próximos y otros más lejanos, y los puntitos rojos de las luces de Villa Nougués que brillaban sobre el oscuro cielo de la noche como rutilantes estrellas, fue toda la visión que tuvieron a la llegada.

Como pasarían la noche en Tucumán y ya que el tren para Salta salía cerca de las once de la mañana, prometieron levantarse muy temprano, a propuesta de Jorge, para conocer algo siquiera del camino al Aconquija y hacer una visita relámpago, aunque más no fuera, a la Casa Histórica.

—¡La he visto tanto en los cuadros que representan la Jura de la Independencia aquel 9 de julio de 1816! —había agregado Jorge.

La casa de la Independencia

Conforme a lo convenido la noche anterior, a la mañana siguiente, muy temprano, ya estaban listos los niños y el papá para subir al auto que los llevaría a ascender, siquiera en parte, el camino de montaña que lleva hasta la hermosa hostería construida en la cumbre de San Javier y a poca distancia de la cual se ha colocado recientemente una imagen de Cristo Redentor, que por su emplazamiento recuerda al de Río de Janeiro.

Salieron de la ciudad por la avenida Mate de Luna, con bonita edificación de chalets y luego quintas de alegre vista por sus floridos jardines. Ascendieron un buen trecho por el camino de montaña, que entre exuberante vegetación cruza estrechas quebradas con arroyitos cristalinos, bajo el ramaje de grandes árboles, laureles y lapachos, y de los húmedos y verdinegros helechos que recubren las laderas.

Pudieron contemplar desde allí las plantaciones de caña de azúcar, en grandes cuadros, algunos con las plantas bastantes crecidas, cuyas afiladas hojas movidas por el viento, brillaban a la luz del sol como una multitud de cuchillos que blandieran manos invisibles. Otros de un verde tierno, con las plantas recién brotadas, ya que la cosecha y fabricación del azúcar comienza recién a mediados de mayo.

El papá les explicaba que de las tres provincias del Norte: Tucumán, Salta y Jujuy, que producen azúcar, la primera, a pesar de ser la más pequeña, pues sólo tiene una extensión de 37.000 kilómetros cuadrados, cuenta con más de treinta ingenios de importancia; de los cuatro de Jujuy y de los dos que existen en Salta, el Ingenio San Martín de El Tabacal es el que produce más en el país. Todos estos ingenios refinan su propio azúcar y en varios de ellos existen destilerías de alcohol.²³

....

²³ Nuevamente la reescritura pudo información precisa en este pasaje: "(...) cuenta con más de treinta ingenios de importancia; que han llegado en sus mejores años de producción a más de 375.000 toneladas; los cuatro ingenios de Jujuy producen casi 103.000 toneladas y de los dos que existen en Salta se aproximan a las 59.000, siendo de éstos el Ingenio San Martín de El Tabacal es el que produce más en el país pues en 1945 alcanzó a 51.500 toneladas. Todos estos ingenios refinan su propio azúcar y en varios de ellos existen destilerías de alcohol".



Imagen 15. Ilustración de Alejandro F. Ache, para *Miel de la tierra*.
(*Allpamiski*). *Poesías de las montañas de Salta* (1945).

—A ver —les dijo su papá, mientras regresaban a la ciudad—, antes de llegar será bueno recordar algo de nuestra Independencia, con la que está vinculada esta reliquia histórica que vamos a visitar. ¿Qué te enseñaron, Chiqui, en el 2º grado que acabas de cursar?

—Que el 25 de Mayo de 1810 se dio el grito de Independencia, en la ciudad de Buenos Aires, por el pueblo reunido en la plaza que ahora se llama de Mayo.

—¿Independencia de quién? —preguntó Jorge—, cuya sabiduría en Historia parecía querer lucir.

—¡Pero de los Reyes de España, para ser nación libre! —respondió Maga.

–Pero si ya iba a decirlo yo, que también lo sé –protestó Chiqui.

–Bueno... bueno... –interrumpió el papá–; ya veo que los tres conocen bien la historia. Ahora que conteste Maga que está tan deseosa de hacerlo. ¿Cuántos años pasaron desde que se dio el grito de libertad hasta que se proclamó la independencia por el Congreso reunido en Tucumán?

–Seis años –contestó rápida Maga–, porque el Congreso se reunió el año 1816 y el 9 de julio declararon que: “Las Provincias Unidas fuesen una Nación libre e independiente de los Reyes de España y de toda otra dominación extranjera”.

–Para decir de memoria como el libro, yo también me sé todo el Preámbulo de la Constitución Argentina –comentó Jorge.

–Vamos a poner a prueba tus conocimientos –agregó el papá–, de ahora en adelante, a ver si recuerdas los episodios que tuvieron lugar en los sitios que te indicaré al pasar, ya que estamos en un pedazo de la patria lleno de recuerdos históricos. Aquí no más, en los alrededores de Tucumán...

–Tuvo lugar la batalla del 24 de setiembre de 1812, ganada por el ejército patriota, al mando del General Belgrano –terminó Jorge.

Pero ya habían entrado a la ciudad y atravesado parte de ella, que les llamó la atención por el movimiento y la edificación importante, que la iguala con cualquier barrio de Buenos Aires, se detuvieron en la calle Congreso.

Allí estaba la Casa Histórica. Su frente, recientemente restaurado, muestra un amplio portal de grandes tableros, entre columnas de mampostería, y muy junto a ellas, dos ventanas de salientes rejas de hierro.

Adentro se conserva intacto, desde hace más de un siglo, el largo salón de piso de grandes baldosas rojas, paredes pintadas a cal y techos de gruesos tirantes de madera. En la cabecera del salón el escudo nacional que muestra dos manos unidas sosteniendo el gorro frigio, símbolo de la libertad, entre dos banderas argentinas que le hacen fondo con sus anchas franjas celestes y blancas. Por delante, la mesa que sirvió de escritorio y el sillón de alto respaldo tapizado de terciopelo rojo, que usó el presidente Don Narciso de Laprida, sillas y otros muebles de la época, y colgados en las paredes, los retratos de los patriotas que representaron a las provincias en las reuniones del Congreso.

No dejó de impresionar a los visitantes la sencilla austeridad de la sala que había sido escenario de uno de los actos más trascendentales de nuestra historia, como fue el de proclamar y jurar la independencia.

Fueron interesantes de oír los comentarios hechos a la mamá al regresar al hotel.

Ruta histórica

En los viajes largos resulta un descanso cambiar de ubicación, y para los niños una distracción la hora de ir al coche comedor, además de que ellos siempre tienen el apetito despierto.

Durante el almuerzo los viajeros terminaron de cruzar la provincia de Tucumán, que en esa zona norte ya no tiene caña de azúcar, ni ingenios, sino alfalfares y ganadería.

Entraba el tren cada vez más en la región montañosa, pero los altos picos se veían siempre azules y lejanos en el horizonte. Allí cerca, pequeñas montañas cubiertas de árboles y por todos lados una vegetación exuberante.

Habían llegado a Rosario de la Frontera, conocida por sus aguas termales de gran variedad y valor terapéutico. Sintieron no poder conocer el Establecimiento que sabían estaba equipado con todo el confort moderno, con salones de ruletas, canchas de *tennis*, campos de golf y otros juegos, por lo que resulta accesible sólo a la gente de dinero que llega de Buenos Aires y del extranjero a pasar el invierno, atraídos también por la benignidad del clima.²⁴

Llamó enseguida la atención de Jorge la figura de algunos jinetes que estaban en los alrededores de la estación.

—Estos son los típicos gauchos salteños —le explicaba su papá—, hombres blancos, de barba abundante; su fisonomía revela la ascendencia española.

²⁴ El texto se refiere al Hotel Termas, famoso desde fines del siglo XIX por la calidad de sus aguas termales. Ubicado en Los Baños, a pocos kilómetros de la ciudad de Rosario de Frontera, fue un lugar elegido por las familias de la elite porteña para sus vacaciones; la afluencia turística se vio incrementada desde 1886, gracias a la llegada del tren con destino a Salta.

A Jorge le interesaba sobre todo los detalles de la montura y vestimenta características de la región. El apero o “recao” como ellos lo llaman del que está sujeto en rollos el lazo que asienta en el anca, y los guardamontes de cuero crudo, abiertos sobre la parte delantera de la montura para proteger las piernas. El sombrero de anchas alas, copa recubierta de cuero y barbijo que lo sujeta a la quijada; la chaqueta corta, la bombacha amplia, las botas plegadas a acordeón y las grandes espuelas. Un pañuelo atado al cuello, blanco, celeste o rojo, pone una nota de color en el conjunto.

—Es indumentaria propia del gaucho que trabaja en el monte —le decía su papá—, para defenderse así de las ramas y de las espinas; usan también el guarda-calzón y el coletto, especie de saco, ambos hechos de suela blanda y que se ponen para resguardar sus trajes.

Más adelante, al pasar la estación Yatasto, el Dr. Moreno llamó la atención de Jorge para que dijera qué era una casa de altos, antigua, muy pequeña que se veía a la izquierda del tren; pero Jorge se dio por vencido de que no recordaba o no la conocía, cuando su papá dijo ser una casa de la época de la Independencia, en la que se encontraron las dos figuras más destacadas de la Historia Argentina: el General Belgrano —creador de la bandera— y el General San Martín, a quién sustituía en esa ocasión en el mando de Jefe del Ejército del Norte, poco después nombrado Jefe del Ejército de los Andes.

El tren se había detenido durante algunos minutos en la estación Metán y el papá tuvo que explicar una vez más a los niños que en ese lugar había sido asesinado cobardemente, por los secuaces del tirano Rosas, el unitario y patriota tucumano Marco M. de Avellaneda, cuya cabeza fue puesta en una pica en la plaza de la ciudad de Tucumán.

Los viajeros no dejaron de sentir honda emoción, provocada por estos recuerdos que, aunque evocados al correr del tren, tenían la fuerza subjetiva de una realidad revivida en el ambiente que había sido un siglo atrás su escenario real.

“Estación Juramento”, decía más adelante la tablilla de la estación próxima a un río que terminaban de pasar.

—¿Tienes algo que decirnos aquí, Jorge? —preguntó el Dr. Moreno.

—Oh! Sí. Este es el río Pasaje, llamado después Juramento, porque a su margen el General Belgrano hizo jurar a sus tropas, por primera vez ante la bandera, fidelidad a la Asamblea Nacional del año 1813, recientemente constituida.

....

–Qué linda fruta, exclamaban los chicos cuando se detenía el tren en las estaciones.

–Mira mamá las naranjas, los pomelos, las paltas...

–¡Limas...! ¡Limonos dulces...! –ofrecía la voz de los vendedores, casi siempre mujeres y niños.

Y los chicos pidieron que les compraran, pues no conocían esas variedades de citrus cultivadas sólo en el Norte.

A uno y otro lado de la vía se sucedían las huertas, con las simétricas plantaciones de frutales, en toda esa región.

Como en el verano los días son tan largos, pudieron contemplar, ya a la caída de la tarde, el hermoso panorama de la Quebrada de Mojotoro, donde la vía sigue, aguas arriba, el curso del río del mismo nombre y atraviesa luego las montañas por un túnel que desemboca en el hermoso Valle de Lerma, donde se encuentra situada la ciudad de Salta, término del viaje. Llegaban, por fin, después de haber recorrido 1.600 kilómetros.

Jorge tuvo que apresurarse para decir lo que sabía acerca de esos lugares que pasaban rápido ante sus ojos.

–Mira –le decía su papá–, al frente, a la izquierda, está la Quebrada de Chachapoya, ¿la recuerdas?

–Sí, recuerdo que fue por donde entraron en forma imprevista los patriotas, cortando la retirada al Ejército Realista, que sorprendido por esta hábil maniobra que desbarató sus planes, tuvo que rendirse después de ser derrotado en el Campo de Castaños.

– Que es éste que está allá a la derecha –agregó su papá, que conocía todo esto por anteriores viajes.

Pasaban en ese momento frente a la destilería que tiene Yacimientos Petrolíferos Fiscales instalada en la falda de la montaña llamada los Tres Cerritos. Es un importante conjunto de construcciones, talleres, usina, tanques de almacenaje, etc. y los edificios para administración y viviendas, construidos en el alegre y bonito estilo colonial. Estos yacimientos de petróleo, en Vespucio, en la provincia de Salta, son los más importantes después de los de Comodoro Rivadavia, al sud de la República. Además de esta empresa argentina trabaja también allí la *Standard Oil Co.*

–Aquel es el campo de maniobras militares –decía el Dr. Moreno, señalando hacia el oeste–, con su pista de aterrizaje para la aviación militar y civil. Y aquel grupo grande de edificios de piedra, con jardines y arboledas, son los cuarteles y Hospital Militar de la 5ta División del Ejército.²⁵

–Fíjense, más adelante en aquella silueta que se destaca en el horizonte, es el monumento “20 de febrero”, erigido en conmemoración de la Batalla de Salta a que aludíamos hace un momento. Es una hermosa obra construida con granitos de las canteras de la provincia; tiene artísticos bajorrelieves de bronce, de los que está igualmente construida la figura superior que representa La Libertad, colocada sobre un gran monolito de granito rojo. Trataremos de que mañana nos alcance el tiempo para conocer algo de Salta.²⁶

Los últimos reflejos del sol poniente se apagaban ya empalideciendo las nubes y las altas cumbres de las montañas, que hacía unos instantes parecían incendiar el horizonte.

Al pie del San Bernardo comenzaban a encenderse las luces de la ciudad, de la que sólo se distinguía, entre las sombras del crepúsculo, las siluetas claras y esbeltas de las torres.

El primero en asomar la cabeza por la ventanilla, al pararse el tren, fue Jorge, mientras sus papás preparaban las valijas para que las bajarán, y de pronto exclamó alborozado:

–¡Papá... papá...! Ahí está tu amigo Ernesto.

²⁵ En la reescritura se eliminó una frase donde se hacía referencia a una de las empresas aeronáuticas de la época: “(...) la aviación militar y civil. ~~Y que también utiliza la Pan American Airways de los Estados Unidos.~~ Y aquel grupo (...)”.

²⁶ Los elementos referidos –como el predio militar y su hospital o el monumento 20 de Febrero– no son visibles desde la perspectiva del recorrido de las vías (mucho menos para advertir los detalles de los bajorrelieves del monumento que describe la obra); estamos pues, ante el esfuerzo de una construcción discursiva pensada para facilitar la presentación del catálogo de elementos distintivos de la ciudad de Salta.



Imagen 16. Ilustración de Alejandro F. Ache, para *La madre del viento. Leyendas y paisajes* (1974).

Capítulo II

Salta

—¡Qué cielo tan claro...! ¡Qué sol tan brillante...! —exclamó la Sra. de Moreno—, asomándose al balcón del hotel que daba sobre la plaza, mientras esperaban a Don Ernesto, el amigo de su esposo, que vendría a buscarlos para hacer una rápida recorrida por la ciudad. A la tarde debían partir para El Gólgota, término de su viaje, distante setenta kilómetros, así que no disponían de mucho tiempo libre.

Comenzaron el recorrido dando vuelta a la plaza principal, frente a la cual se conserva el Cabildo de la época colonial, con su galería de arcos sobre la acera y otra de altos con un balcón saliente que sostienen ménsulas talladas con figuras humanas y en el que se halla instalado el Museo Colonial. En el costado opuesto de la plaza está la iglesia Catedral, donde entre otras obras de valor, se conserva un Cristo de tamaño

natural, verdadera obra de arte español, que tiene ya tres siglos y medio de existencia en la ciudad.²⁷ Al lado se encuentra el Palacio Arzobispal, estilo español, con un balcón volado de caladas verjas de madera.

–Es bonito este aspecto de Salta –comentaba la Sra. de Moreno–, que conserva casas coloniales auténticas; tiene también buena edificación moderna, pero noto que en general predomina ese estilo que le da tanto carácter propio.

–Mira mamá –decía Maga–, aquel lindo edificio con torre de cúpula recubierta de azulejos.

–Es el edificio de oficinas nacionales²⁸ –explicó Don Ernesto–. Habría mucho que enseñarles, pero el tiempo es corto. Vamos, para que vean una reliquia histórica.

Atravesaron algunas calles todas muy bien pavimentadas y limpias, varias de ellas con árboles en las orillas de las aceras y plazas bien arboladas y con jardines, hasta llegar al templo de La Merced. En su interior, haciendo fondo en uno de los altares, está una cruz de madera, ya envejecida por los años, pero en la que aún puede leerse la inscripción grabada en sus brazos: “A los vencedores y vencidos, el día 20 de Febrero de 1813”.

–Esta cruz –les explicó Don Ernesto–, fue puesta en el campo de batalla enseguida del triunfo, obtenido por el Gral. Belgrano, en el lugar que ahora se levanta el Monumento 20 de febrero.

–Del que hablamos cuando vimos desde el tren al llegar –les recordó el papá.

–¿Adónde iremos ahora? –preguntaba Chiqui al salir de la iglesia, impaciente de conocer lo más que se pudiera.

–Ahora pasaremos por delante de un viejo convento de monjas Carmelitas –les dijo el Dr. Ernesto subiendo al auto que él mismo conducía.

Al ver esa construcción tan antigua, de gruesas paredes, la pequeña torre cuadrada de la iglesia, el curioso nicho con la descolorida imagen de Santa Teresa, sobre la entrada, y especialmente el marco del portal del Monasterio, íntegramente tallado en quebracho,

²⁷ El texto se refiere a la imagen del Cristo del Milagro, patrono de la ciudad de Salta.

²⁸ Este imponente edificio, situado en la esquina de las calles España y Deán Funes, fue construido en 1937. Albergó al correo nacional, dependencias de administración nacional –de donde derivó el nombre que refiere el texto– y, actualmente, es sede de instituciones judiciales en Salta.

madera durísima, obra que se cree ejecutada por los indios, Maga pidió que se detuvieran un momento para tomar una foto, pues les había interesado a todos aquella construcción de más de dos siglos de antigüedad.

–¡Miren... miren...! –dijo de pronto Chiqui–, ¡qué perros más raros...! ¡en mi vida he visto otros iguales!

En ese momento cruzaba la calle un muchacho seguido por dos perros. De tamaño más bien chico, el uno era grueso, de patitas muy finas y negro completamente, su piel brillaba como embetunada. El otro más pequeño y delgadito con la cola enroscada para arriba como un espiral, tenía un color rojizo con manchas claras y lustroso como de carey, según la expresión de Chiqui.

–Pero qué es lo que tienen que son tan raros –insistía mirándolos con curiosidad–, cuando Don Ernesto le contestó.

–Lo raro no es lo que tienen, sino lo que no tienen. ¿No han caído en cuenta que son pelados? Y como no tienen nada de pelo en todo el cuerpo, por eso son lustrosos.

–¡De veras...! –exclamaron los chicos llenos de curiosidad–. ¿Y de dónde son estos perros? En Buenos Aires no hay como éstos.

–Parecen perritos de alguna región de Oriente, tal vez traídos de la China –opinó el Dr. Moreno.

–Pues no –explicó su amigo con gesto sonriente–. Aquí se cuenta de otra manera su origen. Dicen que una vez un perro se abalanzó sobre un hombre, con la boca abierta con la intención de morderlo; pero aquél al rechazarlo, lo hizo con tanta violencia que le entró el puño en la boca y al sacarlo había cogido el rabo del perro por el interior dándolo vuelta así del revés completamente... quedando los pelos para adentro... por lo que aquí les llaman “pilas”.

Con alegres risas festejaron todos el cuento y ya Chiqui pensaba si sería más raro que éste el animalito que tendría en el campo.

.....

La ciudad de Salta está edificada al pie del cerro San Bernardo, al que se sube por un pintoresco camino que va ascendiendo en zigzag hasta llegar a la cumbre, a unos doscientos cincuenta metros de altura.

Durante la ascensión la perspectiva de la ciudad y del valle va ampliándose, mientras que aparece y desaparece a intervalos, según que el camino siga por una saliente de la montaña o se adentre en las pequeñas quebradas.

—Los he traído aquí —les dijo el Dr. Ernesto—, porque desde la cumbre podrán tener una visión completa de la ciudad y sus alrededores.

Habían llegado a la cima, donde en una plazoleta adornada con plantas se levanta una alta cruz de madera y una imagen de Cristo Redentor, que parecen velar sobre la ciudad extendida a sus pies.

Lejos, a la derecha, se distinguía la Quebrada de Mojotoro por donde habían entrado en tren la tarde anterior y el trazo negro del puente de ferrocarril sobre la fina cinta plateada del río.

Algo más al frente, agrupado en la falda de altas montañas, el blanco caserío de la villa veraniega de San Lorenzo parecía desde lejos una majada de ovejas dispersas, trepando la ladera. Al fondo, y a mayor altura, se destacaba el nevado de Castilla con su cumbre de nieves perpetuas, que brillaban iluminadas de frente por el sol mañanero.²⁹

La cadena de montañas continúa haciendo fondo al panorama hasta perderse de vista hacia la izquierda. En la planicie del valle se distinguían los campos de cultivos como mosaicos puestos en desorden que mostraran todas las tonalidades del verde.

Desde la falda del San Bernardo comienza el caserío de la ciudad y al pie mismo del cerro se veía el cementerio con su parte interior de cruces, alineadas en la tierra y en la parte delantera el conjunto de cúpulas y pequeñas torres de los mausoleos, a ambos lados de la avenida de cipreses. Contiguo a éste se extiende el Parque San Martín, con su rosal, su lago, el bonito Pabellón, la avenida de acacias, el jardín incaico y el bosque de eucaliptus.

²⁹ Nuevamente, las necesidades de una presentación acumulativa de los atractivos de la ciudad de Salta, desde la perspectiva que ofrece el cerro San Bernardo, excede en la representación literaria del texto lo que, efectivamente, puede apreciarse desde esa vista panorámica.

Del parque en adelante, hacia el poniente, se extiende la ciudad hasta llegar al pie de las lomas de Medeiros y por el sud desde las márgenes del río Arias, hasta terminar el caserío, siempre creciente, en el extremo norte.

Güemes

Al descender del cerro, antes de bajar hasta la ciudad, Don Ernesto los llevó a conocer el monumento del General Martín Miguel de Güemes del que habían hablado al llegar a Salta.

Ubicado en una plazoleta natural, a media altura en el cerro, tiene de fondo la agreste perspectiva de una quebrada estrecha. La plazoleta ha sido arbolada con árboles de la región: tarcos de fino follaje, y de moradas flores que parecen en conjunto grandes mazos de violetas; lapachos de sencillas flores planas de un color rosa lila; ceibos de áspera corteza, que antes de dar hojas se cubren de menudas y curvadas flores rojas, que caen en racimos, en tal abundancia a veces, que el árbol parece estar ardiendo en una multitud de pequeñas lenguas de fuego.

Admiraron la imponente figura ecuestre del héroe. Sobre un alto basamento de rústico granito rojo, que a su vez simula una montaña, Güemes a caballo, con la mano puesta sobre los ojos a manera de visera, parece escrutar el horizonte; al pie del monumento en grandes altorrelieves aparecen en un costado los soldados españoles bien uniformados y con sus armas de combate; en el lado opuesto, como surgiendo de entre la maraña del monte, asoman los gauchos a caballo llevando en las manos lanzas, muchas de ellas hechas con sus propios cuchillos atados en delgados palos; los lazos se enrollan sobre las ancas, y mientras los flotantes ponchos, batidos por el viento, parecen poner alas en sus hombros, los guardamontes de duro cuero, abiertos delante de sus piernas, parecen también alas sobre los flancos de los caballos.

—Sí, parece un símbolo —dijo la señora de Moreno comentando el que ambos, caballo y jinete, decididos y rápidos fueran a volar en defensa de la patria.

—Y así lo hicieron —agregó Don Ernesto—. Esto los había impresionado tanto a los soldados españoles, que comentaban aterrorizados que esos guerreros con caballos parecían tener alas, con las que hacían un ruido extraño, por lo que les habían puesto el apodo de “Los Infernales”.

–¿Y cómo hacían tanto ruido? –preguntó curioso Jorge.

–Pues golpeando los guardamontes con los cabos de sus teleros, mientras arremetían en un precipitado galope en masa, lo que hacía huir atemorizados a los españoles, creyendo que eran un número mayor que la realidad –explicó Don Ernesto.

Maga aprovechó para tomar fotografías del monumento visto de varios lados y al ir hacia la parte posterior, lanzó un grito, sorprendida por la realidad de la escena aparecida junto a ella. En otro altorrelieve vio, en la puerta de un rancho, una mujer con un niño en los brazos y otro tomado a su vestido, que alcanzaba una lanza a un hombre a caballo ya listo para partir; sentado junto a ella, un perrito mira la escena en comprensiva actitud. Es el marido, es el gaucho que parte para la guerra, y la mujer, a pesar de saber que le aguarda la soledad y el trabajo, le entrega el arma animándolo a pelear en defensa del suelo natal.

–¡Qué hermosa foto voy a tomar con estos lindos paisajes y esta hermosa luz! –exclamó Maga entusiasmada, y agregó–, podría escribirse un poema sobre todo esto.

–Ya han cantado esta epopeya gaucha nuestros poetas, ya los leerás cuando seas más grande y estés capacitada para comprender –le respondió su mamá–, que era muy aficionada a la lectura y en especial a la poesía.

–Esta chica se está haciendo romántica... –comentaron el Dr. Moreno y su esposa, sonrientes.

Última etapa del viaje

Como lo tenían pensado, después del almuerzo partieron a la estancia El Gólgota en la Quebrada del Toro. Don Ernesto les había ofrecido llevarlos en auto que les resultaría más agradable que el tren.

En el camino comentaban con su amigo las plantaciones que se veían: el tabaco que se da de muy buena calidad; las granjas con plantaciones de maíz y hermosos alfalfares donde pastaban las vacas de los tambos y los ganados que se engordan para llevar a Chile, a las salitreras y distritos mineros.³⁰

³⁰ En este pasaje, otra vez, se aligera la información con la reescritura: "(...) el tabaco que se da de muy buena calidad, habiéndose cultivado en la provincia en estos últimos años, más de cuatro mil seiscientas hectáreas, con una producción de cerca de cinco millones y medio de kilogramos; las granjas con plantaciones (...)".

–Es esta época del verano la mejor para atravesar la Cordillera con este ganado –decía Don Ernesto–, y como tienen que ir por caminos ásperos y arenosos hay que protegerles los cascos con herraduras. El viaje casi siempre es penoso, pues como van arreando los animales, se tardan como tres semanas, además de que cruzan por regiones desprovistas de pastos y a veces hasta con escasez de agua.

–He leído relatos –agregó el Dr. Moreno–, de tormentas de nieve, tardías, que han sorprendido a las tropas de ganado pereciendo en su totalidad, salvándose los arrieros resguardados en los refugios que hay a lo largo del camino.³¹

–A veces es así –decía su amigo–; pero felizmente eso no sucede a menudo, pues a la entrada de la zona peligrosa hay individuos, nativos de la región, conocedores del tiempo por su gran experiencia y que aconsejan a los arrieros si deben hacer o no la travesía.

–Qué bonitas lomas –observó la señora de Moreno–, parecen tapizadas de terciopelo esmeralda.

–Como ven, estamos muy próximos a las montañas; un poco más adelante ya entraremos entre ellas –explicó Don Ernesto.

Llegaban a Campo Quijano, villa improvisada, donde están las oficinas y talleres del ferrocarril, que une la ciudad de Salta con el puerto de Antofagasta, en Chile; línea que atraviesa toda la Quebrada del Toro y el departamento de los Andes, cruzando la cordillera del mismo nombre, a una altura máxima de cinco mil metros sobre el nivel del mar.

Se detuvieron un momento en el puente construido sobre el dique, para mirar las obras de riego con sus grandes canales distribuidores del agua y la usina hidroeléctrica de luz y fuerza, ubicada a bastante altura para poder proveer de corriente a esa sección del valle de Lerma.

Habían llegado ya a la boca de la quebrada, como dicen allí, pues de ese punto en adelante las montañas se estrechan, no dejando entre sí más que la pedregosa playa por donde corre un río de aguas color ladrillo, llamado río Colorado.

³¹ Este argumento, recurrente en formas orales como el caso folklórico, tuvo tratamiento literario en “El viento blanco” (1922), el cuento canonizado de Juan Carlos Dávalos, probablemente aludido aquí como uno de los relatos que leyó el personaje.

Al llegar al comienzo mismo de la quebrada, los sorprendió el precioso conjunto de casas edificadas al pie de las montañas y próximas a un torrente de aguas color de ópalo, que va a desembocar en el anterior.

–Esto es Río Blanco –les explicó Don Ernesto–, lugar de veraneo de varias familias parientes todas ellas y parientes mías también. Lleguémonos a la casa de Cornejo y María que es tan hospitalaria, tendrá mucho gusto que tomemos el té con ella.³²

Apenas habían descendido del auto, Chiqui corrió hacia el río, atraída por el ruido de su corriente.

–¡Qué lindo! –exclamaba–; no son así los ríos que yo conocía en la provincia de Buenos Aires, que corren silenciosamente en la llanura. ¿Se podrá uno bañar aquí? –preguntaba, impresionada por la rapidez con que corrían las aguas, que bajando en gran desnivel por sobre un áspero lecho de piedras, saltan espumantes y ensordecedoras.

Los chicos de la casa, que habían salido a recibirlos, los llevaron casi a la disparatada, para que conocieran la bonita capilla con una antigua imagen de la Virgen, devoción tradicional de la familia; pero como estaba al otro lado del río, tuvieron que atravesarlo por un puente hecho de un tronco de árbol, y aunque no quisieron demostrarlo, sintieron algo que, si no era miedo, se le parecía mucho...

Entretanto las personas mayores habían tomado el té; al volver los chicos dijeron que no deseaban tomarlo, pero lo que era verdad es que tenían una gran impaciencia de llegar a la estancia, que ellos sentían que sería como propia durante el verano.

El camino para auto comenzaba a subir la montaña, contorneándola, como cornisa. Por el lado opuesto corría la vía del ferrocarril y atravesaba de una a otra montaña por un largo viaducto a gran altura.

³² En las zonas aledañas a la quebrada del río Toro, en el paraje Río Blanco, próximo a la actual ciudad de Campo Quijano, se radicaron desde fines del siglo XIX casas de campo o villas de veraneo para las familias salteñas acomodadas. Hay emplazada en este paraje una pequeña capilla de estilo neogótico que la autora recuerda en uno de sus poemas tempde *El agua que canta* (1922: 105-108). Hasta el presente, puede advertirse importantes edificaciones construidas a la vera del río. Con los Cornejo, un apellido perteneciente a la elite local que aquí se recupera a partir de la figura de María, la autora tuvo vínculos familiares. Probablemente el personaje se inspire en una prima de Emma Solá de Solá, a quien le dedicó *La madre del viento. Leyendas y paisajes*: “Dedico este libro a mi prima María Solá de Cornejo, que este 6 de Abril de 1974 cumple los 100 años de su ejemplar existencia; y a su tradicional Río Blanco, majestuoso y agreste, inspirador de estas poesías” (1974: 4).

–¡Qué impresionante...! –comentó Maga, que no iba muy tranquila mirando hacia el precipicio cada vez más profundo sobre la playa, en donde se veía correr el río, como una serpiente roja.

–Mira más bien para el lado de la montaña –le decía su mamá–; mira las begonias que cuelgan sus florecitas que parecen hechas de azúcar; las verbenas como copos rojos y blancos pegaditos a las piedras; mira esas flores blancas como azucenas que cubren la ladera.

–Son los “amancay” –dijo Ernesto–, es un nombre quichua; cuando pasemos cerca de ellas, sentirán su exquisita fragancia. Más arriba en los barrancos observen los claros penachos de las cortaderas movidas por el viento en el extremo de sus cañitas.

–Parecen pañuelos blancos que nos dicen adiós al pasar –comentó Maga.

Mientras tanto, se veía la vía del ferrocarril subir en zigzag para tomar altura, y describía una curva ascendente, que le llaman rulo, para volver a pasar a mayor altura sobre la misma vía.

Al oír los relatos de Don Ernesto sobre las artísticas obras de ingeniería de esa línea, que la hacen una de las construcciones más atrevidas del mundo, los niños sacaron la promesa a su papá de que harían un paseo en tren hasta San Antonio de los Cobres, capital del departamento de Los Andes. Pero Maga no se había unido al pedido; decía que ella estaba acostumbrada a los trenes que corren en la pampa sobre la segura planicie de los campos. Jorge comenzaba a sentirse no sólo cazador sino también alpinista y pensaba también cómo arreglarse un bastón con punta de fierro y unas botas con clavos en la suela, que le ayudaran a subir esas montañas que cada vez aparecían más altas y majestuosas y desprovistas de vegetación.

–Miren los cactus, tan rectos y tan ordenados que están en las laderas; parecen centinelas –decía Jorge.

–Y aquellos otros con brazos levantados, parecen candelabros –decía Maga–. ¡Y qué linda flor tienen... tan grande y blanca! Las que están abiertas son como de nácar, con el centro un poco lila, y las que están cerradas parecen palomas que se hubieran asentado sin miedo de las espinas largas y gruesas.

–¿Se cansaron mucho del viaje? –les preguntó Don Ernesto, al detenerse un momento junto a una estación del ferrocarril, de construcción estilo colonial, como son todas las de esa línea.

–¿Qué, ya llegamos? –preguntó Chiqui con un matiz de desencanto en la voz, pues había ido tan entretenida que el viaje le pareció corto.

–En seguida llegaremos a la casa –dijo su papá–. Esta es la estación de El Gólgota,³³ llamado así seguramente por el parecido de aquellas tres cumbres con las del monte que cuenta la historia sagrada del lugar de la crucifixión.

Al entrar en un angosto callejón apareció de pronto, al fondo, en la falda del cerro, una casa de larga galería de columnas cuadradas, protegida de los vientos en un costado por una alta falda de un cerro que cierra en curva, como un anfiteatro, y grupos de sauces llorones plantados a la orilla de un arroyito, y del otro lado, por una fila de álamos, a lo largo de una tapia de adobes. Delante de la casa, árboles frutales: perales, manzanos, durazneros, subían en el empinado terreno.

De dos saltos trepó Jorge la gradería de ladrillos para subir al corredor; quería ser el primero en tomar posesión de la casa.

–Muy buenas tardes, doctor –dijo Don Rueda, el capataz de la estancia, acercándose al Dr. Moreno, con el sombrero en la mano–. A sus órdenes, doctor, para lo que quiera mandarme.

Del interior salió Doña Pancha, mujer de Don Rueda y que cuidaba de la casa, la que saludando a la señora de Moreno le dijo:

³³ La estación ferroviaria El Gólgota (renombrada Damián M. Torino y luego Ingeniero Maury), como el paraje y la estancia misma, toman el nombre de un importante cerro cercano a la quebrada del Toro, muy visible por sus 3510 metros de altura. La estancia El Gólgota estuvo en funcionamiento desde la década de 1803 y perteneció a las familias Urriburu y Torino. Llegó a tener en sus mejores momentos de producción una extensión de 110.000 hectáreas. El ferrocarril del famoso ramal C-14, que avanza hacia Chile por la quebrada del Toro, recorría el territorio de la estancia y poseía varias estaciones dentro de su predio (El Gólgota, Gobernador Solá y Puerta Tastil). Las actividades desarrolladas eran principalmente ganaderas, tanto de ovinos –entre los que se destacaban los de raza karakul, introducidos por la familia Torino en la región, mencionados más adelante en el texto–, como de camélidos andinos. Los datos aquí referidos están presentes en el testimonio del arquitecto Amancio Williams quien visitó la estancia en abril de 1952, momento en que realizó un registro de petroglifos en la zona. Un relato de su estadía en la finca fue publicado en el diario *La Nación*, en enero de 1983 (Williams, 1983).

–Ya nos había escrito el patrón que usted va a ser la señora de la casa. Estos son mis hijos: el Lino y la Nieves; aquí estamos todos para servir a usted.

Un muchacho de unos quince o dieciséis años, de cara morena y tímidos ojos oscuros, se aproximó receloso a Jorge, mientras una chiquilina de unos nueve años, de plácida carita redonda y negras trenzas, sonreía con timidez mirando a la señora y a las niñas. Una corriente de mutua simpatía pareció unir a todos en aquel momento.

Capítulo III

Vida diaria en la estancia

–Buenos días, niñas –dijo Doña Pancha entrando a la mañana siguiente en el dormitorio de las chicas–, aquí les manda su papá estos vasos de leche recién ordeñada y dice que desde mañana se levantarán temprano para ir a tomarla al pie de la vaca, al corral.

–Todavía está calentita –decía Chiqui paladeándola.

–Qué gusto o qué olor más rico –agregó Maga.

–Es de los yuyos aromáticos que comen las vacas, niña, explicó Doña Pancha. Pronto vamos a tener también unas cabras para que ustedes prueben la leche, a ver si les gusta.

–Nunca la hemos tomado y nos gustará mucho probarla –contestaron ellas.

Todos salieron a mirar la mañana. Un cielo muy azul y que parecía muy bajo, un sol muy brillante y una atmósfera límpida y serena, convidaban a caminar al aire libre. Pero los chicos andaban mirándolo todo. Los cuartos de la casa, el amplio comedor y la salita que daban a la galería del frente, como también el escritorio, los varios dormitorios con ventanas de rejas; unos sobre la galería lateral que mira hacia la alameda y los otros en el costado opuesto, hacia la pequeña quebrada al pie del cerro; todos habían elegido éstos para sus dormitorios, pues les parecía que tenían una vista más bonita. La galería interior, tan cómoda, para tantos pequeños menesteres domésticos y adonde daban la despensa, la cocina y también las piezas del servicio. Frente a ésta una gran cancha (patio) donde estaba el horno en que cocían el pan casero, los bollos de harina morena

con chicharrón, las tortas de harina blanca de trigo, los panes amasados con leche y huevos, los bizcochos para el té y las sabrosas empanadas criollas. También el lugar destinado para asar cabritos o corderos al asador. Leña apilada para la cocina; algunas bolsas de maíz; fardos de alfalfa y panes de sal gruesa para los animales.



Imagen 17. Ilustración de Alejandro F. Ache, para *Miel de la tierra*. (Allpamiski). *Poesías de las montañas de Salta* (1945).

Jorge ya había inspeccionado también el cuarto de las monturas y elegido para su uso la que le pareció más del estilo de los gauchos. Había allí monturas criollas con sus peleros, caronas y pellones; lazo, lonja y riendas trenzadas, de cuero crudo sobado a mano. Monturas inglesas y una mejicana de alto pico delantero y amplio borrén trasero, levantado.

También varias monturas de mujer, pues en el norte la generalidad de las mujeres acostumbraba andar a caballo sentadas a la antigua usanza.

Mientras Jorge curioseaba todo esto, Chiqui se había entrado a la despensa y recorría los estantes donde estaba la proveeduría. Le llamó la atención el zarzo de cañas que colgaba del techo, donde se veían varios quesos frescos, que todavía goteaban suero y las chalonas de oveja, saladas y secadas al frío de las noches al aire libre; el charqui, hecho de carne vacuna, cortada en lonjas delgadas, salada y secada también al aire libre, durante el invierno; Chiqui no conocía estas cosas, pues es una forma usada en la región norte para conservar la carne, que resulta así, muy sabrosa y se usa en diferentes platos de la cocina criolla.

Salieron luego a correr por los callejones y la playa del río, juntando piedritas de colores que les llamaron la atención; pero pronto se sintieron cansados y volvieron a la casa donde el papá les explicó que ese cansancio era debido a la rarefacción del aire en las montañas, pues estaban a tres mil metros sobre el nivel del mar y que tuvieran cuidado de no hacer ejercicios violentos por unos días, hasta que sus organismos se adaptaran, pues de lo contrario podían sufrir el “sorocho o puna” como allí le llaman al mal de altura.

Poco a poco fueron adaptándose al ambiente y seguían su programa diario de levantarse temprano para ir al corral a tomar leche al pie de la vaca; cada uno tenía su preferencia: a Maga le gustaba la leche gorda de una vaca jersey; a Jorge la de una negra mocha y a Chiqui la de otra que tenía un ternerito que le parecía el más bonito de todos y que ella se entretenía en acariciar mientras estaba atado al pie de la madre, que no parecía molestarse con esa amistad.

Un poco después, cuando volvían a la casa, tomaban el desayuno: café con leche con ricos bollos y manteca y salían luego con el papá a pasear a pie o a caballo. Después del almuerzo, descansaban leyendo o jugando reunidos con sus padres en la galería.

Maga y Jorge, pero sobre todo Maga, repasaban con empeño sus lecciones de inglés, y como el papá lo hablaba tan bien, podía seguir enseñándoles para que no perdieran lo que habían aprendido en el Colegio. A la vuelta del veraneo les tomarían una profesora inglesa que fuera a la casa a enseñarles a los tres.³⁴

³⁴ El aprendizaje de lenguas extranjeras, en especial del francés, es otro índice de la educación privilegiada de los niños, un signo de distinción cultural muy ponderado entre las elites porteña y provinciales desde mediados del siglo XIX.

Cuando algunas veces la mamá se retiraba a su habitación a dormir la siesta, ellos se iban al molino, donde se entretenían mucho. Les gustaba ver girar la pesada piedra circular que, movida por el agua, tritura los granos que caen por una canaleta, sacudida por los golpes de la tarabilla de madera, que salta ruidosa en la superficie áspera de la piedra, con un continuo sonar: tat... tarah... rah... tat... tat...

En una ocasión les dijo el molinero si querían un poco de harina de maíz tostado que estaba moliendo, con lo que les preparó lo que él llamaba “ulpada” y que es harina con un poco de azúcar disuelta en agua fría, que les pareció muy rica. Con la harina que llevaron a la casa, Doña Pancha les hizo, al día siguiente, un rico “chilcán” caliente; también se acostumbraron a comer la harina seca, mezclada con un poco de azúcar, que queda muy sabrosa y que ellos veían comer a los chicos del lugar. También les preparaba el maíz tostado, que ella llamaba “aunca”, y que les gustaba ver reventar en florecitas blancas mientras lo cocinaban al rescoldo.³⁵

Otra cosa que les entretenía mucho en el molino era ver los grupos de los nativos que llevaban a moler sus granos, a lomo de burro, en costales de lana con franjas de colores, tejidos por ellos mismos. Llegaban en grupos de parientes o amigos, hombres y mujeres y también con criaturas, que se juntaban para bajar de sus viviendas en los cerros al molino y permanecer allí acampados mientras duraba la molienda. Esto era para ellos un descanso en sus trabajos y una diversión social, a su modo.

Se entretenían en hacer música y cantar, tocando en sus instrumentos nativos. Unos tocaban el “erque”, hecho de una caña hueca larga, con pequeños agujeros en el extremo que llevan a la boca para soplar, y en el otro, tiene un cuerno o pedazo de cuero seco en forma de bocina. Con ese instrumento tocan especialmente aires de estilo guerrero y cambian de sonoridad según coloquen el extremo del cuerno sobre el agua, el suelo o contra el viento. Otros tocaban la “quena”, especie de flauta hecha de un hueso humano –la tibia– por lo que ellos dicen que tiene ese sonido triste tan especial. También el bombo o “caja” que acompaña a otros instrumentos y los cantos con su monótono y rítmico: tón... tón... tón... tón...tón... tón... tón, mientras las voces altas, en tono de falsete, cantan las melancólicas vidalitas y otros aires nativos.

³⁵ Este pequeño catálogo de comidas típicas, como inmediatamente la mención de los instrumentos musicales de origen andino y, más adelante, las actividades en la vida rural de la estancia, acentúan el pintoresquismo buscado por el texto.

Jorge ya había aprendido aquella tonada que cantaban acompañando con la “caja”:

*Esta cajita que toco
tiene boca y sabe hablar,
sólo le faltan los ojos
para ayudarme a llorar...*³⁶

Y que él acompañaba golpeando en la mesa con los nudos de las manos, lo que hacía reír a su mamá.

Pero lo mejor fue un domingo a la tarde cuando llegó Lino diciendo que en el molino había un grupo de gente bailando, pues había llegado un buen guitarrero de abajo. Todos acudieron a ver la fiesta.

En el centro de un círculo que formaba la gente, a la sombra de un gran sauce, en el momento que ellos llegaron, estaba una pareja bailando una “zamba”. La criolla vestía una amplia falda de color vivo, con volado en el ruedo y apretado corpiño; una gruesa trenza de cabello negro le caía por la espalda y en la mano tenía un pañuelo que movía siguiendo el ritmo de la música, mientras iba y venía con menudos pasos, como esquivándose del compañero, con movimientos no faltos de coquetería y donaire. Él, vestido de bombacha, con botas acordeón (de plegar), grandes espuelas, cuchillo atravesado al cinto puesto atrás y que le levantaba la chaqueta corta, y con el sombrero puesto, parecía perseguir a la compañera en un asedio galante, parándosele por delante, haciendo juegos de pisadas cruzadas, y agitando también su pañuelo, mientras las espuelas acompañaban con su sonido metálico el ritmo de la música en el agitado “zapateo”.

La pintoresca escena encantó a Doña Lucrecia, que aplaudió entusiasmada cuando terminaron. Los bailarines se acortaron de ver allí a los señores, pero ellos les pidieron que bailaran alguna otra danza.

Comenzaron a bailar, entonces, un “gato”, animada danza en que el bailarín hace derroche de agilidad con los pies en el zapateado, acompañando ambos el ritmo de la música, haciendo sonar los dedos como castañuelas; después de cada figura de la danza

³⁶ La obra incorpora una copla tradicional, muy difundida por los usos de la oralidad; por ejemplo, el *Cancionero popular de Catamarca* compilado por Juan Alfonso Carrizo recoge la siguiente versión: “Esta guitarra que toco/ tiene boca y sabe hablar./ Sólo me faltan los ojos/ para ayudarme a llorar” (1987: 222). La versión que presenta el texto fue incorporada al repertorio del folklore moderno, en canciones como la vidala “Tei de olvidar” de Andrés Chazarreta, incluida en su *Séptimo álbum de música nativa* (1940), que luego interpretaron otros grupos musicales como el salteño Los Chalchaleros.

se detenían y él le decía una copla, que luego ella contestaba, por lo que le llaman “el gato con relaciones”. Estas relaciones son siempre versos chispeantes de galantería o de gracias y son recibidos por los espectadores con grandes aplausos. A veces los bailarines no dicen versos aprendidos, sino que los improvisan, y como uno le responde al otro, resulta una especie de “payada” o contrapunto.

La rueda de espectadores acompañaba el final de los bailes con acompasados golpes de manos y el guitarrero entonaba una canción.

“Meh”

–Bueno, chicos –dijo una mañana el Dr. Moreno a los niños–: hoy vamos a hacer un paseo a Las Cebadas, para ver el plantel de ovejas karakul³⁷ que tiene allí Don Damián y que tanto estima.

–¿Es lejos? –preguntaron a un tiempo, pero por diversos motivos–. Chiqui, porque quería ver cuanto antes las ovejas que le gustaban tanto, en especial los corderitos; Jorge, porque deseaba que el paseo resultara toda una excursión donde pudiera usar la escopeta probando su puntería, y Maga, porque era medio floja para el caballo y temía cansarse.

–No. Unas dos leguas más o menos –les contestó el papá.

Aunque ellos habían andado a caballo desde chiquitos, en los shetlands,³⁸ que tenía su abuelita en la quinta en El Tigre, aquí no era lo mismo que en la pampa, porque tenían que saber sujetarse cuando subían alguna montaña, tomándose de la montura; lo mismo al descender, echándose para atrás afirmándose en los estribos para no correrse al pescuezo del caballo, pues los senderos en las montañas son muy empinados.

¿Y las pasadas del río? ¡Eso sí que les había costado sustos! Como el agua era turbia y el lecho del río pedregoso, a veces los caballos se tropezaban o se resbalaban en las piedras; además la rápida corriente les producía la impresión de que se los llevaba con caballo y todo, aguas abajo. Maga había adoptado la costumbre de tomarse bien de la montura y cerrar los ojos, segura de que el caballo pasaría mejor sin su dirección.

³⁷ Las ovejas de raza karakul, de origen asiático, son muy apreciadas para la producción de lana.

³⁸ Los ponis de raza shetland están entre los más pequeños de esta especie y reciben este nombre por ser originarios de las islas escocesas homónimas.

Su mamá solía quedarse intranquila por eso, cuando salían para algún lugar distante; pero su papá, que los acompañaba siempre, decía que quería que aprendieran a ser buenos jinetes y que conocieran bien y tomaran cariño al caballo, que él consideraba como el más noble de los animales, lamentando que con los elementos modernos se estuviera perdiendo la afición y empleo de los animales, que debieran ser considerados no sólo como auxiliares, sino también como amigos del hombre.

Las Cebadas, que es parte de la misma estancia, está más arriba en la Quebrada del Toro y se va a ella siguiendo el mismo camino nacional que, como ya dijimos, atraviesa el departamento de Los Andes y lleva a Chile.

Don Rueda, el capataz que los acompañaba, iba explicando al Dr. Moreno las dificultades que tienen en esas regiones para hacer los cultivos, pues como son suelos pedregosos tienen primero que sacar las piedras, nivelar el terreno para poderlo arar y hacer después tomas de agua y acequias para regar cada potrero, los que por cierto son de tamaño mucho menor que en las regiones llanas de la provincia de Buenos Aires.

—Así es, Don Rueda; allá en la pampa todo es más fácil; los campos son más extensos y tienen una hermosa variedad de pastos naturales y, como llueve a menudo, no hay necesidad de regarlos.

—Ya ve —comentó Don Rueda—; en esta estancia tan grande, sólo tenemos unos cuantos miles de ovejas y pocos vacunos.

—Sí —continuó el Dr. Moreno—, los campos del centro de la República son los mejores para la ganadería; allí está la mayoría del ganado argentino. Hay estancieros —dueños de las estancias— que tienen más de cien mil cabezas de vacunos cada uno. ¿Y qué otros cultivos hacen aquí, además de alfalfa?³⁹

³⁹ Las variaciones finales presentan cambios significativos en este pasaje, considerando el texto mecanografiado:

“—Sí —continuó el Dr. Moreno—, los campos del centro de la República son los mejores para la ganadería; allí está la mayoría del ganado argentino, ~~que en conjunto, según el último censo, arroja casi 4 millones de ovejas, más de 4 y ½ millones de cabras y unos 4 millones de cerdos.~~

~~—Qué mucho, comentó Don Rueda. Y habrá también muchos vacunos y caballos?~~

~~— De vacunos hay 33 millones y entre caballos y mulas unos 9 millones. Hay estancieros —dueños de las estancias— que tienen más de cien mil cabezas de vacunos cada uno. ¿Y qué otros cultivos hacen aquí, además de alfalfa? ”.~~

–Sembramos habas, que se dan muy hermosas, sabrosas y grandes como las quieren en los Estados Unidos, adonde las exportan. Últimamente plantamos también tomates, que se han dado muy buenos con la especialidad de que se cosechan en época en que no hay en otras partes.

–¡Qué bonito es aquí! –exclamó Maga al llegar–. Me parece más alegre que donde vivimos.

–Tal vez, niña, porque aquí se abre la quebrada y hay más plantaciones con cultivos –explicó Don Rueda quien, desmontándose del caballo, sacó las tranqueras de un rastrojo, para que entraran adonde estaban los animales que venían a ver.

–Aquí está, Doctor, el plantel de unos quinientos animales que consideramos puros; las majadas generales están en las mesadas arriba de los cerros. Esta raza karakul, hace ya muchos años que la tenemos.⁴⁰

–Sí, sí; conozco muy bien su *pedigree* –dijo el Dr. Moreno–, éstos proceden de aquellos carneros obsequiados al Gobierno Argentino por el Emperador de Austria Francisco José, y que el Ministerio de Agricultura repartió en diversas zonas de la República, siendo aquí donde se adaptaron mejor.⁴¹

–El patrón está muy orgulloso con los campeonatos que han ganado en la Exposición Rural de Palermo; este verano se sacó un Premio Campeón, la borreguita que mandamos.⁴²

–Qué preciosos corderitos –comentaban los chicos–; con la lana crespa, tan negra y brillante.

–Lástima –decía Maga–, que cuando crecen se les alarga tanto y se pone medio gris, como están esos más grandes.

⁴⁰ Sobre la explotación de esta raza se aclaraba más en el original: “hace más de 25 años ya muchos años que la tenemos”.

⁴¹ La referencia alude al ingreso de 21 ovejas y 6 carneros de la raza karakul regalados por el Emperador de Austria-Hungría Francisco José I, en el año 1911, con motivo del Centenario de la independencia argentina (Godoy, 2003).

⁴² Efectivamente, la producción de los ovinos karakul en El Gólgota le significó ganar numerosos premios a sus propietarios, en las exposiciones de la Sociedad Rural Argentina, por ejemplo, durante la 61ª Exposición Nacional de Ganadería correspondiente al año 1947. Ver la ilustración que se inserta en este volumen.

–Por eso, niña, hay que matarlos chiquitos, a los pocos días de nacer –dijo Don Rueda.

–Y para qué los matan –preguntó Chiqui, con angustiada curiosidad–, si tendrán tan poca carne...

–No es por la carne, niñita, es por la piel; para mandarlas vender a Buenos Aires, dice el patrón que los peleteros de allí les ponen nombres y procedencia extranjera a las pieles del país, para cobrar más caro por ellas.

–Miren –dijo Jorge–, la cola tan ancha que tienen.

–Eso es, niño, una característica de esta raza; ahí acumulan grasa para nutrirse en las épocas de escasez de alimentos.

–¿Cierto, papá? –preguntó Jorge sonriendo.

–Exactamente. Estas cosas que yo aprendí en mis estudios, don Rueda las sabe por experiencia. ¿No es así, amigo?

–Así es Doctor. Bien dice el refrán que “el diablo sabe más por viejo que por diablo”.

En ese momento vieron una majada que bajaba por una ladera, arreada por una chiquilina.

–¿Qué son aquellas ovejas que parecen envueltas en géneros, que vienen en medio de esas otras blancas, de lana tan larga?

–No son ovejas, Chiqui, son cabras de Angora,⁴³ por eso tienen el pelo tan largo; las embolsan como ves, cuando están volteándolo, para que no se pierda y poder juntarlo –le explicó su papá.

Pero la atención general fue atraída por un peón que llegaba con un pequeño corderito en los brazos y que acercándose a Don Rueda le dijo:

–¿Qué vamos a hacer con este guacho que ha nacido hace cinco días y esta mañana se le ha muerto la madre? Como tiene tan bonitos crespos, venía a preguntarle si le parece bien que lo mate.

⁴³ La cabra de Angora o del Tíbet es una raza caprina de origen asiático, su cría fue introducida en la quebrada del Toro por su buena adaptación al clima (Mueller, 2018).

Los ojos de Chiqui brillaron con expresión de deslumbramiento y aflicción y alargando los brazos exclamó con voz emocionada:

–Déjeme que lo cargue... es tan chiquito y tan lindo... Si me lo permitieran yo lo cuidaría dándole mamadera.

Su cara expresaba tanta ansiedad, suspensa de la respuesta que decidiría sobre la vida del animalito, que Don Rueda, que lo notó, dijo al peón:

–Eso es, déselo a la niña para que lo críe; ya me había escrito el patrón que, si les gustaba algún animalito, se los regalara.

El tiempo que pasó desde que el Dr. Moreno y el capataz fueron a la casa para ver los récords del *pedigree* para comenzar la clasificación de ganado, no lo tuvieron en cuenta ni Chiqui, ni Maga, ni Jorge, tan absorbidos estaban mirando y acariciando al corderito, del que Chiqui ya había tomado posesión.

Del montoncito de crespos de seda negra, arrebujado en los brazos de Chiqui, se estiraba una cabecita ancha en la frente y de barba muy fina y largas orejas caídas, mientras los redondos ojos negros de lacias pestañas parecían mirar a su dueña buscando protección.

Cuando lo pararon en el suelo para verle el tamaño, que sería poco más de un pie, sacudiéndose como para desentumecerse, inició unas cabriolas, mientras con voz triste balaba: ¡meh... meh...!

–¡Venga!... ¡Venga!... ¡Meh...! –exclamó Chiqui alzándolo otra vez en sus brazos–; así se llamará, como él dice: MEH.

Tormenta y niebla

–Entren, niños ya es tarde y está corriendo viento –les gritaba la mamá desde la galería de la casa–; pero ellos, entretenidos en el callejón viendo pasar una remesa de ganado de las que llevan a Chile, no se habían dado cuenta del viento.

Los vacunos pasaban al tranco, unos detrás de otros, siguiendo al “marucho”, muchacho que va de guía de la tropa y que de rato en rato hace sonar un cuerno que imita

el mugido de un buey, mientras la voz de los remeseros los anima gritando: ¡huella... huella...!

—Entren niños —les decía Lino—, ¿no saben que al llegar la noche pasan por aquí los vientos que se van a dormir en sus guaridas?

—¡Qué...! —exclamaron sorprendidos los tres.

—Sí, así es; así dice mi mamita, que sabe bien de estas cosas.

Es vergüenza decirlo, esta vez entraron a la casa disparando, pero en busca de Doña Pancha.



Imagen 18. Ilustración de Alejandro F. Ache, para *Miel de la tierra*. (Allpamiski). *Poesías de las montañas de Salta* (1945).

–Pero niños, qué les voy a contar –les decía ella esquivándose–, los niños de las ciudades no creen en estas cosas de las montañas, que nosotros sabemos que son ciertas.

–Ya ven –agregó Lino–, lo que le pasó al hijo de Ña Natividad.

–Cuenta, cuenta –lo apremiaron los chicos–; ¿qué le pasó?

–Que un día que andaba en la mesada haciendo pastar las ovejas, lo vio al viento que estaba durmiendo debajo de un árbol, y aunque era un hombre grandote, se le ocurrió jugar con él haciéndole cosquillas con unas pajitas en el cuello y la cara, pero... más le valiera no haberlo hecho nunca... –se interrumpió Lino, con una sombra de temor en los ojos.

–¿Pero qué le sucedió? –inquirió Jorge en el colmo de la curiosidad y de la impaciencia.

–¿Qué le sucedió? –continuó Lino–, que el viento se despertó enojado y levantándose de golpe, de un manotón le volteó el sombrero y, alzándole el poncho y echándoselo a la cara, comenzó a sacudirlo; de nada le valía querer abrazarse de algún tronco; el viento lo sacaba y dándolo contra los “churquis” espinudos, lo tiró por fin al suelo sobre las piedras... Allí mismo lo encontró Ña Natividad cuando subió a la mesada, lastimado y quejándose.⁴⁴

–Pero chicos, ¿qué hacen que no vienen al comedor? –gritaba la mamá buscándolos.

El viento, en vez de disminuir, aumentaba por momentos y parecía silbar entre los álamos y desgajar las largas ramas de los sauces. Las puertas comenzaron a golpearse con estrépito y enseguida se desencadenó la tormenta.

La frecuencia de los rayos que iluminaban el cielo por momentos y sobre todo la sonoridad de los truenos que parecían retumbar entre las montañas, prolongándose repetidos por el eco, comenzaron a atemorizar a los niños y también a la mamá, pues era la primera vez que sentían una tormenta en región montañosa.

⁴⁴ Este relato popular, construido desde la figuración antropomorfa del viento, tiene otro tratamiento en un poema de la autora, “La madre del viento”, recogido en *La madre del viento y otros poemas* (1928: 9-10) y reeditado, luego, en *La madre del viento. Leyendas y paisajes* (1974: 7-8).

Aunque se acostaron temprano, nadie pudo dormir por varias horas, hasta que se apaciguó la lluvia. Además, cuando ésta cesó, comenzaron a sentir que aumentaba el ruido del río que, arrastrando piedras y creciendo cada vez más su caudal, daba la impresión de que se aproximaba a la casa.

Los niños se levantaron muy temprano para ir a ver la creciente que llenaba la playa de orilla a orilla, con un agua espesa y oscura. Era uno de esos volcanes de barro que bajan a menudo en el verano en esas quebradas y que suelen arrasarse, a veces, con sembradíos y animales, tapando las viviendas de los nativos. Sobre el agua flotaban troncos de árboles y algunos de cardones secos y encontraron en la orilla el cuerpo de un chivito muerto. Lino les explicaba que eso le había sucedido por haberse quedado lejos de la majada cuando comenzó a llover y que seguramente lo arrastraría la creciente de algún pequeño arroyo que caía al río. Entre todos enterraron al chivito, poniéndolo en un hoyo, en la playa y lo taparon con arena y piedras.

También recogieron unos troncos de cardones y los llevaron para pedirle a su papá que hiciera hacer unas mesitas y un biombo como los que había en la casa. Le habían oído a su mamá que encontraba muy bonita esa madera calada, que parecía un encaje, y creía que llamaría la atención en Buenos Aires.

....

—¡Ya baja el alpapullo...!⁴⁵—exclamaron gozosos la Nieves y Lino—, al ver las nubes que comenzaban a cubrir la cumbre de las montañas.

Como sucede allí muchas veces después de las tormentas, comenzó a formarse una niebla que tapando poco a poco las montañas descendió hasta la playa. Las ráfagas del viento la desarmaban y esparcían, llevando girones de nubes por el campo y hasta las galerías de las casas.

Los chicos, encantados, corrían por los callejones, imaginándose que podrían aprisionar entre sus manos aquellos capullos blancos, a los que el sol de la mañana daba reflejos nacarados. Pero, como en los cuentos de encantamiento, pasado el deslumbramiento de la hechicería, sólo les quedaron, como prueba de la vulgar realidad, las manos humedecidas y frías.

⁴⁵ Como se clarifica inmediatamente, la palabra de origen quechua alpapullo o alpapuyo refiere a la niebla baja que se estaciona en valles y cerros. La autora escribió un poema sobre el tema en *La madre del viento y otros poemas* (1928: 95-97), reeditado en *La madre del viento. Leyendas y paisajes* (1974: 59-60).

Majada de nubes⁴⁶

Con la llegada de Meh a la casa hubo un motivo más de juego para los niños y hasta de distracción y alegría para todos, cuando pasaba Meh por las habitaciones o disparaba por las galerías haciendo sonar el cencerro que Chiqui le había colgado al cuello, atado con una cinta roja, para sentirlo por donde andaba.

A Chiqui y a Nieves se les había complicado la vida con la atención de Meh. Eran como una madre y una niñera que cuidaran de un nene. Chiqui vigilaba todo lo concerniente a su juguete con la prolijidad que se tiene con un niño, y Nieves le preparaba las mamaderas, calentando la leche de vaca y agregándole la cantidad necesaria de agua y después lavaba la botella y el chupón con todo esmero.

Cabaña "EL GOLGOTA"
 de la Sociedad Anónima "El Gólgota" Agrícola, Ganadera e Industrial
 DAMIAN M. TORINO - F. C. C. N. A.



61a. Exposición Nacional de Ganadería
 Los productos presentados por la cabaña, obtuvieron las siguientes recompensas

OVINOS KARAKUL
 Reservado de Gran Campeón hembra
 Campeón oveja
 Reservado de Campeón oveja
 Reservado de Campeón borrega
 1 Primer Premio
 2 Segundos Premios
 3 Terceros Premios
 2 Cuartos Premios
 2 Quintos Premios
 1 Mención.

En Buenos Aires: CANGALLO 328, 2º Piso (Escritorio 22). — T. A. 33 Avenida 3877

Imagen 19. Aviso de premiación de la cabaña El Gólgota, en la 61ª Exposición Nacional de Ganadería. *Anales de la Sociedad Rural Argentina. Revista Pastoril y Agrícola*, Año LXXXI, Vol. LXXXI, 1947.

⁴⁶ En *La madre del viento y otros poemas*, el poema "Majada de nubes blancas" trata los mismos asuntos (1928: 101-102), reeditado después en *La madre del viento. Leyendas y paisajes* (1974: 41).

Pero en lo que fallaban a veces era en el horario del alimento, pues la madre y la niñera eran muy fáciles de entretenerse en los juegos sin pensar en la hora. Entonces Meh se encargaba de recordárselos dándoles empujoncitos con su cabeza en las piernas de las chicas y pasándoles el hociquito húmedo, mientras meneaba el rabito; a veces también sacaba la lengua, una lengüita negra que les hacía mucha gracia.

En la conciencia de Chiqui había un pequeño remordimiento, ya no se acordaba de Tilo con la misma vehemencia de antes, aunque a veces comparándolo con Meh reconocía que aquél era más dócil. La vez que pretendió vestir a Meh como solía hacerlo con Tilo, había dado saltos volteando la ropa y hasta había iniciado unos topes, en señal de protesta, como si ya tuviera astitas para defenderse. Nieves interpretó eso como que Meh despreciaba esas ropas porque estaba orgulloso de su propio traje.

También les daba trabajo cuando iban a bañarse al río y Meh las seguía, chapaleaba en el agua y se revolcaba en la arena volviendo a la casa con los rulitos duros de barro y ellas tenían que lavarlo y jabonarlo prolijamente.

Una cosa preocupaba a Chiqui acerca de Meh y era la manera alarmante en que le parecía a ella que éste crecía. Ya le costaba trabajo sostenerlo en los brazos y tenía que sentarse para asentarlos sobre sus faldas. Hubiera deseado que se quedara chiquito, del tamaño que era en los primeros días. Otro problema para ella era la futura vida de Meh en el departamento de Buenos Aires, pues encontraba lógico tener que llevarlo, aunque pensaba que allí no habría pastito, ni espacio donde pudiera ejecutar sus cabriolas; pero ya conversaría de todo esto con su papá.

Una tarde que ella y Nieves jugaban en el callejón, entretenidas en ensartar flores de maravillas en unos largos tronquitos de pasto, con los que hacían collares o se ponían en la cabeza como coronitas, adornos de los que Meh también tenía su parte, la mamá les llamó la atención para que miraran el cielo.

Sobre el azul pálido del cielo de la tarde, un grupo de menudas nubecitas blancas parecía avanzar hacia el poniente.

—Esas nubes se llaman cirrus —les explicó la mamá.

Nieves que se había quedado un rato mirándolas, se acercó confidencialmente a Chiqui y le dijo:

–Yo también sé qué son.

Y ante la expresión interrogante de la cara de Chiqui continuó:

–Esa es una majada de nubes; son las ovejitas del Señor que cuando llega la noche, las arrea su pastor, cruzando todo ese campo celeste...

–¿Y cuál es el pastor? –le preguntó Chiqui convencida ya de lo que oía.

–Es aquél que camina detrás de ellas. ¿No le ve brillar los ojos? Es el lucero de la tarde, que las sigue hasta que se pierden detrás de la montaña.

–¿Y se tardarán mucho en llegar todas allí?

–Tienen que andar ligero para que no las sorprenda el lobo en el camino.

–¡El lobo...! –exclamó Chiqui en el colmo de la admiración– ¿y cuál es el lobo?

–El viento... que cuando las encuentra las desparrama y se las devora, dejando sólo los velloncitos dispersos por el cielo...

Don Ventura el cazador de cóndores

A Jorge le habían dolido aquellas palabras de Don Rueda al volver de Las Cebadas:

–Y usted joven, ¿qué hace con esa escopeta que siempre saca de paseo? Con eso sólo irá a cazar palomitas...

–No crea –le había contestado él–, esta escopeta es de doble caño, uno para balas y otro para munición y, si no he cazado algo que valga la pena, es porque no he encontrado todavía ni una liebre ni un zorro.

–¿Cazar zorros? –dijo Don Rueda riéndose–, sólo que los pillara dormidos...

Jorge había resuelto demostrarle que él y su escopeta valían más de lo que se creía, y así convinieron con Lino una excursión adonde éste decía haber visto unos animalitos entre unas piedras.

Una mañana se levantaron temprano y después de acomodar en las alforjas pan, queso y fruta, partieron a caballo, con el propósito de llegar antes que los animalitos salieran a tomar sol, como decía Lino.

La hermosa mañana fresca incitaba a respirar a pleno pulmón ese aire purísimo y liviano.

En el camino se cruzaron con una tropa de llamas cargadas con panes de sal, que bajaban de las salitreras del altiplano. Caminaban apretándose unas a otras, con los largos cuellos estirados, mientras curiosas, volvían la cabeza para mirar a los muchachos, con sus grandes ojos dulces y movían los zarcillos de lana de colores que adornaban sus orejas.

Encontraron también algunos paisanos, que los saludaban respetuosos, tocándose el sombrero, con esa sencilla cortesía de la gente del campo.

Lino, que se había dado vuelta a mirar atrás, acercó su caballo al de Jorge para decirle con tono de misterio:

–Ahí viene Don Ventura, el cazador de cóndores –y agregó–. Es un sargento retirado que caza cóndores y los vende para un museo, dice él.

Jorge pensó en ese instante en el único conocimiento que tenía él de los cóndores: los había visto encerrados entre verjas en el Jardín Zoológico de Buenos Aires; sabía que eran exclusivos de esta región de Sud América y conocía la hermosa tradición histórica que los vincula a San Martín en su hazaña de cruzar los Andes para ir a dar libertad a Chile y al Perú.

Lleno de interés se dio vuelta y vio cerca de ellos un hombre de recia contextura y cara curtida que llevaba al hombro una escopeta y amarrado a la montura tenía un Winchester –al modo de los *cowboys*–; por bajo del poncho levantado de un lado, se alcanzaba a ver un ancho cinturón con cartuchera; unas alforjas de vivos colores a ambos lados de la montura, llevando de tiro una mula cargada.

Al alcanzarlos los saludó a la manera militar, alzando la mano hasta el ala del sombrero:

–Buenos días, muchachos, ¿para dónde tan temprano y armados de escopeta?

Jorge le explicó el propósito que tenían, mientras Lino miraba al cazador con ojos de respetuosa admiración.

—¿Es cierto que usted caza cóndores? —le preguntó muy interesado por lo que le dijera Lino.

—Sí, amigo; a eso mismo estoy yendo ahora al departamento de Los Andes.

Jorge quería que le explicara todo, pues él no se imaginaba cómo podían tirarles tan alto mientras volaban, o cómo podían llegar hasta sus nidos que están en los peñascos más escarpados y a tan gran altura.

—No, amigo —le explicó el cazador—, no se los caza de ninguna de esas maneras. Como usted también sabrá, joven, los cóndores son carnívoros muy voraces. Los de esta región acostumbran merodear sobre el camino de la Cordillera donde a veces encuentran animales muertos, pero en especial sobre los campos donde hay majadas de ovejas, de donde se roban corderitos, alzándolos en las garras para llevárselos a sus nidos.

Deben tener mucha fuerza, pensaba Jorge al oír esto:

—¿Y cómo hacen para cazarlos? —insistió deseoso de saberlo de una vez.

—Pues se mata algún animal ya inútil y se lo deja tirado en el campo, en algún lugar abierto y por ahí cerca se arma con ramas no más una vivienda para vigilarlo. Los cóndores bajan, no sé si porque ven o porque sienten el olor del animal; a veces se juntan varios sobre la misma presa que desgarran repartiéndosela.

—¿Y entonces, les hacen fuego? —interrumpió Jorge.

—Eso sólo en último caso, cuando uno ve que van a escaparse todos. Pero si no, se espera que estén bien llenos con la comida y pesados para volar y entonces con un golpe fuerte que se les pueda dar con un palo ya es fácil agarrarlos. Yo he visto alguno que al darse cuenta del peligro y no pudiendo volar, se introducen las garras en la boca y sacan la carne que tragan medio entera, y alzan el vuelo; entonces se les hace un tiro de munición a la cara para dejarlos ciegos y poder agarrarlos.

Jorge y Lino se habían quedado callados, absortos con el relato, cuando Don Ventura agregó:

—También he visto cóndores que al quedarse ciegos se remontan muy alto y una vez arriba, cierran las alas y se dejan caer, estrellándose en el suelo.

—¿Por qué? —preguntó Jorge.

—Porque dicen que cuando el cóndor se da cuenta de que está ciego, prefiere morirse y él mismo se mata de esta manera.

Los comentarios sobre el impresionante relato les duraron largo rato aún después de que se separaron de Don Ventura, el cazador.

—¿Y tú has visto alguna vez un cóndor, Lino?

—Muerto solamente. Era grandote y pesado y cuando le abrieron las alas, medía como tres metros de punta a punta. ¿Y usted, niño, los conoce?

—Yo los he visto en el Jardín Zoológico; sé que son las aves más grandes y he leído cosas muy lindas escritas sobre ellos.

....

Caminaban entretenidos mirando todo lo que encontraban y atentos por si hallaban algo para cazar. Habían entrado en una estrecha quebradita, cuando a Lino le pareció sentir un ruido de hojas y vieron saltar una corzuela grande seguida de su cría, una preciosa corzuelita salpicada de manchas blancas, a la que miraron encantados, sin acordarse de su papel de cazadores.

—¡Qué linda para llevarla a la casa! —exclamó Jorge.

—Algunos las tienen y son muy mansitas, pero hay que pillarlas chiquitas para que se domestiquen —dijo Lino y agregó—, aquí es donde vi una vez una especie de liebre, pero de un color gris muy bonito que saltaba de piedra en piedra.

Bajándose del caballo, comenzaron a comer su *lunch*, escondidos entre unas ramas y tratando de no hacer ruido.

Al poco rato, saliendo de atrás de unas piedras, asomó una cabeza de orejitas paradas y hocico movedizo, con largos bigotes como los de los conejos. Los chicos se quedaron inmóviles y el animalito, muy confiado, saltó sobre una piedra y por detrás de él apareció otro.

—¡Qué bonitos son! —decía Jorge casi en secreto a la oreja de Lino—, tienen la piel parecida a las chinchillas. ¿No serán chinchillas?

—¡Qué miras, niño! Dicen que las chinchillas viven mucho más arriba, en Los Andes dicen que hay, pero es prohibido cazarlas.

—Sí —dijo Jorge—; yo he oído que en esta región es la única en el mundo en que hay chinchillas reales. Yo quisiera cazar uno de estos para mostrárselo a Don Rueda.

Entretanto los animalitos se habían acurrucado uno junto al otro, esponjándose al sol.

Jorge preparó su escopeta y apuntando con gran cuidado, apretó el gatillo... con tan buena puntería que hirió a los dos, los que, dando algunos saltos, cayeron por fin muertos.

Corrieron a recogerlos y Jorge, muy contento, guardándolos en las alforjas, decidió que volvieran enseguida a la casa. Cuando se los enseñó, triunfante, a Don Rueda, le dijo:

—Aquí traigo unos animales muy raros, no sé si serán liebres o serán chinchillas.

Don Rueda al verlos se rio de buena gana y le dijo:

—Ni liebres, ni chinchillas; para ser liebres, son muy chicos; para ser chinchillas, son grandes. Esas son vizcachas de las que andan por todas partes, pero en esta región hay esta variedad de pelo gris lustroso parecido al de las chinchillas, por lo que le llaman chinchillón y se venden en las peleterías, pero no valen mucho, porque el pelo es falso.

A Jorge no le interesaba el valor monetario de las pieles, sino su éxito de cazador, y sin atender las explicaciones de Don Rueda, mirándolo con aire de triunfo, dijo:

—¡Y los maté de un sólo tiro!



Imagen 20. Emma Solá de Solá, con 85 años, en su casa de Salta.
AMHUNSa, CSC.

Planes futuros

–¿Qué plato rico nos trae hoy de sorpresa, Doña Pancha? –dijo la señora de Moreno en el almuerzo, ese domingo, viéndola entrar en el comedor con una fuente rebosante.

–Empanadas, señora, para que prueben a ver si les gustan.

–Tienen muy buena cara –exclamó el Dr. Moreno, sirviéndose una.

Recién sacadas del horno estaban como para quemar los dedos, pero todos la emprendieron con ellas, pues decía Doña Pancha que así calientes eran más ricas. La masa tierna que contenía el relleno de carne, papas y otros ingredientes, el jugo dorado que goteaba en el plato, todo contribuía para hacerlas apetitosas y pronto no más la fuente dio la segunda vuelta a la mesa.

—Estas comidas criollas del norte son muy ricas —comentó la señora—, y en esta época del verano hemos podido conocer la variedad de platos que preparan con el maíz tierno: el pastel de choclo con relleno de pollo que resulta tan delicado...

—A mí lo que más me gusta es la “humita” —dijo Maga—; desatar las tiritas de chala y abrirlas como si fuera un paquetito; esa masa tierna de choclo rayado tan bien preparada es muy rica y más aún cuando después de hervida las ponen un rato en la parrilla y se secan un poco.

—Óiganla, cómo describe los platos de comida, ella que en Buenos Aires costaba para que comiese algo...

—Pues a mí lo que más me gusta es el “mote de habas” —dijo Chiqui—; abrirlas un poquito en un extremo y apretar del otro para que salten de la cáscara a la boca, me parece entretenido.

—Y a mí —agregó Jorge— lo que más me gusta es el “guaschalocro”; ¡es tan sabroso...!

—Como que es una mezcla de granos de choclo, chalona o carne, pedacitos de zapallo, que son aquí de tan rico gusto y tan arenosos que casi se deshace formando una especie de caldo grueso —explicó la mamá, agregando ella también—: pues lo que más me gusta a mí son los choclos tiernos de este maíz “capia”, recién cortados y hervidos con la última chala y comerlos con queso de cabra.

—Y a quién no le gusta esto —exclamó el papá, al ver en la mesa una fuente de “quesillos” recién hechos, escurriendo suero todavía.

—Mamá —dijo Chiqui—, a mí me los sirves con miel de abeja.

—Y a mí con dulce de moras silvestres, que queda tan rico —dijo Jorge.

La cara de Doña Pancha resplandecía de satisfacción por los elogios a sus habilidades.

—Tantas cosas hemos conocido y hemos hecho —dijo Maga—, y todavía no hace un mes que estamos aquí.

—¿Y cuándo iremos a San Antonio de los Cobres, papá? —preguntó Jorge—; dicen que es tan lindo el viaje en tren por sobre las montañas, que se pasan viaductos, túneles,

que a veces da miedo mirar hacia abajo en el fondo de las quebradas las casitas, los sembradíos y los ríos, como si fueran casas de muñecas –y agregó–: ¿entonces, podremos cazar vicuñas?

A lo que su papá contestó:

–Podremos verlas tal vez si hubiera algunas domesticadas, pues las vicuñas viven muy arriba en los cerros y su cacería es difícil, y además está prohibida.

–Pero iremos, ¿no es cierto? –insistió Jorge–: así conoceríamos hasta el departamento más lejano del norte de la República y que he leído que tiene minas de azufre, plata, cobre y otros minerales.

–Sí, hijo, piensa que tenemos mucho tiempo por delante para pasear y conocer, pues regresaremos recién a fines de febrero, unos días antes de que se abran las clases en marzo. Había tanto que conocer en la provincia de Salta –agregó–, recuerden que tiene en su territorio todos los climas, desde el de la Puna, en donde en invierno es corriente la temperatura menos de diez grados bajo cero, hasta el clima tropical de la zona de Orán, donde asciende hasta cuarenta y siete y cuarenta y ocho grados a la sombra.

–¡Qué lindo! –exclamaron los niños, deseosos de poder conocer todo eso.

–Es esa la región de la caña de azúcar y el petróleo –explicaba el papá–, industrias ambas que requieren importantes instalaciones para su explotación.

–¿Y Jujuy, que está tan cerca de Salta y dicen que es tan bonito? –preguntó la mamá.

–Es verdad, querida, eso será fácil conocer de todos modos, pues queda a sólo dos horas de auto de Salta. Creo que te gustará mucho la verde campiña que rodea la ciudad, encerrada entre dos ríos, muy pequeña y cuidadita. Conocer la Quebrada de Humahuaca ya nos llevaría más tiempo; similar en su aspecto general a esta del Toro, tiene diseminadas varias típicas poblaciones antiguas y, ascendiendo desde la ciudad de Jujuy hasta el altiplano, llega hasta La Quiaca, límite norte de la Argentina con Bolivia. Así habríamos recorrido en este viaje una sección importante de la República.

Los ojos de los niños brillaron ante la perspectiva deslumbradora.

Apéndices

I.

**“Chango and Mancha. The Story of an
Adventurous Argentine School Boy and his pony”
by Emma Solá de Solá**

CHANGO AND MANCHA

The Story

of

an Adventurous Argentine School Boy
and his pony

by

Emma Solá de Solá

1

Chapter I

THE LAST DAY OF SCHOOL

It was the last day of November and also the last day of school for the children of the Tartagál district. Chango and his schoolmates were being dismissed for their three-month summer vacation.

Tartagál is in the northern part of the Argentine Republic which is below the Equator. So the seasons are just in reverse. When it is winter in the United States, it is summer in Argentina and that is why the children of Tartagál started their summer vacation in November.

From the schoolhouse, long lines of noisy, happy children filed into the warm sunshine. How nice they looked in their white uniforms, the teacher thought. For in Argentina, all public school children wear white over their clothes: the boys a sort of dusk coat and the girls a long-sleeved apron.

Outside, Chango with many other children scampered toward a cluster of trees where their horses and ponies were tethered. They quickly saddled and readied them for the ride home for they lived scattered far and wide over the country-side, miles away from where the schoolhouse stood in the village of Tartagál.

"Oh Chango! just think how much time we'll have for playing now, - all day, every day, for ever and ever so long! Arent you glad, Chango?" Chinita, his little sister, chattered happily as she scrambled on the pony's back behind her brother for the long ride home.

HIS FRIENDS

Chango couldn't answer right away. He was kept busy by Mancha, his pony. And then, too, he was thinking how he would miss all the boys he played with during recess every day. Their homes were so far apart that they rarely saw each other outside of school.

He would miss Mané most of all, he thought, as the pony started on its way. Among all the boys, he liked Mané best. His real name was Manuel but everybody called him Mané for short. When people like somebody here, they shorten his name as a sign of affection. It is a custom.

Mané was not so fond of running and wrestling in the hot sun as the other boys were. He did not even care much for la bata, their favorite sport which is played like softball. Instead, he preferred having his friends in a circle around him and tell them stories.

Mané made up his own stories, too, and they were wonderful. He knew many tales about the Indians, how they lived and what their customs were. And he could recite verses, fascinating ones! Another reason why Mané was such a favorite of Chango's was that they both loved the outdoors, the woods and especially the animals in them. It was Mané's stories of these things Chango liked best of all; but then, the other boys liked them too.

What a time the teacher had to get them back into the classroom when Mané told one of his yarns after they had eaten lunch outside.

He would miss Tito too, Chango thought. It was fun to be with Tito during recess. He always had a trick up his sleeve which would make everybody laugh. He was thin and had funny sloping shoulders; yet, you could always count on him to do his part at work and play. And he said the funniest things just at the right time to break up a quarrel. Tito was not good at wrestling - that's where Chango excelled - but he was quick-witted and thought of things

that would never have entered the other boys' mind.

There was something about Tito that showed a great patience, Chango kept on thinking. Even the animals seemed to sense it. One day, Gato, the big horse belonging to one of the teachers, got tangled in some wire. In its fright, it reared and snorted and scared all the other horses. Everybody shouted and screamed, even Señorita Carmen, their teacher. But not Tito. He just went up to Gato, quiet-like, and got the wire out from under him before any harm was done. It seemed as if Gato knew that there was nothing to be afraid of because Tito was there, patient and unafraid.

Torito the boys called Chango and it was Tito who had given him this nickname.

Chango liked to wrestle. One day, he was matching his strength against a bigger boy and after a while, he began to feel so tuckered out that he thought he would have to give up. The boys were rooting for him and suddenly he heard Tito's voice shouting: "Bravo! Torito!" So he held on and won.

In Spanish, which is the language of the Argentine people, torito means 'little bull.' Chango knew that Tito was thinking how strong his neck and shoulders were and reminded him to keep them down for protection. After he had won the bout, they always called him torito.

Though Chango might be as strong as a young bull, be a swift runner and a good wrestler, he was a rather shy boy and slow to speak. It was Tito's ready tongue that had helped him out many times when he was in trouble with the teacher. Tito had a way of explaining things and if anybody could make Señorita Carmen smile, it was he. Chango was grateful to his friend for that and for the many times he had saved him from having to stay after school.

But not even Tito could save Jaime from the teacher's impatience. He was

the liveliest boy in class and always at the point of getting into mischief. He always acted on impulse and the teacher said she was not sure if he ever used his head, but if he did, it was always after instead of before. If anything went wrong or something was broken, the first person you thought of was Jaime and he was always blamed. But nothing daunted him, he was so full of energy, so heedless and gay. He was a big, strong boy but he lisped which made him seem funny whether or not he acted up.

As Chango was riding along, he suddenly became aware of his school bag hanging ~~from~~^{by} a long strap from his shoulder. It felt heavy and uncomfortable. He reached down to see what was wrong and found two small rocks inside the bag. He had to smile to himself. That was Carlos, he thought. His big black eyes had not sparkled for nothing as he had watched Chango mount his pony.

Carlos was the merry one of the class, always playing tricks on the others. They had learned to watch out for him though, for those big black eyes would always give him away when he had been up to something. They twinkled with laughter even though he kept a straight face. He was always in trouble for his playfulness and the last to settle down in class and go to work.

Chango was thinking how he would miss these boys. He was almost sorry that school was out for the summer. That's why he rode along so silently while Chinita, her arms clasped around his waist, chattered and asked questions even though she got no answer.

ARRIVING HOME

As they were coming closer to home, Mancha became harder to handle and required all of Chango's attention. The pony was impatient to get back to the corral. It had nothing to do all day but stand around while the children were in school. Chango always tethered it in the shade of a tree near a pleasant, clear brook that ran past the schoolgrounds. While the long wait might be a bore, it certainly rested the pony and it was eager to hurry home as soon as school was out.

Behand Mancha with the two children trotted Pascual their dog. He too had his name shortened and was known to everybody as Cual.

Unlike Mancha, Cual was tired. He was supposed to stay with the pony during school hours and keep an eye on the horses and on whatever the children left outside, but he always found occasion for plenty of exercise. He was a very intelligent dog. He had grown up with Chango and Chinita, loved them dearly and helped take care of them.

At school, the children would have hardly known how to play during recess without Cual. He was expert at finding things and he constantly retrieved balls they had given up for lost. He would even dig them up from holes they had rolled into. When a boy made a hit and the ball went out of bounds into some field, he would tunnel under the fence to get it. Holding it gently between his teeth, he would bring the ball back and drop it at Chango's feet. Once in a while, a perverse humor would seize him. He would run off with the ball and play with it, but when Chango called him in a firm voice of command, he would promptly obey and return it.

The pony now came to a turn in the road from where the children could see their house. It was here that they always waved their last goodbye to their mother in the morning. As was her custom, she was waiting for their return on

the front porch preparing the mazamorra which people in the country eat every day. Doña Asunción, as Chango and Chinita's mother was called, stood beside a big mortar, hollowed out from a tree trunk, and with a stick shaped like a baseball bat, only shorter and thicker, she was pounding at the corn kernels in the mortar. Poroto, the children's baby brother, was toddling after a kitten.

"Buenas tardes", Doña Asunción greeted them. "How was the last day of school?"

Chinita slid off the pony and ran to tell her all that had happened. Proudly she held up the little book she had won as a prize for good conduct during the school year.

Chango continued to the corral, unsaddled Mancha and set it free to graze and gambol with its playmates, the other horses, which had come up to the fence whinnying their welcome.

Cual, his tongue hanging out from the heat and the long walk, ran to the back of the house for a drink of water.

When Chango came to the porch to hang up the saddle, his mother and the two children were in the kitchen. There, a surprise was waiting for them. It was a special dish, called patay, and they were very fond of it. Although their mother made it quite often, they always greeted it as a treat.

Doña Asunción never minded the trouble of picking the big pods of the Algarrobe, shelling them and grinding them up in the same mortar in which she prepared the corn for the mazamorra. From the meal, she made the delicious cheeselike pataycakes.

"Are you glad you don't have to go to school for three whole months?" asked their mother.

"Oh yes!" cried Chinita who was only eight. "I'll teach Periquito how to talk."

Periquito was a parrot she had received for a pet a short time ago. It was very young and could say only a word or two.

"And I'll play with Poroto too and my kitty!" she added.

"And you, my son?" Doña Asunción looked at Chango.

"It will be nice, I guess!" he replied hesitating a little. "But I'll miss the boys and the games and all that."

"Oh well, we'll plan to have them out here some day," his mother said.

"You can play all day long and I'll make plenty of patay cakes."

"Mané has invited me to come over for a day. May I go, mother?"

"We'll see. Perhaps you can go along with father or some of the men when they go to town. But first, we'll ask the boys to come out here. And anyhow, it isn't even a day that you saw them last. There will be plenty of time."

CHAPTER II

DON PANTALEON AND MANCHA

Chango's friends and everyone who knew him imagined that he was one of the happiest boys in Tartagál, for didn't he have everything to make a boy happy? Nevertheless, there were times when he was full of discontent and thoroughly dissatisfied with his home wishing that things were different. He longed for adventures, longed to go away and see the world far beyond Tartagál. He often dreamed of the wonderful places he had been told about, places beyond those snow-capped mountains he had once glimpsed in the purple distance.

Chango's father, Don Cosme, had brought his family to Tartagál some years ago when oil was discovered in this part of the country. He employed many peons who built the roads through the regions where the geologists had discovered petroleum.

Some of the peons, as his father's workmen were called, lived on the place and Chango loved to ride with them and sit with them around the fire at night, listening to the stories they told to pass the time away while braiding lassos and drinking maté tea.

One of them, Don Pantaleon, was known far and wide for his story-telling. Don Panta, as he was affectionately called, was a very old man who had been with Don Cosme's family all his life. He had worked for Don Cosme's father in the days when automobiles were unknown in Argentina and good roads were few and far between. He loved to tell of those times and the many adventures of his young manhood. Life was ever so much more dangerous then.

Everybody told Chango he should not take Don Panta's stories too seriously, for it was well known that the old man had a lively imagination. Besides, the things he liked to tell about had happened so long ago that he often confused truth with fiction. Nevertheless, Chango liked Don Panta's stories even better than the ones Señorita Carmen would tell in school.

Don Panta was too old now for the heavy road work and he stayed mostly around the house doing chores for Doña Asunción and making beautiful leather things such as lassos and lariats as well as household utensils. It was he who had hewn out the big mortar on the porch. He had a reputation for the patience he showed in working the skins of animals spending many hours kneading and softening them. No one could make a lasso as smooth and pliant as he. He spent all the rainy days doing this because he said the dampness kept the leather soft.

At the time of this story, Chango was going to have his twelfth birthday. He was tall for his age and straight as an arrow; his eyes were big and dark and he had beautiful thick black hair. It showed that he was partly Indian. When he talked about the things of the woods, as he always did, his mother would look at him and say, "It's in his blood." Her grandfather, Chango's great-grandfather, was an Indian.

MANCHA

Chango's father had given him Mancha on his tenth birthday. He had long begged for a pony of his own, but Don Cosme wanted to wait until the boy could take care of it himself. He had explained to Chango what a wonderful companion a horse could be, loyal and devoted to its master; but he had also impressed on him that, in order to develop these traits, one had to take care of it in such a way that it understood beyond the shadow of a doubt to whom it was indebted for its needs and comfort.

Chango had made many promises and at last, on the morning of that birthday, his father had taken him out to the corral where he found his beloved Mancha. Overwhelmed with joy, he wanted to mount it right away and gallop off, Indian-style. But his father had insisted that he look first at the other birthday presents. And well it was that he did, for on the porch on a new peg in the wall, he found hanging a beautiful new saddle, a pad of the gayest colors to put under it, woven lovingly by his mother,^{and} a lasso in which he recognized the skillful handiwork of Don Panta. Besides, he got from the old peon a wonderful lamb's fleece, all ready to buckle over the saddle so he would sit soft and comfortable. There was one more present that made Chango face flush with joy - a poncho. It looked beautiful, shining white with two blue stripes like those in the national flag. Chango was sure it was the finest poncho he had ever seen and that none of the other boys had one like it or could ever hope to have one.

While most horses are of one color, Mancha was not, it was spotted. That's why its name was Mancha which in Spanish means spot. The most remarkable thing about Mancha was its face which was white on one side and sorrel on the other. The eye on the white side was light-blue and the one on the sorrel side was dark. It had a quick intelligence. In short, it was all a boy likes a horse to be.

Chango had kept his promise to his father: Mancha knew who was its master.

It obeyed when the boy called and came up to the corral fence when it saw him. But occasionally, it felt playful and teased Chango by running away and making him chase it. This usually happened when he was in a hurry and afraid of being late for school. He would grow very impatient with his pet but they quickly made up again.

All the children agreed that Mancha was cleverer than any of the other ponies. Sometimes, on their way to school, they would race and it was Mancha who would win most of the time. In the excitement of the race, Chinita or some other child who had got a lift from Chango would fall off. Then Mancha would quickly stop all by itself and it would take only a nudge to make it move to a rock or a tree-stump so the children could get on again.

In school after such races, the children often had good cause to envy Mancha tethered outside in the shade of some tree and out of reach of the teacher. For when Señorita Carmen's sharp eye saw the bruises and soiled uniforms, she knew, of course, what they had been up to, and since racing was forbidden, she was sure to impose some penalty from which only Mancha escaped.

CHAPTER III

DON PANTA'S STORIES

One evening, after the family had taken tea, Doña Asunción, as was her custom, sent Chango out to where the peons were having their supper. He had to bring them the yerba and sugar for the maté they always drank.

Chango knew that his mother did not want him to stay out and that he should go right in again. But this time, he did not feel like it. He was tired and the peons looked so comfortable lounging around the fire that he could not resist joining them and he sat down beside Don Panta. The men were talking about a trip they were starting out on in the morning in search of forage. They would be gone for several days and camp out at night. As Chango listened, he felt a desperate urge to go with them and he tried to think of some way of persuading his father to give him the permission. For a rebellious moment, he even thought of running away and joining up with them. It was no use asking the peons to take him along. He knew only too well what their answer would be - "If the boss is willing..." And if he slipped away with them, they would simply take him back.

He began to feel that he was treated unjustly. Wasn't he going to be twelve in just a few days? And hadn't he heard the peons themselves say that he could ride like a man? He was quite old enough and ready to go on one of these trips. He started to imagine all the adventures he would have. He might even see a tiger. There were plenty left in the woods, though not nearby, of course. But he could not figure out a way to get his father's permission.

Well, the next best thing to having his own adventures was to listen to those of others. So he begged Don Panta to tell one of his stories. In the meantime, a good idea might still come to him how to persuade his father,

There was nothing Don Panta liked better than to recall by-gone days and the adventures he had on his many trips through the mountains and jungles. So he readily began.

THE MOVING GARDEN

"Well, now, once we took a drove of mules to La Paz which is the capital of Bolivia, as you know. It was a long, hard trek and a strange thing happened to us on the way. We passed through a valley where they grew delicious peaches. They were just ripe then and we kept ourselves plentifully provided and ate them all along the hot and tiresome way.

"We had been on the road for about two weeks when we overtook a llama pack train that was hauling salt to the towns in the plains!"

"Where did they get the salt?" interrupted Chango.

"From the big salt fields up in the Andes Mountains, of course."

"Tell me more about it! Was it like the salt we use on the table?"

"It is the same, but what you see has been specially prepared. The llamas carried big blocks of it, the kind we put in the corrals for the horses and cows to lick. The salt fields up there look like lakes from a distance and the Indians go with their axes and chop out big chunks, load them on the llamas and bring them down to sell.

"Well, as I said," Don Panta resumed, "we overtook such a pack and the drivers told us they had had a bad trip through the worst kind of weather. This was plain to see for it was the dirtiest pack of llamas I had ever put my eyes on. The wool on their backs was all caked with mud and leaves that you couldn't tell what covered them.

"It was slow getting past them and it occurred to me I could have a little fun improving my marksmanship by aiming peach pits at the llamas' filthy backs. My partners joined me and we kept it up till we were past the last animal.

"Weren't you afraid Coquena would punish you?" Chango spoke up again. "And how could you hurt those poor, tired beasts?"

"I afraid of Coquena? In those days, I was afraid of nothing, let me tell you, my boy, least of all of an Indian spirit. Besides, the pits couldn't hurt

the llamas even if we tried, the way they were covered with that thick mat of mud.

"But you know what happened to the man from Toconau for guiding hunters to the grazing grounds of the guanacos and vicuñas?" Chango insisted.

"Nothing but old Indian tales, my boy! Well, we gave those llamas a good pelting for giving us so much trouble passing them and then we left them far behind.

"When we got to La Paz, the mule market was bad and we decided to stay around until it would get better before we'd sell our drove. The weeks passed quickly for we were young and had fun. The prices finally went up and we sold our mules for a profit. By the time we started home, a number of months has passed.

"On our return trip, we ran into bad weather. I still remember the terrible rain storms that overtook us again and again. We were delayed all along the way and more months went by as we pushed homeward. When we reached the valley where we had met the llama pack, a whole year had passed.

"One evening, we were about ready to stop and make camp for the night. We looked around for a place with a bit of grass, if possible, and water for our horses when we saw something very strange a distance away - a nice green field. This was most unusual for we were in a rocky and arid region. We all stared. The boss took out the field glasses and after a good look he said - "it seems to move."

"We thought first it was a field of grass and that the wind was moving through it. But how could grass grow in such a barren place? One thing was certain - and no mistake about it: it was moving. I spurred my horse to take a closer look.

Chango in his excitement moved a little closer to Don Panta.

"And do you know what it was? Those very same llamas we had pelted with peach pits on our way up. They had been turned loose and the pits had sprouted in the muddy, matted tangle of their backs. That's all I can tell you, my boy. We had no time to wait around and see if those green sprouts would grow into trees and bear

peaches, and we never travelled that way again!"

Chango sat in silent wonder but before he could ask any questions, Don Panta had begun another story. For once he got started, he needed no urging to continue.

THE TALE OF THE HORSESHOES

"Another trip," Don Panta began again, "took us to Chile. We were sent with an unusually large drove of mules and had bad luck from the start. Before we had been two weeks on the road, a number of animals had lost their shoes and were going lame. We had no extra ones. We knew that the poor critters would never be able to cross the mountains without protection for their hooves against rocks and thorns.

"We didn't know what to do when one of the drivers had the idea of making wooden shoes for them. We couldn't think of anything better and told him to go ahead. He cut twigs from the willow trees along the road, bent them into the right shape and nailed them to the hooves of the mules. It didn't take us long to find out that this was a dumb idea. We had to leave the animals behind hoping to find them again on our return trip. We moved slowly on with them until we came to a sort of dell where water and forage were plentiful and left them there to fend for themselves.

"We continued on our way and had so many other mishaps that we arrived in Chile with much delay. There, the prices for mules were so poor that we decided to push on to Peru where, we were told, we'd have a better chance to turn a profit. You can imagine the time it took driving those mules from one country to another.

"By the time we were homeward bound, many months had gone by. We had been kept so busy travelling, trading and keeping out of trouble that we had forgotten all about the mules we had left behind on the other side of the Cordilleras.

"At long last, we were back in the region where we had turned the mules loose and we even located the little valley. But there were no mules to be seen. We looked high and low and were just about to give up our search when we heard a sound that startled us. It was like the braying of a mule and it seemed to come from near-by, but we could see nothing resembling such an animal.

"We looked around puzzled listening to the braying. It came from a willow grove, I noticed, but the funny thing was that it came from out of the tree tops."

"What was it, Don Panta?" Chango asked impatiently.

"Well, my boy, the willows grow mighty fast in that part of the country. At least, they used to in the old days. And this is what happened. The twigs nailed to the hooves of the mules had taken root and as they pushed up, the animals were lifted right up in the air."

Chango didn't like this story very much because of the way the peons laughed and looked at him. He asked for another and better one.

"Very well," consented Don Panta, I'll tell you just one more and it has to do with your pony Mancha. A good one this is going to be, and then you hustle off to bed before I get in trouble with your mother for keeping you out so late."

THE INCOMPARABLE DORADA

"This is a story the like of which has never been told by anyone who ever went over the mountains in the old days.

"We were sent on this particular trip by the old boss, your grandfather - may he rest in peace!" Don Panta crossed himself.

"He entrusted us with the largest drove of mules ever sent to Lima, and besides, we had to make many purchases for the house and ranch. Don Cosme, your father, was a young man then and he came along to supervise everything. He rode the most beautiful horse ever seen anywhere. Ah! what a mare she was! She was called Dorada because of the golden sheen of her coat. It was like the gold

enamel on the holy images that are carried in procession through the streets on great feast days, dazzling the eye with their brightness. Her neck was always arched and no horse I have ever seen could step so high and with such proud grace as Dorada. She would let no one touch her except Don Cosme and, of course, myself. The hours I spent grooming her!

"Poor Dorada! Near Puerta de Tastil where the road forks, one branch leading to Chile and the other to Bolivia, she got suddenly sick and nothing we could do would save her. Whether she ate some poisonous weed or something, we never knew, but we lost her right then and there. Your father went wild with grief and made us bury her deep in the earth in a place he chose for its beauty. The burial of Dorada was like that of a Christian.

"When we had done with this sad business, we found your father another horse, got him away from the burial ground and proceeded on our way. He grieved for her as for a member of the family.

"After months of travelling, we reached the beautiful city of Lima. It was quite a place with theaters, music halls, carriages drawn by horses shod with silver and whose harnesses were overlaid with gold. We stayed for weeks taking our time to get everything done. Your father made the purchases, visited friends and attended to many other affairs. Finally, the mules were all sold to our advantage, the purchases packed on the animals, the last visits made and we set out on our long way home.

"On this trip all went well. We crossed the mountains safely and arrived in good time at Puerta de Tastil near where we had buried Dorada a little more than a year ago.

"I had hoped that the many diversions in Lima had made the young boss forget about her. But no, he still grieved and as we came near the spot, he left us and rode to the tomb of Dorada.

"Soon I heard him shouting 'Don Panta! Don Panta!' I let the others finish

setting up camp for the night and hurried in the direction of my young master's summons. I found him standing near a giant plant which had grown out of Dorada's burial site. It looked like a tree but coming closer I saw it had put out long tendrils, like a vine. They had wrapped themselves about some trees in such a way that the plant could support the weight of a huge pod hanging like a bean from a branch near the top. This pod was nearly a yard in length and very thick.

"When I came up to Don Cosme, he said: "Tell me, Don Panta, you have travelled these parts ever since you were a boy. Have you ever seen a plant like this?"

"He was all for cutting it down and taking it along to show to the folks at home and, perhaps, to remember Dorada by.

"But what was inside the pod?" asked Chango.

"Ah! I was beginning to think you had fallen asleep, you were so quiet."

"Only my foot," said the boy. "Go on, Don Panta!"

"This business of talking so much dries me out. Fix me another maté, Tomás, since you are on your feet. I got to whet my whistle before I go on."

Tomás prepared the tea and handed it to the old peon while Chango settled more comfortably in his place covering himself with part of Don Panta's poncho against the cool evening air.

"What happened next," resumed Don Panta, was the strangest of the many weird experiences I've had in my long life."

He paused to sip the last of his maté and carefully put the gourd away before picking up again the thread of the story. Chango who could grow so impatient with Don Panta's deliberate ways strangely enough did not hurry him on.

"Well, where was I now? Let me see..." he resumed again.

"Oh yes! the strange fruit of that plant... Well, we cut it down with great caution and as it was too heavy to carry, we opened it up to get the seed. Now, I've told you about Dorada, what a special breed she was, of rich blood

and powerful race. So you'll be prepared and need no proof for what we found when we opened the pod."

He stopped. Still no question came from the boy wrapped in his poncho. Don Panta feared he was losing his hold as a story teller. He took a deep breath for his climax.

"It was a foal, a little potrito, a spotted one, and from that colt is descended your Mancha."

THE YARARÁ

Chango was riding in the cavalcade of peons going up the ridge. Suddenly he was startled by the weird call of the Chajá, the good-luck bird, as it is sometimes called. It seemed to come from a tree near the trail they were following.

A smile on the face of Tomás seemed to mock him, and to show that he was not afraid, Chango turned Mancha off the trail and rode into the thicket where the call had come from. He wanted to find out about this bird which so often frightened travellers with its unexpected cry that sounded like a mocking laugh. It would be nice, too, he thought, if he could find a young one to take home to Chinita for a pet.

For nothing in the world would he have the peons think that he was afraid of anything, especially Tomás; for when he had begged his father to let him go on this trip, Tomás had said: "Just let him come along, boss! One day of it will be enough and we'll bring him back cured for good of his wanting to travel the mountains."

Chango knew better. 'Ah! this is the life for me,' he thought to himself. This is real freedom, this is what it is like to be a man.'

He looked out into the distance thinking how strange it was that the mountains didn't seem to come any closer, no matter how much they were riding toward them.

He noticed that he didn't hear any longer the voices of the peons. He was just going to turn Mancha around to catch up with them when his pony gave a sudden start that almost unseated him. He looked around to see what made his usually so gentle Mancha behave so unexpectedly and his eyes grew wide with fright. Rearing up next to his stirrup, straight as a rod in the ground, he saw a Yarará the deadly viper, a snake he had been taught to fear above all others.

With a quick pull of the reins, he wheeled Mancha around and made a dash for the trail.

When he had recovered a little from the shock, he said to himself: "A good thing it was I used the box-stirrups Don Panta made for me for this trip. Otherwise, the yarará would have struck my foot and then..."

Something though was not right with the left stirrup, he noticed, the one on the side where the snake had been. It felt uncomfortable and seemed to tighten around his foot. It got so bad after a while that he stopped Mancha. Looking down, he could plainly see that the stirrup was bigger than the one on the other side. He dropped to the ground, took off the saddle and compared the two; there was no doubt, the left one was swollen.

What a terrible snake, Chango thought, while a shiver ran down his spine. And what an awful poison. When the snake struck the stirrup, it left enough of it to make the hard wood swell up.

SAVED BY A WATERFALL

Two things Chango never forgot to take along when he left home. One was his lasso Don Panta had made for him, braided of tough but pliant leather thongs; the other was his knife. A good Gaucho, as the Argentine cowboy is called, is never without these two and Chango had long resolved to become a Gaucho as soon as he would be old enough.

Looking at the ground where he was standing, Chango saw something that delighted him, a number of small holes, a sure sign that guancoiros were around. He took his knife and dug up some of the tiny pots of mud these funny little bees had made.

The guancoiros look a bit like bumble bees. They dig out the holes, line them smoothly with mud, then fill them with honey and seal the opening. Children love to dig them up, unseal them and suck out the honey.

As the mud pots were no bigger than medicine capsules, Chango decided this was too slow work for one with such a sweet tooth as he had. Besides, the bees were buzzing uncomfortably close around his head.

He was wise in the ways of all the honey-gathering insects in the region. So he set out in search of a carán hive that would hold plenty of honey. The caráns are a kind of black wasps that store their dark and fragrant honey in hollow tree stumps and trees. He didn't have to go far when he found one.

But as luck would have it, someone else had got ahead of him. A honey-bear was helping himself, his long and funny snout dripping with honey. He was beating the tree with his tail to keep the bees out.

Much as he might envy the bear, Chango decided this was no place for him. Whistling softly to himself to keep his courage up, he backed quietly away looking around to find the shortest way to reach Mancha. As he pulled a small branch aside, the easier to pass, he saw two small phosphorescent lights gleaming in the dark recess of some bushes. They were the eyes of a puma.

Little did it help now that he had been taught that a puma would never attack people if left alone. A wave of panicky fear swept through him. There was no tree he could climb, no place of refuge in this deserted spot. But from a distance came the sound of a waterfall and without thinking twice, Chango dashed off in its direction running with all his might. His feet didn't seem to touch the ground, so great was his speed, but still he could feel the hot breath of the puma at his heels. He reached the foot of the waterfall, with a desperate leap plunged in and clutching at the water and reaching up, hand over hand, he climbed to the top of the cliff from where the water tumbled down. With one fierce swoop of his knife, he cut the waterfall off leaving the puma far below with no way of following him...he hoped!

TIGER AND TERROR

This life of complete freedom was not turning out to be all he had hoped it would be, Chango thought. How good to his ears would sound his father's voice right now, even though it be in stern reproof for having left on this trip without his permission. Of course, he would feel quite differently if he had Mancha with him. His faith in his pony was such that he was sure it could outrun any puma.

He began to feel hungry and thirsty and decided to look for some wild oranges he knew were growing in this region. They would be sweet and juicy. If he didn't find any, he would pick some of the tiny pineapples from the hemp plants from which the Indians make rope. He and the other children had often watched them patiently pound away with rocks at the long, thorny leaves to remove the pulp from the fibres and then weave them into ropes and cords. Sometimes they would dye them in the most beautiful colors by using the juices of plants, barks and roots known only to them. Of the same fibre, they made the bolsas or bags in which they carried food, birds and other things they had to sell to the market.

It occurred now to ~~MAMA~~ Chango that the first thing to do was to get a hold of Mancha. He was tired of moving about on foot much as he wanted to get away from this place. He thought he couldn't be too far from the ~~place~~ spot where he had tied the pony to a tree.

Suddenly he heard a rustling behind him. He turned around and saw a huge tiger coming out of a thicket into the open. Terror seized him. In a flash he was at Mancha's side, jumped on its bare back and crouching low, his knees clamped to the pony, he spurred it to dash away. Though numb with fear, he had enough presence of mind to think that he must soon reach the

the place where he had last heard the voices of the peons. But there was no sign of them. He got up enough courage to look behind to see how much distance he had put between himself and the frightful striped beast. His heart sank for it was close on his pony's heels.

Clinging to Mancha's mane and tightening the grip of his knees, he urged it on to ever greater speed while he kept his eyes closed. But he felt that it was no use.

Suddenly the pony stopped. Never as long as he lived would Chango forget that terrifying moment. His eyes refused to believe what they saw...

For the dear, familiar spots of faithful Mancha changed into stripes, cruel stripes of black and orange. Beloved Mancha...eaten up alive...Oh! let it not be...

Something hard and bony clamped down on Chango's clammy brow...

HAPPY REALTY

"Come, come, muchacho!"

"What's the matter with him? He must be having a nightmare."

One more moment of terror...then a voice calling 'Chango! Chango!'

How good to be called back to the world of things as they are, as they should be for a boy.

Chango recognized his mother's voice calling him in for dinner.. It was music to his ears and never mind how much she would scold him for staying out with the peons.

He unwrapped himself from Don Panta's poncho. He could have kissed ~~the~~ the work-worn hand of the old peon that had awakened him from his nightmare.

He entered the warmth of his home, his sleepy eyes blinking in the light. He did not look at the dinner table but at his father and mother. How good it was to be safe with them at home and not on that trip of his dream. Home was the best place after all.

When he went to bed that night in the room he shared with his big brother Pablo, he realized for the first time, how much he loved them all, yes, even Pablo who teased him so much calling him 'little brother' though he knew how angry this made him. He was glad for the first time to have him for a room-mate.

This was one night when he did not have to be reminded to say his prayers. Weary and sleepy though he was, he took his time and Pablo looked wonderingly as he listened to the sleepy voice...'Not into temptation,' then in a more fervent tone...'Deliver us from evil!','.. and finally from under the covers a last feint 'A..men!

II

Cartas

Traducción del inglés de Elisea Escudero Zavalía

E. P. DUTTON & CO., INC.

ELLIOTT B. MACRAE
PRESIDENT

PUBLISHERS

JOHN MACRAE, JR.
CHAIRMAN

Established 1852

EDWARD P. DUTTON 1852-1923 JOHN MACRAE 1866-1944

286-302 FOURTH AVENUE
NEW YORK 10, N. Y.

March 27, 1946

Miss Lizbeth Robertson
American Embassy
Buenos Aires, Argentina

Dear Miss Robertson:

I have gone over Senora Emma Sola de Sola's charming manuscript CHANGO AND MANCHA. I do not for a moment doubt that it has a great deal to recommend it to young readers, but also I think that it is extremely timely in its appeal.

Under the present crowded conditions it would be 1948-9 before we could possibly bring out the book, and that would not be fair to the author. The manuscript is being returned to you with our appreciation for the opportunity of reading it, and with our best wishes.

Sincerely yours,
E. P. DUTTON & CO., INC.

Marguerite Vance
Marguerite Vance
Editor of Children's Books

MV:jw

27 de marzo, 1946

Señorita Lizbeth Robertson

Embajada Americana

Buenos Aires, Argentina

Estimada señorita Robertson:

He revisado el encantador manuscrito de la señora Emma Solá de Solá, "Chango y Mancha". No dudo por un instante que es muy recomendable para jóvenes lectores, pero además creo que su atractivo es extremadamente pertinente en la actualidad.

Bajo las presentes condiciones saturadas, sería agosto de 1948 antes de que pudiéramos publicar el libro, y eso no sería justo para la autora. Se le devuelve el manuscrito con nuestra apreciación por la oportunidad de leerlo y con nuestros mejores deseos.

Muy atentamente,

E.P. DUTTON & CO., INC.

Marguerite Vance

Editora de Libros Infantiles



EMBASSY OF THE
UNITED STATES OF AMERICA

March 29, 1946

Dr. & Mrs. Ernesto Solá
Salta

My dear friends:

Thank you for your kind note. I have spoken to Miss Robertson who is doing everything possible about the manuscript and I shall also bear it in mind.

Very sorry not to have seen you this trip. I am leaving almost immediately on the north bound plane via Río. Perhaps I shall have the opportunity of renewing our acquaintance either here or in the United States. In the meantime, I wish the very best of everything for yourselves, for Salta, and for the Republic.

Cordially,

D. H. Salinger

29 de marzo, 1946

Dr. Ernesto Solá y Sra.

Salta

Mis queridos amigos:

Gracias por vuestra amable nota. He hablado con la señorita Robertson, quien está haciendo todo lo posible con respecto al manuscrito, y yo también lo tendré en cuenta.

Lamento mucho no haberlos visto en este viaje. Parto casi inmediatamente en el avión con destino al norte vía Río. Quizás tenga la oportunidad de reencontrarnos aquí o en Estados Unidos. Entretanto, les deseo lo mejor para ustedes, para Salta y para la República.

Cordialmente

[Firma ilegible]

433 West 21st. St.
 New York 11, N.Y.
 April 14th, 1950

Dear Mrs Solá:

Much water has run under the bridge since our association here in the U.S. came to so sudden an end with your departure for Argentina. Although I wrote you I have never heard from you. No answer ever came to any letter.

Recently I have been writing again and I would like to enter the story of Chancho and Mancha in a contest next month for children's books. I am very anxious to hear from you if you have ever published any part of it, if you would be willing to have it entered. I am very anxious to hear from you, to know how you and Dr Solá are.

During the war I had a full

time position in the government intelligence service: translating - and as the offices ^{where I worked -} were on 7th Avenue near 23d. St. I was fortunate to find this place ^{near offices} where I have remained since. Roxanne now lives in California and my niece Bamby with husband and three children moved to Florida. I spent much time with them after the war. I completed 70 years last December 31st. and do little now except try to write.

Hoping all is well with you and your husband I shall be anxiously hoping to hear from you before May 15th. when the contest for children's stories closes -

I have rewritten the story in an effort to comply with the conditions of the contest.

With many good wishes to you both I remain as ever.

Sincerely your friend,
Lula H. Graycraft.

8 West 40th St. New York N.Y.
 P.S. The Julia Ellsworth Ford Foundation
 1950 Annual Childrens book contest
 \$ 1250.00 is offered to the winner.
 \$ 500.00 is paid outright and 750.00
 against royalties.

D.H.C.

There is also The David C. Cook publish-
 ing Co. Elgin, Illinois which has published
 some little things of mine, but before I
 do anything further must know your dis-
 position about it - D.H.C.

433 Oeste, calle 21

Nueva York 11, N.Y.

14 de abril, 1950

Querida Sra. Solá:

Ha corrido mucha agua bajo el puente desde que nuestra asociación aquí en EE.UU. llegó a un final tan repentino con su partida a Argentina. Aunque le he escrito, nunca recibí noticias tuyas. No llegó respuesta a ninguna de mis cartas.

Recientemente, he estado escribiendo de nuevo y me gustaría presentar su historia de Chango y Mancha en un concurso para libros infantiles el próximo mes. Estoy ansiosa por saber si ha publicado alguna parte del cuento, y si estaría dispuesta a que lo inscriba. Estoy muy ansiosa por tener noticias tuyas, por saber cómo están usted y el Dr. Solá.

Durante la guerra, tenía un puesto a tiempo completo en el servicio de inteligencia del gobierno: traduciendo, y como las oficinas estaban en la 7ª Avenida, cerca de la calle 23, tuve la fortuna de encontrar este lugar en el que he permanecido desde entonces. Roxanne ahora vive en California y mi sobrina Bamby, con su esposo y tres hijos, se mudó a Florida. Pasé mucho tiempo con ellos tras la guerra. Cumplí 70 años el pasado 31 de diciembre y ahora no hago mucho, salvo intentar escribir.

Con la esperanza de que todo esté bien con usted y su marido, estaré esperando ansiosamente noticias tuyas antes del 15 de mayo, cuando cierra el concurso de historias infantiles.

He reescrito la historia en un esfuerzo por cumplir con las condiciones del concurso.

Con muchos buenos deseos para ambos, sigo como siempre.

Sinceramente su amiga,

Lula H. Craycraft.

8 Oeste, calle 40. Nueva York 8

P.D. Concurso anual de libros infantiles de la Fundación Julia Ellsworth Ford de 1950. Se ofrece \$1250.00 para el ganador. \$500.00 se pagan directamente y \$750.00 contra regalías.

L.H.C.

También está la editorial David C. Cook Co. de Elgin, Illinois, que ha publicado algunas cositas más, pero antes de seguir adelante debo conocer su disposición al respecto.

L.H.C.



THE JULIA ELLSWORTH FORD FOUNDATION

announces

1949

THE 1948 ANNUAL

Children's Book Contest

TWELVE HUNDRED AND FIFTY DOLLARS

is offered to the winner

of the contest

(\$500.00 outright, \$750.00 against royalties)

Closing date for receipt of manuscripts

April 15, ~~1948~~ 1949

*This year, (1950)
1949 15th -*

(As this circular explains the rules of the contest, please read it carefully to avoid misunderstandings. We cannot enter into correspondence regarding requirements.)

1. Any author of whatever nationality shall be eligible, whether or not the author has ever had published any work in book form. Authors may submit as many manuscripts as they desire, but a separate entry blank or facsimile must be sent with each manuscript.
2. Manuscripts submitted in the contest must be written for boys or girls, or both, and must never have been published in any form whatsoever. They may be fiction or non-fiction, for any age child, and of any length. It is not necessary for illustrations to accompany the manuscript, but they may be submitted if desired.
3. In the final selection, the judges will seek to select the manuscript (and illustrative material, if any) which in their opinion seems most completely to possess the enduring merit such as will insure the permanent value and popularity of the book among children. The decision of the judges shall be final, and the right is reserved to the judges to reject any or all manuscripts submitted in the contest.

4. The Julia Ellsworth Ford Foundation agrees to pay the author of the book which, in the opinion of the judges, is most meritorious for book publication, the sum of Twelve Hundred and Fifty Dollars (\$1,250.00) within thirty (30) days after the announcement of the Award. Five hundred dollars (\$500.00) of this sum is an *outright* award. Seven hundred and fifty dollars (\$750.00) of this sum is in lieu of earnings on the book until they shall have amounted to this sum. Julian Messner, Inc. will publish the prize-winning manuscript under their standard form of publishing agreement, on their customary royalty terms. All rights in such manuscript are deemed to be transferred to Julian Messner, Inc. by the author, subject to the payment to the author of 75% of the net proceeds of the sale of British Empire (except Canada) and other foreign book rights, translation, first serialization, dramatic, motion and talking picture and broadcasting rights, and 50% to the author of the net proceeds of the sale of second serialization, abridgement, syndication, book-club, reprint, and mechanical reproduction rights.

5. The Julia Ellsworth Ford Foundation and Julian Messner, Inc. reserve the right to select the illustrations which in their opinion serve best to illustrate the story, or to substitute other illustrations of their own selection. Should manuscripts be accompanied by illustrations not executed by the author, payment for these illustrations, if they are satisfactory for inclusion in the book, shall be made on terms to be arranged. No royalty or fee of any kind, other than those enumerated herein with regard to the manuscript, is to be paid the author for any illustrative material he or she may supply with the manuscript.

6. The award of Twelve Hundred and Fifty Dollars (\$1,250.00) to the winner of the contest will be publicly announced as soon as possible after the conclusion of the contest, the final date of which has been fixed as April 15, ~~1948~~ 1949. All entries must be in the hands of The Julia Ellsworth Ford Foundation, 8 West 40th Street, New York 18, New York, or postmarked by midnight April 15, ~~1948~~ 1949.

7. Special instructions to contestants:

- (a) All manuscripts must be typewritten in English.
- (b) Use one side of the paper only.
- (c) Each page should be numbered.
- (d) Manuscripts must be either delivered or sent prepaid to The Julia Ellsworth Ford Foundation, 8 West 40th Street, New York 18, N. Y.
- (e) Manuscripts may or may not be accompanied by illustrative material.
- (f) On the back of each illustration should appear the name of the artist, the name and address of the author and the title of the manuscript, and each illustration should be numbered. Wherever possible it is advisable that the illustrations be fastened in their proper place in the manuscript.
- (g) Manuscripts deemed unsuitable for the purpose of the contest will be returned promptly.
- (h) Manuscripts and material submitted will be returned by express collect wherever possible. If this is not desired, they must be accompanied by the necessary return postage. **DO NOT SEND POSTAGE IN SEPARATE LETTERS.**
- (i) **The Julia Ellsworth Ford Foundation and Julian Messner, Inc. will use all reasonable care but cannot be responsible for manuscripts or illustrative material whether damaged or lost in transit or elsewhere or otherwise.**
- (j) Neither The Julia Ellsworth Ford Foundation nor Julian Messner, Inc. will enter into correspondence with regard to manuscripts submitted.
- (k) The entry blank which is a part hereof must accompany each manuscript. Where no entry blank accompanies the manuscript, such manuscript and illustrative material, if any, will be deemed to have been submitted under the terms and conditions hereof and of the entry blank. Entry blank should NOT be sent separately.
- (l) The interpretation of the rules and conditions of this contest by The Julia Ellsworth Ford Foundation and Julian Messner, Inc. shall be conclusive and binding and shall be considered a final determination.

Emma Sola de Sola
Alvarado 996
SALTA

Salta, Arg. August 24th./50

To
Mrs. Lula H. Craycraft
433 W. 21st.
New York 11, N.Y.

Dear Mrs. Craycraft:

On my return from Europe, where I spent some months, I find myself with your charming letter, which by the way is the first one I receive from you.

I am much pleased to know that you are keeping well; as to myself I have the bad news informing you that my husband Ernesto, died in September of 1947.

I remember having written to you immediately on our return, but I got no answer, that is, perhaps, why we have not been in touch after so many years.

As to the history of "Chango" and "Mancha" I have not published anything, and I have it the same as when you gave it to me. I quite agree with your idea of publishing it, and that you will find the best way in doing so.

I would, although, appreciate it very much if you could keep me posted on the afore mentioned matter.

With my heartiest regards to all and best wishes for your personal welfare I remain.

Yours sincerely,

Emma Solá de Solá

Alvarado 996

SALTA

Salta, Arg. 24 de agosto, 1950

A

Sra. Lula H. Craycraft

433 Oeste, calle 21

Nueva York 11, N.Y.

Querida Sra. Craycraft:

Al regresar de Europa, donde pasé algunos meses, me encuentro con su encantadora carta, que por cierto es la primera que recibo de usted.

Me alegra mucho saber que se encuentra bien; en cuanto a mí, tengo la mala noticia de informarle que mi esposo Ernesto falleció en septiembre de 1947.

Recuerdo haberle escrito inmediatamente cuando regresamos, pero no recibí respuesta. Esa es, tal vez, la razón de no haber permanecido en contacto después de tantos años.

Con respecto a la historia de "Chango" y "Mancha", no he publicado nada, y la tengo igual que cuando me la dio. Estoy muy de acuerdo con su idea de publicarla, y confío en que encontrará la mejor manera de hacerlo.

Sin embargo, le agradecería mucho si pudiera mantenerme al tanto del asunto anteriormente mencionado.

Con cordiales saludos y mis mejores deseos para su bienestar personal.

Atentamente,

INSTITUTE OF LANGUAGES AND LINGUISTICS



EDMUND A. WALSH SCHOOL OF FOREIGN SERVICE

GEORGETOWN UNIVERSITY

WASHINGTON 7, D.C.

November 8, 1962

Sra. Emma Sola de Sola
Salta, Argentina

Muy distinguida amiga,

Estoy consternado porque cuando encuentre una persona conectada con el asunto publicidad, descubri que el envoltorio que tenia y que lo abrimos, contenia los libros que Ud. me regalo y no el manuscrito... He buscado por todos los rincones y entre mis libros y papeles no puedo dar con su obra. No se que hacer y en mi afliccion resolvi escribirle para que Ud. pregunte en casa done posiblemente lo pude haber dejado. Coincide que Ud. me dio dos paquetes uno con el manuscrito y el otro con los libros que me ciono arriba...Me han llegado todas las encomiendas enviadas por mi antes de salir y tampoco vine entre ellos su obra. Parece mentira que lo unico extrabiado es su trabajo...Con todo quiero pensar que Ud. me disculpara esto y me sacara otra copia, ya que Ud. me dijo tiene una en su poder. Hagalo a la brevedad. Por correo le mando un suplemento de un periodico en que se menciona la importancia de este tipo de literatura infantil. Dada mi posicion aqui no sera dificil encontrar posibilidades de publicar su obrita y luego su viaje a esta....

Hace un mes me cambie de departamento y esto ha contribuido a que mis papeles y cosas personales esten todas embaruyadas...Si lograra localizar su trabajo le avisaria de inmediato.

Mis asuntos tiene perspectivas de mejorar. Luego de mi viaje a esa y el arreglo con el 'jefe' Mons. Tavella si situacion se va a estabilizar y me sentire mas tranquilo. Digale a la Sra. Cornejo que no se olvide de darme un manito...

Ahora alquile un departamento a unas quince o diez cuadras de la Universidad. Es un lugar muy tranquilo ; se parece a al parque San Martin. Ud. recordara que

INSTITUTE OF LANGUAGES AND LINGUISTICS



EDMUND A. WALSH SCHOOL OF FOREIGN SERVICE

GEORGETOWN UNIVERSITY

WASHINGTON 7, D.C.

Washington es una ciudad jardín. Me quedan cinco minutos de auto. Por primera vez me siento comodo y todo lo contento que uno puede sentirse lejos de la patria. Antes vivia en un lugar pequeno y muy incomodo, pero este cambio ha sido magnifico. Mi modesto departamento es amplio y dispongo de todas la comodidades necesarias mas un lindo jardincito... Que le parece,

Entre otras novedades que comunicarle esta el ofracimiento por parte de mi universidad de pagarme la publicacion de mi primer libro...El segundo sobre Villa Atamisqui lo estoy escribiendo ahora. Este sera en ingles y luego se lo traducira al castellano. El libro de que le hablo se titula provisionalmente: Terminos topograficos en la Argentina colonial. Es un estudio semantico de las formas geograficas del pais en la epoca colonial. Deje un manuscrito con el P. Uben Arancibia, del Salvador. Ud. recordara que el es salteno y sobrino de la Srta. Arancibia, fallecida ahace algun tiempo. Lo leera el P. Furlong. Pero mi problema es encontrar un editor que haga un trabajo bien hecho. Necesitara tener por lo menos dos otros presupuestos para poder elegir. Me puede Ud. dar una manito...

Debido a cambios de actividades no podre ir a Chicago al semana que viene. Debere ir a Florisa y luego para Navidad a Puerto Rico en mision cultural. Ahora le escribo a su pariente y le mando los discos por correo.

Deme muchas noticias del terruno, y de sus actividades. Recibi carta de Mons. Tavella, que dide no sentirse bien en Roma. Dios quiera que el invierno no lo empeore.

INSTITUTE OF LANGUAGES AND LINGUISTICS



EDMUND A. WALSH SCHOOL OF FOREIGN SERVICE

GEORGETOWN UNIVERSITY

WASHINGTON 7, D.C.

February 4, 1963

Sra. Emme S. de Sola
Salta
Argentina

Muy recordada Señora,

Al fin di con su manuscrito...Me parecia raro que lo hubiera extraviado. Lo habia tenido puesto en un pequeña balijita de cuero y rebuscando papeles di con el. Se imagina el gusto que tengo al poder informarle del hallazgo. Me he aliviado de un gran contratiempo.

Ahora comenzare las gestiones de buscar quien lo publique...y demas. Por el momento se lo di a una amiga escritora quien lo leera y me dara una unbreveinforme acerca de las posibilidades que hay para su publicacion. Posiblemente lo exotico del tema mas la forma narrativa de la obrita ~~mas~~ despertar interes. Como le dije no conozco ~~la~~ forma como proceden estas companias de publicidad. Como Ud. sabe hay aqui companias muy grandes que se dedican exclusivamente a publicar literatura infantil;

Apenas tenga noticias concretas le escribire. Porque entonnces habra que ver las ilustraciones que llevara el libro. Si mal no recuerdo Ud. me dijo que tiene listas algunas ilustraciones para acompanar el texto.

Le ruego me acuse recibo de la presente para tener la seguridad de que Ud. sigue interesada en el proyecto.

Saludos afectuosos a Anita, a la Sra. de Cornejo etc.

Suyo afmo siempre.

Benjamin

INSTITUTE OF LANGUAGES AND LINGUISTICS



EDMUND A. WALSH SCHOOL OF FOREIGN SERVICE

GEORGETOWN UNIVERSITY

WASHINGTON 7, D.C.

June 20, 1963

Sra. E. Sola de Sola
Salta
Argentina

Muy recordada Señora,

Ahora soy yo el que demora la respuesta a su atta. de fecha 118 de abril último. Termine mis tareas académicas y al mismo que descanso un poco estoy revisando mi libro sobre Términos topográficos en la Argentina colonial. Luego de haber enseñado estos años decidí arreglar el material en otra forma. Creo que ahora ha mejorado en la presentación. Es un análisis lingüístico basado en un glosario de vocablos que llevo años para compilarlo. Y me he puesto en esta tarea que terminare en este mes antes de salir al extranjero, posiblemente Guatemala. Luego ire a Puerto Rico a enseñar en una universidad por un mes. El trabajo se lo publicara en Brasil. No veo las horas de dar fin a esto que me quita el sueño. A esto se debe en parte mi silencio. En seguida comenzare mi estudio sobre Villa Atamisqui, que me gusta mas.

Puede imaginarse mi pena al saber la muerte del Sr. Arzobispo. Le ruego me de detalles y quien esta al frente ahora de la Arquidiócesis. Supongo que el jefe provisional sera Mons. Ponce de León.

Me alegra el noticia de la fundacion de la College por los jesuitas de Wisconsin. Justamente tengo un buen amigo jesuita allí, compañero mio en Columbia University. No ha mucho me escribió invitandome a enseñar en la Universidad de Milwaukee donde el es profesor de Sociología. Mi respuesta fue negativa porque hasta ahora me siento mas que cómodo aquí en Georgetown.

De cas me dicen que Ud. llamó y hablo de que vendra pronto su sobrino. Si estoy aquí sera un placer verlo y darle una mano. Aunque mi consejo sería que vaya a la Universidad de New York New York University donde hay cursos de Derecho internacional. Hay varios argentinos y latino americanos allí. Talvez esto sea tarde, pero debe estar seguro de que podra sobrevivir económicamente unos meses hasta que se ordente.

INSTITUTE OF LANGUAGES AND LINGUISTICS



EDMUND A. WALSH SCHOOL OF FOREIGN SERVICE

GEORGETOWN UNIVERSITY

WASHINGTON 7, D.C.

Aca los estudios y las leyes que rigen a estos estudiantes extranjeros es estricta: tiene que estar estudiando en una universidad aprobada de lo contrario le ponen muchas dificultades. Esto le digo a título de amigo y no para desilusionarlo. Aun me ha escrito y supongo que ya habra solucionado sus problemas para conseguir la visa. De todas maneras de acuerdo a su pedido me pongo a las órdenes de Uds.

El costo mensual de una persona varia de ciudad a ciudad, pero con un presupuesto de 300 dolares podría subsistir. Los derechos universitarios son muy altos y eso le informaran en la embajada. Eso subirá la prima....

Respecto al manuscrito tengo miedo de enviarlo a algun editor por el temor de que se extravíe. Necesitara se saquen dos o tres copias para enviarle una a Ud. y entonces ponerse a la tarea de encontrar el editor. Creo que sera posible hallarlo. Tambien se necesitan las ilustraciones para que ellos se hagan una idea del libro.

Dios quiera que las elecciones e lleven a cabo. El pais va a la bancarrota debido a tanto inestabilidad. Creo que los militares con tantas revoluciones le hacen el caldo gordo al peronismo...

Bueno Sra. Emma de mis afectuosos recuerdos a la Sra. de Cornejo y a Anita de quienes siempre me acuerdo.

Suyo afmo siempre.

Benjamin King

III

“Legends from the Mountains of Northern Argentine”

Translated by Lula H. Craycraft

Emma de Sola,
Hotel Wolcott, 4 West 31st. Street,
New York, N.Y.

Translated by Lula H. Craycraft,
332 East 51st. Street, New York
New York.

EL 5-0275

Legends from the Mountains of Northern Argentine.

The natives of the northern regions of the Argentine Republic live in great isolation and solitude because of their distance from populated districts and the rudeness of roads and trails which lead to their habitations. They are to some extent compensated for their lonely destiny by the gift of unusual imagination with which they people freely their environment. They personify the natural things, mountain peaks etc. about them; imaginary beings, weird and fantastic, are linked to happenings as causes. The simplest accident is attributed to the supernatural and mysterious.

With this gift of romantic phantasy transmitted from generation to generation, each adding something of its own, there has formed a sort of mythology and folk-lore, which at times bears close enough resemblance to the Greek ones to cause the belief that they derived from the early Conquistadores. These have been conserved by them with certain infiltrations of their own added through the generations.

It is interesting too, to note, freely sprinkled through their speech, obsolete, sometimes Archaic Spanish words retained in all their original purity.

There is, however, independent of anything they may have acquired from the conquistadores, a splendid store of phantasy peculiarly their own. This is recognized in reference to whatever natural characteristics are peculiar to their region., as for instance the animals and climatic peculiarities.

One is amazed at the naive candor with which they discuss discuss these imaginary creatures and happenings as if they were the most natural things in their every-day lives.

The Mother of The Wind

Beyond "The Long White Line" on which the sun shines always brightly, over the glistening knife, upon a hill, when evening comes, The Mother of the Wind, hideous, all hairy and dishevelled, pipes, (they say,) upon her flute of cane, calling her children, dispersed and far away.

They come, the winds, each according to his way. Icy, the one who on the snowy peaks and caps played wild and free all day. Hoarse are those who swept the planes of earth, sibillant and sharp are they who filing peaks upon the high Sierras whiled their hours away.

They tell us how they feed upon the dust which like the finest flour, rises in the whirl-winds to obscure the sun of day. But, when they hear this call they run together to their sheltered depths for rest all through the night.

But there are times, about the month of August, fearful times there are among these haunts; harsh noises, voices that howl, hoarse deafening groans that rage and roar with fury, make the people hearing shake with fear and terror.

Then there is an exorcism, a conjure spell, secret and strange, they believe diminishes the damage of this furor of the winds, preserves

APÉNDICES

the good. Weird words, softly, while symbolizing with the knives, a cross
one East, one West ,one North, one South.

the good. Weird words, softly, while symbolizing with the knives, a cross
one East, one West ,one North, one South.

The Goat with Horns of Gold

It was thundering, thundering hard all the night long there over beyond the peaks high up where they begin.

At dawn, in the half light, with careful haste, a shepherd collected his flock hoping to save them before the volcano could reach down the mountain that far. From beach and from distances he had to collect them and herd them for the startled flock scattered, nervous far and wide.

Placing his ear on the ground to listen, he heard a deafening noise of threatening force, louder and nearer it was coming. When finally he had his flock together, went picking his way around the mountain side after them upward, he saw one lost goat, apart and wild and went down to get him and save him. When near enough almost to reach him, this goat, so tricky and clever, and quick as the wind, each time would escape him.

Rolling and thundering, on came the mud of the volcano, it covered the plane spaces that lay in its path. A wave, thick, heavy loathsome, enormous advancing. It threw down and crushed all that stood in its

path for as wide as it reached. The shepherd seeing it, ran though knowing it would take him, there was never a chance.

Why could he not remember what he had always been told... That the Devil so often appears in the form of a goat who has horns of gold. Poor, poor shepherd who could not understand this trick of the Devil to get him in hand.